



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

100

100

GOETHE

VIAJE
A ITALIA

2

PT2029

.S8

V5

33002

BRUNN



1020028854



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE FONDO DE NUEVO LEÓN
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COARRUBIAS

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 9145

Núm. Autor 65995

Núm. Adg. 29392

Procedencia 8-

Precio _____

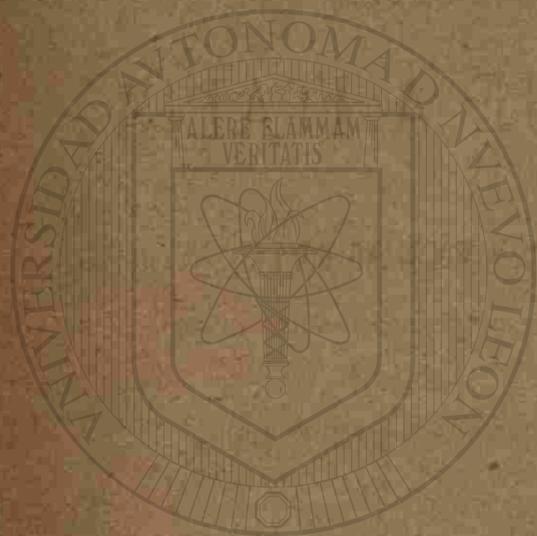
Fecha 69

Clasificó _____

Catalogó _____

GOETHE

VIAJE A ITALIA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO CXLVIII

VIAJE A ITALIA

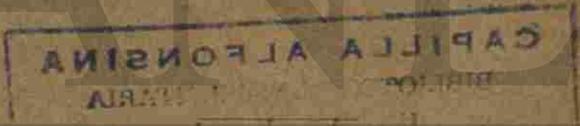
RICARDO COVARRUBIAS
POR

JUAN WOLFGANG GOETHE

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL ALEMÁN

POR

FANNY G. GARRIDO DE RODRÍGUEZ MOURELO



TOMO II UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1923 MONTERREY, MEXICO

MADRID
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^a
calle del Arenal, núm. 17

1891

099062

29392

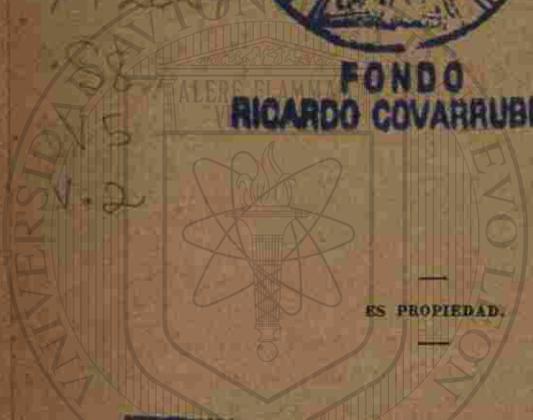
833
F.

PT 2029

88
S
V. 2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



ES PROPIEDAD.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

FONDO RICARDO COVARRUBIAS
ALFONSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imprenta de la Viuda de Hernando y C.ª, calle de Ferraz, núm. 13.

SICILIA

(Continuación.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 625 MONTERREY, MEXICO

Girgenti, lunes, 29 de Abril de 1787.—Tarde.

De Sciacca á aquí, hicimos recia jornada. Antes del citado lugar habíamos visitado los baños; un manantial caliente brota de una roca, y posee muy fuerte olor de azufre. El agua tiene sabor salino no corrompido. Se producirá el gas sulfuroso en el momento de la salida? Algo más arriba háy una fuente fria, sin olor. Arriba de todo se encuentra el monasterio, donde están los baños de estufa; álzase en aquel lugar vapor espeso en el aire puro. La mar no arroja sino cantos calizos; el cuarzo y la piedra córnea hállanse desmenuzados. Observé los ríos pequeños: *Caltabellota* y *Macasoli* traen asimismo cantos rodados calizos. *Platani*, mármol amarillo y pedernal, los eternos acompañantes de esta noble caliza. Algunos pedacitos de lava llamáronme la atención; en la comarca no pude presumir nada volcánico. Me figuró que mejor son fragmentos de piedras de

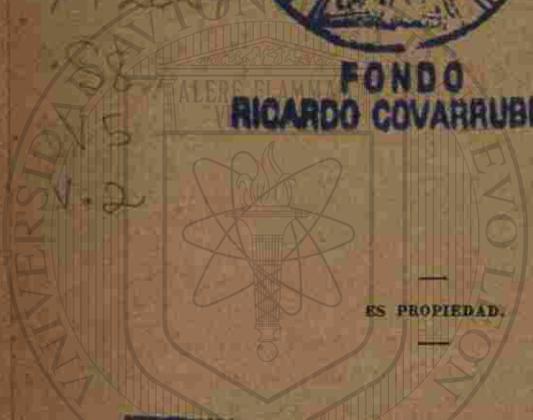
833
F.

PT 2029

88
S
V. 2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



ES PROPIEDAD.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

FONDO RICARDO COVARRUBIAS
ALFONSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imprenta de la Viuda de Hernando y C.ª, calle de Ferraz, núm. 13.

SICILIA

(Continuación.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 625 MONTERREY, MEXICO

Girgenti, lunes, 29 de Abril de 1787.—Tarde.

De Sciacca á aquí, hicimos recia jornada. Antes del citado lugar habíamos visitado los baños; un manantial caliente brota de una roca, y posee muy fuerte olor de azufre. El agua tiene sabor salino no corrompido. Se producirá el gas sulfuroso en el momento de la salida? Algo más arriba háy una fuente fria, sin olor. Arriba de todo se encuentra el monasterio, donde están los baños de estufa; álzase en aquel lugar vapor espeso en el aire puro. La mar no arroja sino cantos calizos; el cuarzo y la piedra córnea hállanse desmenuzados. Observé los ríos pequeños: *Caltabellota* y *Macasoli* traen asimismo cantos rodados calizos. *Platani*, mármol amarillo y pedernal, los eternos acompañantes de esta noble caliza. Algunos pedacitos de lava llamáronme la atención; en la comarca no pude presumir nada volcánico. Me figuró que mejor son fragmentos de piedras de

molinos, traídas de lejos. En *Monte Allegro* todo es yeso: yeso compacto y vidrio de Moscovia. Rocas enteras, delante de la cal y en medio de ella. ¡Admirable es el yacimiento de piedras de *Caltabellota!*

Girgenti 24 de Abril.

En toda nuestra vida se nos presentó aspecto de primavera, semejante á la salida del sol, el día de hoy. La nueva Girgenti ocupa el emplazamiento del antiguo castillo, en un circuito bastante grande, capaz de contener una población. Desde nuestra ventana vemos la extensa suave pendiente de la ciudad vieja, enteramente cubierta de jardines y viñedos, bajo cuyo verdor apenas se puede suponer rastro de los barrios antiguos de la ciudad grande y populosa. Sólo en el extremo meridional de la llanura, verde y florida, se ve salir el templo de la Concordia. Al Este algunas ruinas del de Juno. Las demás ruinas de edificios sagrados, alineadas con éstas, no se distinguen á simple vista de arriba, y los ojos buscan, al Sur, el extenso arenal de una media legua hasta el mar. Hoy nos está prohibido bajar á tan soberbio paraje de flores y verdura, entre esos ramajes que prometen tantos frutos, ya que nuestro gofa, un buen eclesiástico chiquito, nos ha pedido que, ante todo, dediquemos este día á la ciudad.

Primero hizonos ver las calles, bien construidas;

después nos llevó á puntos más altos, á fin de que la vista dominase mayor extensión. Luego á gozar del Arte en la Catedral. Vese en ella un sarcófago perfectamente conservado, salvado gracias á haberlo convertido en altar: Hipólito y sus compañeros de caza y sus caballos, detenidos por la nodriza de Fedra, que le entrega una tablilla. La idea principal era representar jóvenes hermosos; y así, la vieja aparece pequeñita y enana, como obra secundaria, que no debe perjudicar á las figuras principales; me parece que en medio relieve no he visto nunca trabajo más hermoso. Al mismo tiempo se conserva á maravilla. Téngolo, provisionalmente, por un ejemplar de la más graciosa época del tiempo griego.

A otras anteriores nos condujo la vista de un jarrón de gran tamaño y en perfecto estado.

De arquitectura antigua, posterior, hay muchos restos, incorporados en algunas partes de la iglesia nueva.

Aquí no hay hospederías, y una buena familia hizo-nos sitio en una alcoba alta, que da á una sala. Nosotros, con nuestros equipajes, venimos á quedar separados por verde cortina, de los miembros de la familia, que en cuarto grande fabrican macarrones de la especie más delgada, más blanca y más fina, y se pagan más caros cuando después de hacerlos filiformes se debanan en los afilados dedos de una muchacha, tomando forma de caracol. Nos sentamos entre las lindas criaturas, y pidiendo que nos explicasen el oficio, aprendimos que trabajaban con el trigo mejor y más pesado, que se

llama *grano forte*, y que se emplea de preferencia al trabajo de mano á las máquinas ó moldes. Al mismo tiempo nos prepararon el más excelente plato de macarrones, sintiendo no tener de aquella especie exquisita, que no se hacía fuera de Girgenti, ó más bien, fuera de su casa. Los que nos sirvieron, no parecían tener igual en blancura y delicadeza.

Toda la tarde supo contener nuestro guía la impaciencia que nos impulsaba hacia abajo, volviéndonos á llevar á los altos, hermosos puntos de vista; mostrándonos los sitios donde, al día siguiente, habíamos de ver, de cerca, cosas notables.

Girgenti 25 de Abril de 1787.

Al salir el sol comenzábamos á bajar, y no dábamos un paso sin encontrarnos rodeados de detalles pictóricos. Con la conciencia de que nos hacía un buen servicio, nos llevaba nuestro hombrecito, sin detenernos, entre aquella rica vegetación, delante de mil cosas, cada una de las cuales ofrecía la escena de un idilio. A esto contribuye mucho la desigualdad del suelo, tomando las formas onduladas de las ruinas que guarda, las cuales cubriéronse de tierra fértil con tanta más facilidad, cuanto que los antiguos edificios estaban cimentados sobre toba conquífera. Así llegamos al extremo oriental de la ciudad, donde las ruinas del tem-

plo de Juno se desmoronan más y más cada año, porque el viento y el temporal devoran la piedra porosa.

Hoy no habíamos dispuesto sino un vistazo de excursionistas; pero Kniep eligió ya los sitios que ha de dibujar mañana.

El templo hállase situado sobre una roca eflorescida; desde allí en línea recta, al Este, se extendían las murallas de la ciudad sobre un yacimiento calcáreo, cortado á pico en la playa lisa, que la mar abandonó más ó menos temprano, después de haber formado estas rocas y bañado sus pies. Las murallas fueron construidas en parte en la misma roca, y en parte con los materiales sacados de ella. Detrás se levantaba la fila de los templos. No es extraño que la parte baja, la media y la alta de Girgenti, miradas en junto, desde el mar, ofrezcan vista tan notable.

El templo de la Concordia resistió muchos siglos; su arquitectura esbelta lo acerca ya á nuestra medida de lo bello y lo agradable; se puede comparar al de Paestum, cual la figura de un dios á la de un gigante. No quiero quejarme de que el nuevo loable proyecto para conservar el monumento haya sido ejecutado sin gusto, al cegar con yeso blanco las grietas y agujeros; esto hace á la vista el monumento ruinoso hasta cierto punto. ¡Qué fácil hubiera sido dar al yeso el color de la piedra descompuesta! Véase desmenuzarse tan fácilmente la caliza conchífera de las columnas y de las paredes, que se admira, en verdad, que haya durado tanto. Esperando posteridad semejante á ellos, los constructores

habían tomado sus disposiciones; todavía se encuentran restos superficiales de una fina capa de enlucido en las columnas, que debía, á la vez, halagar la vista y garantizar la duración.

Hicimos el próximo alto delante de las ruinas del templo de Júpiter, extendidas como la osamenta del esqueleto de un gigante, dentro y fuera de pequeñas propiedades, que cortan vallados y cubren plantas altas y bajas. Toda forma ha desaparecido de aquel montón de escombros, exceptuando un enorme *Triglifo* y un pedazo de columna de las mismas proporciones. Medí al primero con los brazos abiertos, y no lo pude alcanzar; del canalado de la columna en cambio, puede esto dar idea: yo de pie, dentro, cogía como en una hornacina, tocándolo con los dos hombros. Veintidos hombres en círculo, unos al lado de otros, formarían, poco más ó menos, la periferia de semejante columna. Nos alejamos con el sentimiento desagradable de que nada tenía que hacer allí el dibujante.

El templo de Hércules, al contrario, todavía conserva trazas de simetría. Las dos filas de columnas, que lo acompañaban á un lado y otro, yacen en la misma alineación, como caídas de una vez, de Norte á Sur; aquellas hacia lo alto de un montecillo y éstas hacia abajo. El montecillo puede haberse formado de los escombros del templo. Las columnas, acaso sujetas por el entablamento, se desplomaron de una vez, quizá á causa del furor de la tempestad, y todavía están formadas regularmente, quebradas en las piezas que las formaban.

Kniep afila ya, en el pensamiento, sus lápices, deseando dibujar con fidelidad caso tan notable.

El templo de Esculapio ofrece bonitísimo cuadro, casi encerrado en los muros de una casa de campo, y dale sombra el más hermoso algarrobo.

Bajamos luego á la tumba de *Theron*, complaciéndonos en la vista del monumento, tantas veces reproducido. Sobre todo nos gustaba, en cuanto hace el primer término de una vista admirable. Desde el Occidente, la mirada alcanza al Oriente hasta la línea de rocas, asiento de la muralla de la ciudad arruinada, y entre ello y encima, vense los restos de los templos. La mano experta de Hackert hizo de tal vista un cuadro encantador; Kniep no dejará tampoco de hacer un boceto.

Girgenti 28 de Abril de 1787.

Cuando desperté, ya estaba Kniep preparado á comenzar su excursión artística en compañía del muchacho que ha de llevarle el album y enseñarle el camino. He gozado de la espléndida mañana en la ventana, al lado de mi amigo, secreto y silencioso, mas no mudo. Timidez nacida de la veneración me impidió mencionarse hasta ahora el nombre del mentor que de tiempo en tiempo consulto y escucho. Es el excelente *Von Riedesel*, cuyo librito llevo en el pecho, como breviario ó talismán.

Siempre fui aficionado á mirarme en aquellas naturalezas que poseen lo que me falta, y así me sucede ahora. Resolución serena, seguridad en los fines, medios apropiados y bien determinados, preparación y conocimientos. Relaciones íntimas con un profesor excelente, con Wilckelman. Todo esto y lo que de ello se desprende, me falta. Y sin embargo, no puedo recriminarme por tratar de sorprender, de asaltar y de alcanzar con maña, aquello que durante toda mi vida me ha estado prohibido por los caminos ordinarios. Sepa este hombre excelente, entre el bullicio del mundo, cómo un sucesor agradecido celebra su mérito, solo, en el solitario lugar que también para él tuvo tantos encantos que, olvidado de los suyos y olvidándolos, deseó pasar allí sus días.

Después he recorrido los caminos de ayer, con mi eclesiástico chiquito, observando muchos objetos y visitando, de vez en cuando, á mi laborioso amigo.

Mi guía hizome notar una costumbre muy bella de la antigua gran ciudad. En las rocas y macizas murallas que sirven á Girgenti de baluarte, se encuentran sepulturas indudablemente destinadas para los buenos y los valientes. ¿Dónde podían reposar mejor para su gloria y para emulación eterna?

Entre el enorme espacio que separa las murallas del mar, encuéntrase todavía el resto de un pequeño templo, conservado como capilla cristiana. Las medias columnas vense unidas admirablemente con los sillares del muro y trabajadas en común. Es de efecto gratísi-

mo. Créese haber encontrado el punto donde el arte dórico alcanzó su medida de perfección.

Hemos observado además muchos monumentos poco aparentes de la antigüedad, y después, con más atención, la actual manera de conservar el trigo debajo de tierra, en grandes bóvedas amuralladas. El buen viejo me contó muchas cosas del estado civil y del eclesiástico. No le oí de nada que progresase. La conversación se concertaba muy bien con la incesante descomposición de las ruinas.

Las capas de la caliza conchífera caen todas hacia el mar. Bancos de roca carecomidos detrás y debajo, de modo que admiran, conservan su parte exterior y superior cual fleco colgante. ¡Odio á los franceses porque hicieron la paz con los berberiscos y se les acusa de vender á los cristianos por los infieles!

De antiguo había una puerta que daba al mar, abierta en la roca. Las murallas, que todavía se sostienen, están cimentadas en ella por escalones.

Nuestro cicerone se llama D. Miguel Vella, anticuario, habita en casa de Maese Gerio, en la proximidad de Santa María.

Plantan las habas procediendo de la manera siguiente: Hacen en la tierra cuevas, á conveniente distancia unas de otras; extienden en ellas un puñado de abono,

esperan la lluvia, y después clavan las habas. La rama de éstas la queman, y con sus cenizas lavan la ropa. No usan jabón. También queman las mondas de las almendras, y se sirven de ellas en vez de sosa. Primero lavan la ropa con agua, y después con aquella lejía.

La sucesión del cultivo es esta: habas, trigo, *tumenia*; el cuarto año dejan la tierra en campo. Por habas se entiende aquí las habas verdes, gordas. El trigo es hermosísimo. La *tumenia*, cuyo nombre debe derivarse de *biménia* ó *trimenta*, es un magnífico don de Ceres; es una especie de trigo de verano, que madura en tres meses. Lo siembran desde primero de Enero hasta Junio, y siempre está maduro al cabo de aquel tiempo. No necesita mucha lluvia, sino calor fuerte; al principio tiene hoja muy tierna; luego crece como el trigo, y al fin se hace muy resistente. Siembran el grano en Octubre ó Noviembre, en Junio está maduro. La cebada sembrada en Noviembre está madura en Junio; en la costa más pronto, en la montaña más tarde.

El lino está ya maduro. El acanto duplica sus hojas admirables. La *salsola fruticosa* vegeta de modo exuberante.

En los collados incultos crece valiosa espareeta; la arriendan en parcelas y la llevan á la ciudad en haces.

Del mismo modo venden la avena, que sacan de entre el trigo, al escardarlo.

En los terrenos en que van á plantar coles, hacen canales muy perfectos, con sus bordes destinados á facilitar el riego.

Todas las higueras tienen hojas y la fruta cuajada. Por San Juan debe estar madura; después, el arbol fructifica de nuevo. Las ramas de los almendros cuelgan muy cargadas. Un algarrobo descortezado tiene inmensidad de bayas. Las uvas de comer cultivanse en parras apoyadas en altas pilastras. Los melones que plantan en Marzo, maduran en Junio. En las ruinas del templo de Júpiter crecen lozanos sin señal de humedad.

El *vetturino* comía con gran apetito alcachofas y navicoles cocidas; verdad que hay que confesar son mucho más tiernas y suaves que las nuestras. Al que va por los campos, los labradores le permiten comer habas tiernas cuantas quiera.

Habiendo yo reparado en unas piedras negras y compactas parecidas á lava, me dijo el anticuario que eran del Etna, y que también se encontraban en el puerto, ó mejor en el fondeadero.

En esta tierra no hay muchos pájaros: codornices. Las aves de paso son: ruiseñores, calandrias y golon-

drinas. El *kinnino*, pajarito negro que viene de Levante, se aparea en Sicilia y sigue más lejos, ó se vuelve atrás. El *rideune* viene en Diciembre y Enero de África, se posa en el *Aeragas* y de allí va á las montañas.

Una palabra más acerca del jarrón de la catedral. Hay en él un héroe, armado de todas armas. Parece llegar delante de un anciano, sentado, que en el cetro y la corona se conoce ser un Rey. Detrás vese una mujer en pie, atenta y pensativa, la cabeza inclinada y la mano izquierda apoyada debajo de la barba. Enfrente, luego del héroe, un viejo, coronado igualmente, habla con un hombre que lleva lanza y puede ser de la guardia. El viejo parece haber introducido al héroe, y decir al soldado: «Déjale que hable al Rey, es un valiente.» El fondo de este vaso parece ser el rojo, y el negro puesto encima. Tan sólo en los vestidos de la mujer parece el rojo sobrepuesto.

Girgenti, viernes, 27 de Abril de 1787.

Si Kniep ha de ejecutar todos sus proyectos, necesita dibujar sin descanso, mientras yo ando de un lado á otro con mi viejo pequeño guía.

Hemos pasado al lado del mar desde donde Girgenti, según aseguran los antiguos, presenta muy buen as-

pecto. La mar atraía mis ojos, y mi compañero me hizo fijar en una larga franja de nubes que, aparentando montañosa cadena, parecían reposar en la línea Sur del horizonte. «Aquello significa la costa de África—me dijo.»—En esto llamó mi atención, por lo raro, otro fenómeno. Era un arco estrecho, formado de nubes ligeras, que tenía un pie en la Sicilia; curvábese en el alto cielo de azul purísimo, y el otro extremo parecía descansar en la mar, al Sur. Colorido vivamente por el sol en su ocaso, y mostrando poco movimiento, era, á la vista, la cosa más rara y bonita. Me aseguraron que este arco seguía la dirección de Malta, y podía muy bien apoyar su otro pie en aquella isla. El fenómeno se reproducía á veces. Sería bastante singular que la atracción de ambas islas se manifestase en la atmósfera de semejante modo.

Esta conversación dióme motivo para pensar de nuevo si no sería conveniente renunciar al proyecto de visitar Malta. Las dificultades y peligros de antes continuaban siendo los mismos, y decidimos conservar hasta Messina nuestro *vetturino*.

De otra parte, decidió esta vez nuestra dirección cierto capricho. Hasta ahora, desde los caminos, pocas comarcas viera ricas en trigo; el horizonte, además, en todas partes limitado por montañas más ó menos lejanas; la Isla parecía carecer de llanuras, y no me formaba idea de cómo Ceres pudo favorecerla tan especialmente. Informándome, me dijeron que si deseaba verlo, en lugar de ir á Siracusa, debería internarme, donde

encontraría en abundancia campos de trigo. Aceptamos el consejo, y sabedores de que poco más queda de esta magnífica ciudad que su ilustre nombre, prescindimos de Siracusa. De todas suertes, fácil sería visitarla desde Catania.

Caltanissetta, sábado, 28 de Abril.

Al fin hoy podemos decir que hemos adquirido la prueba evidente de cómo Sicilia puede merecer y merece el honroso nombre de granero de Italia. A cierta distancia de Girgenti comienza el suelo fértil. No grandes llanuras, sino montes cubiertos, suavemente pendientes unos hacia otros, y crestas de colinas sembradas de trigo y cebada, que ofrecen á la vista no interrumpida masa de fertilidad. El suelo, apropiado á tales plantas, se aprovecha tanto, que no se divisa un árbol en ninguna parte, y todos los lugareitos y habitaciones vense situados en la cima de las colinas, donde una extensa mancha de piedra caliza haría sin esto el suelo inaprovechable. Allí viven las mujeres todo el año ocupadas en sus ruecas y telares. Los hombres, durante el tiempo de los trabajos del campo, sólo van á sus casas los sábados y los domingos; el resto de la semana se quedan abajo y se cobijan de noche en chozas de pino. Nuestro deseo se cumplió hasta la saciedad; hubiéramos querido tener el carro alado de Triptolemo para huir de aquella uniformidad.

Cabalgamos con el fuerte calor del sol á través de esta desierta fertilidad, y nos regocijamos de llegar al fin á la bien situada Caltanissetta, donde, sin embargo, fué inútil el trabajo invertido en buscar posada tolerable. Las mulas tienen magníficas cuadras abovedadas; los mozos duermen sobre el trebol destinado á los animales, mas los extranjeros necesitan preparárselo todo ellos mismos. Ponen un cuarto á vuestra disposición, y empezáis limpiándolo. Sillas y bancos no se encuentran, y hay que sentarse en banquillos próximos al suelo, hechos de madera dura; mesas, tampoco se ven ni encuentran.

Si uno quiere convertir los banquillos en pies de cama, va á casa del carpintero y alquila, mediante cierto precio, las tablas necesarias. El gran saco de cenere, que nos prestó Hackert, nos viene muy bien, y determinamos rellenarlo de paja menuda.

Primero de todo, es menester tomar disposiciones para la comida. En el camino habíamos comprado una gallina, y el *vetturino* salió por arroz, sal y especias; nunca estuviera aquí, y anduvo mucho tiempo desorientado sin saber donde guisaría, visto que en el alojamiento no había comodidad. Al cabo, un vecino viejo condescendió en darle fogón, leña, utensilios de cocina y hasta mesa á precio módico, y mientras se hacía la comida nos llevó á pasear por el pueblo y últimamente á la plaza, donde, á la antigua usanza, estaban sentados alrededor y conversando los notables, los cuales quisieron que les contásemos noticias. Tu-

vimos que hablarles de Federico II, y era tan vivo su interés hacia el gran rey, que les ocultamos su muerte, á fin de no hacernos, con tan ingrata noticia, odiosos á nuestros huéspedes.

Suplemento geológico. Bajando las rocas calizas conchíferas de Girgenti, se nota una tierra blanquizca, que después se aclara; vuelve á encontrarse la antigua cal, é inmediato á ella, yeso. Valles extensos, llanos; fertilidad hasta en las cimas; mezcla de cal antigua y yeso descompuesto. Luego se muestra una caliza posterior, ligeramente eflorescida, amarillenta y más suelta, gracias á cuyo color puede conocerse en los campos labrados, pasando con frecuencia á matiz oscuro, casi violeta. Como á medio camino, vuelve á mostrarse el yeso. Sobre éste crecen á menudo siemprevivas de hermoso color violeta, casi rosa rojo, y en las rocas calizas musgo amarillo muy bonito.

La otra caliza descompuesta vuelve á verse con frecuencia, sobre todo cerca de Caltanissetta, donde la hay en capas que no contienen sino cal de conchas; después se presenta rojiza, casi del color del minio, y poco violeta, conforme se advirtió antes en San Martino.

Cantos de cuarzo, sólo los encontré á mitad de camino, en un vallecito cerrado por tres lados contra el Oriente, y demasiado abierto hacia el mar.

A la izquierda, en lontananza, se distingue la alta montaña cercana á Camerata, y otra semejante á un cono truncado. En el último tercio del camino no se ve un árbol. El fruto está magnífico, aunque no tan alto como en Girgenti y la orilla del mar; sin embargo, más limpio no es posible. En los campos de trigo, que se pierden de vista, no se ve una sola hierba mala.

Al principio sólo se advierten campos verdes; después campos arados, y en los sitios húmedos un pedacito de prado. También se presentan álamos. Al salir de Girgenti hemos encontrado manzanas y peras; por lo demás, únicamente algunos higos en las alturas y en la proximidad de las escasas aldeas.

Estas treinta millas, cuanto he podido reconocer á derecha é izquierda, son caliza vieja y nueva, con yeso. La descomposición y acciones recíprocas de estos tres elementos, dan á la tierra su fertilidad. Muy poca arena deben contener; apenas rechina entre los dientes. Mañana comprobaré una hipótesis relativa al río *Achates*.

Los valles tienen bonita forma, y aunque no son del todo llanos, no se advierte señal alguna de tonterera: sólo corren arroyuelos, apenas perceptibles, que van inmediatamente al mar. Se ve poco trébol rojo; la palma enana desaparece, y asimismo las flores y arbustos de la parte Sudeste. Al cardo se le permite sólo dominar en los caminos; lo demás pertenece á Cérés. Después de todo, la comarca tiene mucho parecido á los países fértiles y montuosos de Alemania; por ejem-

plo, entre Erfurt y Gotha, en especial mirando hacia el lado de los Gleichen (1).

Muchas cosas reunidas fueron precisas para hacer de la Sicilia uno de los países más fértiles de la tierra.

Pocos caballos se ven en todo el trayecto; aran con bueyes, y está prohibido matar las vacas y los terneros. Hemos encontrado muchas cabras, asnos y mulas. La mayor parte de los caballos son tordos, negros los pies y negras las crines. Encuéntanse cuerdas magníficas con plazas de mampostería. Las tierras se abonan para las habas y las lentejas; las otras producciones de los campos vienen luego de esta cosecha. La cebada verde, espigada, puesta en haces, y el trébol en la misma forma, salen á ofrecerla en los caminos á los viajeros que pasan á caballo.

En la montaña que domina á Caltanissetta, hállanse rocas calizas con petrificaciones. Las grandes conchas en las capas inferiores, y las pequeñas en las superiores. En las losas del empedrado del pueblo encontramos piedra caliza con pectinitas.

Pasando Caltanissetta, las colinas bajan bruscamente á diversos valles que vierten sus aguas en el río Salso. El suelo es rojo, muy arcilloso, y queda mucho sin tra-

(1) Castillos de Thuringia.

bajar; en las partes labradas se da el fruto bastante bien, pero muy inferior al de las comarcas anteriores.

Castro Giovanni, domingo, 29 de Abril.

Notamos hoy mayor fertilidad aún, y más despoblados. Ha entrado el tiempo lluvioso, haciendo muy desagradable nuestra situación, pues tenemos que atravesar aguas engrosadas de manera considerable. En el río Salso, donde inútilmente buscamos un puente, nos sorprendió una costumbre curiosa. Estaban preparados hombres robustos que cogían, dos á dos, la mula, el jinete y el equipaje, y la llevaban por el río, atravesando una profunda corriente hasta un gran banco de arena; cuando toda la comitiva estaba reunida allí, pasaron también el segundo brazo los hombres con palos, y á empujones sostenían á los animales en el buen camino, salvando así la corriente. A la orilla del río se ve algún follaje, que desaparece pronto en el interior de las tierras. El río Salso lleva granito, una transición del gneis y del mármol en brecha de un solo color.

Vimos delante de nosotros la cresta de la montaña, aislada, donde está situado Castro Giovanni, y que da al país carácter grave y singular. Al cabalgar por el camino que la rodea, observamos que se compone de caliza concoide. Recogimos conchas grandes, sólo calcinadas. No se ve Castro Giovanni antes de haber lle-

gado á la cima de la montaña, por estar situado en la pendiente Norte. El extraño pueblecito, el campanario á la izquierda, y enfrente, á cierta distancia, la aldea de Caltascibetta, presentan aspecto serio. En el llano veíase las habas en plena florescencia. ¡Pero, quién hubiera podido recrearse con esta vista! Los caminos horribles, y más espantosos aún, porque en otro tiempo estuvieron empedrados: ¡y seguía lloviendo! La antigua Enna nos recibió muy mal. En un cuarto con suelo de ladrillos y ventanas sólo de madera y sin cristales; de manera que, ó teníamos que estar á oscuras, ó sufrir la lluvia menuda que habíamos traído. Devoramos algunos restos de nuestras provisiones de viaje, y pasamos la noche en lastimoso estado, haciendo voto solemne de no elegir nunca, como término de viaje, un nombre mitológico.

En el camino, lunes, 30 de Abril.

Se baja de Castro Giovanni por rápida é incómoda cuesta; tuvimos que llevar los caballos de las riendas. La atmósfera, cubierta de nubes, muy debajo de nosotros, nos procuró un fenómeno maravilloso á gran altura. Eran rayas blancas y oscuras, y parecía algo corpóreo. Mas ¿de qué suerte podría lo corporal llegar al cielo? Nuestro guía nos dijo que la causa de nuestra admiración era una parte del Etna, que atravesaba las

nubes; las nieves y las lomas del monte formaban las rayas; no era, sin embargo, el pico más alto.

La aguzada roca del viejo Enna estaba detrás de nosotros. Atravesamos largos y solitarios valles, sin cultivo y sin habitantes, abandonados á los animales que encontramos pastando, de hermoso color tostado, talla pequeña, cuernecitos bien plantados, esbeltos, y alegres como ciervos. Tan lindos animales tenían aún bastante pasto; no obstante, masas enormes de cardos lo iban limitando y arruinando poco á poco. Semejantes plantas encuentran aquí la más hermosa ocasión de multiplicarse y extender su casta. Apodáranse de un espacio increíble, que podría bastar para herbales de dos buenas posesiones. No siendo perennes, fuera fácil empresa destruirlos, cortándolos antes de florecer.

Mientras pensaba seriamente en planes de guerra agrícola contra los cardos, tuvimos que aprender, para nuestra vergüenza, que no son del todo inútiles. Llegados á un mesón solitario, nos paramos para dar pienso á los caballos, y encontramos dos nobles sicilianos que, atravesando el país, se dirigían á Palermo, á causa de un pleito. Vimos, admirados, aquellas dos personas graves delante de uno de los grupos, cortando con afiladas navajas la parte alta de los tallos; cogían enseguida con las puntas de los dedos su espinosa presa, y pelaban y comían la parte interior, complacidosísimos. Ocuparon en esto mucho tiempo, mientras nos reconfortaban buen pan y vino, puro esta vez. El *vetturino* nos preparó médula de tallo, asegurando ser alimento

sano y refrescante; pero nos gustó tan poco como las navicoles crudas de Segesto.

En el valle, donde serpentea el río San Paolo, encontramos la tierra de rojo negruzco y cal descompuesta. Mucho barbecho, campos muy grandes; valle bonito, que hace muy agradable el río, pequeño. El terreno laborable, arcilloso y bien mezclado, tiene, en ocasiones, veinte pies de profundidad, casi sin variar. Los aloes habían echado fuertes brotes. Los trigos, hermosos, mas ya no limpios de malas hierbas, y muy inferiores á los del Mediodía. Habitaciones pequeñas de vez en cuando; nada de árboles, no siendo á la bajada de Castro Giovanni. A orillas del río muchos pastos, que limitan enormes cardos. En las piedras del río, de nuevo el cuarzo, parte solo, parte como brecha.

Molimenti es una aldea nueva, situada con arte, en medio de hermosos campos, á la vera del río San Paolo. Los trigos de sus cercanías, incomparables, ya desde el 20 de Mayo, casi en sazón de segarse. En toda la comarca no se ven aún trazas volcánicas, ni tampoco los ríos arrastran piedras de ese género. El suelo, de buena composición, mejor compacto que ligero; el color, en totalidad, de café obscuro, tirando á violeta. Todas las colinas, á la izquierda, que sirven de muro al río, son de piedra caliza y asperón, cuya transición ó cuyo paso no ha podido observarse, y cuya descomposición, sin em-

bargo, ha preparado la gran fertilidad, igual en todas partes, del valle inferior.

En viaje, martes, 1.º de Mayo de 1787.

A través de un valle tan desigualmente cultivado, aunque destinado por la Naturaleza á una fertilidad general, cabalgábamos á la bajada pesarosos, porque después de tantas fatigas, nada venía al encuentro de nuestros designios pictóricos. Kniep dibujó una lontananza de mucho carácter; mas siendo el primer término y el medio feisimos, hizo, jugando y muy á gusto, una parte anterior en el estilo de Poussino. No le costó trabajo, y resultó un cuadro muy bonito. ¡Cuántos viajes pintorescos estarán llenos de medias verdades del género!

El caballero, queriendo aminorarnos el mal humor, nos prometió buena posada, y á la noche, en efecto, nos condujo á una casa edificada hace pocos años, á conveniente distancia de Catania, á fin de que los viajeros la saluden con placer; y después de doce días, y á precio moderado, nos encontramos, hasta cierto punto, á gusto.

Pronto reparamos en un letrero escrito en la pared con lápiz, y en buena letra inglesa, que decía lo siguiente: «¡Viajero, quien quiera que seas, guárdate en Catania de la hospedería llamada *El León de Oro!* Mejor

te sería caer entre las garras de sirenas, ciclopes y de Scyla. Aunque figurándonos que el bien intencionado avisador habría ponderado algo mitológicamente el peligro, decidimos evitar los leones de oro, que se nos anunciaban como animales tan terribles. De consiguiente, al preguntarnos el arriero dónde queríamos parar en Catania, contestamos resueltos que en cualquier parte menos en *El León*. A lo cual nos propuso que diésemos preferencia al sitio donde colocaba sus animales, solo que habíamos de comer á nuestra cuenta, conforme hiciéramos hasta ahora. Aceptamos huir de las garras del león; era nuestro único deseo.

En las cercanías de Hibla Major principiaron á manifestarse piedras de lava, que las aguas traían del Norte. Al pasar el río se encuentran rocas calizas, conteniendo toda suerte de cantos, piedra córnea, lava y cal, y además cenizas consolidadas, recubiertas de toba caliza. Las colinas silíceas, mezcladas, llegan á Catania. Hasta ellas, y más allá, encuéntranse corrientes de lava del Etna. A la izquierda me pareció ver un cráter. Más abajo de Molimentí, los paisanos desgranaban el lino. Vimos aquí de manifiesto cuánto ama la Naturaleza los colores. Cúbrese la lava, gris azulada, negruzca, de musgo amarillo de oro, y encima crecen, exuberantes, siempre vivas hermosas rojas y otras flores bonitas, color de violeta. Esmerado cultivo muéstrase en las plantaciones de cactus y en las viñas. Luego se adelantan

enormes corrientes de lava. Motta es una roca hermosa con muchísimo carácter. Las habas aquí parecen arbutos muy altos. Las tierras varían; unas veces son muy arenosas, y otras vense mejor mezcladas.

El *vetturino*, que no viera ya desde mucho tiempo semejante vegetación primaveral del Sudeste, prorrumpió en grandes exclamaciones acerca de la belleza de los trigos, preguntándonos, con satisfacción patriótica, si en nuestro país había cosa parecida. Aquí todo se lo sacrifican; no se ven sino pocos árboles ó casi ninguno. Encantadora era una muchacha de magnífica, esbelta figura, antigua conocida de nuestro *vetturino*, que, siguiendo el paso de una mula, iba charlando con él é hilando al mismo tiempo, con la mayor elegancia que imaginarse puede.

Aquí comienzan á dominar las flores amarillas. Cerca de Misterbianco vuelven á verse cactus en los setos; pero setos completamente de esta planta, de extraña forma, se encuentran en las cercanías de Catania, cada vez más regulares y más hermosos.

Catania, miércoles, 2 de Mayo.

A la verdad estábamos muy mal en nuestro mesón. La comida que podía prepararnos el mozo de mulas, no era la mejor. No desdeñaríamos una gallina cocida con arroz si el desmedido exceso de azafrán no la hubiera

puesto tan amarilla como incomible. La cama, de lo más incómodo, casi nos obligó á volver al saco de cuero de Hackert. Hablamos desde muy temprano al bueno del huésped, que, sintiendo no podernos dar comodidades, nos mostró más arriba una gran casa donde recibían extranjeros, los cuales tenían mil motivos de contentamiento. Era la casa de la esquina, y del lado que la veíamos, prometía mucho bueno.

Subimos á ella al punto, y encontramos un hombre muy despierto, que se hizo pasar por criado, y en la ausencia del amo ofreció un cuarto muy bueno, al lado de un salón, asegurándonos, al mismo tiempo, que seríamos servidos á precios módicos. Según nuestra costumbre, nos informamos al punto de lo que nos costarian casa, mesa, vino, desayuno y los demás aditamentos. Todo era arreglado, y nos dimos prisa para traer nuestras menudencias y ordenarlas en la espaciosa cómoda dorada. Kniep, que por primera vez tuvo ocasión de abrir el album, ordenó sus dibujos, y yo mis observaciones. En seguida, muy contentos de nuestro hermoso cuarto, salimos al balcón de la sala para gozar de su vista. Luego de haberla contemplado y alabado bastante, volvimos á nuestros negocios, y ¡qué vemos! ¡Sobre nuestras cabezas un gran león de oro amenazándonos! Nos miramos desconcertados, nos sonreímos, y luego nos echamos á reír. Desde aquel momento miramos cuidadosos en derredor, por si sale de alguna parte uno de estos monstruos homéricos.

Nada vimos; en cambio encontramos en la sala una

mujer joven y guapa, paseándose de un lado á otro con un niño, al parecer de dos años, á quien llevaba de la mano. El vivaracho semi-amoroso reprendióla duramente, diciéndole que se marchase al instante, que allí nada tenía que hacer.

—¡Es muy duro que me echés!—repuso ella: el niño no está contento en casa cuando tú estás fuera; y de seguro estos señores me permitirán tranquilizarlo con tu presencia.

El marido no se dejó ablandar, antes trató de echarla; el niño chillaba en la puerta de la manera más lastimosa, y al fin tuvimos que pedir en serio que se quedase la linda mujercita.

Puestos en guardia por el inglés, no era difícil ver la trama de la comedia.

Hicimos los novatos, los inocentes, y en cuanto á él, representaba á maravilla su papel de padre tierno; el niño estaba en su compañía contentísimo; sin duda la fingida madre acabaría de pellizcarle detrás de la puerta.

Cuando el marido fué á llevar una carta de recomendación al capellán del Principe Biscari, quedóse con la mayor sencillez charlando grandemente, hasta que volvió anunciando que el Abate vendría al punto á darnos noticias en persona.

Catania, jueves, 3 de Mayo.

El Abate, que anoche vino á saludarnos, se presentó hoy temprano y nos llevó al palacio; es de un solo piso y está construido sobre un zócalo alto. Vimos primero el Museo, donde hay reunidas estatuas de mármol y de bronce, vasos y toda suerte de antigüedades de este género. Aquí hallamos de nuevo ocasión de extender nuestros conocimientos; pero lo que en particular fijó nuestra atención, fué un torso de Júpiter, del cual he visto en el taller de Tischbein una reproducción en yeso, y que es demasiado excelente para que yo pueda juzgarlo. Dábanos la explicación histórica necesaria un familiar de la casa, y de allí pasamos á un salón grande y alto de techo. Las muchas sillas arrimadas á las paredes, mostraban cuánta gente se reunía á veces en él. Sentámonos esperando favorable acogimiento. A poco entraron dos señoras y se pusieron á pasear de arriba abajo, hablándose algunas veces. Cuando nos vieron, el Abate se puso en pie; yo lo mismo, y nos inclinamos. Pregunté quiénes eran, y supe que la más joven era la Princesa, y la otra una señora de la nobleza de Catania. Habíamos vuelto á sentarnos; ellas seguían de arriba abajo, paseando como podría hacerse en una playa.

Condujéronnos á la presencia del Príncipe, el cual, según me habían prometido, nos mostró su monetario particular, prueba de confianza; pues á causa de haberlo enseñado su señor padre y después él, les habían

faltado muchas piezas, y esto disminuyó, en cierta medida, su acostumbrada complacencia. Ahora puedo mostrarme algo más conocedor, pues me instruyera viendo la colección del Príncipe de Torremuzza. He aprendido más, y me he ayudado de aquel hilo duradero de Winkelmann, que nos guía tan bien á través de las diferentes épocas del Arte. El Príncipe, muy instruído en tales cosas, viendo no expertos, pero sí aficionados atentos, nos dió, de buena voluntad, cuantas explicaciones le pedimos.

Después de dedicar á ver tales cosas mucho tiempo, aunque todavía no fué bastante, estábamos en la idea de marcharnos, cuando nos llevó á las habitaciones de su señora madre, donde están los objetos de Arte de pequeño volumen.

Encontramos una señora distinguida, noble y natural, que nos recibió con las palabras siguientes:

—Miren ustedes cuanto gusten, señores. Aquí encontrarán todo conforme lo había reunido y ordenado mi difunto marido. Agradezco esto á la piedad filial de mi hijo, que no solamente quiere darme sus mejores habitaciones, sino que prohíbe salga ni cambie de lugar nada de lo que su buen padre adquirió y arregló; y así tengo la doble ventaja de vivir de la manera á que estuve tantos años acostumbrada, y ver y tratar los extranjeros de mérito y distinción que vienen, desde tan lejos, á ver nuestros tesoros.

Ella misma nos abrió el armario de cristal donde se conservan los trabajos en ambar. El de Sicilia se dife-

rencia de él del Norte en que pasa, desde el color transparente y opaco de la cera y de la miel, por todos los matices de un amarillo oscuro, hasta el más hermoso jacinto rojo.

Había varias copas y otros objetos hechos de esta materia, lo cual hace suponer pedazos grandes dignos de admiración. En estos objetos, en conchas labradas que preparan en Trápani, en fin, en trabajos de marfil muy escogidos, tenía la señora puesto todo su gusto, contando historias muy discretas á propósito de muchos objetos. El Príncipe llamaba la atención sobre los más serios, y así pasaron algunas horas instructivas y agradables.

Mientras tanto supo ella que éramos alemanes, y preguntó por Riedesel, Bartels y Múnter, á todos los cuales conocía, cuyo carácter y manera de ser ha sabido distinguir y apreciar dignamente. Nos separamos de la Princesa á disgusto, y con disgusto pareció vernos marchar. Estos Estados insulares tienen siempre algo de solitarios, y sólo los sostiene y anima interés pasajero.

Después, el eclesiástico nos llevó al convento de Benedictinos y á la celda de un hermano de mediana edad, que á causa de su aspecto triste y ensimismado, ofrecía poco alegre conversación. Era, sin embargo, el hombre ingenioso, único que podía dominar el enorme órgano de esta iglesia. Adivinando, mejor que oyendo, nuestros deseos, los satisfizo en silencio. Nos fuimos á la muy espaciosa iglesia, que, preparando el magnífico

instrumento, llenó hasta los últimos rincones, alternativamente, el más ligero soplo y los más poderosos sonidos.

Quien no hubiese visto al hombre, creería que era un gigante el que usaba tal fuerza; conociéndolo, se admiraba que no hubiese sido vencido, desde largo tiempo, en aquella batalla.

En seguida de comer vino el Abate en carruaje, porque quería enseñarnos la parte más lejana de la ciudad. Al montar, medió una disputa de etiqueta muy curiosa. Yo subí primero y tomé la izquierda; él, subiendo á su vez, pidió resuelto que cambiase de lugar y lo dejase sentarse á mi izquierda; roguéle que se dejase de esas ceremonias.

—Perdone usted—dijo—y deje que nos sentemos de este modo. Pues si yo me pongo á su derecha, cualquiera creerá que voy en su coche de usted; pero si me siento á su izquierda, ya se comprende que usted viene en el coche mío, es decir, en el del Príncipe, en cuyo nombre enseño á usted la ciudad.

Contra eso no había nada que oponer y se hizo conforme deseaba.

Hemos subido por las calles donde la lava, que en 1669 destruyó gran parte de la ciudad, todavía es visible. Como otra roca cualquiera, han labrado el torrente de fuego endurecido. Sobre él se trazaron calles y se empezaron construcciones. Rompí un pedazo, induda-

blemente fundido, acordándome que, antes de mi salida de Alemania, ya se había encendido la disputa acerca de la naturaleza volcánica del basalto. Lo mismo hice en diferentes sitios, á fin de tener muchas variedades.

Mas si los mismos naturales no fuesen amigos de su país, y no se tomasen el trabajo, en provecho propio ó por amor á la ciencia, de recoger y reunir cuanto hay notable en su localidad, el viajero se molestaría largo tiempo en vano. En Nápoles, los comerciantes de lava me prestaron muchos servicios; aquí me los prestó, en sentido mucho más elevado, el caballero Gioeni. En su rica colección, dispuesta con mucha elegancia, vi lavas del Etna, basaltos de los encontrados á su pie, con sus transformaciones más ó menos visibles, enseñado todo de la manera más amistosa. Admiré en particular las zeolitas extraídas de las escarpadas rocas que están en la mar, debajo de Yaci.

Freguntándole al caballero de qué medios podría uno valerse para subir al Etna, no quiso ni oír hablar de una tentativa de ir á la cumbre, especialmente en esta época del año.

—En general—dijo después de haber pedido perdón por su atrevimiento,—los extranjeros que vienen aquí, ven la cosa como lo más fácil del mundo. Nosotros, los vecinos de la montaña, nos contentamos si un par de veces en nuestra vida, aprovechando las circunstancias más favorables, podemos llegar á la cima. *Baydone*, el primero que con sus descripciones avivó la afición á

este volcán, no subió siquiera á él. El conde Bosch deja al lector en la incertidumbre, y tampoco pasó de cierta altura. Y lo mismo podría decir de muchos. En el momento, la nieve se extiende demasiado y presenta obstáculos insuperables. Si quieren ustedes seguir mi consejo, mañana temprano subirán á caballo al monte Rosso; desde aquella altura gozarán magnífica vista y podrán observar, al mismo tiempo, la lava antigua, que brotó de allí en 1669, corriendo desgraciadamente hacia la ciudad. La vista es soberbia y distinta; el resto, vale más que se lo cuenten á uno.

Catania, viernes, 4 de Mayo.

Siguiendo el buen consejo, nos pusimos hoy de madrugada en camino. Montados en nuestras mulas y mirando de continuo hacia atrás, llegamos á la región donde todavía el tiempo no ha dominado las lavas. Encontramos masas endurecidas, dentadas ó mesas, entre las cuales los animales se procuraban paso conforme podían. Detuvimos en la primera altura considerable. Kniep dibujó, con mucha precisión, lo que estaba en la montaña delante de nosotros; en primer término, las masas de lava; el doble pico del monte Rosso á la izquierda; exactamente enfrente, sobre nosotros, los bosques de Nicolossi, de los cuales salía el nevado pico, algo fumante. Nos acercamos más al monte Rosso, y yo

blemente fundido, acordándome que, antes de mi salida de Alemania, ya se había encendido la disputa acerca de la naturaleza volcánica del basalto. Lo mismo hice en diferentes sitios, á fin de tener muchas variedades.

Mas si los mismos naturales no fuesen amigos de su país, y no se tomasen el trabajo, en provecho propio ó por amor á la ciencia, de recoger y reunir cuanto hay notable en su localidad, el viajero se molestaría largo tiempo en vano. En Nápoles, los comerciantes de lava me prestaron muchos servicios; aquí me los prestó, en sentido mucho más elevado, el caballero Gioeni. En su rica colección, dispuesta con mucha elegancia, vi lavas del Etna, basaltos de los encontrados á su pie, con sus transformaciones más ó menos visibles, enseñado todo de la manera más amistosa. Admiré en particular las zeolitas extraídas de las escarpadas rocas que están en la mar, debajo de Yaci.

Freguntándole al caballero de qué medios podría uno valerse para subir al Etna, no quiso ni oír hablar de una tentativa de ir á la cumbre, especialmente en esta época del año.

—En general—dijo después de haber pedido perdón por su atrevimiento,—los extranjeros que vienen aquí, ven la cosa como lo más fácil del mundo. Nosotros, los vecinos de la montaña, nos contentamos si un par de veces en nuestra vida, aprovechando las circunstancias más favorables, podemos llegar á la cima. *Baydone*, el primero que con sus descripciones avivó la afición á

este volcán, no subió siquiera á él. El conde Bosch deja al lector en la incertidumbre, y tampoco pasó de cierta altura. Y lo mismo podría decir de muchos. En el momento, la nieve se extiende demasiado y presenta obstáculos insuperables. Si quieren ustedes seguir mi consejo, mañana temprano subirán á caballo al monte Rosso; desde aquella altura gozarán magnífica vista y podrán observar, al mismo tiempo, la lava antigua, que brotó de allí en 1669, corriendo desgraciadamente hacia la ciudad. La vista es soberbia y distinta; el resto, vale más que se lo cuenten á uno.

Catania, viernes, 4 de Mayo.

Siguiendo el buen consejo, nos pusimos hoy de madrugada en camino. Montados en nuestras mulas y mirando de continuo hacia atrás, llegamos á la región donde todavía el tiempo no ha dominado las lavas. Encontramos masas endurecidas, dentadas ó mesas, entre las cuales los animales se procuraban paso conforme podían. Detuvimos en la primera altura considerable. Kniep dibujó, con mucha precisión, lo que estaba en la montaña delante de nosotros; en primer término, las masas de lava; el doble pico del monte Rosso á la izquierda; exactamente enfrente, sobre nosotros, los bosques de Nicolossi, de los cuales salía el nevado pico, algo fumante. Nos acercamos más al monte Rosso, y yo

subi. Compónese en totalidad de escombros volcánicos rojos, cenizas y piedras amontonadas. Con facilidad hubiera podido andar alrededor de la boca si un fuerte viento del Este no hiciese los pasos inseguros. Si quería andar algunos, tenía que dejar la capa; á cada momento estaba el sombrero en peligro de caer al crater, y yo detrás. De consiguiente, me senté á fin de repormerme y ver el paisaje. Tampoco me valió tal postura. El huracán venía precisamente del Este, por cima del magnífico país que se extendía á mis pies, cerca y lejos, hasta el mar. Veía delante la vasta playa que se desarrolla entre Messina y Siracusa con sus recodos y ense-nadas, ya por entero descubiertas, ya algo ocultas por las rocas de la orilla. Luego de bajar, aturdido, vi que Kniep empleara muy bien su tiempo mirando y fijando, mediante líneas delicadas, en el papel, cuanto el brusco huracán me permitiera ver apenas, para cuanto más conservar en la memoria.

Vueltos de nuevo á la boca del león, encontramos al que se daba por criado, al cual, con mucho trabajo, habíamos impedido seguirnos. Alabó que no hubiésemos subido á la cima; mas propuso, con mucho interés, para el día siguiente, un paseo por mar á las rocas de Yaci; era la partida de recreo más hermosa que se podía hacer en Catania. Se llevaban las provisiones y los chismes necesarios para hacer algo caliente; la mujer ofreció encargarse de este negocio; recordaba con alegría la expedición de ingleses que se habían hecho seguir de una barca con música, espectáculo delicioso, superior

á todo. Estas peñas de Yaci me atraían muchísimo; tenía gran deseo de sacar de ellas tan hermosas zeolitas como viera en casa del caballero Gioeni. Podía arreglarse la cosa desechando la compañía de la mujer. Pero el espíritu avisador del inglés pudo más; renunciamos á las zeolitas; no nos parece pequeña nuestra moderación.

Catania, sábado, 5 de Mayo de 1787.

Nuestro acompañante eclesiástico no se cansó. Llevónos á ver restos de arquitectura antigua, para los cuales el observador necesita poseer gran talento de restaurador. Enseñan restos de depósitos de agua de una *Naumaquia* y otras ruinas del mismo género, pero que á causa de las muchas destrucciones de la ciudad, que motivaron las lavas, los terremotos y las guerras, están cubiertas ó hundidas, hasta el punto que no ofrecen gusto ni enseñanza, sino al conocedor peritísimo en arquitectura antigua.

El Pater nos dispensó de otra visita á casa del Príncipe, y nos separamos con expresiones de gratitud y amistad por ambas partes.

Taormina, domingo, 6 de Mayo.

Gracias á Dios porque cuanto vimos hoy está suficientemente descrito; pero más aún porque Kniep se ha propuesto dibujar, allá arriba, mañana, todo el día.

Después de subir la muralla de rocas que se alza no lejos de la mar, se encuentran dos cumbres unidas por un semicírculo. Cualquiera que fuese su forma natural, el Arte la ha ayudado, formando un Anfiteatro para los espectadores. Murallas y otras construcciones de ladrillo añadieron las salas y corredores necesarios. Al pie del escalonado semicírculo construyeron el escenario que cierra los dos peñascos, y concluye la obra más enorme de la Naturaleza y del Arte.

Sentándose donde en otro tiempo los espectadores más altos, preciso es confesar que nunca público alguno vió en ningún teatro semejantes objetos delante de sí. A la derecha, sobre altas rocas, se elevan castros; más abajo está la ciudad, y aunque estas construcciones son modernas, para los antiguos existían otras en igual sitio. Después, la mirada recorre todas las crestas de la larga cadena del Etna; á la izquierda, la orilla del mar hasta Catania, y aun hasta Siracusa. Luego cierra la enorme montaña fumante el amplísimo cuadro, pero no de modo aterrador; que la atmósfera atenuadora la hace parecer más lejana y más suave de lo que es.

Si desde este espectáculo se vuelve uno á mirar por los corredores que dispusieron á la espalda del espec-

tador, se ve á la izquierda toda la muralla de rocas, y entre ésta y la mar, serpenteando, el camino de Messina. Grupos y masas de rocas en la mar misma. La costa de Calabria, allá muy lejos, apenas se distingue de las nubes que suavemente se levantan encima.

Bajamos al teatro y nos detuvimos en aquellas ruinas, donde un hábil arquitecto debería tratar de probar su talento de restauración, á lo menos en el papel. Enseguida emprendimos la tarea de buscar un sendero que nos llevase á la ciudad, á través de los jardines. Mas hubimos de aprender lo impenetrable que es un seto de aloes. Pasa uno con la mirada entre las hojas, y cree que puede pasar también con el cuerpo; pero las fuertes espigas de los bordes son obstáculos sensibles. Si subimos sobre una hoja colosal esperando que podrá sostenernos, se rompe de repente, y en vez de encontrarnos en libertad, caemos en los brazos de otra planta vecina. Al fin logramos desenredarnos de tal laberinto; tomamos en la ciudad algún alimento, pero no pudimos decidarnos á dejar aquel sitio antes de ponerse el sol. Era hermosísimo observar cómo iba sumergiéndose poco á poco en las tinieblas aquella comarca tan notable en todos sus puntos.

Bajo Taormina, á orillas del mar.

Nunca podré alabar demasiado á Kniep, que me ha enviado mi buena fortuna, porque me alivia de un peso

que no podría llevar, y me devuelve á mi propio natural. Ha subido á pintar arriba, al pormenor, lo que vimos de pasada. Muchas veces tendrá que afilar sus lápices, y no sé cómo se arreglará. Hubiera podido volver á ver todo eso. Primero quise subir; luego, me dió más gusto quedarme aquí. Busco lo estrecho, como los pájaros que quieren construir su nido. Heme sentado sobre ramas de naranjo, en la mala y descuidada huerta de un paisano, sumergiéndome en mis fantasías. Ramas de naranjo donde se sienta un viajero; esto suena de manera algo extraña. Pero se encuentra natural al saber que el naranjo, abandonado á sí mismo, echa brotes encima de la raíz, que luego conviértense en ramas.

Y así me senté pensando en hacer del plan de Nausica un resumen dramático de la Odisea. No juzgaba la cosa imposible; sólo necesitaba ver clara la separación fundamental del drama y de la epopeya. Kniep, muy contento, ha bajado para traerme dos enormes pliegos perfectamente dibujados. Los terminará para mí, como eterno recuerdo de este día espléndido.

No debe olvidarse que estábamos contemplando tan hermosa orilla bajo un cielo purísimo, desde un pequeño balcón, viendo rosas y oyendo ruiseñores que, según nos aseguran, cantan aquí seis meses seguidos.

De mis recuerdos.

La presencia y actividad de un habil artista y mis propios trabajos, aunque más débiles, me daban la seguridad de conservar, en bocetos y dibujos acabados, lo más interesante del país en general y de los detalles. Así, entreguéme de lleno á un deseo que, poco á poco, aumentaba, y no era otro sino vivificar, mediante figuras poéticas y nobles, aquel bellissimo conjunto que me rodeaba; la mar, las islas, los puertos, y formar en este lugar, y de él mismo, una composición, en sentido y tono diferentes á todas mis obras. La pureza del cielo, la brisa de la mar, el vapor que confunde en un mismo elemento la mar, las montañas y el cielo, todo ello alimentó mis proyectos, y mientras paseaba en aquel hermoso jardín público de Palermo, entre setos de laurel florido, bajo enramadas bóvedas de naranjos y limoneros con fruta, y entre otras flores y arbustos que me eran desconocidos, sentía el influjo extranjero de la manera más agradable.

Conveníame que era el mejor comentario de la Odisea esta viva Naturaleza que me rodeaba; procuréme un ejemplar y lo lei, á mi manera, con increíble interés. Mas en breve me sentí impulsado á producir yo mismo una obra. Y tal idea, pareciendo al principio muy extraña, fué haciéndoseme más y más grata, hasta que, al fin me dominó enteramente; y no fué otra sino tratar como tragedia el asunto de Nausica.

No me es posible juzgar lo que haría de ello; pero pronto me conformé conmigo mismo respecto del plan. La idea principal era representar á Nausica, excelente doncella, muy solicitada, que no manifestaba ninguna inclinación, tratando hasta ahora de alejar á todos sus adoradores; mas conmovida por un singular joven extranjero, sale de su indiferencia, y comprométese, dando á conocer, imprudente, sus preferencias, lo que hace la situación completamente trágica. Realzarían tan sencilla fábula, motivos subalternos en cuanto á su riqueza, y en especial el carácter insular y marítimo que dominaría en la ejecución.

Comienza el primer acto con el juego de pelota; viene luego el conocimiento inesperado, y el escrúpulo de no llevar siquiera el extranjero á la ciudad, es ya indicio precursor de la inclinación.

El segundo acto representa la casa de Alcinous y el carácter de los pretendientes: termina con la entrada de Ulises.

El tercero dedicase entero á hacer resaltar el carácter del aventurero, y yo esperaba hacer algo artístico y grato de la narración dialogada de sus aventuras, que aprecian de muy diversa manera los diferentes espectadores. Durante el relato crecen las pasiones, y el vivo interés de Nausica hacia el extranjero se evidencia, al fin, en la acción y en la reacción.

En el cuarto acto Ulises prueba su valor fuera de la escena, mientras las mujeres se quedan y dan libre curso á la predilección, á la esperanza y á todos los

sentimientos delicados. En vista de las grandes ventajas que lleva el extranjero, se contiene Nausica todavía menos, y se compromete irrevocablemente con sus conciudadanos. Ulises, medio culpable, medio inocente de todo esto, debe, al fin, confesar sus intenciones de partir, y á la buena joven no le queda otra cosa que hacer sino buscar la muerte en el quinto acto.

No había nada en tal composición que no hubiese podido pintar del natural, según mi propia experiencia.

Viajero y corriendo el riesgo de despertar inclinaciones que, si bien no tendrían fin trágico, podrían ser dolorosas, peligrosas y nocivas. Encontrándome en el caso, á tan larga distancia de mi patria, de poder contar aventuras de viaje y sucesos de mi vida con vivos colores, de ser tenido por la juventud como semidios, por las personas reposadas como un charlatán. Obtener más de un favor inmerecido, sufrir más de un obstáculo inesperado: todo me aficionaba tanto á este plan, á este proyecto desde mi estancia en Palermo, que la mayor parte de mi viaje en Sicilia la pasé soñando con él. Así sentí muy poco todas las incomodidades, porque me encontraba sobre el nido clásico por excelencia, con disposiciones poéticas en las cuales todo lo que pasé, todo lo que ví, lo que observé y lo que me aconteció, todo lo recibí y lo conservé en mi alma con un sentimiento de complacencia.

Según mi costumbre, loable ó no loable, escribí poco, ó no escribí nada de ello; pero trabajé la mayor parte hasta en sus menores detalles en mi mente, donde ya

29392

UNIVERSIDAD DE LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Calle 1625 MONTERREY, MEXICO

pesar de todas las distracciones sucesivas, se quedó guardado hasta que ahora evoco un recuerdo pasajero.

Camino de Messina, martes, 8 de Mayo.

A la izquierda se ven altas rocas calizas, coloréanse y forman golfos muy bonitos; después sigue una suerte de piedra que podría llamarse esquisto arcilloso ó asperón gris. En los arroyos se encuentran ya cantos graníticos. Las manzanas amarillas de los solanos, las flores del laurel rosa, alegran el país. El río Niso trae esquisto micáceo, lo mismo que los otros riachuelos.

Asaltados por el viento del Este, navegamos entre la gruesa mar á la derecha, y las murallas de rocas que vimos antes de ayer desde arriba; este día se pasó en batalla con el mar. Atravesamos innumerables riachuelos, entre los cuales, uno más grande, *El Niso*, lleva el honroso título de río. Pero estas aguas, al igual de las piedras que arrastran, eran más fáciles de dominar que el mar fuertemente tormentoso que en muchos sitios rompía delante de nuestro camino hasta las peñas, cayendo de rechazo el agua sobre los viajeros. Era cosa soberbia que sucedía raras veces, y por verla soportábamos la incomodidad.

Al mismo tiempo, no podía dejar de hacer observaciones mineralógicas. Las enormes rocas calizas, al descomponerse, van deshaciéndose, y las partes blandas son arrastradas por el movimiento de las olas, persistiendo las fuertes, y así toda la playa está cubierta con piritas de colores de la naturaleza de la piedra córnea, de las cuales hemos recogido muchos ejemplares.

Llegamos á Messina, y no teniendo otra proporción, nos acomodamos la primera noche en el alojamiento del *vetturino*, para buscar al día siguiente uno mejor. Esta resolución nos dió, ya al entrar, la idea terrible de una ciudad devastada; pues anduvimos saltando de escombros en escombros un cuarto de hora, antes de llegar al mesón, que era lo único en todo este barrio reconstruido, y no presenta desde la ventana del piso superior sino un desierto herizado de ruinas. Fuera del circuito de esta cuadra, no había rastros ni de hombres ni de animales: era imponente el silencio de la noche. Las puertas no se cerraban con llaves ni con pestillos. Estaban tan poco preparados para recibir huéspedes humanos, como en otras partes para alojar caballos; y sin embargo, dormimos tranquilamente sobre un colchón que el servicial *vetturino* sacó á fuerza de discursos, de debajo del cuerpo del posadero.

Messina, miércoles, 9 de Mayo.

Hoy nos hemos separado del excelente guía. Una buena propina recompensó sus diligentes servicios. Nos despedimos amistosos, habiéndonos él previamente procurado un criado que nos debe conducir á la mejor hospedaría, y enseñarnos lo notable de Messina. El huésped, en su deseo de verse libre de nosotros, ayudó á transportar de prisa nuestros cofres y efectos á una vivienda agradable, cerca de la parte animada de la ciudad, es decir, fuera de ella misma. El estado de las cosas es el siguiente. Después de la terrible desgracia de Messina, en la que murieron doce mil personas, quedaron, sin tener donde guarecerse, las treinta mil restantes; la mayor parte de las casas vinieron á tierra, y las agrietadas paredes de las otras no ofrecían seguridad. A toda prisa levantaron entonces, al Norte de Messina, en una gran llanura, una ciudad de madera, de la cual puede hacerse, por de pronto, una idea el que cruce, en tiempo de ferias, el Römerberg de Francfort y la plaza de Leipzig; pues todos los talleres y tiendas están abiertos hacia la parte de la calle, y muchas cosas se hacen fuera. Hay muy pocos edificios grandes cerrados, y aún éstos descuidadamente, porque los habitantes pasan mucho tiempo al aire libre. Así viven hace tres años, y esta existencia de barracas, chozas y hasta tiendas de campaña, ha influido de manera decisiva en el carácter de los ciudadanos. El horror de aquel espantoso acontecimiento; el miedo de que pueda ocu-

rrir otro semejante, les impulsan á gozar del bienestar del momento, con espíritu alegre y descuidado.

Renovóse el temor de nueva desgracia el 21 de Abril, es decir, hace próximamente veinte días, un sacudimiento notable conmovió el suelo. Nos enseñaron una iglesia pequeña, donde una porción de personas allí reunidas sintió el sacudimiento. Algunas parece no se han repuesto todavía del susto.

Sirviéndonos de guía para ver y considerar estos objetos un amable cónsul, tomándose por nosotros espontáneamente muchos trabajos, más de agradecer en este desierto de ruinas que en cualquiera otra parte. Al mismo tiempo, sabiendo que deseábamos marchar pronto, nos puso en comunicación con el capitán de un buque mercante que debía darse á la vela para Nápoles. Esto era para nosotros doblemente satisfactorio; pues la bandera blanca nos daba seguridades contra los piratas.

Apenas habíamos hecho conocer al excelente guía nuestro deseo de ver por dentro la disposición y arreglo provisional de una de aquellas grandes barracas de un solo piso, cuando se nos unió un hombre muy agradable que conocimos era maestro de francés, y al cual, una vez terminado el paseo, manifestó el cónsul nuestro deseo, rogándole nos llevase á su casa y presentase á su familia.

Entramos en la vivienda, construída y cubierta de tablas; la impresión fué igual á la que producen aquellas barracas de feria donde se enseñan por dinero fieras

y otras cosas raras: la armazón de las paredes y del techo era visible; una cortina verde separaba la parte interior, sin suelo de madera, sino tierra, como una era; mesas y sillas componían el mueblaje, y daban luz al local, por arriba, las aberturas casuales de las tablas. Hablamos algún tiempo, y yo estaba mirando á las viguetas visibles del techo y á la cortina, cuando por encima de ella salieron de repente dos preciosísimas cabezas de muchachas curiosas, con ojos y pelo negros; en cuanto observaron que habian sido vistas, desaparecieron como el relámpago. Sin embargo, á ruegos del cónsul, pasado el tiempo necesario para componerse, volvieron á aparecer, muy bien arregladas, con sus graciosos corpiños y sus vestidos de colores; destacaban á maravilla sobre la cortina verde. En sus preguntas pudimos advertir que nos creían seres medio fabulosos pertenecientes á otro mundo, y nuestras respuestas debieron afianzarlas en este loable error. Describiéles el cónsul, en tono humorístico, la maravilla de nuestra llegada; la conversación fué muy agradable, y difícil separarnos. Sólo delante de la salida se nos ocurrió que, al fin, no habíamos visto el interior de la casa, olvidándonos de la habitación por los habitantes.

Entre otras cosas díjome el cónsul que, aunque no era de imprescindible necesidad, le parecía bien visitásemos al gobernador, porque era un viejo muy singular, y por capricho ó por prevención, podía perjudicar

lo mismo que ser útil. Al cónsul le tomaba siempre á bien que le presentase extranjeros de distinción, y además, el forastero no sabía si tendría que necesitar del hombre. Yo, por dar gusto al amigo, fui con él.

Al entrar en la antesala oímos dentro ruido espantoso. Un correo con movimientos de polichinela, dijo al oído del cónsul: «¡Mal día, hora peligrosa!» Entramos, sin embargo, y encontramos el viejísimo gobernador vuelto de espalda á nosotros, sentado delante de una mesa, cerca de la ventana. Delante tenía gran montón de cartas amarillentas, de las que iba cortando, con gran cachaza, las hojas no escritas, lo cual nos daba á conocer su carácter económico. Durante tan pacífica ocupación, chillaba y echaba pestes contra un hombre de buena apariencia que estaba delante de él, y que, á juzgar por su traje, debía ser maltés, el cual, con mucha claridad de espíritu y precisión se disculpaba, los pocos momentos que podía hacerlo. El injuriado y vocceado trataba de la sospecha que el gobernador, al parecer, había concebido, á causa de verle llegar y partir muchas veces sin autorización. El hombre alegaba su pasaporte y sus relaciones con personas conocidas en Nápoles. Pero no bastaba; el gobernador rompía sus cartas viejas, ponía aparte cuidadosamente el papel blanco, y seguía vociferando.

Además de nosotros estaban en pie unas doce personas formando ancho círculo, como testigos de tal combate de fieras, envidiándonos, de seguro, el sitio de la puerta como muy estratégico, para el caso de que el

furioso, levantando el bastón de cayado, se pusiese á dar palo de ciego. La cara del cónsul habíase alargado considerablemente con esta escena; á mi me consolaba la proximidad del bufonesco correo, el cual, fuera del dintel de la puerta y detrás de mí, cada vez que yo le miraba, hacía toda clase de farsas á fin de tranquilizarme, como si aquello no tuviese importancia alguna.

Y en efecto, este tremendo negocio se desembrolló de manera bien nimia. El gobernador decidió que, aunque nadie le impedía coger al intruso y encerrarlo para que pataleara en la cárcel, esta vez pasaría; que estuviese dos días en Messina, y luego hiciese su equipaje, marchándose para no volver nunca. Con toda tranquilidad, sin cambiar de expresión, hizo el hombre su reverencia; saludó cortesmente á todo el mundo, y á nosotros en particular, puesto que tuvo que separarnos para llegar á la puerta. El gobernador, al volverse encolerizado chillando todavía, nos vió; contúvose al instante, hizo una seña con la cabeza al cónsul, y nos acercamos á él.

Era hombre de mucha edad; la cabeza inclinada, cejas grises herizadas y ojos negros muy profundos; enteramente metamorfoseado, mandóme sentar á su lado, y sin abandonar su negocio, me hizo varias preguntas, á las que respondí: al último me dijo que estaba convidado á su mesa todo el tiempo que permaneciese aquí. El cónsul, contento como yo, ó más todavía, porque conocía mejor el peligro de que habíamos librado,

bajó volando las escaleras, y yo perdi todo deseo de volver á ver de cerca la cueva del león.

Messina, jueves, 10 de Mayo.

Nos despertamos en mejor vivienda y con sol claro, pero en la misma desdichada Messina. No puede ser más desagradable la vista de la llamada Palazzata, fila semicircular de palacios que rodean y dibujan la rada, en la extensión de un cuarto de legua. Todos eran edificios de piedra, de cuatro pisos, de los cuales muchas fachadas se conservan todavía hasta el entablamento; otros han venido abajo hasta el piso tercero, segundo ó primero, de manera que aquella ostentosa antigua línea aparece ahora desagradablemente agujereada y agrietada, y el azul del cielo brilla á través de casi todas las ventanas. La parte interior de las casas cayó en ruinas.

La causa de fenómeno tan singular es que los vecinos menos ricos, queriendo igualar el lujo arquitectónico de los opulentos, ocultaron sus casas, hechas de cantos rodados más ó menos grandes y cal, detrás de fachadas nuevas de piedra tallada. Semejante construcción, de suyo insegura, la quebrantó y la desmenuzó el tremendo sacudimiento, y cuéntase entre tan gran desastre la salvación de algunas, de maneras tan raras como la siguiente: Un habitante de estos edifi-

cios entróse en los momentos de angustia en el hueco de una ventana; la casa se desplomó detrás de él, y así salvado, hubo de esperar tranquilamente, en su prisión aérea, al momento en que fueran á sacarlo de las alturas.

Que la culpa de la total ruina de la ciudad la tenga aquella mala construcción, que dependía de la falta de piedra en las cercanías, lo prueba la persistencia de los edificios sólidos. El colegio y la iglesia de los jesuitas, construidos de buenas piedras de talla, están todavía incólumes, en su primitiva solidez. Sea como quiera, la vista de Messina es de lo más penoso, y recuerda los antiguos Sicanos y Siculos, que abandonaron este suelo inestable y se fueron á establecer en la costa occidental.

Así pasamos la mañana. Luego fuimos á la hospedería á comer frugalmente, y estábamos todavía juntos y sentados muy á gusto, cuando el criado del cónsul entró corriendo y sin aliento en la habitación, anunciándome que el gobernador me hacía buscar por toda la ciudad, porqué habiéndome convidado á comer, no parecía. El cónsul me rogaba, con las mayores instancias, que me presentase al punto, hubiese ó no hubiese comido, ya fuese olvido ó propósito deliberado haber dejado pasar la hora. Entonces comprendí la inconcebible ligereza con que había arrojado del pensamiento el convite del ciclope, contento de haberme escapado la primera vez. El criado no me dejó vacilar. Sus amonestaciones eran las más apremiantes y las

más concluyentes. El cónsul se exponía á que aquel despota furioso se lo pusiese á él y á todo el pueblo por montera.

Mientras tanto, puestos en orden mis cabellos y mi traje, y armándome de valor, seguí animoso á mi guía, invocando á mi patrón Ulises y pidiéndole intercediese por mí con Pallas Atenæa.

Llegados á la cueva del león, introdujome el alegre correo en un gran comedor, donde cuarenta personas próximamente estaban sentadas alrededor de una mesa ovalada, sin que se oyese el menor ruido. El sitio á la derecha del gobernador, estaba vacío: el correo me lo indicó.

Después de haber saludado al señor de la casa y á los convidados con una reverencia, sentóme y disculpé mi falta de asistencia con lo grande de la ciudad y el error en que muchas veces me había hecho caer la diferente manera de contar las horas. Él, con mirada encendida, replicó que en el extranjero deberíamos informarnos de las costumbres establecidas y conformarnos á ellas. Respondí que eso era precisamente lo que trataba de hacer en todo tiempo; pero con los mejores propósitos, cuando uno llega á un sitio nuevo, donde no tiene relaciones, cae en faltas imperdonables, si no tuviese que alegar, en su disculpa, el cansancio del viaje, la distracción de los objetos nuevos, los cuidados de procurarse buen albergue y los de la continuación del viaje.

Acerea de ello preguntóme cuánto tiempo pensaba

permanecer en Messina. Contestéle que mi deseo sería estar mucho, para probarle con el perfecto cumplimiento de sus órdenes y mandatos, mi agradecimiento por el favor recibido. Después de un momento de silencio, volvió á preguntar qué había visto en Messina. Contestéle, en pocas palabras, cómo empleara la mañana, haciendo algunas observaciones, y añadí que lo que más llamara mi atención era la limpieza y el orden en las calles de esta ciudad destruida. Y en verdad, es de admirar cómo libraron de ruinas todas las calles, echando los escombros en el interior de los muros derruidos y colocando las piedras á lo largo de las casas, dejando así libres las calles para el tráfico y la circulación. De esta suerte pude lisonjear al honorable hombre con la verdad, asegurándole que todos los messineses reconocían serle deudores de aquel beneficio.

—¿Lo reconocen?—gruñó.—Pues bastante chillaron antes por la dureza con que había que tratarlos para su provecho.

Le hablé de vastos planes de gobierno, de miras elevadas, que no podían ser reconocidas y apreciadas hasta más tarde y de cosas semejantes. Preguntóme si había visitado la iglesia de los Jesuitas; respondí que no, á lo cual replicó enseguida que quería me la enseñasen con todas sus dependencias.

Durante esta conversación, interrumpida por algunas pausas, vi al resto de los convidados sumergidos en profundo silencio, sin hacer más movimientos que los precisos para llevar la comida á la boca. Y cuando

levantaron los manteles y sirvieron el café, quedaron como muñecos de cera alrededor de las paredes. Me dirigí al capellán de la casa, que debía enseñarme la iglesia, á fin de darle gracias anticipadas por su molestia. Él se esquivó, asegurando, humilde, que sólo tenía presente las órdenes de su Excelencia. Enseguida hablé á un joven extranjero sentado á mi lado y aunque francés, no parecía tampoco tenerlas todas consigo, pues estaba callado y tieso como toda la sociedad, entre la cual vi muchas caras que habían asistido ayer pensativas á la escena del caballero maltés.

Alejóse el gobernador y de allí á poco vino á decirme el eclesiástico que era hora de que nos fuéramos: le seguí; el resto de la compañía, chito, chito, se había desvanecido ya. Llevóme al pórtico de la iglesia de los Jesuitas, que, según la arquitectura conocida de estos padres, se alzaba suntuoso y realmente imponente. El llavero vino á nuestro encuentro, invitándonos á entrar; pero el cura me retuvo con la orden que teníamos de esperar al gobernador, que llegó pronto. Detúvose en la plaza, no lejos de la iglesia, y haciéndonos seña, nos fuimos los tres al lado de su coche. Ordenó al portero que, no solamente me enseñase la iglesia en todas sus partes, sino que me contase al pormenor la historia de los altares y de otras fundaciones; abriese la sacristía y llamase mi atención sobre cuanto notable encerraba, porque yo era persona á quien quería obsequiar, y era preciso fuese todos los motivos posibles para hablar bien de Messina en mi patria.

UNIVERSIDAD DE LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO TORRES"
CALLE DE MONTERREY, MEXICO

—No se olvide usted—dijo enseñada volviéndose á mí, con la sonrisa que sus facciones permitían,—no se olvide usted mientras permanezca aquí, de ser exacto á la hora de comer. Siempre será usted bien recibido.

No tuve tiempo de devolverle su cortesía, porque el coche se puso en movimiento.

Desde este momento el eclesiástico quedose más sereno. Disponíase el castellano, como bien podía llamarsele en aquel palacio encantado, arrebatado al servicio de Dios, disponíase á cumplir un deber tan premiosamente recomendado, cuando el Cónsul y Kniep, lanzándose de repente dentro de la iglesia solitaria, me abrazaron, expresando su vehemente alegría de volverme á ver cuando me creían en prisiones. En angustia mortal estuvieran hasta que el expedito correo, á quien sin duda pagara bien el Cónsul, contó, entre mil chuscadas, el feliz resultado de la aventura, llenando á los dos de alegría y sabiendo la atención del gobernador, fueron á buscarme á la iglesia.

Mientras tanto, nos paramos delante del altar mayor oyendo la explicación de las preciosidades antiguas, Columnas de lapizlázuli, con varitas de bronce dorado, imitando cancelones. Pilastras y entrepaños incrustados á la manera florentina; abundantes y soberbias ágatas de Sicilia; el bronce y el dorado, unido todo á cada paso.

Era una fuga de contrapunto muy notable la que resultaba: el Cónsul y Kniep hablando de lo comprome-

tido de la aventura, el otro haciéndome ver las preciosidades de aquella magnificencia, todavía muy bien conservadas y cada uno penetrado de su asunto, con lo cual yo tenía el doble gusto de sentir el valor de mi liberación feliz y, al mismo tiempo, ver empleados en la arquitectura los productos de las montañas de Sicilia, por los cuales me había tomado tanto trabajo.

El conocimiento claro de cada una de las partes de aquel fastuoso conjunto, me ayudó á descubrir que el llamado lapizlázuli de aquellas columnas no era otra cosa sino *Calcara*; pero de tan hermoso color como no lo he visto nunca y muy bien combinada. No por eso dejaban de tener mucho mérito; pues la cantidad de mineral extraído debió ser inmensa, para escoger pedazos tan hermosos é iguales de color. Luego el trabajo de corte, arrastre y pulimento, significa mucho; pero ¿qué no podrían vencer aquellos padres?

A todo esto, el Cónsul no cesaba de darme explicaciones acerca del peligro que me había amenazado. El gobernador, descontento de sí mismo y de que yo hubiese presenciado, al entrar, su conducta violenta con el casi maltés, determinó obsequiarme de modo especial, formando su plan, que sufrió un contratiempo con mi falta de asistencia. Después de mucho esperar, al sentarse á la mesa, el déspota no pudo ocultar su impaciencia y descontento, y á los convidados asaltóles el miedo de tener que aguantar una escena, ya fuese á mi llegada ó al terminar la comida.

Tratando el sacristán de volver á tomar la palabra,

abría armarios, secretos contruidos en buenas proporciones, adornados con decoro y hasta lujo. Había en ellos todavía algunos objetos de iglesia portátiles, relacionados al conjunto en cuanto á la forma y decorado. Nada vi de metales preciosos, ni tampoco obras artísticas de mérito, nuevas ni viejas.

Nuestra fuga italo-alemana — pues el Pater y el sacristán salmodiaban en la primera lengua, y Kniep y el Cónsul en la segunda — tocó á su término, cuando se nos unió un oficial que había visto á la mesa. Era de la escolta del gobernador y podía inspirar algún cuidado, mayormente al ofrecerse á llevarme al puerto, donde quería mostrarme puntos generalmente inaccesibles á los extranjeros. Mis amigos se miraron; pero yo no quise dejar de ir solo con él. Después de conversaciones indiferentes, comencé á hablarle en confianza, asegurándole haber advertido claro en la mesa los signos amigables de muchos comensales silenciosos, dándome á entender que no estaba solo entre extranjeros, sino más bien entre amigos y aun hermanos, sin tener, por lo tanto, nada que temer. Que consideraba deber mio darle gracias, y pedirle en cambio se las diese á los otros amigos. Contestó que, en efecto, trataban tanto más de tranquilizarme, cuanto el conocimiento del carácter de su jefe hacía que nada temiesen por mí. Una explosión como la del maltés era rara y el digno anciano se las echaba en cara y se guardaba mucho, viviendo cierto tiempo sin cuidarse de su oficio, hasta que al fin, sorprendido por un caso inespe-

rado, se abandonaba á nuevas violencias. El excelente amigo añadió que él y sus camaradas no deseaban otra cosa sino intimar conmigo, para lo cual debía yo tener la complacencia de darme más á conocer, siendo esta noche la mejor ocasión de ello. Excuséme cortesmente al deseo, rogándole perdonase un capricho mio, y era que, viajando, no quería me mirasen sino como un hombre cualquiera. Si en tal concepto podía despertar simpatías, me era muy grato y lo deseaba; entrar en otra clase de relaciones, me lo vedaban muchos motivos. No pretendí convencerle, pues no me atreví á decirle cuáles eran. Parecióme, sin embargo, muy notable la asociación, bella é inocente, que los hombres de buenas ideas han constituido bajo un régimen despótico, en defensa propia y de los extranjeros. No dejé de hacerle conocer que sabía sus relaciones con otros viajeros alemanes, extendiéndome sobre los fines loables que podían alcanzar y le maravilló, cada vez más, mi obstinación. Trató, empleando todos los medios posibles, hacerme salir de mi incógnito; pero no lo consiguió, en parte porque no quería, al escapar de un peligro, caer sin objeto en otro, y en parte porque conocía que las ideas de estos buenos insulares eran tan distintas de las mías, que trato más íntimo no podría darles ni gusto ni satisfacción. En cambio, á la noche, pasamos con el activo Cónsul, que se tomaba tanto interés por nosotros, algunas horas, que nos dieron más luces sobre la escena del maltés. No era un aventurero, pero sí un viajero inquieto. El gobernador, que pertene-

cia á una gran familia, respetado á causa de su seriedad y capacidad y apreciado por importantes servicios, tenia, sin embargo, fama de obstinación ilimitada, desenfrenada violencia y voluntad de hierro. Desconfiado, como todo viejo y déspota, más temeroso que convencido de tener enemigos en la corte, odia esas figuras que van y vienen y las toma en general por espías. Esta vez se le había atravesado la casaca colorada, cuando, después de un descanso regular, necesitaba volver á encolerizarse para descargar la bilis.

Messina y en el mar, 11 de Mayo.

Los dos nos despertamos con igual sentimiento de desagrado, por habernos decidido á emprender nuestro viaje de vuelta con el capitán francés, á consecuencia de la impaciencia que nos entró á la primera vista de la devastada Messina. Luego del término feliz de la aventura del gobernador, relacionados con hombres excelentes, sin necesitar otra cosa sino darme á conocer mejor, después de la visita á mi banquero, que vivía en el campo en un sitio delicioso, era de esperar mucho bueno, de una más larga residencia en la ciudad. Muy bien entretenido Kniep con un par de niñas bonitas, solo deseaba que durase mucho tiempo el antes detestado viento contrario. Sin embargo, la situación era incómoda; todo estaba empaquetado y nosotros preparados á partir

de un momento á otro. Llegónos el aviso á eso de mediodía, apresurámonos á ir á bordo y entre la mucha gente reunida en el muelle vimos á nuestro buen Cónsul, del cual nos despedimos agradecidos. También apareció por allí el correo amarillo, á cobrarse sus chistes. Recibió un aguinaldo y el encargo de anunciar nuestra marcha al gobernador, pidiéndole dispensase mi falta á su mesa.—El que se hace á la vela está disculpado!—y dando la vuelta con un salto singular, desapareció.

En el barco, todo lo encontramos muy diferente de la corbeta napolitana; pero al apartarnos de la ciudad, sólo nos ocupó la magnífica vista del círculo de palacios, la ciudadela, el monte que se alza detrás; al otro lado, la Calabria; más al Norte y al Sur, la vista franca del estrecho, que se extiende ceñido entre deliciosas orillas, á los dos lados. Habiendo admirado detenidamente todas estas cosas, hiciéronnos fijar, á regular distancia, á nuestra izquierda, cierto movimiento en el agua, y á la derecha, algo más cerca, una roca que se destacaba de la orilla. La primera es *Caribdis*, la segunda *Scila*. Con motivo de estos dos objetos notables, tan separados por la Naturaleza y tan próximos uno á otro, según la poesía, hanse quejado de la exageración de los poetas, sin pensar que la imaginativa de los hombres, en general, cuando quiere representarse objetos importantes, se los figura más altos que anchos, dando así á la imagen más carácter, severidad y dignidad. Mil veces he oído quejas de que un objeto

conocido por narración, no gusta cuando se ve en realidad; la causa es la misma siempre. La imaginación es á la realidad lo que la poesía á la prosa; aquélla se representa los objetos potentes y escarpados; ésta siempre extendiéndose en planicie. Los pintores de paisaje del siglo XVI, comparados á los nuestros, ofrecen el ejemplo más evidente. Un dibujo de *Yoducus Momper*, al lado de una silueta de *Kniep*, haría visible el contraste. En estas y semejantes razones nos entretenimos, puesto que las costas que *Kniep* se había dispuesto á dibujar, no le ofrecían tema bastante atractivo.

De nuevo me sentí atacado por la desagradable sensación del mareo y no atenuaba tal estado, como á la venida, cómoda separación; sin embargo, el camarote era capaz para recibir muchas personas, y no carecíamos de buenos colchones. Volví á tomar la posición horizontal, en la que *Kniep*, lleno de atenciones, me mantuvo con buen pan y vino tinto. En esta posición, todo nuestro viaje en Sicilia se me apareció con aspecto desagradable. Realmente no habíamos visto en todas partes sino el vano esfuerzo del hombre contra el poder de la Naturaleza, contra la dañina ruindad del tiempo y contra el odio de sus propias enemigas divisiones. Los Cartagineses, Griegos y Romanos y tantos otros pueblos después, edificaron y destruyeron. Selinunta fué arruinada metódicamente. No bastaron dos siglos para abatir los templos de Girgenti y sí sólo algunas horas ó quizás minutos, para perder á Catania

y Messina. Estas consideraciones, hijas del mareo, muy apropiadas á una persona agitada por los vaivenes de la vida, hube de rechazarlas, para que no se apoderasen de mí.

A bordo, sábado, 12 de Mayo.

Mi esperanza de llegar ahora más pronto á Nápoles ó de verme antes libre del mareo, ha salido fallida. Diferentes veces traté, sostenido por *Kniep*, de subir á cubierta; pero el goce de tanta belleza y de tanta diversidad, me estaba vedado; sólo algunos incidentes me hicieron olvidar mi desazón. Todo el cielo estaba cubierto de vapor nebuloso blanquecino, á través del cual, el sol, sin que uno pudiera distinguir su imagen, iluminaba la mar del azul celeste más hermoso que se puede ver.

Una tropa de delfines acompañaba nuestro buque; nadando y saltando, permanecían siempre á igual distancia. Me parece que desde lo profundo y á lo lejos, habían tomado el edificio flotante, que se les aparecía como un punto negro, por presa comible. Desde el barco no se les trataba como á gente de escolta, sino enemiga: uno fué alcanzado con un harpón, pero no pudieron izarlo á bordo.

El viento continuaba contrario, y el barco, para ganar algo, tenía que engañarlo dando bordadas en diver-

sas direcciones. La impaciencia que esto causaba aumentó cuando algunos viajeros experimentados aseguraron que ni el capitán ni el piloto entendían su oficio. El primero sólo era un mercader y el otro un marineró y no estaban en aptitud para responder de la vida de tantos hombres y de tantos bienes.

Rogué á estas excelentes personas que callasen sus inquietudes. El número de pasajeros era grande; entre ellos había mujeres y niños de diferentes edades, pues todos se habían aglomerado en el buque francés, sin pensar más que en la seguridad de la bandera blanca contra los piratas. Híciles presente que la desconfianza y el cuidado pondrían en la situación más penosa á cada uno de los que, hasta ahora, habían visto su salvación en el trapo sin armas ni colores.

Y realmente, entre el cielo y la tierra, este lienzo blanco es, como talismán seguro, un objeto muy notable. Conforme los que se van y los que se quedan se saludan agitando pañuelos blancos, y el signo de despedida despierta en ambas partes sentimiento tierno y amistoso, que sin esto no hubieran conocido, así se consagra el origen de la simple bandera blanca; es como si uno atase su pañuelo fuertemente á un palo, para anunciar á todo el mundo que viene un amigo por el mar.

Reconfortado de tiempo en tiempo con pan y vino, á disgusto del capitán, que quería comiese lo que había pagado, pude llegar á sentarme sobre cubierta y tomar parte en algunas distracciones. Kniep sabía animarme

no ponderando, según hiciera en la corbeta, las excelencias de la mesa, á fin de despertar mi envidia, sino al contrario, alabando mi suerte de no tener apetito.

Domingo 13 y lunes 14 de Mayo.

Así pasó la tarde, sin cumplirse nuestros deseos de entrar en el golfo de Nápoles. Más bien íbamos siempre empujados hacia el Oeste y el buque se acercaba á la isla de Capri, alejándose, cada vez más, del cabo Minerva. Todo el mundo estaba disgustado é impaciente; nosotros dos, que mirábamos el mundo con ojos de pintor, podíamos, en cambio, estar contentos; pues gozamos, á la puesta del sol, del espectáculo más soberbio que en todo nuestro viaje se nos ofreciera.

Cabo Minerva y las montañas cercanas se presentaban delante, vivamente coloridas y resplandecientes, mientras las rocas que se extendían al Sur habían tomado ya tintes azulados. Desde el cabo hasta Sorrento, toda la costa estaba iluminada. Veíamos el Vesubio, coronado de enorme nube de vapor, de la cual se extendía hacia el Este larga cinta, que podía hacernos presumir alguna fuerte explosión. Á la izquierda, Capri erguiase escarpada; á través del azulado vapor transparente, podíamos distinguir las formas de sus rocas. Bajo cielo completamente limpio de nubes, brillaba la mar tranquila, movida apenas, que al fin, en calma

completa, se extendía parecida á un estanque. Estábamos encantados. Kniep se afligía de que no fuese suficiente todo el Arte del colorido para reproducir aquella armonía, ni el más exquisito lápiz inglés y la mano más experta pudiesen copiar aquellas líneas. Mas yo, convencido de que un recuerdo, muy inferior á lo que este artista hábil podía producir, sería, en lo porvenir, de gran mérito, lo animé á que, por última vez, ejercitase los ojos y la mano; dejóse convencer é hizo uno de los dibujos más exactos, al que después dió color, quedando para ejemplo de que lo imposible es posible en la representación de las imágenes. Animados de la misma curiosidad observamos el paso del crepúsculo á la noche. Capri estaba ahora delante de nosotros en las tinieblas y con gran sorpresa nuestra vimos las nubes del Vesubio y la faja nebulosa encenderse gradualmente, y al fin una gran banda de la atmósfera en el fondo de nuestro cuadro quedó iluminada, y hasta con relámpagos.

Admirando tan preciada escena, no advirtiéramos el gran peligro que amenazaba; la inquietud de los pasajeros no nos dejó mucho tiempo en la incertidumbre. Los más enterados de las cosas de mar hacían cargos acerbos al capitán y á sus marineros, porque, en su impericia, no sólo habían errado el estrecho, sino puesto en apuro las vidas y haciendas que se les confiaran. Nos informamos de la causa de aquellas inquietudes, no comprendiendo que en tan absoluta calma hubiese peligro; era precisamente lo que los desconsolaba.

—Nos encontramos ya—dijeron—en la corriente que gira alrededor de las islas y que, por movimiento singular de las olas, nos lleva tan lenta como irremisiblemente á las rocas, donde no hay ni un pié de saliente, ni una ensenada para salvarnos.

Atentos á semejantes razones, consideramos espantados nuestro destino: pues aunque la noche no nos permitía distinguir el peligro creciente, advertíamos que el buque, vacilante, balanceándose, se acercaba á las rocas, cada vez más sombrías delante de nosotros, mientras sobre la mar se extendía aún ligero crepúsculo. Ni el más pequeño movimiento se notaba en el aire. Todos alzaban pañuelos de bolsillo ó ligeras cintas, sin que se manifestase señal alguna del soplo deseado. La gente estaba cada vez más levantisca y enfurecida. Las mujeres no rezaban de rodillas con sus hijos sobre cubierta, porque el espacio era pequeño para menearse; estaban tendidas, apretadas unas contra otras. Más que los hombres, ocupados en discurrir medios de salvación, llenaban de pestes é improperios al capitán. Echábanle en cara cuanto durante el viaje habían tenido que callar: el precio caro á que les hacía pagar un menguado sitio en el barco y la comida mezquina, su conducta, no grosera, pero sí sospechosa. Nunca daba razón de sus acciones y aun la noche anterior observara tenaz silencio en sus maniobras. Lamábanle á él y al piloto mercaderes advenedizos, que sin conocimiento alguno de navegación, para sólo su propio provecho, habían sabido procurarse un barco y ahora su

incapacidad é inexperiencia causaban la perdición de cuantos en él confiaran. Callaba el capitán, pareciendo no pensar sino en los medios de salvamento. Desde mi juventud he considerado peor la anarquía que la misma muerte; me era imposible callar más tiempo. Adelantéme y les hablé, casi con la misma tranquilidad que á los pájaros de Malsesina. Hiceles ver que, precisamente, en tal instante, el ruido que hacían y sus gritos trastornaban la cabeza y los oídos de aquellos de que sólo esperábamos la salvación, de manera que ni podían pensar, ni entenderse uno con otro.

En cuanto á vosotras, exclamé, serenaos. Abrid vuestro pecho á la Madre de Dios; ella sólo puede alcanzar, si intercede con su Hijo, que haga por vosotras lo que un día hizo por sus Apóstoles en la tormentosa mar de Tiberiades. Las olas entraban en el buque y el Señor dormía; sin embargo, en cuanto aquellos desamparados sin consuelo lo despertaron, mandó al viento que cesase, conforme ahora puede mandarle que se levante, si no es otra su santa voluntad.

Semejantes razones hicieron el mejor efecto. Una de las mujeres, con quien ya había departido de cosas morales y religiosas, exclamó: «Ah, il Barlamé! benedetto il Barlamé!» Y ellas, que sin esto ya habían caído de rodillas, empezaron á rezar sus letanias, más fervorosas que de costumbre. Podían hacerlo con cierta tranquilidad, por cuanto la tripulación intentaba un medio de salvarnos que saltaba á la vista. Bajaron el bote capáz para seis ú ocho hombres y sujetáronlo con un cable

largo al barco, que los hombres tiraban hacia sí, á fuerza de remos. Creyóse un momento que lo movían dentro de la corriente y esperaban verle pronto fuera de ella. Pero sea que este movimiento la aumentase ó sea por lo que fuere, de repente la larga cuerda del bote y su tripulación volvieron haciendo un arco hacia el buque, como la punta de una tralla cuando el cochero da un latigazo al tiro. ¡También aquella esperanza se desvaneció! Las oraciones mezclábanse á las quejas y tal estado se hizo más horrible cuando allá arriba, sobre las rocas, los cabreros, cuyas hogueras veíamos tiempo hacía, gritaban, con voz sorda, que abajo encallaba un barco. Dirigiéronse uno á otro muchas palabras ininteligibles, entre las cuales algunos, que conocían la lengua, creían entender que se regocijaban del rico botín que al otro día pensaban pescar. Hasta la consoladora duda de si el buque, en realidad, se acercaba á las peñas dolorosamente se disipó, viendo á la tripulación agarrar grandes pértigas, á fin de mantener alejado de los escollos el barco, si se llegaba á ese extremo, hasta que al fin éstas rompiéndose también, se perdiese todo. El buque se balanceaba cada vez con más fuerza; la resaca parecía aumentar y el mareo, que con esto me había vuelto, obligóme á bajar al camarote. Me acosté medio aturdido en mi colchón, aunque con cierto sentimiento agradable, que sin duda me provenía del mar de Tiberiades, pues flotaba claro delante de mis ojos el grabado de la Biblia ilustrada por Merian. Así se prueba cómo la fuerza de todas las impresiones fisi-

cas y morales es más fuerte cuando el hombre está completamente reconcentrado en sí mismo. No sabría decir cuánto tiempo estuve en aquel medio sueño; despertóme fuerte ruido encima y comprendí, al punto, que eran cables gruesos arrastrados por la cubierta de una parte á otra; esto hizo me esperar que tal vez querrian emplear las velas. Al cabo de un rato entró Kniep corriendo á informarme de que estábamos salvados. Habíase levantado ligerísimo viento. Pusieronse al momento al trabajo para soltar las velas; el mismo no se había esquivado de poner manos á la obra. Ya se alejaban visiblemente de las peñas y aunque no estaban todavía fuera de la corriente, esperaban vencerla. Arriba, todo en silencio; luego vinieron muchos pasajeros, nos anunciaron el feliz suceso y se acostaron.

Cuando, al cuarto día de nuestro viaje, me desperté muy temprano, encontréme sano y repuesto, lo mismo que me había sucedido á igual periodo de tiempo á la ida. De manera que en uno largo, probablemente habría pagado mi tributo con tres días de molestia.

Desde la cubierta vi gustoso quedar la isla de Capri á regular distancia, á la derecha y nuestro buque en dirección que hacía esperar entraríamos en el Golfo, lo cual sucedió muy luego. Después de una noche dura tuvimos el placer de admirar los mismos objetos que al anoecer, el día anterior, nos habían encantado, iluminados por la luz naciente. Pronto dejamos atrás aquellos peligrosos bajos. El día anterior contempláramos de lejos el lado derecho del Golfo; ahora aparecían

los castillos y la ciudad delante de nosotros: á la izquierda el Pausilippo y la lengua de tierra que se extiende hacia Procida é Ischia. Todo el mundo estaba sobre cubierta y en primer término un cura griego, muy prendado de su Oriente, el cual, como los naturales del país, saludaban á la patria entusiasmados y le preguntaban qué le parecía Nápoles en comparación de Constantinopla; contestó de un modo muy patético:

—*Anche questa è una città! ; También esta es una ciudad!*

Desembarcamos á buena hora de la mañana, rodeados de muchedumbre bullidora: era el momento más animado del día. Apenas nuestros coíres y demás efectos habían sido puestos en el muelle, cuando dos mozos de carga se apoderaron de ellos, y aún bien no habíamos dicho que íbamos á parar en casa de Moriconi, echaron á correr con su carga, cual si fuere botín, de modo que no los pudimos seguir con la vista, ni á través de las calles y plazas, llenas de gente y movimiento. Kniep llevaba la cartera debajo del brazo y al menos salvaríamos los dibujos, si aquellos mozos de carga, menos honrados que el pobre diablo napolitano, nos hubiesen tomado lo que habían perdonado los escollos.

Necesito veros lo antes posible; ¡qué buenos van á ser aquellos días! Hice un acopio indecible y necesito tranquilidad para elaborar.

Te doy miles de gracias, bueno y querido amigo, por cuanto hiciste en mis obras; quisiera hacer siempre algo mejor, á fin de darte gusto. Todo lo que de ti me venga y donde quiera, será bien recibido. Estamos tan cerca uno de otro en nuestras ideas cuanto es posible, sin estar unidos y en los puntos principales es donde nos acercamos más. Si tú, en este tiempo, has gastado mucho de ti mismo, yo he adquirido mucho también y puedo esperar buen cambio.

Estoy realmente, según tú dices, en mis ideas, muy unido al presente y cuanto más veo el mundo menos puedo esperar que el género humano llegue á ser una masa inteligente, juiciosa y feliz. Tal vez, entre los millones de mundos, hay uno que pueda gloriarse de tal ventaja; de la constitución del nuestro me queda tan poco que esperar, como Sicilia de la suya.

En un pliego, que es adjunto, digo algo de mi expedición á Salerno y del mismo Pœstum. Es el último, y casi puedo decir el más excelente cuadro, que llevo ahora completo al Norte. El templo del medio también es, á mi parecer, superior á todos los que se ven en Sicilia.

Respecto de Homero, es como si una venda se hubiese caído de mis ojos: las descripciones, las comparaciones, etc., nos parecen poéticas y son indeciblemente naturales; pero dibujadas, en verdad, con tal pureza y sentido íntimo, que espantan. Aun las más singulares

NÁPOLES.

A Herder.

Nápoles 17 de Mayo de 1787.

Aquí estoy otra vez, queridos míos, sano y salvo. Hice, rápido y fácil, el viaje por Sicilia. A mi regreso podréis juzgar cómo he visto las cosas. Haberme fijado en ellas intensamente, antes de ahora, dióme increíble facilidad para lo que que podríamos llamar tocar repentinamente y me encuentro muy dichoso de tener grabada en el alma, tan clara y distinta, la grande, hermosa é incomparable idea de Sicilia. Ahora ya no me queda nada que desear en el Mediodía, pues ayer vine de Postum. La mar y las islas me procuraron gustos y disgustos y vuelvo complacido. ¡Permitidme que reserve todos los pormenores hasta nuestra vista! Ni es posible tampoco en Nápoles recogerse; ahora os describiré este lugar mejor que en mis otras cartas. El primero de Junio saldré para Roma, si fuerza mayor no me lo impide y á principios de Julio pienso partir de allí.

aventuras fabulosas, tienen una naturalidad que nunca he sentido tanto como en la proximidad de los objetos descriptos. Déjame explicarte, en pocas palabras, mi pensamiento. Ellos representan la existencia; nosotros, generalmente, el efecto; ellos describen lo terrible; nosotros, terriblemente; ellos lo agradable; nosotros agradablemente, y así en lo demás. De ahí viene todo lo forzado, todo lo amanerado, toda la gracia falsa, todo lo ampuloso. Pues cuando se trabaja el efecto y sobre el efecto, cree uno que nunca se hace bastante sensible. Yo, ahora que tengo en el alma todas estas costas y cabos, golfos y bahías, islas y lenguas de tierra, rocas y arenas, colinas arboladas, praderas suaves, campos fértiles, jardines decorados, árboles cuidados, vides colgantes, montañas con nubes, llanuras siempre risueñas, rocas y arrecifes y el mar, que lo rodea todo con tantos cambiantes y tantas variaciones, ahora es para mí la Odisea la palabra viva.

Por último, tengo que confiante que estoy muy cerca del secreto de la generación y organismo de las plantas y que esto es la cosa más sencilla que se puede pensar. Bajo este cielo pueden hacerse las observaciones más hermosas. He hallado completamente claro é indudable el punto donde se encierra el germen. Todo el resto lo veo ya en conjunto y sólo algunos puntos tienen que ser mejor determinados. La planta primitiva será la cosa creada más bonita del mundo, que la misma Naturaleza me envidiará. Con semejante modelo y la clave, pueden hallarse después plantas hasta lo

infinito, que deben ser consecuentes; esto es, que si no existieran podrían existir y no son sombras ó apariencias de pintor y poeta, sino que tienen una verdad interna y necesaria. La misma ley puede aplicarse á todo lo demás dotado de vida.

Tischbein, que se ha vuelto á Roma, trabajó en este interregno, según he podido advertir, para que no sintiésemos su ausencia. Parece haber influido en favor nuestro con sus amigos de Nápoles, hasta el punto que todos se nos manifiestan francos, cariñosos y solícitos, lo cual, en mi situación actual, necesito mucho, pues no se pasa un solo día sin tener que pedir algún favor. Precisamente estoy en la idea de hacer una nota de aquello que deseo ver; el poco tiempo de que dispongo decidirá lo que se ha de hacer luego.

Ocurrióme hoy una aventura agradable, á propósito para hacerme reflexionar, y que merece contarse.

Una señora, á quien ya en mi primera estancia aquí debí muchas atenciones, me suplicó fuese á su casa á las cinco en punto de la tarde; deseaba hablarme un inglés algo sobre mi *Werther*.

Seis meses antes, aunque hubiese estimado doble á aquella señora, le hubiera enviado, de seguro, respuesta negativa; pero advierto que el viaje á Sicilia ha

obrado en mí de manera provechosa: prometí presentarme.

Por desdicha, la ciudad es demasiado grande y los objetos de distracción muchos, lo cual hizo que subiese la escalera un cuarto de hora más tarde. Estaba ya en la estera delante de la puerta para llamar, cuando se abrió ésta, saliendo un hombre de buena figura y mediana edad, en el que al punto reconocí mi inglés. Él, en cuanto me vió, dijo: «¿Es V. el autor de *Verther*?» Díme á conocer, disculpándome de no haber venido antes.

—No podía detenerme ni un instante—repuso;—lo que tengo que decir á V. es muy breve y puedo hacerlo igualmente bien aquí, sobre la estera. No quiero repetirle lo que habrá V. oído miles de veces, ni la obra me ha hecho efecto tan fuerte como á otras personas; pero cada vez que pienso el talento que ha sido preciso para escribirla, me maravillo de nuevo.

Quise contestarle algo dándole gracias, cuando me cortó la palabra diciendo:

—No puedo detenerme ni un momento; mi deseo de decirselo á V. en persona, se ha cumplido. ¡Adiós y sea V. muy feliz!

Con esto bajó corriendo la escalera. Quedéme un rato reflexionando el honorable texto y al fin llamé. La señora supo con gran placer nuestro encuentro y me contó muchas cosas favorables á aquel hombre raro, y raro de encontrar.

Nápoles 25 de Mayo de 1787.

Ya no volveré á ver á mi loca princesita; se ha ido á Sorrento, haciéndome el honor de denostarme antes de su marcha, por qué he podido preferir á ella la desierta y petrea Sicilia. Algunos amigos me dieron explicaciones acerca de aquella extravagante. Hija de buena casa, pero sin fortuna, educada en un convento, decidióse, por fin, á casarse con un príncipe rico y viejo; convenciónla con tanta mas facilidad cuanto la Naturaleza la habia hecho buena, más en absoluto incapáz de sentir amor. En su posición opulenta, pero muy cohartada á causa de las relaciones de familia, trató de ayudarse con su ingenio y ya que estaba cohibida en sus acciones, dió al menos amplia libertad á sus palabras. Aseguráronme que su conducta personal era intachable; sólo parecía haberse propuesto firmemente chocar con todas las relaciones sociales, por su lenguaje libre. Decíase en broma que ninguna censura podria dejar pasar sus discursos si fuesen escritos, porque nada dice que no ofienda á la Religión, al Estado ó á la Moral. Contábase de ella las historias más extraordinarias y graciosas, de las cuales una irá aqui de muestra, aunque no es de las más decentes.

Poco antes del terremoto que sufrió la Calabria, fuera ella á las posesiones que allí tiene su marido. En la proximidad de su palacio levantaron una barraca, es decir, una casa de madera de planta baja, colocada inmediatamente sobre el suelo; por lo demás, tapizada,

amueblada y muy bien dispuesta. A la primera señal de temblor de tierra se refugió allí. Encontrábase sentada en un sofá, ocupada en hacer unos lazos; delante de ella una mesita pequeña y enfrente, un abate viejo, que era capellán de la casa. De repente se estremeció el suelo, hundiéndose el edificio hacia la parte donde ella estaba y se levantó por el lado contrario, con el abate y la mesita.

— ¡Pull! — exclamó, apoyando la cabeza en la pared que se hundía — es decente, en un hombre respetable como usted, moverse como si quisiese caer encima de mí? Es del todo contrario á la moral y al decoro.

Había vuelto la casa á su posición primera y no sabía dejar de reír, pensando en la figura insensata y cómica del buen abate y con semejante broma parecía no sentir, en lo más mínimo, las grandes pérdidas que su familia y tantos miles de hombres acababan de sufrir. Feliz y extraordinario carácter que gastaba chanzas cuando la tierra amenazaba tragarla.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA U. N. L.

"ALFONSO BARRAS"

de 1625 MONTERREY, MEXICO

Nápoles, sábado 26 de Mayo de 1787.

Bien considerado, es una ventaja que haya tantos santos. Así puede cada fiel invocar al suyo y con entera confianza encomendarse al que le convenga. Hoy era el día del mío y, de acuerdo con su manera y su doctrina, lo he honrado con devoción alegre.

Felipe Neri goza de mucho crédito y, al mismo tiempo, su recuerdo despierta pensamientos alegres. Se edifica y se regocija uno cuando oye hablar de su alta devoción. Desde sus años juveniles sintió el más ferviente impulso religioso y en el curso de su vida descubriéronse en él los dones más altos del entusiasmo: el de la oración involuntaria, de la profunda oración mental, el don de las lágrimas, el éxtasis y por último, elevarse del suelo y flotar, que es el que se tiene por superior á todos.

A tantas interioridades misteriosas y raras, unía el más claro sentido común, la más pura estimación, ó mejor, desestimación de las cosas de la tierra y consagraba á las necesidades de sus semejantes la más activa asistencia corporal y espiritual. Observaba estrictamente todas las obligaciones, como las festividades, el visitar las iglesias, la oración, ayuno y demás que se le imponen al hombre de iglesia. También se ocupaba en educar la juventud con ejercicios musicales y de elocuencia, poniéndoles temas, no sólo religiosos, sino de ingenio y provocaba conversaciones y disputas á propósito para aguzárselo. Lo más singular de esto puede parecer el que todo lo hacía y efectuaba en virtud de propio impulso y competencia, siguiendo á la continua muchos años su camino sin pertenecer á ninguna orden ni congregación y hasta sin haber recibido las órdenes sagradas.

Y debe aún parecer más significativo que sucediese en el tiempo de Lutero y que en medio de Roma un

hombre entendido, temeroso de Dios, enérgico y activo, tuviese igualmente el pensamiento de unir lo eclesiástico y hasta lo sagrado con lo mundano, de introducir en el siglo las cosas divinas, preparando de aquel modo también una reforma. Pues en esto sólo está la llave que abra las prisiones del papado y devuelva al mundo libre su Dios.

Sin embargo, la corte pontificia, teniendo próximo en la jurisdicción de Roma y bajo su vigilancia, hombre tan importante, no se dió punto de reposo hasta persuadirle que tomase las órdenes y recibiese con ellas todas las ventajas de que hasta ahora careciera en el camino de su vida; á aquel hombre que sin ellas hacía ya vida religiosa en un convento, enseñaba en él, estimulaba y estaba en camino de fundar, no una orden, sino una asociación libre.

Ya que se ponga en duda, como es justo, su maravillosa elevación corporal sobre el suelo, no puede negarse la elevación de su espíritu sobre este mundo y así nada le era más contrario que la vanidad, las apariencias, las pretensiones, contra las cuales siempre combatió enérgico, creyéndolas el mayor de los obstáculos para la santidad de la vida y, al mismo tiempo, según muchas historias nos lo atestiguan, con gracia.

Por ejemplo: encontrábase próximo del Papa, cuando recibió la noticia de que, cerca de Roma, una religiosa señalábase por toda suerte de dones espirituales. Neri recibió la comisión de averiguar lo que hubiera de verdad en ello. Monta al punto en su mula y, con tiempo

muy malo, se pone en camino para el convento. Entra y habla á la abadesa, que muy persuadida da le conocimiento exacto de todos aquellos signos de la gracia. Lllaman á la monja y él, sin saludarla siquiera, le alargaba la bota llena de fango, haciéndole señal de que se la quite. La Santa y pulcra virgen retrocede asustada y, con fuertes palabras, manifiesta el enojo que le causa tal exigencia. Neri se levantó entonces muy tranquilo, subió en su mula y se encontró de vuelta, al lado del Papa, antes de que éste lo pudiera suponer. Por cuanto á los confesores católicos se les prescriben reglas muy severas para la comprobación de estos dones espirituales y si la iglesia admite, en verdad, la posibilidad de semejantes favores celestiales, no confirma su realidad sin las pruebas más claras. Neri expuso brevemente el resultado al maravillado Papa:

—No es una santa,—exclamó:—no hace milagros, le falta la condición principal; la humildad.

Esta máxima puede ponerse á manera de principio director de su vida entera; pues para no citar sino un ejemplo, cuando acababa de fundar la congregación de los Padres del Oratorio, que adquirió pronto gran reputación, dando á muchos deseo de ingresar en ella, llegó un príncipe romano, joven, rogando ser admitido, al cual dieron en seguida el grado y traje de novicio. Deseando, al cabo de cierto tiempo, su admisión definitiva, dijéronle que eran necesarias todavía algunas pruebas, á las que mostróse preparado. Entonces trajo Neri una larga cola de zorra y exigió que el príncipe la

llebase prendida detrás de sus largos hábitos, paseándose muy seriamente por las calles de Roma con ella. Sobresaltóse el joven, como antes la monja, declarando que él se había prestado no á alcanzar ignominia, sino honra. Entonces el Padre Neri dióle á entender que eso no habia que esperar en una congregación donde era ley fundamental el más alto desprendimiento de sí mismo y de todo; con lo cual se despidió el novicio.

Neri habia resumido su doctrina en un proverbio corto: *Spernere mundum; spernere te ipsum; spernere te sperni* y en él estaba, en realidad, dicho todo. Los dos primeros puntos podrá alguna vez imaginar alcanzarlos un hipochondriaco; mas quien haya de avenirse con el tercero, debe estar en camino de santidad.

Nápoles 27 de Mayo de 1787.

Ayer recibí juntas de Roma todas vuestras queridas cartas de fines del mes pasado, por conducto del conde Triess y me ha hecho mucho bien leerlas muchas veces: la tan deseada cajita llegó asimismo y doy miles de gracias.

Pronto será tiempo de escapar de aquí; pues si bien quisiera, para terminar, penetrarme de Nápoles y sus cercanías, renovar impresiones y concluir algunas cosas, el torbellino de cada día me arrastra y, sobre todo, me es imposible esquivarme á las personas distingui-

das que me buscan, en calidad de antiguos ó de nuevos conocidos. Encontréme una señora dignísima, con quien pasé el último verano en Carlsbad, días muy agradables. ¡Cuántas horas del presente hemos engañado con gratos recuerdos! Pasamos revista á todo lo querido y, en especial, al buen humor de nuestro querido príncipe. Todavía conserva los versos con que le sorprendieron, á su marcha, las muchachas de Engenhaus. Esto nos renueva la memoria de escenas alegres, bromas y mistificaciones chistosas, de las ingeniosas pruebas para usar unos con otros el derecho de represalias. Principiábamos por creernos en suelo alemán, en la mejor sociedad alemana, rodeados de muros de rocas, reunidos en extraño local; pero unidos, sobre todo, por la estimación, la amistad y el afecto. Luego, al asomarnos á la ventana, volvía á pasar delante de nosotros mujendo el torrente napolitano, llevándose, á pesar nuestro, aquellos pacíficos recuerdos.

Tampoco podía evitar hacer conocimiento con el duque y la duquesa de Ursel. Personas excelentes, de refinadas costumbres, natural sencillo, mucho sentido común, decidido amor á las artes, llenos de benavolencia con el presentado. Conversación animada y llena de atractivos.

Hamilton y su bella continúan prodigándome atenciones. Comí en su compañía y, por la tarde, Miss Harte lució sus habilidades de música y cantante.

A instigación de mi amigo Hackert, que extrema su

bondad hasta querer hacerme ver cuanto hay notable, llevónos Hamilton á la cueva secreta donde encierra sus obras de Arte y curiosidades. Aquello es un revol-tijo de producciones de todas épocas, amontonadas sin órden. Bustos, torsos, vasos, bronce, toda clase de muebles, hasta una capillita de ágata siciliana; tallados, pinturas y cuanto pudo reunir al acaso. Puesta en el suelo una caja grande, cuya tapa levanté por casualidad, contenía dos grandes, magníficos candelabros de bronce. Llamé con una seña la atención de Hackert, y díjele bajo, si no viera otros iguales en Pórtici. A su vez hizome signo de silencio: muy bien podrian, desde las cuevas de Pompeya, haberse extraviado hacia esta parte. A causa de aquella y otras adquisiciones felices, el caballero sólo á sus más íntimos amigos enseña el tesoro escondido.

Llamóme la atención una caja de pié, el frente abierto, pintada por dentro de negro y rodeada de suntuoso marco dorado. El hueco era bastante capaz para con- tener una persona de pié y, en efecto, su destino era el siguiente. Aquel amigo del Arte y de las muchachas bonitas, no contento de ver á la hermosa criatura como estatua animada, quiso recrearse, contemplándola, como inimitable cuadro y vestida de colores vivos, ha- ciala meter dentro del marco dorado y sobre el ne- gro fondo imitando las antiguas pinturas de Pompeya y aún las obras maestras del arte moderno. Semejan- te diversión parece haber pasado de moda; el aparato es además difícil de transportar y de poner en luz

conveniente; así, no pudimos gozar del espectáculo.

Lugar es este de mencionar otra afición decidida de los napolitanos: los nacimientos (*presepe*) que en Na- vidad vense en todas las iglesias y representan, con más ó menos propiedad, la adoración de los pastores de los ángeles y de los reyes, rica y preciosamente agrupados.

En la alegre Nápoles se arman, hasta en las azoteas, donde levantan, con ligeros tablados, una cabaña, adornada de arbustos y de árboles, siempre verdes. La Madre de Dios, el Niño y todos los personajes, así los terretres, como los aéreos, están costosamente ves- tidos; pues la casa gasta mucho dinero en sus trajes. Pero lo inimitable y magnífico es el fondo, formado del Vesubio y sus cercanías.

Poco á poco á los muñecos reemplazaron figuras vivas y así llegó á ser diversión de las familias ricas y nobles, que para los espectáculos nocturnos introdu- jeron también en sus palacios asuntos profanos, to- mados de la Historia y de la Poesía.

Si pudiera permitirme una observación, que en rea- lidad no corresponde á un huésped bien tratado, con- fesaría que la hermosa que nos divierte, me parece criatura sin alma, que puede pagar, es cierto, median- te su figura, pero no hacer valer ninguna expresión del sentimiento, ni con el metal de voz, ni en la con- versación. Su mismo canto carece de timbre.

Así sucede, al cabo, á tales imágenes frías. Figuras hermosas las hay en todas partes. Profundidad en el

sentir, con un órgano de voz al mismo tiempo favorable, es más raro; pero más que nada lo es, unir á esto una figura atractiva.

Me alegro haya salido la tercera parte de Herder. Guárdemela hasta que diga dónde me la han de enviar.

En verdad, admirablemente habrá desarrollado la hermosa ilusión del perfeccionamiento humano. Yo creo también que la humanidad llegará á vencer un día; sólo temo que, al mismo tiempo, el mundo se habrá convertido en gran hospital, donde los humanos serán enfermeros unos de otros.

Nápoles 28 de Mayo de 1787.

El bueno y útil Volkmann me obliga algunas veces á separarme de su opinión. Habla, por ejemplo, de que en Nápoles pueden encontrarse de treinta á cuarenta mil ociosos; ¡y quién no lo ha repetido! Yo, después de haber adquirido el conocimiento de estos pueblos del Mediodía, figuréme que serían suposiciones del Norte, donde consideran ocioso á todo aquel que no está el día entero en angustiosa faena. A causa de ello, hube de emplear toda mi atención en el pueblo, observándolo en movimiento ó quieto y, en verdad, se ven mu-

chisimos hombres mal vestidos, ninguno desocupado.

Pregunté á algunos amigos dónde estaba el sinnúmero de ociosos que quería conocer y tampoco me los pudieron enseñar; entrando el buscarlos en mis planes respecto de la ciudad, fuíme á caza de ellos.

Principié, en este laberinto espantoso, familiarizándome con las diversas figuras, clasificándolas y juzgando de sus ocupaciones, por su porte, trajes y maneras. Encontré la tarea más fácil aquí que en parte alguna, porque el hombre se abandona más y su exterior hállase en conformidad con su estado.

Mis observaciones comenzaban por la mañana temprano. Todos los hombres que en una parte y en otra veía parados ó tranquilos, eran gentes cuyo oficio lo requería así en aquel momento. Los mozos de cuerda, en distintas plazas, tienen sus puestos privilegiados y esperan que venga alguien á reclamar sus servicios. Los *calessare* y sus mozos y criados, están en las plazas grandes, al lado de sus calesas de un caballo, cuidando de éstos y dispuestos á servir á quien los llame: marineros que fuman su pipa en el muelle; pescadores echados al sol, porque tal vez viento contrario les impide hacerse al mar. Vi otros muchos que iban y venían; la mayoría llevaba en sí alguna señal de lo que eran. De los mendigos no hay nada que advertir, sino que son viejos, incapaces completamente, ó estropeados ó inválidos. Cuanto más miraba en derredor y más observaba, menos encontraba lo que se llama vagos, ni en la clase pobre, ni en la mediana; ni á la mañana ni

en la mayor parte del día, de ninguna edad ni sexo.

Entro en detalles, á fin de hacer más creíble y evidente lo que sostengo. Los niños pequeños se ocupan de maneras muy diferentes: gran parte de ellos llevan pescado á vender, desde Santa Lucía á la ciudad. A otros se les ve con frecuencia en los sitios del arsenal donde han trabajado carpinteros y hay virutas, ó bien á orillas del mar, que arroja pedacitos de madera, muy ocupados en recoger, hasta los más pequeños, en cestas. Vanse después á la ciudad y se colocan, con sus astillas de leña, como en un mercado. Niños de pocos años, que apenas hacen sino arrastrarse en el suelo, en compañía de sus hermanos mayores, que podran tener de cinco á seis años, se emplean en tan diminuto comercio. Los artesanos y burgueses pobres, compran esto; lo queman en sus tripodes para hacer brasa y calentarse, ó lo emplean en su económica cocina.

Otros niños llevan á vender por la ciudad agua sulfurosa, que se bebe mucho, sobre todo en primavera. Algunos buscan su pequeña ganancia comprando y volviendo á vender, á niños, fruta, miel, pasteles ó confites, al menos para sacar su parte de balde. Es realmente cosa graciosa ver uno de estos chicos, cuya tienda y enseres de comercio se componen, por junto, de una tabla y un cachillo; lleva una sandía ó una calabaza medio asada y, rodeado de una porción de niños, coloca en el suelo su tabla y comienza á repartir la fruta en pequeños pedazos. Los compradores miran fijamente muy serios, por si acaso no reciben bastante

porción por su monedita de cobre y el pequeño comerciante trata con la misma precaución á los curiosos, para que no le lleven ningún pedacito. Estoy convencido que en una permanencia más larga se podrían reunir más ejemplos de estas industrias infantiles.

Gran número de hombres y muchachos, la mayor parte muy mal vestidos, se ocupan en cargar en asnos, y llevar fuera de la ciudad, las barreduras. Las tierras que rodean á Nápoles son huertas y da gusto ver el sin número de hortalizas que mandan á la ciudad todos los días de mercado y cómo la industria de los hombres devuelve á la tierra lo superfluo, desechado por las cocineras, para acelerar el círculo de la vegetación. El increíble consumo de legumbres, es causa de que gran parte de las basuras napolitanas se componga de sus desechos; tronchos y hojas de coliflor, brócoli, alcachofas, repollos, lechugas, ajos, que se apresuran á recoger.

Del lomo del asno cuelgan dos grandes espuelas y, no solamente las llenan, sino que forman en cada una muy artística pirámide. Ninguna huerta deja de tener su asno. Un criado, un chico y á veces el mismo patrón, van apresurados cuantas veces pueden al día á la ciudad, que á todas horas es preciosa mina. Lo atentos que semejantes colectores estarán para recoger el estiércol de los caballos y mulas, se deja comprender. A duras penas abandonan las calles cuando es noche y los ricos, saliendo de la Ópera después de las doce, no se imaginan que, al abrir el día, ya gentes laboriosas bus-

carán, con el mayor cuidado, las huellas de sus caballos. Me han asegurado que dos de estos hombres, que se asocian, compran un burro y toman en arriendo un pedazo de tierra de un propietario grande; en este clima feliz, donde la vegetación no se interrumpe jamás, si son asiduos al trabajo, pronto ensanchan visiblemente su industria.

Iría demasiado lejos si hablase de la diversidad de pequeños comercios que, á gusto, se observan en Nápoles y en otras grandes poblaciones; aquí sólo hablaré de los porteadores, pertenecientes en general á la última clase. Algunos van de una parte á otra con tonelillos de agua helada y limones, para poder hacer donde quiera limonada, bebida de la cual no se privan ni aun los más pobres. Otros vense parados con bateas, en las que hay botellas de diferentes licores y vasos terminados en punta, colocados, para que se tengan derechos, sobre anillas de madera. Varios llevan banastas provistas de bollos de todas clases, golosinas, limones y otras frutas y parece que cada uno quiere participar, aumentándola, de la gran fiesta que Nápoles celebra diariamente.

Tan ocupados como esta suerte de porteadores, hay multitud de pequeños traficantes, ambulantes también, que ofrecen sus chirimbolos sin cumplimientos, ya sobre un tablado ó en la cubierta de una caja, ya sobre el propio suelo de las plazuelas. No se trata de simples mercancías, que se pueden encontrar de igual manera en tiendas grandes; es el propio baratillo. Todo pedazo

de hierro, cuero, paño, tela, fieltros, etc., vuelven al mercado en calidad de baratija y es de nuevo comprado por unos ú otros. Encuéntanse asimismo muchos hombres de la infima clase, empleados por los comerciantes y artifices como peones ó demandaderos.

Verdad es que se dan pocos pasos sin ver un hombre mal vestido y hasta andrajoso; pero no es holgazanería ni vagancia. Llego hasta adelantar la paradoja siguiente: que en Nápoles es quizá donde proporcionalmente se encuentra más industria en las clases bajas. En realidad, no es comparable á la industria del Norte, donde no sólo hay que cuidarse del día y de la hora, sino los días buenos pensar en los malos, los claros en los oscuros, el verano en el invierno. Allí, la Naturaleza obliga al hombre á ser previsor y precavido. La mujer tiene que salar y ahumar las carnes, para que en la cocina no se carezca de nada en el curso del año. El hombre hacer provisión de leña, de frutos y no descuidar el forraje de los ganados, etc. Así los días más hermosos y las mejores horas de gozar, dedícanse al trabajo. Durante muchos meses alejarse gustosos del aire libre y se guardan, en las casas, de la tempestad, la lluvia, la nieve y frío. Incesantemente se suceden las estaciones y todo el que no quiera perderse ha menester ser económico. No se trata de decir «prescindiré». «No se debe prescindir, no se puede, porque no es posible prescindir.» La Naturaleza obliga á la acción y á las precauciones. Ciertamente sus influencias, que por tantos miles de años permanecen las mismas, han de-

terminado el carácter de las naciones del Norte, tan respetable en muchos respectos. En cambio, á los pueblos del Sur, para los cuales el cielo es tan benigno, los juzgamos desde nuestro punto de vista demasiado severo. Lo que el señor *Pauze* en sus *Recherches sur les Grecs*, hablando acerca de los filósofos cimios se arriesga á manifestar, conviene aquí de manera completa. Cree que no se tiene idea acertada del estado miserable de aquellos hombres. Su máxima fundamental de privarse de todo, hállase muy atennada en un clima que lo da todo. Un hombre que nos parece miserable en aquellos países, puede, no sólo satisfacer sus necesidades más apremiantes, sino gozar admirablemente del mundo. Y del mismo modo, uno que se dice mendigo napolitano, podría desdeñar con facilidad el puesto de Virrey de Noruega y renunciar el honor de gobernador de la Siberia, que la emperatriz de Rusia quisiera confiarle.

Cierto que en nuestros países un filósofo cimio lo pasaría muy mal, mientras, al contrario, en las tierras del Mediodía, la Naturaleza parece convidarle. Aquí el desharapado no está desnudo. El que ni tiene casa propia ni alquilada, sino que en verano pasa la noche bajo los voladizos de un tejado, en los dinteles de palacios ó de las iglesias, ó en los edificios públicos y durante el mal tiempo se mete en cualquiera parte á dormir, mediante retribución insignificante, no es un miserable á quien se arroja; ni un hombre es pobre porque no se ocupa del día siguiente. Si uno piensa qué masa de alimentos

ofrece este mar tan abundante en pescados, con los cuales, cada uno de aquellos hombres, según ley, debe alimentarse algunos días á la semana; qué superabundancia de frutas y legumbres se dan en cada estación; cómo la comarca donde está Nápoles ha merecido el nombre de *Terra di Lavoro*, que no quiere decir tierra de trabajo, sino de labradío y que toda la provincia lleva, hace muchos siglos, el título honroso de *Campagna felice*, se comprenderá qué fácil sea vivir aquí.

En suma, la paradoja que antes he indicado, daría ocasión á muchas consideraciones si alguien se propusiese escribir un cuadro detallado de la Italia, para lo cual serían necesarios, talento no escaso y muchos años de observación. Entonces se advertiría quizá que el llamado *lazarone*, no es ni en un cabello menos activo que las otras clases; pero veríase al mismo tiempo que, cada uno á su manera, trabaja, no solamente para vivir, sino para gozar y que aun en el trabajo por la vida quieren divertirse. Esto explica lo siguiente: Que los artifices, en general, son inferiores á los del Norte. Que no prosperan las fábricas; que, á excepción de abogados y médicos, atendida la gran masa de hombres, hay muy pocos científicos, por mucho que valgan los trabajos de los hombres de mérito. Que ningún pintor de la escuela napolitana ha sido profundo, ni se ha hecho célebre. Que los eclesiásticos se acomodan muy bien á la holganza y los ricos gastan, en lo general, sus rentas, en diversiones, placeres y lujo.

Bien se me alcanza que esto no es sino generalizar y

que los rasgos característicos de cada clase sólo pueden determinarse después de más exacto conocimiento y precisa observación; pero en conjunto, creo se obtendrían estos resultados.

Vuelvo al pueblo bajo de Nápoles. Obsérvase en ellos lo que en los niños traviosos, á quienes se encomienda una cosa, que la hacen, pero jugando. Toda la clase se compone de hombres vivos de ingenio y golpe de vista perspicaz. La antigua *Atella* hállase en el país de Nápoles y como su favorito, *Polichinella*, continúa sus farsas, todo el pueblo sigue celebrándoselas.

En el capítulo quinto, libro tercero, de su Historia Natural, Plinio considera sólo digna de particular descripción la Campania. «Tan felices, tan graciosos, tan afortunados son aquellos países—dice,—que la Naturaleza parece en ellos haberse regocijado de su propia obra.» Porque este aire es vital; el cielo de una dulzura siempre saludable, las tierras tan fértiles, las colinas tan soleadas, las selvas no dañinas, sombríos los sotos, útiles los bosques, oreadas las montañas, los campos extensos y de viñedos y olivares un colmo. Ovejas de noble vellón, toros gordos de piel lustrosa, muchos lagos, una riqueza de regadíos, mares y puertos. La tierra misma, que ofrece donde quiera su seno al comercio, por favorecer más á los hombres, extiende solícita sus brazos en el mar. No hablo yo de la capacidad de los hombres, sus usos y poderío, ni de los pueblos

que con su lengua y sus manos han dominado. Los griegos, que acostumbran á celebrarse tan sin medida, han hecho de este país el juicio más honroso, dando á una de sus partes el nombre de la Gran Grecia.

Nápoles 29 de Mayo de 1787.

Con la mayor simpatía y satisfacción se nota marcada alegría en todas partes. Las flores y las frutas de muchísimos colores, con que se adorna la Naturaleza, parecen invitar á los hombres también á engalanarse ellos y sus muebles, en cuanto es posible, de igual modo. Todo el que puede se adorna con pañuelos de seda y cintas de colores y con flores en el sombrero. En las casas más pequeñas se ven las sillas y las cómodas pintadas de flores, sobre fondo dorado: hasta las calesas de un caballo son rojas, con molduras doradas y los caballos llevan flores artificiales y flecos colorados con brichó de oro. Algunos tienen penachos y aun les ponen á otros, sobre la cabeza, una banderita que ondea á cada movimiento en la carrera. Solemos llamar bárbara y de mal gusto la afición á los colorines. Podrá hasta cierto punto ser así; pero bajo un cielo azul radiante, nada es propiamente abigarrado; pues nada puede superar al brillo del sol y su reflejo en la mar. La potente luz atenúa los colores más vivos y, como todos, cada matiz verde de los árboles y plantas; los

amarillos oscuro y rojo de la tierra obran sobre la vista en toda su fuerza; los colores de los trajes y de las flores entran en la armonía general. Los justillos y las faldas escarlatas, con guarniciones de plata y oro, de las mujeres de Nettuno, los otros trajes nacionales de colores, los buques pintados, todo parece esforzarse para hacerse en cierto modo visible bajo el resplandor del cielo y del mar.

Y conforme viven, así entierran sus muertos. Allí no destruye la armonía del mundo placentero, ninguna fila lenta y negra. He visto llevar á enterrar un niño. Rico tapiz de terciopelo rojo, con ancho bordado de oro, cubría unas angarillas y soportaba un cofrecito ricamente cincelado, de oro y plata, donde yacía el muerto vestido de blanco, completamente cubierto de guirnaldas de rosas. A los cuatro extremos de la cajita, cuatro ángeles de dos pies de altura sostenían, sobre el niño tranquilo, grandes manojos de flores y, como por debajo sólo estaban sujetos por un alambre, al moverse las angarillas, se balanceaban y parecían, con el perfume de las flores, esparcir dulcemente la vida. Los ángeles se balanceaban tanto más, cuanto el cortejo se apresuraba por las calles, y los curas que iban delante y los que llevaban las hachas, más parecían correr que andar.

No hay estación en que no se vea uno por todas partes rodeado de comestibles y el napolitano no se recrea sólo en comerlos; quiere también que se presenten bonitamente en el mercado.

En *Santa Lucia*, los pescados, según sus especies, vense colocados en cestas limpias y graciosas; los cangrejos, ostras, pequeñas almejas y otros mariscos en montoncitos, unos al lado de otros, sobre hojas verdes. Las tiendas de frutas secas y legumbres, adornadas de mil maneras. Las naranjas y limones de todas suertes, entreverados con sus propias hojas verdes, regocijan la vista. Pero nada adornan como las carnes, hacia las cuales se dirigen, con particular afición, los ojos del pueblo, cuyo apetito excitan las privaciones periódicas. En la carnicería misma, los cuartos de vaca, carnero y ternera, están de venta, sin verse al lado el sebo, la costilla y la pierna dorada. Hay diferentes días en el año, pero sobre todo los de Navidad, que se celebran como días de festín: aquella es una fiesta de cucaña general, para la cual se han puesto de acuerdo quinientas mil personas. La calle de Toledo y otras muchas calles y plazas, están adornadas de la manera más apetitosa. Las tiendas de legumbres, donde exponen las pasas, melones é higos, presentan el más agradable aspecto. Cuelgan por las calles en forma de guirnaldas los comestibles; grandes rosarios de salchichas doradas y atadas con cintas encarnadas, pavos, todos provistos de su banderita encarnada debajo de la cola. Aseguran que se venden treinta mil de estos animales,

sin contar los que ceban las gentes en sus casas. Además, una muchedumbre de borriquillos recorre la ciudad y los mercados, con sus cargas de capones, corderos y legumbres y los montones de huevos que se ven en todos lados son tan grandes, que nunca uno se figuró pudiese haber tantos juntos. No basta que esto se coma. Todos los años un empleado de policía recorre la ciudad con una trompeta y en todas las plazas y encrucijadas pregona cuantos miles de bueyes, terneros, corderos, cerdos, etc., se han consumido en Nápoles. El pueblo óyelo muy atento y se alegra extraordinariamente de que sean tan altos los números, recordando cada uno con placer la parte que ha tomado en tales regodeos.

Respecto de los platos de harina y leche, que nuestras cocineras saben preparar de tan diversas maneras, este pueblo, que gusta despachar pronto semejantes cosas y no tiene una cocina bien establecida, los reemplaza de dos maneras: los *macaroni*, pasta delicada, hecha de harina fina, muy trabajada, hasta ponerse dura, cocida y enrollada en ciertas formas, se tiene de todas clases por muy poco precio. La mayoría de las veces no hacen más que cocerlos en agua y el queso rallado sirve, á la vez, para darles manteca y sazonarlos. Casi en la esquina de todas las calles grandes, hay freidores, con sus sartenes llenas de aceite hirviendo, particularmente los días de fiesta, ocupados en preparar pescado ó frutas de sartén, á gusto del consumidor. Estas gentes tienen un despacho increíble y muchos miles de hom-

bres les compran y se llevan, envuelta en un pedazo de papel, su comida del medio día y su cena.

Nápoles 30 de Mayo de 1787.

Anoche, paseando por la ciudad, llegué al *Molo*. Allí, de una ojeada, vi la luna, su claridad en los bordes de las nubes, su reflejo suavemente movido en la mar, más claro y más movido en la cresta de las olas cercanas: después las estrellas del cielo, las lámparas del faro, el fuego del Vesubio, su reflejo en el agua y muchas luces sueltas esparcidas por los barcos. Hubiera querido ver asunto tan variado, ejecutado por Ven der Neer.

Nápoles 31 de Mayo de 1787.

Tenia tan fija en mi idea la fiesta del Corpus en Roma, y en particular los tapices, ejecutados por cartones de Rafael, que á pesar de tan espléndidas manifestaciones de la Naturaleza, que no pueden tener igual en el mundo, no sólo no perdía de vista el viaje, sino que hacía con empeño los preparativos. El pasaporte estaba corriente. Un *vetturino* me había dado ya los dineros de señal, pues aquí se hace, para seguridad del

viajero, precisamente lo contrario que entre nosotros. Kniep ocupábase en preparar su nuevo alojamiento, mucho mejor situado y más espacioso que el anterior.

Antes de poner en obra los cambios, mi amigo diórame á entender algunas veces lo molesto, hasta cierto punto inconveniente, que era entrar en una casa sin llevar nada consigo; la cama sola inspiraba cierto respeto á las gentes de la posada. Hoy, al pasar por el baratillo interminable de la explanada del Castillo, vi dos camas de hierro bronceado, que ajusté, para ofrecérselas á mi amigo, como base sólida y tranquila de su sueño futuro. Uno de los mozos de carga, siempre dispuestos, llevólas en seguida, con las tablas necesarias al nuevo alojamiento y Kniep se alegró tanto al verlas, que se decidió al momento á instalarse. Pensó, ante todo, en procurarse tableros para dibujar, papel y todo lo necesario. Yo le cedi una parte de los dibujos hechos en las dos Sicilias, según nuestro convenio.

Nápoles 1.º de Junio de 1787.

La llegada del Marqués de Lucchesini retardó algunos días mi marcha. He tenido mucho gusto en conocerle. Parecióme ser uno de esos hombres de buen estómago moral, que pueden siempre participar del gran festín de la vida, mientras que uno de nosotros, á modo de animal rumiante, se llena una vez y no puede tomar

nada hasta después de haber vuelto á masticar y digerido su alimento. Ella también me agradó mucho; es una buena alemana.

Salgo gustoso de Nápoles: necesito marcharme de aquí. Los últimos días me he dado el gusto de ver mucha gente. He conocido á personas altamente interesantes y me complazco en las horas pasadas en su compañía. Pero quince días más y esto me hubiera alejado y separado por completo de mí designio. Además, cada vez está uno aquí más inactivo. Desde mi vuelta de Pæstum, he visto muy poco, á excepción de los tesoros de Pórtici: me queda mucho por ver y no doy un paso. Verdad es que aquel Museo se considera el *alfa y omega* de todas las colecciones de antigüedades. Allí se ve lo adelantado que estaba el viejo mundo en el grato sentimiento del Arte, aunque muy atrasado en la industria sólida.

El criado que me ha entregado mi pasaporte en regla, contóme, sintiendo mi marcha, que salía del Vesubio fuerte lava, tomando el camino del mar. Casi había bajado ya las cuestas más escabrosas de la montaña, y llegaría á la orilla al cabo de pocos días. Me encuentro en el mayor aprieto. He pasado el día de hoy en visitas de despedida, que debía á tantas personas benévolas y atentas; lo que mañana sucederá, ya lo veo. No puede uno separarse por entero de los hombres en su camino, pero aunque nos procuren utilidad y goces, al

fin y al cabo concluyen desviándonos de nuestros propósitos serios, sin que podamos adelantar los suyos. Estoy sumamente contrariado.

Por la tarde.

Mis visitas de despedida no han dejado de serme útiles y agradables. Vi cosas muy bonitas, hasta ahora reservadas. El *Cavaliere Venuti* mostróme tesoros escondidos. He vuelto á contemplar con gran veneración su Ulises, inestimable, aunque mutilado. Por despedida me llevó á la fábrica de porcelana, donde hice lo posible para grabar en mi memoria al Hércules y hube de volver á recrearme, á mi sabor, en los vasos de la Campania.

Conmovido de verdad en su amistosa despedida, dije me al fin dónde le aprieta el zapato y quería nada menos que hacerme pasar algún tiempo á su lado. Mi banquero, á quien encontré sentado á la mesa, no me dejaba partir. Todo hubiera estado muy bien si la lava no se hubiese apoderado de mi imaginación. Entre ocupaciones de muchos géneros, hacer cuentas y equipajes, llegó la noche y me fuí de prisa al Molo.

Allí vi todos los fuegos y las luces y su resplandor, más oscilante porque la mar estaba más movida. La luna llena en todo su esplendor, al lado del volcán encendido y la lava, que el día pasado faltaba, en su si-

niestro camino inflamado. Hubiera querido ir á verla, mas los preparativos eran demasiado largos y no hubiera llegado hasta la mañana. No quería tampoco perder por mi impaciencia el espectáculo de que estaba gozando: permanecí sentado en el Molo hasta que, á pesar del ir y venir de las gentes, de sus explicaciones, dichos, comparaciones y disputas sobre dónde llegaría el torrente de lava y más charlas por el estilo, sentí que se me cerraban los ojos de sueño.

Nápoles 2 de Junio de 1787.

También este hermoso día pasado entre personas distinguidas hubiera sido de gusto y aprovechamiento, pero era contra mi idea y sentía el pecho oprimido. Lleno de deseos miraba el vapor, que bajando lentamente la montaña hacia el mar, dibujaba de hora en hora el camino de la lava. Tampoco tuve la tarde libre. Había prometido visitar á la Duquesa de Giovane, que vive en palacio, donde me hicieron subir muchas escaleras y atravesar muchos corredores, estando los más altos tan llenos de cofres, armarios y todo lo desagradable de un guardarropa de corte, que sólo dejaba un paso angosto. En una habitación alta de techo y espaciosa, sin tener nada de particular, encontré una señora joven, de buena presencia y de amenísima conversación, nacida en Alemania; no le era desconocida la tenden-

fin y al cabo concluyen desviándonos de nuestros propósitos serios, sin que podamos adelantar los suyos. Estoy sumamente contrariado.

Por la tarde.

Mis visitas de despedida no han dejado de serme útiles y agradables. Vi cosas muy bonitas, hasta ahora reservadas. El *Cavaliere Venuti* mostróme tesoros escondidos. He vuelto á contemplar con gran veneración su Ulises, inestimable, aunque mutilado. Por despedida me llevó á la fábrica de porcelana, donde hice lo posible para grabar en mi memoria al Hércules y hube de volver á recrearme, á mi sabor, en los vasos de la Campania.

Conmovido de verdad en su amistosa despedida, dije me al fin dónde le aprieta el zapato y quería nada menos que hacerme pasar algún tiempo á su lado. Mi banquero, á quien encontré sentado á la mesa, no me dejaba partir. Todo hubiera estado muy bien si la lava no se hubiese apoderado de mi imaginación. Entre ocupaciones de muchos géneros, hacer cuentas y equipajes, llegó la noche y me fuí de prisa al Molo.

Allí vi todos los fuegos y las luces y su resplandor, más oscilante porque la mar estaba más movida. La luna llena en todo su esplendor, al lado del volcán encendido y la lava, que el día pasado faltaba, en su si-

niestro camino inflamado. Hubiera querido ir á verla, mas los preparativos eran demasiado largos y no hubiera llegado hasta la mañana. No quería tampoco perder por mi impaciencia el espectáculo de que estaba gozando: permanecí sentado en el Molo hasta que, á pesar del ir y venir de las gentes, de sus explicaciones, dichos, comparaciones y disputas sobre dónde llegaría el torrente de lava y más charlas por el estilo, sentí que se me cerraban los ojos de sueño.

Nápoles 2 de Junio de 1787.

También este hermoso día pasado entre personas distinguidas hubiera sido de gusto y aprovechamiento, pero era contra mi idea y sentía el pecho oprimido. Lleno de deseos miraba el vapor, que bajando lentamente la montaña hacia el mar, dibujaba de hora en hora el camino de la lava. Tampoco tuve la tarde libre. Había prometido visitar á la Duquesa de Giovane, que vive en palacio, donde me hicieron subir muchas escaleras y atravesar muchos corredores, estando los más altos tan llenos de cofres, armarios y todo lo desagradable de un guardarropa de corte, que sólo dejaba un paso angosto. En una habitación alta de techo y espaciosa, sin tener nada de particular, encontré una señora joven, de buena presencia y de amenísima conversación, nacida en Alemania; no le era desconocida la tenden-

cia humana y liberal que marca nuestra literatura. Aprecia extraordinariamente los esfuerzos de Herder y su escuela. Siéntese íntimamente inclinada hacia la inteligencia pura de Garve. Querría estar á la altura de las escritoras alemanas y se deja ver su deseo de manejar una pluma experta y celebrada. Esta era la tendencia de su conversación, que denotaba, además, deseo de ejercer influencia en las jóvenes de alto nacimiento. Conversación semejante, no tiene límites. Había oscurecido y no traían luces: paseábamos de arriba abajo por la habitación, cuando ella, acercándose á una ventana, cerrada con maderas, la abrió y vi lo que sólo se ve una vez en la vida. ¿Lo hizo de intento para sorprenderme? Si es así, alcanzó por completo su objeto. Estábamos en una ventana de la parte alta del palacio y teníamos el Vesubio en frente. La corriente de lava veíase ya en la obscuridad, inflamada y el vapor que la acompañaba comenzaba á dorarse. La montaña rugía pavorosamente, sosteniendo sobre sí enorme nube de vapores, cuyas diversas masas, iluminadas á cada nueva explosión como por un relámpago, tomaban forma corpórea, destacándose distintas unas de otras. Desde allí al mar, un rastro de llamas y vapores inflamados; el resto, mar, tierra, rocas y campos, visibles en mágico reposo á la luz crepuscular. Todo esto visto de una ojeada y la lana llena saliendo detrás de las montañas, como para alumbrar la perfección acabada de tan maravilloso cuadro, bien digno era en verdad de causar asombro.

La mirada podía abarcarlo de una vez y, si no distinguía en particular cada detalle, no por eso se perdía nunca la impresión del gran conjunto. Si nuestra conversación quedó interrumpida ante este espectáculo, luego se hizo más íntima. Teníamos delante un texto, que no bastarían siglos para comentarlo. Cuanto más avanzaba la marcha, más claridad parecía adquirir el paisaje. La luna alumbraba como un segundo sol. Penetraba en las columnas de humo la luz, haciendo visibles las estrias y masas hasta en sus menores detalles, y creía uno distinguir, con un mediano antejo las rocas ígneas, al ser arrojadas por el negro cono de la montaña. Mi Anfitrión—así quiero llamarla, porque con dificultad hubiera podido ofrecérseme cena semejante—hizo poner las bujías al otro extremo de la habitación y esta hermosa mujer, iluminada por la luna como primer término de aquel increíble cuadro, me parecía cada vez más hermosa y lo que particularmente aumentaba su encanto, era oír, en aquel paraíso del Mediodía, un dialecto alemán muy agradable. Olvidé lo tarde que era, hasta que al fin ella me lo hizo advertir. Sentía dejarme marchar, pero se acercaba la hora en que sus galerías se cerraban como un convento. A duras penas me despedí de aquella lontananza y de aquel primer término, bendiciendo mi destino porque, después de los enojosos cumplimientos del día, me había recompensado con tan hermoso anochecer. Cuando me encontré en la calle, me dije que en la proximidad de esta lava grande, sólo vería la repetición de aquella

pequeña y que otra vista de Nápoles y otra despedida mejor que ésta, era imposible.

En lugar de ir á casa, dirigí mis pasos al Molo, para ver el grandioso espectáculo con otro primer término. Pero no sé si el cansancio, después de día tan ocupado, ó el sentimiento de que no debe mezclarse con nada la última imagen hermosa, me llevaron á casa de Moriconi, donde encontré á Kniep, que desde su nuevo alojamiento venía á hacerme una visita de noche. Bebiendo una botella de vino, conferenciamos sobre nuestras relaciones futuras. Prometile, en cuanto pudiese, mostrar trabajos suyos en Alemania, recomendarle al excelente Duque Ernesto de Gotha, de quien recibiría encargos. Y así nos despedimos, cordial y alegremente, con la perspectiva segura de mutua y recíproca actividad en lo futuro.

Nápoles 3 de Junio de 1787, día de la Trinidad.

Sali de esta ciudad incomparable, que probablemente no volveré á ver, medio aturrido entre su infinito movimiento; contento, sin embargo, al no dejar, detrás de mí, remordimientos ni dolores. Pensaba en el buen Kniep y, aún lejos de él, me ocupaba en sus intereses. En el último puesto del arrabal me distrajo un instante un mozo de café, que me miró con cara complacida, alejándose al punto. No habían concluido aún

los aduaneros sus negocios con el *vetturino*, cuando por la puerta del café salió Kniep, llevando en una bandeja una gran taza de china llena de café puro. Acercábase al coche á paso lento, con gravedad que, como salía del corazón, sentábase á maravilla. Yo quedé pasmado y conmovido: semejante delicadeza de gratitud no tiene igual.

—Me ha hecho V. tanto bien—dijo,—me ha mostrado tanto cariño, ha ejercido sobre toda mi vida tanta influencia, que en esto quiero ofrecerle un testimonio del agradecimiento que le tengo.

Como en ocasiones semejantes me quedé sin saber qué decir, sólo le expuse lacónicamente que ya por su actividad me había hecho su deudor y que aún podría servirme más, trabajando y utilizando nuestros tesoros comunes.

Despedímonos conforme se despiden pocas personas, que han estado corto tiempo unidas. Quizá en la vida sacaríamos más provecho y más agradecimiento, si mutuamente declarásemos lo que tenemos derecho á esperar unos de otros. ¿Se cumple? Pues quedan las dos partes contentas y el afecto, que es lo primero y lo último de todo, aparece como un don desinteresado.

En camino, desde el 4 al 6 de Junio.

Viajando solo esta vez, tengo bastante tiempo para volverme á representar la impresión de los meses pasados y se me hace muy agradable. Sin embargo, noto con frecuencia faltas de observación. Si el viaje aparece ante el que lo ha hecho en su curso completo y la imaginación lo representa consecuente, no puede dar de él cuenta exacta. El que narra tiene que representar las cosas aisladas. ¿Cómo ha de poder imprimir el conjunto en el alma del que escucha?

Nada podría sucederme más satisfactorio ni gustoso que lo que me dicen vuestras últimas cartas: os ocupáis de la Italia y la Sicilia, leyendo descripciones de viajeros y estudiando grabados. La seguridad que con esto ganan mis cartas, es mi mayor consuelo. Si antes me lo hubiéseis dicho ó prometido, habría sido aún más diligente. Reflexionar que fueron mis precursores hombres excelentes como Bartels, Münter, arquitectos de diferentes naciones, cuyos fines serían por cierto más transcendentales que los míos, que son bien íntimos, hame tranquilizado muchas veces, cuando tenía por insuficientes todos mis esfuerzos.

Si en general hay que considerar á cada hombre como un suplemento de todos los otros y tanto más digno de amor y más útil se muestra cuando por tal se da, debe tenerse esto en cuenta particularmente tratándose de

viajes y de viajeros. La personalidad, los fines, los tiempos, las circunstancias favorables ó desfavorables, todo se presenta diferente en cada uno. Si conozco á los que le han precedido, también me recrearé con él y lo utilizaré, esperando á su sucesor para recibirle con el mismo agrado, aunque en el intermedio haya tenido la dicha de visitar el país.



FELIPE NERI, EL SANTO HUMORISTA.

Felipe Neri nació en Florencia en 1515, y desde sus primeros años mostróse muchacho obediente, de sentido moral y robusta constitución. El retrato que así lo representa, ha sido felizmente conservado en el *Fidanza Teste Scelte*, tomo V, pág. 31. No podría imaginarse mozo más fuerte, sano y recto. Descendiente de noble familia, instruyéronle en todo lo bueno y digno de saberse en su tiempo y, al cabo, lo mandaron á Roma á terminar sus estudios, no se dice á qué edad. Al fin se desarrolló, haciéndose cumplido joven; su hermoso rostro, sus cabellos rizados, señálanlo: atrae la gente y sabe tenerla á distancia; la gracia y la dignidad le acompañan por todas partes. En aquel tiempo triste, pocos años después del saco de Roma, dióse, como ejemplo y caudillo de muchos nobles, al ejercicio de la piedad, elevándose su entusiasmo al impulso de lozana

juventud. Visitas perpetuas á las iglesias, particularmente á las siete principales, oraciones fervorosisimas en demanda de la gracia necesaria, asiduidad en la confesión y en acercarse á la sagrada mesa, ruegos y luchas por los bienes espirituales.

En uno de estos momentos de exaltación, arrojóse una vez sobre las escaleras del altar y se rompió dos costillas que, mal curadas, ocasionáronle palpitaciones de corazón durante toda su vida, siendo parte á que subieran de punto sus sentimientos.

Unióronsele otros jóvenes en la práctica de obras piadosas y morales: incansables en sustentar á los pobres y cuidar de los enfermos, parecían dejar de lado sus estudios. Empleaban, sin duda, en objetos benéficos los suplementos que de sus casas recibían; en fin, daba y ayudaba de continuo y nada guardaba y llegó á rechazar expresamente todo subsidio de los suyos, para emplear en los necesitados aquello que la caridad le enviaba y morirse él mismo de hambre. Estas obras piadosas, nacidas del corazón, eran demasiado vivas, para que no se tratase, al mismo tiempo, de dar pasto al espíritu con las cosas más importantes del sentimiento. La pequeña asociación no poseía lugar propio: reuníase de prestado, ya en uno ó en otro convento, donde se les ofrecía lugar acomodado. Tras breve y silenciosa oración, leíase en voz alta un texto de la Sagrada Escritura, que alguno de los miembros comentaba ó exponía en corta plática. Deteníanse, en particular, en aquellos puntos que se relacionaban con

la práctica; los procedimientos de dialéctica y agudezas de ingenio estaban, por regla general, prohibidos. El resto del día consagrábase al cuidado atento de los enfermos, servicio de los hospitales y asistencia de los pobres y afligidos.

Como ningún límite sujetaba estas relaciones, y lo mismo se podía entrar que salir, aumentaba de manera desusada el número de los participantes y, de igual modo, la asociación extendía seriamente el círculo de su actividad. También se leían en voz alta las vidas de los Santos escogiendo pasajes de los Santos Padres y de la Historia de la Iglesia y cuatro asociados tenían el derecho y el deber de hablar, cada uno media hora, acerca del asunto.

Esta acción cotidiana de piedad, estas prácticas familiares de los más altos intereses del alma, despertaban cada vez más la atención, no sólo de particulares, sino de corporaciones enteras. La iglesia en cuya nave verificábase la reunión, era la más favorecida de la gente. Significábase en particular la Orden de los Dominicos en esta suerte de afición y sus miembros se unían en gran número al grupo, de día en día más completo, que, no sin pruebas ni contradicciones, seguía siempre su camino, merced á la energía y alto sentido de su director.

Prohibía su superior juicio toda especulación; las actividades estaban reglamentadas y dirigidas á la acción de la vida; mas como la vida no se concibe sin esparcimientos, hubo el hombre de proveer las inocen-

tes necesidades y deseos de sus afiliados. Al entrar la primavera llevólos á San Onofrio, situado en lugar alto y despejado, localidad sumamente agradable en aquellos días. Allí, donde toda juventud debía brillar en aquella estación joven, después de silencioso rezo, salió un mancebo gallardo á recitar un sermón aprendido de memoria; siguieron luego oraciones y, al terminar, invadió los aires alegremente un coro de cantantes invitados al efecto; lo cual es tanto más notable, cuanto que la música, entonces, ni estaba hecha ni generalizada y es tal vez la primera ocasión en que se produce un canto religioso al aire libre.

Continuando su obra de este modo, aumentó la congregación y creció, así en número de personas como en importancia. Invitaron los florentinos á su compatriota á que se sirviese del Convento de San Girolamo, dependiente de ellos y allí, el instituto siguió extendiéndose y obrando como siempre, hasta que, al fin, el Papa les dió, en toda propiedad, cerca de la plaza de Navona, un monasterio que, edificado de nueva planta, podía recibir gran número de piadosos compañeros. Allí siguieron en su primitiva organización la palabra de Dios, esto es, disposiciones santas y nobles que los hicieran aptos para el sentido común y para la vida diaria, general y corriente. Reuníanse como antes, rezaban, elegían un texto, oían hablar sobre él, luego volvían á rezar y, por último, se solazaban con la música y lo que antes ocurría con frecuencia y aun á diario, después sólo los domingos; y ciertamente, todo

viajero que hiciese conocimiento con el Santo fundador y luego asistiese á estas inocentes funciones, debía sentirse edificado, porque aquello que se nos cuenta primero y de lo cual luego participamos, prevalece en nuestra alma y en nuestro pensamiento.

Sazon es la presente de recordar que la institución tenía sus lindes en lo seglar; muy pocos de sus miembros eran curas; sólo recibían órdenes sagradas los precisos para sentarse en el confesonario y celebrar el sacrificio de la misa. El mismo Felipe Neri llegó á los treinta y seis años sin pertenecer al sacerdocio. Sentíase, al parecer, en aquel estado más libre y podía ir más lejos. Sujeto por los lazos de la Iglesia, como miembro de la gran jerarquía, hubiérase sentido más honrado, pero con menos acción.

En las esferas superiores no se lo consintieron. Su confesor hizole caso de conciencia el ordenarse y pertenecer al clero y así sucedió. Atinadamente, la Iglesia encerró dentro de su círculo un espíritu hasta entonces independiente y desligado de modo tal, que llevaba aunados lo santo y lo mundano, lo virtuoso y lo ordinario. Semejante cambio del paso al sacerdocio, no tuvo la menor influencia en su conducta exterior.

Ejerció el desprendimiento más aún que antes y vivió en un mal convento, en compañía de otros desdichados. El pan que le regalaban, en tiempos de gran carestía y escasez, se lo daba á otros más necesitados y continuaba sirviendo á los infelices.

Mas, en su interior, dióle el sacerdocio vuelo. La

celebración de la misa poníalo en tal estado de entusiasmo y éxtasis, que aquel hombre, antes tan natural, quedaba desconocido totalmente. Apenas sabía por donde andaba, vacilando en el camino hasta llegar al altar y delante de él, cuando alzaba la hostia, no podía volver á bajar los brazos; parecía elevado por fuerza invisible. Al echar el vino en el cáliz, temblaba y se estremecía y luego, cuando terminada la transubstanciación, disponíase á gozar aquellas secretas dádivas, veíasele de la manera más extraordinaria é inexplicable, como lividinoso. La fuerza de la pasión hacíale morder el cáliz, mientras bebía ansioso lo que creía sangre del cuerpo vorazmente engullido antes. Pasada esta embriaguez, volvemos á encontrar el mismo hombre, siempre apasionado de manera singular, pero de entendimiento práctico en grado sumo.

Muy extraordinario debía parecer á los hombres un joven entregado á tan raras y eficaces acciones y sus mismas virtudes debían hacerlo oneroso y desagradable. Positivamente hubo de ocurrírle esto muchas veces en los primeros tiempos del curso de su vida; pero cuando recibió las sagradas órdenes y vivió estrecha y miserablemente en un pobre convento, los contradictores salieron á luz, persiguiéndole sin descanso sus burlas y desprecios.

Nosotros vamos más lejos y decimos que era hombre distinguido en alto grado, nacido para mandar como señor; pero que trataba de ocultar el brillo de su persona con la abnegación, el desprendimiento, la cari-

dad, la humildad y la debilidad. Aspiraba á la continua á parecer insensato á los ojos de los hombres y de tal manera entregarse más á Dios, ejercitándose en sus cosas, para cuyo fin trabajó y educó después sus discípulos. La máxima de San Bernardo:

Spornere mundum.

Spornere nequidem.

Spornere in ipsam.

Spornere ad speciem.

parece haberle penetrado por completo, ó mejor parece haber salido de él. Los hombres que ansían edificarse apropiándose semejantes máximas, necesitan proponerse aquellos fines y tener aquellas disposiciones. Se puede estar seguro que un hombre, interiormente altivo y arrogante, no se acomoda á aquellos principios, sin haber probado antes la oposición de un mundo siempre contrario á lo bueno y á lo grande y sin haberse decidido á vaciar el amargo cáliz de la experiencia, antes que se lo presenten. Interminables y sin interrupción, aquellas historias con que probaba á sus discípulos, muchas de las cuales llegaron hasta nosotros, impacientaban realmente á los hombres contentos de la vida que las oían, así como los mandatos tenían que parecer en extremo dolorosos y casi insoportables á los obligados á obedecerlos. De ahí que no todos soportaban la prueba del fuego.

Antes de enfrascarnos en tales maravillas y hacer al lector su narración, hasta cierto punto involunta-

ria, nos inclinaremos mejor, una vez más, á aquellas preeminencias que sus contemporáneos le reconocen y celebran, ensalzándolas. Tenía—dicen—sus conocimientos y educación, más bien de la Naturaleza que de las lecciones recibidas de los hombres. Todo cuanto otros adquieren penosamente, á él se le había infundido. Más tarde, tuvo en realidad los grandes dones de distinguir los espíritus y apreciar en su justo valor las cualidades y aptitudes de sus semejantes. Penetrábase, al mismo tiempo, de las cosas del mundo con tanta sutileza, que se le hubiera podido atribuir el don de adivinar. Poseía asimismo, en sumo grado, una cualidad de inspirar decidida simpatía, que los italianos expresan en la bella palabra *attrattiva*, la cual no se circunscribía á los hombres, sino que se extendía á los animales. Cuentan, como ejemplo, que el perro de uno de sus amigos se fué con él y le seguía á todas partes, aun á la casa de su primer amo, que deseaba muchísimo recobrarlo y puso por obra muchos medios, á fin de ganarse de nuevo su voluntad. Pero el animal, de ningún modo quiso quedarse y siempre volvía al lado del hombre atractivo y nunca se separó de él, hasta que al fin, de allí á muchos años, murió en el cuarto del amo que se había elegido. Este animal trae á cuento de nuevo las pruebas á que dió ocasión. Sábese que en la Edad Media era ignominioso, aun en Roma, conducir perros ó llevarlos en brazos y á causa de ello solía aquel hombre mansísimo llevar de una cadena aquel animal por la ciudad. Igual motivo obligaba á sus dis-

cipulos á atravesar las calles, llevándolo en brazos, exponiéndose así á la risa y mofa de la muchedumbre.

Otras exterioridades indignas pretendía de sus discípulos y compañeros. A un joven, príncipe romano, que pedía el honor de ser admitido miembro de la Orden, exigióle pasear por Roma con una cola de zorra sujeta en la parte posterior de su traje y negándose á sufrirlo, fuéle negada la entrada en la Orden. A otro mandó á la ciudad sin sobrevestido y á otro con las mangas despedazadas. Un noble, compadecido del último, ofrecióle unas nuevas. El joven las fué á buscar agradecido, se las puso y llevó algún tiempo y después las rompió; todo de orden de su maestro. Cuando construyeron la nueva iglesia, hizo que los suyos portearan los materiales y diesen servicio á los obreros, como si fueran peones.

En igual medida sabía cortar y anular una complacencia en lo espiritual, que cualquiera sintiese de sí mismo. Cuando el sermón de algún joven resultaba bien y el orador parecía satisfecho, le cortaba la palabra y para continuar hablando en su lugar, mandaba que saliese y comenzase, sin preparación, otro afiliado menos hábil, el cual, elevado de manera tan inesperada, tenía la suerte de probarse, de improviso, mejor que nunca.

Representándose el estado de desolación de la segunda mitad del siglo XVI, en el cual Roma, bajo diversos Papas, se presentaba como elemento de insubordinación, hacémonos cargo de la eficacia y poder de se-

mejante procedimiento, en cuanto por inclinación y miedo, por devoción y obediencia, daba á los hombres la gran fuerza de contenerse á pesar de todo lo exterior, de resistir cuanto ocurrir pudiese; pues aun á los sensatos y cuérdos ponía en aptitud de desprenderse totalmente de las cosas más usuales y permitidas.

Aunque ya conocido, no se verá aquí á disgusto, merced á su gracia particular, un notable episodio de pruebas. Informaron al Santo Padre que, en un convento fuera de Roma, una monja hacía milagros; nuestro hombre recibe la comisión de inspeccionar de cerca asunto tan importante para la Iglesia. Monta en su mula, dispuesto á cumplimentar las órdenes y hállase de vuelta mucho antes de lo que el Santo Padre esperaba. A la extrañeza de su jefe espiritual, salió Neri al encuentro con las palabras siguientes:

— Santísimo Padre; ésta no hace milagros; carece de la primera de las virtudes cristianas, la humildad. Llego maltrecho al convento á causa del tiempo y los detestables caminos; hágola venir ante mí en vuestro nombre; se presenta y en vez de saludarla, alargo mi bota con ademán de que me la quite; horrorizada, retrocede y contesta á mi ademán con ira y enfado, exclamando: —¿Por quién me toma? Soy la sierva de Dios; pero no del primero que viene á pedirme servicio de villano.— Levantéme sosegadamente, monté en mi animal y héme aquí en vuestra presencia, convencido de que no juzgaréis necesarias otras pruebas.

El Papa sonrió, y es verosímil que se prohibiese á la monja seguir haciendo milagros.

Si tal género de pruebas se permitía con los otros, debía á su vez sufrirlas de hombres que, en igual sentido, emprendieran el camino del desprecio propio. Un fraile mendicante, que estaba también en olor de santidad, encontrósele de manos á boca en una callejuela estrecha y le invitó á beber un sorbo de vino de la botella que escondida llevaba. Felipe Neri no titubeó un instante y, echando atrás la cabeza, púsose á la boca el largo cuello de la damajuana, mientras el pueblo se reía alto y se motaba de que dos religiosos bebiesen de aquel modo. Felipe Neri que, á pesar de su devoción y piedad, hubo hasta cierto punto de enfadarse, dijo incontinenti: ¿El me ha probado? pues ahora llega su vez, y con esto plantó su bonete de cuatro picos sobre la rapada cabeza del fraile, el cual, excitando de nuevo la risa general, echó á andar tranquilamente y dijo:

—Cuando alguien me lo quite de la cabeza, lo tendrá: quitóselo el mismo Neri y se separaron.

En realidad, para osar cosas tales y, no obstante, conseguir los mayores resultados morales, era menester un hombre del temple de Felipe Neri, cuyas acciones creíanse muchas veces milagros. Confesor, hizose temido y, al mismo tiempo, digno de la mayor confianza. Descubría á sus hijos de confesión pecados ocultos, de que nunca se habían cuidado. Su oración interna, estática, á modo de cosa sobrenatural, asombraba á cuantos le rodeaban, hasta un punto en el que los hom-

bres creen conocer, mediante sus sentidos, lo que les pone delante la imaginación, excitada por el sentimiento. De donde resulta que, contado y repetido, lo milagroso, lo imposible, toma el lugar de lo positivo y corriente. De ahí que diferentes veces le hayan visto, no sólo alzarse delante del altar durante el sacrificio de la misa, sino un día, arrodillándose, pidiendo la vida de un enfermo gravísimo, elevarse del suelo, de tal modo, que casi fué á dar con la cabeza en el techo de la habitación.

En semejante estado, producto del sentimiento mezclado á la imaginación, era natural que no se excluyesen ciertas participaciones demoníacas.

Una vez vió el santo hombre al enemigo malo en figura de asno, dando bríncos por las derruidas murallas de las termas de Antonino y á su mandato, desapareció entre las ruinas. Todavía más curioso que este detalle es el proceder empleado con aquellos de sus discípulos que contaban, encantados, las apariciones de la Madre de Dios y otros santos que así los favorecían. Sabiendo perfectamente que de tales imaginaciones suele salir la más obstinada y la peor de todas las vanidades, asegurábales que detrás de aquellas bellas celestiales claridades, de seguro ocultábanse diabólicas odiosas tinieblas. A fin de probarsele, mandoles que ante nuevas apariciones de aquella bondadosa Virgen le escupiesen en el rostro; obedecieron y el éxito le dió la razón, pues en el sitio salió una cara del diablo.

Que el grande hombre lo ordenase con conocimiento,

ó, lo que es más probable, gracias á instinto profundo, es igual; estaba seguro que el amor á lo fantástico las provocaba y el deseo, impelido mediante acciones contrarias del desprecio y del odio, quedaría convertido en una patarata.

Autorizábanle á usar tan rara pedagogía los más altos dones naturales que aparecen fluctuando entre lo espiritual y lo corporal. Conocimiento de una persona que se le acerca y aun no se ha presentado. Presentimiento de sucesos lejanos. Adivinación del pensamiento de una persona presente; obligar á otros á pensar como él.

Tales dones y otros semejantes se encuentran repartidos entre muchos hombres y hay quien puede gloriarse de ellos, una y otra vez. Mas la presencia no interrumpida de tales aptitudes y la disposición para ejecutar en cualquier caso tan pasmosos efectos, quizá sólo puede concebirse en un siglo donde resaltan, con tanta energía, el espíritu entero y contenido y la fuerza corpórea.

Considérese lo sujeta que se sentiría, dentro de los fuertes lazos de la iglesia romana, una naturaleza con tanta vehemencia impulsada á la libre é ilimitada acción del espíritu.

Los hechos de San Francisco Javier, entre los paganos idólatras, deben haber tenido, en aquella época, gran resonancia. Excitado Neri y algunos de sus amigos, sintiéronse asimismo atraídos hacia las llamadas Indias y desearon pasar allá, obtenido permiso del Papa. Su

confesor, bien instruido sin duda de arriba, hablóles y les dió á entender que para los hombres religiosos, consagrados al mejoramiento del prójimo y á la propaganda de la religión, hallábanse en Roma misma suficientes Indias y digno teatro abierto á sus hechos. Diéronles noticia que la gran ciudad debía soportar muy pronto una gran desgracia; pues las tres fuentes, delante de la puerta de San Sebastián, corrían hacia algún tiempo turbias y ensangrentadas, lo cual era señal infalible.

Apaciguados así el digno Neri y sus compañeros, deben haber llevado dentro de Roma una vida admirable de actividad benéfica; tanto es cierto, que de año en año se ganaba la confianza y veneración de grandes y chicos, viejos y jóvenes.

Pensando ahora en la maravillosa complicación de la naturaleza humana, en la cual se unen las más fuertes antítesis, lo material y lo espiritual, lo común y lo imposible, lo áspero y lo encantador, lo restringido y lo ilimitado, se comprende que para comprobar aquellas obras fuera menester llevar largo registro. Considérese que lo incomprendible de estas contradicciones, cuando se producen y hacen visibles en hombres preeminentes, desorienta el entendimiento, desata la imaginación, supera la fe, autoriza la superstición y de esta manera pone en contacto y hasta asocia y une el estado natural y el sobrenatural. Si extendemos nuestras reflexiones á la prolongada tradicional vida de nuestro hombre, que actuó sin cesar y sin interrupciones en un

vasto teatro, en un elemento inmenso, durante casi un siglo, se nos hará muy comprensible la influencia que debió llegar á ejercer. La alta opinión que de él tenían iba tan lejos, que no sólo lo creían dotado de las cualidades necesarias para dar la salud, mediante su santo contacto, estando él sano y en la fuerza de su energía y vitalidad, sino que sus mismas enfermedades aumentaban la confianza, por cuanto veían en ellas signos de la agitación que le causaban sus relaciones con Dios y con lo más divino. Así comprendemos que, ya en vida, tenía honores de Santo y su muerte no hizo más que afianzar lo que le habían destinado y conferido sus contemporáneos.

Cuando inmediatamente después de su muerte, acompañada de más milagros que su vida, fueron al Papa Clemente VIII con la cuestión de si debería comenzarse el informe del llamado Proceso, que precede á toda beatificación, recibieron esta respuesta:

—Siempre lo consideraré Santo y nada tendría que objetar si la Iglesia en pleno lo declara y presenta tal á los fieles.

Es digno de atención y de ser referido el hecho de que en la larga serie de años que le fué dado ejercitar su acción, conoció quince Papas. Nació en el pontificado de León X y terminó sus días bajo Clemente VIII. De consiguiente, pretendió siempre sostenerse en posición independiente respecto de los mismos Papas y si como miembro de la Iglesia se avenía en absoluto á los ordenamientos generales, en particular nunca se

ligó y hasta se mostró imperioso con el jefe de la Iglesia.

Así se explica que rehusara en absoluto la dignidad cardenalicia y, en su *chiesa nuova*, semejante á obstinado caballero en su viejo castillo, se permitiese comportamiento descortés hacia su señor natural.

Pero el carácter de aquellas relaciones, que al final del siglo XVI conservaban forma bastante singular de tiempos anteriores más rudos, no puede presentarse más clara á los ojos, ni ofrecerse más penetrante al espíritu, que leyendo una epístola que Neri, poco antes de su muerte, envió al nuevo Papa, Clemente VIII, á la que siguió una respuesta igualmente extravagante.

Vemos así, que de otra manera no es posible figurárselas, las relaciones entre un hombre casi ochentón, próximo á alcanzar el rango de santo y un soberano, cabeza de la Iglesia Católica Romana, importante, robusto y sobremanera venerado, durante los muchos años de su pontificado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

Epístola de Felipe Neri á Clemente VIII.

Santísimo Padre: ¿Quién soy yo para que me visiten los Cardenales y ayer tarde, en particular, el Cardenal de Florencia y Cusano? Y como hubiese menester de un poquito de maná en hojas, mandóme por dos onzas á San Spiritu, puesto que el Señor Cardenal había en-

viado á aquel hospital gran cantidad. Estúvose hasta las dos de la madrugada y dijo de Vuestra Santidad tanto bueno, que me pareció más de lo razonable; pues como sois Papa, debéis de ser la humildad misma. Cristo vino á mi á las siete de la noche corporalmente y Vuestra Santidad pudo también entrar una vez en nuestra Iglesia. Cristo es hombre y Dios y me visita, algunas veces. Vuestra Santidad es solamente un hombre, nacido de otro, santo y bueno y aquél, de Dios Padre. La madre de Vuestra Santidad es la *Signora Agnesina*, dama muy temerosa de Dios, pero aquella la Virgen de todas las vírgenes. ¿Qué no diría yo si dejase libre curso á mi enojo? Ordeno á Vuestra Santidad haga mi voluntad respecto de una doncella que quiero criar en *Torre de Spechi*. Es hija de Claudio Neri, al cual prometió Vuestra Santidad cuidar de sus hijos y con esto recuérdole que es linda cosa un Papa cumpliendo sus palabras. Por lo tanto, confieme este negocio y que, en caso de necesidad, pueda yo servirme de vuestro nombre: tanto más, cuanto sé la voluntad de la muchacha, que está movida por divina inspiración.

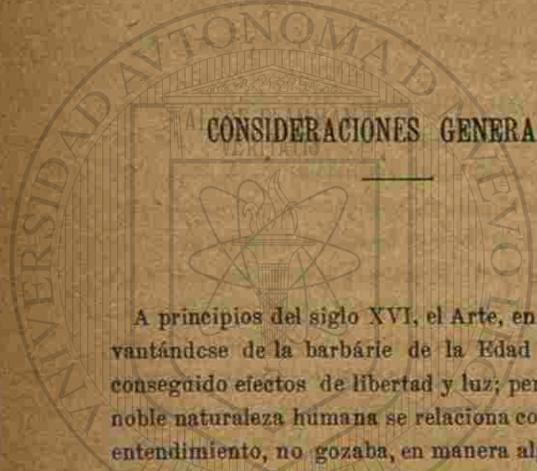
Respuesta

escrita de puño y letra del Papa, debajo de la propia epistola.

El Papa dice que este escrito, en su primera parte, tiene algo de vanidoso, porque da la noticia que los Cardenales le visitan con frecuencia; si ya no quiere darnos á entender que estos señores son muy clericales, lo cual es bien sabido. De que el Papa no haya venido á verle, dice el Papa que Vuestra Reverencia no se lo merece, puesto que no ha querido aceptar el capelo que tantas veces se le ha ofrecido. Respecto de lo que se le ordena, el Papa es gustoso que, con su acostumbra imperiosidad, dé una sólida reprimenda á aquellas buenas madres, si no lo hacen á su gusto. Pero también el Papa le manda á él que se cuide y no se sienta en el confesionario sin su permiso. Si Nuestro Señor viniere á visitarle, ruegue por nosotros y por las necesidades apremiantes de la cristiandad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

CONSIDERACIONES GENERALES.

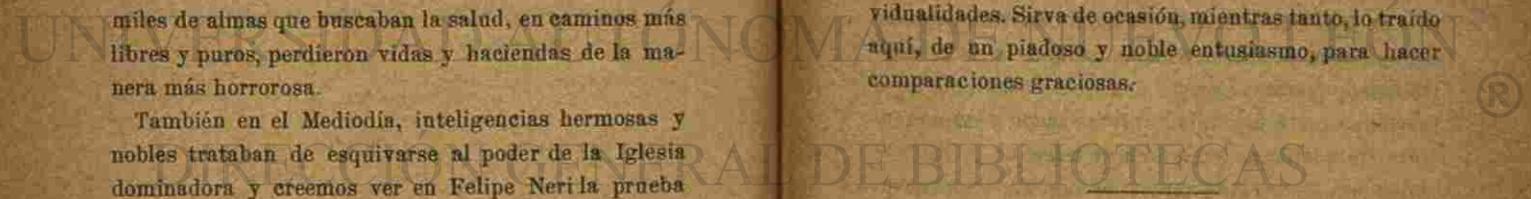
A principios del siglo XVI, el Arte, en formación, levantándose de la barbarie de la Edad Media, había conseguido efectos de libertad y luz; pero lo que en la noble naturaleza humana se relaciona con la razón y el entendimiento, no gozaba, en manera alguna, libertad de acción. Luchaba en el Norte; mas formado el espíritu humano con las toscas presunciones de trasañadas costumbres, desgraciadamente, no bastando los principios de la razón, empuñaron las armas. Miles y miles de almas que buscaban la salud, en caminos más libres y puros, perdieron vidas y haciendas de la manera más horrorosa.

También en el Mediodía, inteligencias hermosas y nobles trataban de esquivarse al poder de la Iglesia dominadora y creemos ver en Felipe Neri la prueba de que se puede ser piadoso y aún santo, sin someterse á la autocracia del Romano Pontífice. Hallábase en realidad Neri, por el sentimiento y la imaginación y tam-

bién por el gusto, en el elemento que la Iglesia romana dominaba; y así desligarse de ella, érale enteramente imposible.

¡Cuánto tiempo vaciló hasta llegar al sacerdocio! ¡Qué desprendido hallábase de toda rutina eclesiástica, cómo trataba de hacer la doctrina, lo mismo que la vida moral, pura y sobre todo práctica!

Haber rehusado, al fin decididamente y de manera ofensiva para el Papa, el capelo de Cardenal, muestra lo libre de lazos que quería sostenerse. Y la altanera correspondencia, extravagante hasta lo cómico, con que cerramos nuestro relato, es testimonio vivo y nos transporta á la centuria que casi llenó con su vida aquel hombre extraordinario. Cosa muy notable fué para nosotros dar con un santo contemporáneo del mundano Cellini y florentino como él, á cuya memoria consagramos tanta atención. Más lejos podría llevarse el paralelo entre los dos y tal vez con algunas otras existencias significativas, para evocar con propiedad un cuadro animado del tiempo, mediante muchas individualidades. Sirva de ocasión, mientras tanto, lo traído aquí, de un piadoso y noble entusiasmo, para hacer comparaciones graciosas.





SEGUNDA VEZ EN ROMA.

*Longa sil hinc etiaminque potentia terra
Sitque sub hac oriens occidensque dies.*

Roma 8 de Junio de 1787.

Anteayer llegué aquí, felizmente, y ayer, la fiesta del Corpus, dióme investidura de romano. Sin dificultad confieso que mi salida de Nápoles prodújome cierta pena; no á causa de alejarme de la hermosa comarca, sino al dejar una poderosa erupción de lava que, desde la cima de la montaña, tomó su camino hacia el mar. Hubierala querido observar de cerca y hacer, por experiencia propia, conocimiento de su modo y manera de ser, de la que tanto se ha dicho y leído.

Hoy cesaron mis suspiros por aquella gran escena de la Naturaleza y no en virtud del devoto bullicio de la fiesta que, al lado de imponente conjunto, presenta detalles absurdos que estropean su sentido, sino gra-

cias á los tapices de Rafael, cuya vista llevóme de nuevo á un círculo de consideraciones más elevadas. Los principales que, sin género de duda, son suyos, cuelgan unos al lado de otros; los demás, acaso de discípulos y artistas contemporáneos de Rafael, no desdican y ocupan dignamente un espacio inmenso.

Roma 16 de Junio.

He de volver á decir os una palabra, queridos amigos: me va muy bien; cada vez me encuentro más dueño de mí y aprendo á discernir lo que me es propio y lo que me es ajeno. En todo me ocupo; tomo de todas partes y crezco de dentro á fuera. Estos días estuve en Tivoli y he visto uno de los más hermosos espectáculos de la Naturaleza. Las cascadas, las ruinas, todo el panorama del paisaje, son de aquellas cosas cuyo conocimiento nos enriquece á fondo.

He descuidado escribiros por el último paquete. En Tivoli me encontraba muy cansado de pasear y dibujar con mucho calor. Salía con el Señor Hackert, que tiene gran maestría para copiar la Naturaleza y componer el dibujo; mucho he aprendido, de él en tan pocos días.

No puedo decir más: en el orden terrestre, esto es cosa eminente. De los complicados accidentes del país, resulta admirable efecto.

El Señor Hackert, alabándome y censurándome,
Tomó II.

ayudándome mucho y medio en broma, medio serio, reprochóme necesitar todavía los principios fundamentales, habiendo vivido diez y ocho meses en Italia. Después de tanto tiempo, me aseguré que ya debía encontrar satisfacción y gusto en mis trabajos. Ahora conozco lo que es preciso estudiar y cómo, para vencer ciertas dificultades, bajo cuya carga se arrastra uno toda la vida.

Otra advertencia: también ahora empiezo á cobrar cariño á los árboles, á las flores y á la misma Roma; antes las sentía cosa extraña y me alegraban, en cambio, objetos más insignificantes, parecidos á los que ví en mi juventud. Al presente necesito encontrarme aquí como en mi patria y, sin embargo, no puedo identificarme con éstas, como con aquellas primeras impresiones de la vida. Tal circunstancia originóme muchos y diversos pensamientos, en particular acerca del Arte y de la imitación. Durante mi ausencia, descubriera Tischbein un cuadro de Daniel de Volterra en el monasterio de *Porta del Popolo*. Los religiosos tasábanlo en mil escudos y Tischbein, artista, no podía procurárselos. Entonces, valiéndose de Meyer, hizo á Madama Angelika la proposición, que aceptó, de pagar dicha suma y recoger en su casa el cuadro y, más tarde, Tischbein vendió la mitad que, conforme al contrato le correspondía, en una suma considerable. Es un cuadro excelente, que representa el entierro de Cristo y tiene muchas figuras. Meyer lo dibujó cuidadosamente.

Roma 20 de Junio.

He vuelto á ver obras de Arte magníficas y mi entendimiento se depura y se afirma. Sin embargo, necesitaría todavía un año vivir solo en Roma, á fin de poder utilizar mi permanencia á mi manera y ya sabéis que de otra no hago nada. Ahora, cuando me marche, sólo sabré cuál sentido no se me ha desarrollado todavía.

El Hércules Farnesio ya no está aquí; mas llegué á verlo sobre sus propias piernas, de las cuales, durante tanto tiempo, le privaron. Ahora no se comprende que las primeras, de Porta, se hayan considerado buenas tanto tiempo. Es hoy una obra de las más acabadas de los tiempos antiguos. El rey de Nápoles va á construir un Museo donde reunir cuanto posee de Arte antiguo: el museo de Herculano, los cuadros de Pompeya, los de *Capo di Monte*, toda la herencia de Farnesio: empresa grande y bella, cuyo promotor es nuestro compatriota Hackert. Hasta el Toro de Farnesio viajará á Nápoles, en cuyo paseo han de colocarlo. Si pudiesen sacar del palacio la galería Carracciana, se la llevarían también.

Roma 27 de Junio.

Estuve, acompañado de Hackert, en la galería Colonna, donde se ven reunidos muchos cuadros del Pousino, Claudio y Salvator Rosa. Acerca de ellos díjome

cosas muy bellas y profundas. Algunos copió; de otros hizo fundamental estudio. Alegréme de haber tenido, en mi primera visita a esta galería, sus mismas impresiones. Cuanto me dijo ensanchó y afirmó mis ideas, pero no las cambió en manera alguna. Siendo posible ver después la Naturaleza, encontrarla y leerla conforme aquellos la han encontrado y la han imitado más ó menos, ya puede sentirse el ánimo esparcido y sereno y adquirir la intuición más alta del Arte y de la Naturaleza. No quiero darme punto de reposo hasta que para mí nada sea palabra y tradición, sino idea viva. Tal fue, desde la juventud, mi aguijón y mi tormento; ahora que vienen los años quiero, al menos, alcanzar lo alcanzable y hacer lo factible, ya que, merecida ó inmerecidamente, he sufrido el destino de Sísifo y de Tántalo.

¡Seguid queriéndome y tened fe en mí! Ahora vivo con los hombres de manera muy tolerable y en cierto pie de buena franqueza. Estoy bien y contento del empleo de mis días.

Tischbein es excelente, más temo que nunca llegue a situación en que pueda trabajar á gusto y libre. De palabra diré más acerca de este hombre extraordinario. Mi retrato está muy bien; se me parece mucho y todo el mundo encuentra el pensamiento feliz. Angelika me retrata también, pero no resulta; ella se enoja de no poder alcanzar el parecido: es un muchacho guapo, pero ni trazas mías.

Roma 80 de Junio.

La gran fiesta de San Pedro y San Pablo llegó al fin; ayer vimos la iluminación de la cúpula y los fuegos artificiales del Castillo. La iluminación es un cuento fantástico; no cree uno á sus propios ojos. Viendo ahora las cosas en sí y no según antes me sucedía, por y con otras que no existían, sólo pueden causarme placer estos grandes espectáculos. En mi viaje cuento una media docena de ellos y éste puede figurar en primera línea. La hermosa forma de la columnata, la iglesia y en particular la cúpula, aparecen á primera hora perfumadas con fuego y cuando la primera hora ha pasado, en una masa de llamas. Es cosa única y soberbia. Pensando que el enorme edificio sólo sirve en tal momento de andamiaje, se puede comprender que no es posible ver en el mundo nada semejante. El cielo estaba sereno y claro; brillaba la luna y su resplandor atenuaba, de manera agradable, la claridad de las lámparas. Pero al último, cuando en la segunda iluminación todo se convirtió en llamas, quedó apagada la luz de la luna. Los fuegos artificiales son bonitos en razón del sitio, aunque sin punto de comparación con las iluminaciones. Esta noche veremos las dos cosas de nuevo.

Pasaron ya. Era una noche hermosísima; el cielo claro, la luna llena, que hacía más suave la iluminación y parecía enteramente un cuento de hadas. Ver dibu-

jadas con fuego las bellísimas formas de la iglesia y de la cúpula, es cosa grandiosa que embelesa.

Roma, fin de Junio de 1787.

Me he metido en tan grandiosa escuela, que no me es posible salir pronto. Aquí tienen que elaborarse y madurarse en total mis conocimientos y mis habilidades; sin esto, no os devolvería sino un amigo incompleto y comenzarían otra vez los deseos, los esfuerzos, la co-mezón y las lentitudes. No acabaría si hubiese de contaros lo bien que me ha ido aquí este mes: es como si me hubiesen presentado en un plato cuanto he deseado. Tengo alojamiento hermoso, en casa de buenas gentes. Tischbein se ha ido á Nápoles y hago uso de su estudio, que es un gran salón muy fresco. Cuando penséis en mí, imaginaos que pensáis en un hombre feliz; escribiré con frecuencia; así estaremos y permaneceremos juntos.

No me faltan nuevos pensamientos é inspiraciones. Entregado, como estoy, á mi mismo, encuentro mi primera juventud hasta en pequeñeces y luego lo elevado y lo digno de los objetos me lleva tan alto y tan lejos como lo requiere la última parte de mi existencia.

Mis ojos se forman de modo increíble y mis manos no quieren quedarse atrás. Sólo hay una Roma en el mundo y me encuentro en ella como el pez en el agua:

foto como una bala en el azogue, único fluido que la podría sostener. Nada enturbia la atmósfera de mis pensamientos más que el no poder compartir mi dicha con aquellos que me son queridos. El cielo está ahora admirablemente claro, de suerte que en Roma sólo hay alguna niebla á la mañana y á la noche. Pero en la montaña, Albano, Castello, Frascati, donde pasé tres días la semana anterior, el aire es siempre transparente y puro. ¡Esta Naturaleza sí que es digna de estudio!

ADVERTENCIA.

Al poner ahora en orden mis notas, de acuerdo con la situación, impresiones y sentimientos de aquel tiempo y para ello comenzar extrayendo de mis propias cartas los pasajes de interés general, que presentan mejor que cualquiera narración posterior la propiedad del momento, viénenseme á la mano cartas de amigos, que pueden servir á mi propósito aún más ventajosamente. Por lo tanto, me resuelvo á intercalar estos documentos epistolares en unas partes ó en otras, principiando por introducir la animadisima narración de Tischbein, que procedente de Roma llegó á Nápoles. Tiene la ventaja de transportar, desde luego, al lector á aquel sitio y ponerle en relación inmediata con las personas y también de instruirle, en especial acerca del carácter del artista, que por tanto tiempo trabajó notablemen-

te y que, si bien de cuando en cuando puede parecer extravagante, siempre merece un recuerdo de agradecimiento, así por sus esfuerzos como por sus servicios.

De Tischbein a Goethe.

Nápoles 16 de Julio de 1787.

Nuestro viaje de Roma á Capua fue bueno y agradable. En Albano se nos reunió Hackert; en Velletri comimos en compañía del cardenal Borgia y vimos su Museo, con particular satisfacción mía, porque hice aprecio de muchas cosas que, la primera vez, había pasado sin advertirlas. A las tres de la tarde seguimos nuestro viaje por las lagunas pontinas, que esta vez me gustaron mucho más que en el invierno: los árboles verdes y los setos dan graciosa variedad á esta gran planicie. Un poco antes de anocheecer nos encontramos en el medio de las lagunas, donde se muda el tiro. Mientras el postillón empleaba toda su elocuencia en arrancarnos dinero, un brioso caballo entero, blanco, encontró oportunidad de soltarse, corriendo á escape, espectáculo que nos dió mucho gusto.

Era hermoso animal, de soberbia estampa, blanco como la nieve: rompió las riendas que lo sujetaban; pialó, arrojando tierra con las patas delanteras al que trataba de retenerlo; tiró coeces con las traseras, dando

tal relincho, que todos se apartaron medrosos. Después saltó á la zanja y galopó por los campos, resoplando y relinchando sin cesar. Flotaban en el aire la cola y las crines y su figura, en el movimiento libre, era tan hermosa, que todos exclamaron: *¡che bellezze! ¡che bellezze!* Luego corrió más cerca en otra zanja, de un lado á otro y buscó pasaje angosto donde saltar y llegar junto á las yeguas, que del lado de allá, en gran número, se apacentaban tranquilamente, cosa que al fin consiguió. Ellas, asustadas de su fiereza y relincho, corrieron en fila, huyendo delante por la llanura; pero él, siempre detrás, trataba de alcanzarlas.

Al fin arrojó á un lado á una yegua; ésta corrió á otro campo donde también había muchas, las cuales, poseídas á su vez del espanto, fueron á dar sobre la primer yeguada. Vióse entonces todo el campo cubierto de caballos negros, entre los cuales el potró blanco saltaba, esparciendo espanto y pavora. La manada corría en largas filas, haciendo silbar el viento y resonar como el trueno la tierra que pisaba. Mucho tiempo miramos embelesados aquellos cientos de animales galopando en los campos, unas veces en masa, otras repartidos; tan pronto desparramados dando vueltas, tan pronto en hileras recorriendo todo el suelo.

La obscuridad de la noche, que se entraba, nos privó de este espectáculo único; y cuando detrás de la montaña se alzó clara la luna, apagóse la encendida luz de nuestros faroles. Como durante largo tiempo hubé de recrearme en la claridad suave, me tomó el sueño, sin

ser parte á evitarlo el miedo de la *malaria*. dormí más de una hora sin despertarme, hasta llegar á Terracina, donde mudaron los caballos. Allí los postillones estaban muy atentos, gracias al miedo que les infundiera el marqués de Lucchesini; nos dieron los mejores caballos y guía, porque el camino, entre las grandes peñas y el mar, es peligroso. Sucedieron en él muchas desgracias, especialmente de noche, que se asustan los caballos con facilidad. Durante el tiempo que tardaron en enganchar y mientras en la última guardia romana revisaban nuestros pases, fuíme á pasear entre el mar y las grandes rocas y pude ver el más grandioso efecto. El obscuro peñasco que iluminaba la luna arrojaba al azulado mar una columna vivamente movediza, hasta sobre las olas que morían en la orilla. Allí arriba, en la montaña, destacándose en azul obscuro, las ruinas del destruido castillo de Genserico hicieron pensar en los tiempos antiguos y comprendí los deseos del desdichado Conradino por salvarse, lo mismo que los de Cicerón y Mario, que todos se arrojaron en este sitio.

Era hermoso alejarse de la montaña bajando en carruaje, entre enormes peñascos rodados, á la luz de la luna, hacia la orilla del mar. Percibimos bien iluminados los grupos de olivos, palmeras y pinos cerca de Fondí; no así lo principal, los bosques de limoneros; estos sólo se mostraron, en todo su esplendor, cuando el sol brilló en sus dorados frutos. Luego pasamos un monte de muchos olivos y algarrobos y era ya de día

cuando llegamos á las ruinas de la antigua ciudad, donde hay tantos restos de monumentos sepulcrales. El mayor de todos debe haber sido erigido á Cicerón, precisamente en el sitio en que fué asesinado. Tenía ya el día algunas horas cuando llegamos al alegre golfo de Molo di Gaeta. Volvían los pescadores con su botín y esto hacia el camino muy animado. Algunos llevaban en cestos de mimbres los peces y mariscos; otros preparaban ya las redes para nueva presa. De allí fuimos á Garigliano, donde el caballero Venuti hace excavaciones. Dejémos aquí Hackert, que tenía prisa de llegar á Caserta y nos fuimos, calle abajo, hacia el mar, donde nos tenían preparado un almuerzo que podría muy bien pasar por comida. Allí estaban guardadas las antigüedades desenterradas, lastimosamente destrozadas. Entre otras cosas bellas se encuentra una pierna de estatua, que no le cede mucho al Apolo del Belvedere; sería una dicha encontrar el resto.

El cansancio nos hizo dormir un poco y al despertar nos encontramos en compañía de una agradable familia que vive en este lugar y que nos daba una comida. Esta atención la debimos, sin duda, á Hackert, que ya se había alejado. De nuevo estaba la mesa puesta; pero yo no pude comer, ni siquiera estar sentado, á pesar de la buena compañía. Fuíme á pasear á la orilla del mar, entre las piedras, de las que hay varias muy curiosas, sobre todo muchas horadadas por insectos marinos, algunas de las cuales parecían esponjas.

Allí presencié una cosa que me procuró gran placer.

Un pastor de cabras llegó á la playa; las cabras se metieron en el agua á bañarse. Luego vino otro pastor de puercos y, mientras los dos rebaños se refrescaban en las olas, los pastores, sentándose á la sombra, se pusieron á tocar; el de los puercos la flauta, y el de las cabras la zampona. Por último, llegó á caballo un muchacho desnudo, muy bien formado y se entró en el agua tan adentro, tan adentro, que el caballo nadó con él. Era muy hermoso ver toda la figura del gallardo joven cuando se acercaba á la orilla, y luego, volviendo atrás é internándose en el mar, distinguir sólo la cabeza del caballo nadando y á él hasta los hombros.

A las tres de la tarde seguimos nuestro viaje y, cuando habíamos dejado á Capua tres millas de nosotros, — ya con una hora de noche, — se rompió una rueda de atrás de nuestro carruaje. Detuvimos algunas horas hasta que pasieron otra en su lugar. Luego que esto sucedió y volvimos á adelantar pocas millas, se rompió el eje. Esto nos contrarió en extremo. ¡Estar tan cerca de Nápoles y no poder hablar con nuestros amigos! Al fin llegamos bastantes horas después de media noche y encontramos tantos hombres en las calles como apenas en otras ciudades se ven al medio día.

Hallé á todos nuestros amigos buenos y sanos, alegrándose mucho de oír las mismas noticias de V. Vivo con Hackert; anteayer fui en compañía del caballero Hamilton á su casa de recreo de Pausilippo. En todo el mundo de Dios no puede verse cosa más soberbia; después de comer, una docena de jóvenes se fueron al

mar; daba gusto verlos. ¡Cuántos grupos y posturas formaban jugando! El los paga y todas las tardes se da este gusto. Hamilton me gusta extraordinariamente. Hablé mucho con él, lo mismo en casa que cuando fuimos á paseo al mar. Me divierte en extremo aprender tanto de él y espero todavía mucho bueno de tal hombre. Escribame V. el nombre de los amigos que tiene aquí, á fin de que pueda conocerlos y saludarlos. Pronto sabrá V. más de esto. Salude á todos los amigos, sobre todo á Angelika y á Reiffenstein.

P. S. Encuentro en Nápoles mucho más calor que en Roma, con la diferencia que el aire es más sano y que siempre corre algún viento más fresco, pero el sol tiene más fuerza; los primeros días era casi inaguantable. He vivido únicamente de hielo y agua de nieve.

Posterior (sin fecha).

Ayer hubiera deseado á V. en Nápoles: semejante algarabía y semejante muchedumbre, comprando únicamente comestibles, no la he visto en mi vida; verdad es que tantas de estas vituallas no se vuelven á ver nunca juntas. La gran calle de Toledo estaba casi cubierta de todo género de aquellas cosas. Sólo aquí puede uno formarse idea de un pueblo que habita tan feliz comarca, donde cada estación produce frutos á diario. Imagínes V. que hoy están de francachela 500.000 hom-

bres y esto á la manera napolitana. Ayer y hoy estuve en una mesa, donde lo que ha sido devorado me asombra: era una superabundancia pecadora. Kniep tambien estaba y la emprendió á comer de todas las golosinas, de suerte que temi diese un estallido. No le pasó nada y con ese motivo nos contó, como siempre, el apetito que ha tenido á bordo y en Sicilia; mientras V., pagando buen dinero, parte por encontrarse mal y parte por deliberado propósito, ayunó hasta el punto de pasar hambre.

Hoy se ha comido cuanto ayer se compró y dicen que mañana estarán las calles tan llenas como ayer. La de Toledo parece un teatro donde se quiere representar el derroche. Todas las tiendas vense adornadas de viveres y hasta en la calle cuelgan guirnaldas de salchichas, doradas en parte y atadas en cintas rojas. Todos los pavos tienen detrás clavada una banderita roja. De estos se vendieron ayer 30.000; hay que contar además los que se han cebado en las casas. El número de asnos cargados de capones, el de otros con naranjas, la cantidad de estas doradas frutas, amontonadas en el suelo, espanta. Pero lo más hermoso de todo son las tiendas donde se venden cosas verdes y donde se colocan las pasas, higos y melones, todo expuesto y ordenado de modo tan gracioso, que regocija la vista y los corazones. Napoles es un lugar donde Dios da copiosamente su bendición para todos los sentidos.

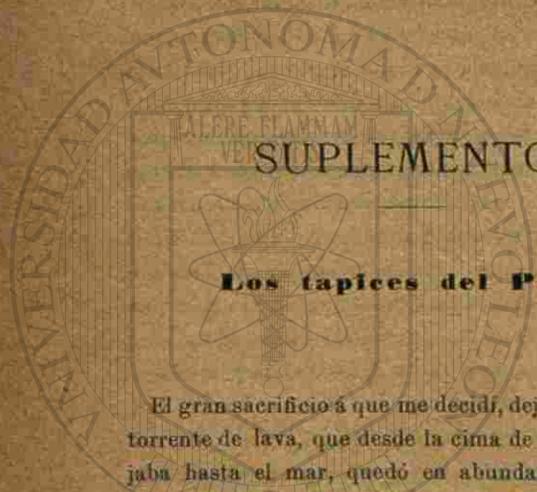
Posterior (sin fecha).

Envío á V. un dibujo de los turcos aqui prisioneros. El Hércules, según antes se llamó, no ha tomado sino un barco que conducia pescadores de coral. Los turcos vieron esta embarcación cristiana y se echaron encima, queriendo apresarla; mas se encontraron chasqueados, pues los cristianos fueron más fuertes, pudieron más que ellos y los trajeron prisioneros. Eran en el barco cristiano treinta hombres y veinticuatro en el turco; seis turcos quedaron en la pelea y uno está herido. De los cristianos no quedó ninguno; la Madonna los ha protegido.

El patrón cogió gran botín; encontró mucho dinero y mercancías, telas de seda y calé, además de rico aderezo perteneciente á una joven mora.

Era notable ver los miles de hombres que, bote tras bote, iban á ver los prisioneros y sobre todo la mora. Diversos aficionados la querian comprar y ofrecieron mucho dinero; el capitán no quiere darla.

Fui todos los días y una vez encontré al caballero Hamilton y á Miss Horté, que estaba muy conmovida y lloraba. Viéndolo la mora, comenzó tambien á llorar. La Miss queria comprarla y el capitán, obstinado, no la quiso dar. Ahora ya no están aqui; el dibujo explica esto mejor.



SUPLEMENTO.

Los tapices del Papa.

El gran sacrificio á que me decidí, dejando tras mí un torrente de lava, que desde la cima de la montaña bajaba hasta el mar, quedó en abundancia recompensado por el fin conseguido, por la vista de los tapices que cuelgan el día del Corpus y nos traen á la memoria, de la manera más brillante, á Rafael, sus discípulos y su tiempo.

En los Países Bajos, la confección de tapices de urdimbre natural, llamada *haute lisse*, llegara al más alto grado de perfección. Ignoro de qué suerte, poco a poco, se desarrolló y perfeccionó esta habilidad. En el siglo XII preparaban las figuras sueltas bordadas, ó de otra manera y luego las unían, valiéndose de pedacitos intermediarios, preparados de un modo particular. Semejantes á éstos, los encontramos todavía sobre las

sillas de coro de viejas catedrales y el trabajo tiene algún parecido con las ventanas de colores, cuyas figuras y dibujos se hacían también, en lo antiguo, de pedacitos muy chicos de cristales coloridos. Para los tapices se vendían agujas y sedas, el plomo y las tiritas de estaño. Todos los principios anteriores y la técnica del Arte son de este género; hemos visto tapices chinos riquísimos, de igual modo hechos. Sin duda alguna el ingenioso tecnicismo había llegado á su apogeo, gracias á los modelos orientales, á principios del siglo XVI, en el comercio suntuoso de los Países Bajos. Trabajos iguales se mandaron al mismo Oriente y de seguro conocíanse también en Roma, probablemente de modelos y dibujos imperfectos, según el sentido de la moda bizantina. El grande, y en muchos sentidos—sobre todo en Estética—libre espíritu de León X, quiso contemplar, suelto y grande, en tapices, cerca de sí, lo que veía fijo en las pinturas murales y esto dió origen á los cartones de Rafael.

De manera muy feliz, tales asuntos representan la enseñanza de Cristo á sus Apóstoles y, después de la Ascensión del Maestro, los hechos de aquellos hombres favorecidos.

Tan sólo el día de Corpus conócese el verdadero destino de los tapices. Este día decoran las columnatas, corredores y espacios abiertos que dan acceso á los salones de lujo y en verdad manifiestan, de modo decisivo, las facultades del mejor dotado de los hombres y ofrecen el más feliz ejemplo del punto vivo en

que se encuentran, con igual perfección por ambas partes, el Arte y el oficio.

Los cartones de Rafael, que hasta ahora se conservan en Londres, siguen siendo la admiración del mundo. Algunos, sin género de duda, son del maestro solo; otros pueden ser hechos por sus dibujos y proyectos y otros acabados después de su muerte. Todos demuestran conformidad y unidad artística y los artistas de todas las naciones afluyen ansiosos de levantar con ellos su espíritu y aumentar su facilidad de hacer.

Esto nos dió ocasión de pensar en la tendencia de los artistas alemanes, contrarios por el sentimiento y la inclinación á sus primeras obras, cosa de lo que ya ven-se ligeras huellas en aquella época.

En todas las Artes hay simpatía hacia un joven delicado, lleno de talento, que se fija en lo suave, gracioso y natural; nadie se arriesga á compararse á él, pero hay emulación secreta y se espera para uno cuanto él alcanzó.

No nos inclinamos, con el mismo gusto, al hombre fenecido, porque presentimos las tremendas condiciones, bajo las cuales sólo naturalezas, aun decisivas, pueden levantarse á lo último posible del éxito y no queremos desesperarnos; damos la vuelta y en lugar de compararnos á lo que muere, nos comparamos al que ha de llegar á ser.

Esta es la causa en cuya virtud la inclinación, veneración y confianza de los artistas alemanes, se va á los antiguos de modo imperfecto, porque independiente-

mente pueden creerse algo y lisonjarse en la esperanza que se cumplirá en ellos lo que ha exigido una sucesión de siglos.

Volviendo á los cartones de Rafael, decimos que el pensamiento de todos es varonil. Vense en todas partes la moralidad grave y el pleno presentimiento de la grandeza; si en algunos sitios esta acción es secreta, aparece clara para aquellos, bien instruídos por las Santas Escrituras, en la despedida del Salvador y de los grandes dones que dejó á sus discípulos.

Vamos á fijarnos, ante todo, en la vergüenza y castigo de Ananías. Tenemos en pequeño el grabado, no sin razón atribuido á Marco Antonio; según un dibujo acabado de Rafael y la copia de los cartones de Dorigny: la comparación de ambas cosas será suficiente.

Pocas composiciones pueden ponerse á su lado. Hay en ella una gran percepción de la idea, representada de la manera más clara en toda su propiedad, en la viveza de la acción y en su diversidad completa.

El Apóstol, poseyendo los dones y limosnas que cada cual ofreciera, está en actitud de esperar; los creyentes que trajeron, á un lado; el menesteroso recogido al otro y en medio el defraudador, horriblemente castigado; disposición cuya simetría resulta de lo que ha pasado y que de las mismas exigencias de lo representado, lejos de perderla, recibe vida; bien así como las inevitables proporciones del cuerpo humano, solamente adquieren interés palpitante mediante los diversos movimientos de la existencia.

Aunque á la vista de tal obra de Arte las observaciones no pueden tener fin, vamos á señalar un mérito importante de la composición. Dos hombres llegan trayendo lios de ropas, que de necesidad pertenecen á Ananias; mas ¿por qué conocemos que una parte de ellas ha quedado allá, disminuyendo así los bienes comunes? Luego llama nuestra atención una linda muchacha, de fisonomía serena, que con la mano derecha cuenta dinero en la izquierda y al momento nos acordamos de esta noble palabra: «La izquierda no debe saber lo que da la derecha» y no dudamos que hayan querido representar á *Saphira*, en la que cuenta el dinero que se da al Apóstol, para quedarse con alguno, como parece darlo á entender su cara plácida y astuta. El pensamiento es digno de asombro y terrible, fijándose en él. Vemos el esposo ya hundido y castigado, retorciéndose con horrible convulsión en el suelo. Un poco detrás, sin hacerse cargo de lo que está pasando delante, la esposa, maquinando, de seguro, alguna astucia, defrauda lo que es de Dios, sin sospechar el destino que le espera. Este cuadro, todo él, se nos presenta á modo de problema eterno, que admiramos mas cuando vemos clara y posible su solución. La comparación del grabado de Marco Antonio, conforme un dibujo de Rafael de igual tamaño y del grande de Dorigny, por el cartón, llevónos de nuevo á considerar profundamente con qué sabiduría aquel hombre de genio supo hacer cambios y mejoras, tratando por segunda vez el mismo asunto. Confesamos con ingenuidad que

este estudio nos ha procurado, en el género más hermoso, placeres sin cuento.

Julio.

CORRESPONDENCIA.

Roma 6 de Julio.

Mi vida actual semeja en absoluto un sueño de la juventud; veremos si estoy destinado á gozar de ella ó á saber que, al igual de otras muchas cosas, es sólo vanidad. Tischbein está fuera y su estudio arreglado, desempolvado y lavado, de manera que me encuentro en él muy á gusto. ¿Qué necesario es aquí, en la presente época, tener una instalación agradable! El calor es fuerte. A la mañana me levanto al salir el sol y me voy al *Acqua acetosa*, fuente mineral, á una media legua de la puerta cercana; bebo el agua, que sabe como la de Schwälbach, atenuada, pero que en este clima es eficazísima. A las ocho ya estoy de vuelta en casa y me ocupo en muchas cosas, según las disposiciones en que me encuentro. Estoy muy bueno. El calor saca fuera los humores reumáticos y llama á la piel cuanto de acre hay dentro del cuerpo y es preferible que un mal produzca picazón á que roa por dentro y nos obligue á arrastrar los pies. Sigo dibujando para formarme el gusto y la mano. He emprendido en serio la Arqui-

ectura; todo se me hace admirablemente fácil, es decir, en teoría, porque la práctica exigiría la vida entera. La ventaja es que no tenía presunción ni pretensión alguna, no había aspirado á nada de esto cuando llegué aquí. Y ahora pretendo sólo que nada quede, para mí, como palabra y nombre. Lo que se considera bello, grande, respetable, quiero verlo y conocerlo mediante mis propios ojos y es imposible sin la imitación. Necesito dibujar del yeso. Los artistas me indican el buen método. Me recojo todo lo posible. Al principio de la semana no he podido rehusar algunos convites. Ahora quieren tenerme en todas partes, mas yo dejo correr la cosa y me quedo en mi retiro.

Moritz, algunos compatriotas que viven en la casa, un suizo, hombre excelente, componen mi sociedad habitual. También voy á casa de Angelika y del consejero Reiffenstein; siempre á mi manera, pensativo y sin franquearme á nadie. Lucchesini ha vuelto; ve á todo el mundo y se le ve como á todo el mundo. Es hombre que sabe muy bien su oficio ó mucho me engaño. La próxima vez te hablaré de algunas personas que pronto espero conocer.

Egmont está en obra y espero que saldrá bien; á lo menos he sentido, durante su factura, síntomas que nunca me engañaron. Es muy particular haber tenido tantas veces impedimentos para acabar la obra y terminarla ahora en Roma. El primer acto está hecho; hay escenas en toda la pieza en las cuales no tengo que ocuparme.

Encuentro tantas ocasiones de reflexionar sobre to-

das las Artes, que mi *Wilhelm Meister* va estando repleto. En el momento debo dejar de lado las cosas viejas; tengo bastante edad y, si he de hacer todavía algo, no me he de descuidar. Conforme puedes imaginarte fácilmente, hay cien cosas nuevas en mi cabeza; pero la dificultad no consiste en pensar, sino en hacer. Es tarea endiablada colocar los objetos en su verdadera manera y tal, que no puedan estar en otra. Mucho podría hablar ahora de Arte; mas sin la obra de Arte á la vista, ¿qué se ha de decir? Espero desprenderme de muchas pequenezas. Concededme para esto mi tiempo, que paso aquí de manera tan admirable y tan singular; concedédmelo con anuencia de vuestro cariño.

Esta vez tengo que cerrar la carta y enviar, contra mi voluntad, una carilla vacía. El calor del día fue grande y, por la tarde, quedéme dormido.

Roma 9 de Julio.

En lo sucesivo he de escribir un poco durante la semana, á fin de que el calor del día, ó cualquier otro accidente, no me impidan deciros algo razonable. A yer vi muchas cosas de primera y de segunda intención; entre acaso en doce iglesias, donde se encuentran los más hermosos retablos. Después estuve, acompañando á Angelika, en casa del inglés Moore, paisajista, cuyos cuadros están, en su mayor parte, de excelente modo pensados. Entre otros hay una inundación, que es cosa

única en su género. Mientras algunos tomaron como asunto la mar abierta, que da idea de aguas extensas, pero no altas, representó un valle elevado, encerrado entre montañas, dentro del cual, el agua, que sube siempre, llega al fin hasta penetrar desbordada. Se vé, en la forma de las rocas, que la altura del agua se acerca a las cimas y, estando detrás el valle cerrado y las rocas cortadas á pico, el efecto es espantoso. Pintado en tonos grises, el agua sucia espumosa y la lluvia que cae, se confunden: el agua se precipita y corre por las rocas, cual si las enormes masas quisiesen también fundirse en el elemento general y el sol aparece, semejando triste luna, á través del crespón de agua, que no alumbra y, sin embargo, no está obscura. En medio del primer término hay una roca plana, aislada, sobre la cual buscan su salvación algunos desdichados, en el momento en que las aguas se precipitan y amenazan cubrirlos. El conjunto está inmensamente bien pensado. El cuadro es grande; tendrá unos siete ú ocho pies de largo, por cinco ó seis de alto. De los otros cuadros, una excelente, hermosa mañana y una magnífica noche, nada digo.

Tres días seguidos hubo fiestas en *Ara celi*, á causa de la beatificación de dos santos de la orden franciscana. El adorno de la iglesia, la música, iluminaciones y fuegos, atrajeron muchedumbre de gentes. El Capitolio cercano estuvo también iluminado y los fuegos se quemaron en la plaza del mismo. El conjunto muy bonito, aunque mera imitación de San Pedro. Las romanas se

presentan, en estas ocasiones, acompañadas de sus esposos ó amigos, vestidas de blanco, con cinturones negros y son guapas y graciosas. También en el Corso es ahora de noche el paseo, á pie y en carruaje, porque de día no se sale de casa. El calor es muy soportable y estos días ha corrido siempre un vienteillo grato. Me estoy en mi fresco salón, tranquilo y complacido. Me aplico. *Ejmont* adelanta mucho. Es singular que representen ahora en Bruselas la escena lo mismo que hace doce años la escribí yo (1). Muchas cosas las van á creer sediciosas.

Roma 16 de Julio.

Muy adelantada está ya la noche y no se conoce, pues las calles vense llenas de gentes que van y vienen, cantando y tocando guitarras y violines. Las noches son frescas y reparadoras, los días, de soportable calor.

Ayer fui con Angelika á la Parnesina, donde está pintada la fábula de *Psyquis*. ¡Cuántas veces y en cuántas situaciones he visto las copias iluminadas de estos cuadros en mi cuarto y en vuestra compañía! Mucho me impresionaron, precisamente por saberlos casi de memoria, á causa de las copias. Este salón, ó mejor galería, es de lo más hermoso que conozco como decorado, á pesar del deterioro y de la restauración actual.

(1) Alusión á sucesos políticos de la época.

Hoy hubo combate de animales en la tumba de Augusto. Este gran edificio, redondo, vacío en el centro y abierto por arriba, sirve ahora como especie de Anfiteatro para corridas de toros. Podrá contener de cuatro á cinco mil personas. El espectáculo en sí no me ha gustado gran cosa.

Martes 17 de Julio.

Estuve de noche en casa de Albacini, el restaurador de estatuas antiguas, para ver un torso encontrado en la colección Farnesina, que va á Nápoles. Es el torso de un Apolo sentado y quizá no tiene igual en punto á belleza: á lo menos puede colocarse entre las primeras cosas que se conservan de la antigüedad.

He comido con el conde Freiss. El abate Casti, que viaja en su compañía, nos recitó una de sus novelas, *El arzobispo de Praga*, no muy decente, pero sí bellísima, escrita en *Ottave Rime*. Yo lo estimaba ya como autor de mi predilecto *Re Teodoro de Venezia*. Ahora ha escrito un *Re Teodoro in Corsica*, del cual he leído el primer acto; es también obra encantadora.

El conde Friess compra mucho y, entre otras cosas, adquirió una Madona, de Andrea del Sarto, en 600 zechines. En Mayo último había ofrecido ya Angelika 450 y hubiera dado toda cantidad, si su económico marido no hiciera objeciones. Ahora, los dos se arrepienten. Es

un cuadro infinitamente bello; no se tiene idea de cosa semejante sin haberlo visto.

Y así, todos los días aparece algo nuevo, que unido á lo antiguo y permanente, proporciona gran placer. Mi vista se forma; con el tiempo podría ser conocedor.

Tischbein se queja en sus cartas del horrible calor de Nápoles. Aquí también es bastante fuerte. El martes lo ha sido tanto como algunos extranjeros dicen no haberlo sentido en España ni en Portugal.

Egmont ha llegado ya al cuarto acto felizmente. Pienso darlo listo en tres semanas y enseguida se lo envío á Herder.

Ocupome asimismo en dibujar é iluminar. No se puede salir de casa ni dar el más pequeño paseo, sin tropezar los objetos más dignos de estima. Mi imaginación, mi memoria, se llenan de cosas infinitamente bellas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UTUPLA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 2625 MONTERREY, MEXICO
Roma 20 de Julio.

He descubierto, con toda claridad, estos últimos tiempos, dos de mis faltas capitales, que acompañaron y mortificaron mi vida entera. Una es no haberme nunca puesto á aprender el oficio de una cosa que he querido y debido ejecutar. De ahí resulta haber hecho tan poco, con tantas disposiciones naturales. O bien salía una cosa, conquistada mediante el poder del inge-

nio, bien ó mal, según lo quería la suerte ó la casualidad, ó si pretendía hacerlo bien y reflexionando, sentíame temeroso y no la daba acabada. La otra falta, pariente cercana de la primera, es que nunca he dedicado á un trabajo ó á un asunto todo el tiempo que requieran. Teniendo la felicidad de poder pensar y combinar mucho en poco tiempo, me es enojoso é insoportable hacer las cosas por sus pasos contados. Ahora pienso que ha llegado el momento de corregirme. Estoy en la tierra de las Artes, quiero adiestrarme en ellas, á fin de que me proporcionen, el resto de mi vida, goces y reposo y el poder de ir más allá.

Roma es magnífico sitio para conseguirlo. No solamente se encuentra aquí toda suerte de objetos, sino toda suerte de hombres, que los toman en serio, que siguen el camino derecho y con cuyo trato se puede adelantar cómodamente y mucho. ¡Gracias á Dios que empiezo á aprender y tomar algo de los demás!

¡Me encuentro mejor que nunca de cuerpo y alma! Ojalá lo veáis en mis producciones y déis mi ausencia por bien empleada. Así, cuanto pienso y hago, tiene conexión con vosotros; en lo demás estoy realmente muy solo y tengo que modificar mis conversaciones. Aquí es, sin embargo, más fácil que en parte alguna; pues con cualquiera se tiene algo interesante de qué hablar.

Mengs ha dicho, en no sé dónde, del Apolo del Belvedere, que una estatua que reuniese, á tan elevado estilo, más verdad en las carnes, sería la obra más per-

fecta que el hombre pudiese pensar. Y aquel torso de Apolo ó de Baco, que he mencionado, parece cumplir su deseo, su profecía. Mis ojos no son todavía bastante expertos para poder decidir, en materia tan delicada, pero me inclino á considerar este resto la cosa más hermosa que he visto. Es lástima que sólo sea un torso. Además, la epidermis está atacada en muchos sitios; debe haber estado debajo de un canal.

Domingo 22 de Julio.

He comido con Angelika; queda establecido que todos los domingos seré su comensal. Antes fuimos al palacio Barberini, á ver el excelente Leonardo de Vinci y á la querida de Rafael, que él mismo pintó. Es muy agradable ver cuadros con Angelika, pues sus ojos están muy ejercitados y es grande el conocimiento mecánico que tiene del Arte. Además es delicadamente sensible á todo lo bello y verdadero y de increíble modestia.

A la tarde estuve en casa del caballero D'Agincourt, rico francés que consagra su tiempo y su dinero á escribir una Historia del Arte, desde su decadencia á su Renacimiento. Las colecciones que hizo son en extremo interesantes. Se ve allí cómo el espíritu del hombre no estuvo jamás inactivo, ni aun durante los tiempos

de turbación y oscurantismo. Si la obra se termina, será muy notable.

Ahora estoy con una cosa que me hace aprender mucho; he encontrado un paisaje y lo he dibujado. Un pintor hábil, Dies, lo mete en color á mi presencia; así la vista y la imaginación se acostumbran, cada vez más, al colorido y á la armonía. En general todo va bien, sólo que, como siempre, emprendo demasiado. Mi mayor alegría es que el ojo se adiestra en las formas ciertas, se acostumbra sin dificultad á las figuras y á las proporciones y mi antiguo sentimiento de la posición y el conjunto vuelve muy de prisa. Con la práctica todo viene.

Lunes 23 de Julio.

Esta tarde he subido á la columna de Trajano, para disfrutar de aquella vista inapreciable. Desde allí, á la puesta del sol, el Coliseo aparece soberbio, con el Capitolio próximo, el Palatino detrás y la ciudad que se le une. Volví tarde y lentamente, á través de las calles. La plaza del Monte Cavallo, con el Obelisco, es cosa notable.

Martes 24 de Julio.

Fui á la villa Patrizzi, para ver la puesta del sol, gozar del aire fresco, grabar en mi mente la imágen de la

gran ciudad, extender y ampliar mi horizonte en las grandes líneas y enriquecerlo de tantos objetos variados y hermosísimos. Esta noche he visto la plaza de la columna de Antonino y el palacio Chigi iluminados por la luna y la columna, que el tiempo ennegreció, destacándose en el cielo claro de la noche sobre su blanco, brillante pedestal. ¡Y cuántos otros innumerables objetos, aislados y bellos, se encuentran en un paseo semejante! ¡Cuánto no cuesta apropiarse sólo pequenísima parte! Se necesita la vida de un hombre y aun la vida de muchos hombres, que se instruyen gradualmente los unos por los otros.

Miércoles 25 de Julio.

Estuve con el conde Friess á ver la colección de piedras del príncipe de Piombino.

Viernes 27 de Julio.

Después de todo, los artistas, viejos y jóvenes, ayúdame á ensanchar y afirmar mis pequeñas habilidades. En la perspectiva y Arquitectura he adelantado y lo mismo en la composición del paisaje. En los seres vivos flaqueo, porque eso es un abismo; sin embargo, aplicándose en serio, también se iría adelante.

No sé si os he dicho algo del concierto que di á fines de la semana pasada. Convidé á todas las personas que me han procurado aquí algún agrado, é hice que los cantantes de la Ópera Cómica ejecutasen las mejores piezas de los últimos *Intermezzos*. Todo el mundo estuvo complacido y contento.

Ahora tengo mi salón muy bien arreglado y compuesto; se está en él agradabilísimamente á las horas de fuerte calor. Hemos tenido un día nublado, otro de lluvia y otro de truenos, luego algunos claros y no mucho calor.

Domingo 29 de Julio.

Acompañando á Angelika visité el palacio Rondanini. Recordaréis, por mis primeras cartas de Roma, una Medusa, que ya entonces me gustó mucho: ahora me ha procurado el mayor placer. Sólo tener idea de que tal cosa existe en el mundo y que ha podido hacerse, duplica la existencia. ¡De qué buena gana diría algo, si cuanto puede decirse acerca de semejante obra no fuera mero soplo de aire! Allí está para que se vea y no para que se hable de ella, á no ser, todo lo más, en su presencia. ¡Cuánto me avergüenzo de la sempiterna charla artística, que en otro tiempo me tuvo por cómplice! Si es posible procurarse un buen vaciado de la Medusa, llevaré el ejemplar conmigo; pero habria que vaciarla de nuevo. Hay algunos de venta y no los quie-

ro: mejor que dar idea de ella y conservar algo, la estropean. La boca, en especial, es de una dignidad indecible é inimitable.

Lunes 30.

Todo el dia permanecí ocupado en casa. *Egmont* toca á su fin; el cuarto acto está, como quien dice, terminado. En cuanto se copie, lo enviaré por el correo de á caballo. ¡Qué alegría tendré al saber que le concedéis alguna aprobación! Al escribirla me siento rejuvenecido. ¡Ojalá produzca también, en el lector, algunas impresiones nuevas! Anoche hubo un bailecito en el jardín que hay detrás de la casa, al cual estuvimos convidados. A pesar de no ser estación de bailes, observe á todo el mundo alegre. Los ratoncillos italianos tienen sus particularidades: hace diez años, algunos hubieran podido pasar; ahora la vena se agota y esta pequeña fiesta apenas me interesó lo bastante para quedarme hasta el fin. Las noches de luna son increíblemente hermosas. Al principio, antes que la luna haya salido de los vapores, vese amarilla y caliente, *come il Sole d'Inghilterra*. El resto de la noche, clara y alegre. Refresca el viento y todo revive. Hasta que es de día, hay siempre grupos en las calles, que cantan y juegan; oýense muchas veces ductos, tan bonitos ó más, que en óperas y conciertos.

Martes 31 de Julio.

He fijado en el papel algunos claros de luna; después ocupéme en toda suerte de entretenimientos artísticos. A la noche fui a pasear con un compatriota y emprendimos una disputa, tratando de la preeminencia de Miguel Angel ó Rafael. Yo sostenía el partido del primero y terminamos alabando á Leonardo da Vinci. ¡Qué felicidad el que todos ellos hayan cesado de ser meros nombres para mí y que, poco á poco, vaya poseyendo completa la idea viva de su mérito eminente!

Anoche, en la Ópera Cómica, estrenaron un nuevo *Intermezzo*: «*L' impresario in angustia*,» muy bonito; nos divertirá muchas noches, por más calor que haga en el teatro. En un quinteto, el poeta lee su obra y el empresario y la *prima donna* á un lado, la aprueban; el compositor y la *seconda donna* al otro lado, la desapruéban y al fin se arma una disputa general. Resulta muy bien. Los sopranos, vestidos de mujeres, hacen su papel cada vez mejor y gustan cada vez más. Realmente, para ser una compañía de verano, reunida al azar, es muy buena. Trabajan con mucha naturalidad y gracia. Da lástima ver cómo sufren el calor los pobres diablos.

RELATO.

Julio.

A fin de preparar, de manera conveniente, conforme mis proyectos, las postrimerías de mi trabajo, he creído necesario intercalar aquí algunos pasajes del volumen precedente, que en el curso de los acontecimientos puedan haber llamado la atención y que de nuevo recomendando ahora á los aficionados á cosas de Historia Natural.

Palermo, martes 17 de Abril de 1787.

Es verdadera desgracia que me tientos y sigan muchas suertes de espíritus. Ayer, de mañana, fuíme al jardín público, en la firme y tranquila intención de continuar mis sueños poéticos; merced á una de mis

Martes 31 de Julio.

He fijado en el papel algunos claros de luna; después ocupéme en toda suerte de entretenimientos artísticos. A la noche fui a pasear con un compatriota y emprendimos una disputa, tratando de la preeminencia de Miguel Angel ó Rafael. Yo sostenía el partido del primero y terminamos alabando á Leonardo da Vinci. ¡Qué felicidad el que todos ellos hayan cesado de ser meros nombres para mí y que, poco á poco, vaya poseyendo completa la idea viva de su mérito eminente!

Anoche, en la Ópera Cómica, estrenaron un nuevo *Intermezzo*: «*L' impresario in angustia*,» muy bonito; nos divertirá muchas noches, por más calor que haga en el teatro. En un quinteto, el poeta lee su obra y el empresario y la *prima donna* á un lado, la aprueban; el compositor y la *seconda donna* al otro lado, la desapruéban y al fin se arma una disputa general. Resulta muy bien. Los sopranos, vestidos de mujeres, hacen su papel cada vez mejor y gustan cada vez más. Realmente, para ser una compañía de verano, reunida al azar, es muy buena. Trabajan con mucha naturalidad y gracia. Da lástima ver cómo sufren el calor los pobres diablos.

RELATO.

Julio.

A fin de preparar, de manera conveniente, conforme mis proyectos, las postrimerías de mi trabajo, he creído necesario intercalar aquí algunos pasajes del volumen precedente, que en el curso de los acontecimientos puedan haber llamado la atención y que de nuevo recomendando ahora á los aficionados á cosas de Historia Natural.

Palermo, martes 17 de Abril de 1787.

Es verdadera desgracia que me tientes y sigan muchas suertes de espíritus. Ayer, de mañana, fuíme al jardín público, en la firme y tranquila intención de continuar mis sueños poéticos; merced á una de mis

distracciones, cogíome otro espíritu, que estos días seguíame en secreto. Las muchas plantas que de ordinario vierra en cajones y macetas y hasta detrás de cristales, la mayor parte del año, veíalas al aire libre, frescas y alegres y cumpliendo así entero su destino, se nos hicieron más inteligibles. A la vista de tantas figuras nuevas, ó vistas de nuevo, volvíome la antigua manía de si no podría descubrir, entre aquella multitud, la planta tipo. Debía existir. ¿De qué suerte conocería yo que esta ó aquella figura fuese una planta, si no hubiesen salido todas del mismo modelo? Apliquéme á buscar en qué se diferenciaban las múltiples variedades de formas y siempre las encontré más parecidas que diferentes. Quise emplear mi terminología botánica y podía hacerlo; no daba resultado; me puso inquieto, sin haberme servido de nada. Habíase turbado mi hermoso proyecto poético; el jardín de Alcinoüs desapareció, abriéndose, ante mi, el del mundo. ¿Por qué somos los modernos tan distraídos? ¿Por qué nos excitan las empresas que no podemos alcanzar ni terminar?

Nápoles 17 de Mayo.

He de confiarte, últimamente, que estoy muy próximo del secreto de la generación y organismo de las plantas y que es la cosa más sencilla que se puede pensar. Bajo este cielo pueden hacerse las observaciones

más hermosas. Ví, claro é indudable del todo, el punto donde se encierra el germen; todo el resto lo contemplo ya en conjunto y sólo algunos puntos deben determinarse mejor. La planta primordial será, de lo creado, la cosa más bonita del mundo, que la misma Naturaleza me envidiará. Provisò de tal modelo y la clave, pueden hallarse después plantas hasta lo infinito, que deben ser consecuentes; esto es, que si no existieran, podrían existir y no son sombras ni ilusiones de pintor y poeta, sino que tienen verdad interna y necesaria. La misma ley puede aplicarse á cuanto vive.

Deseando hacer clara la inteligencia ulterior del asunto, conviene dar ahora explicaciones sucintas.

Habíase me ocurrido que en aquel órgano de la planta, que por costumbre solemos llamar hoja, estaba oculto el verdadero Proteo, que podía presentarse ó esconderse en todas las formas. Más adelante, ó más atrás, la planta sigue siendo *hoja*, tan íntimamente unida al futuro germen, que no se puede imaginar una cosa sin otra. Concebir tal idea, sostenerla, descubrirla en la Naturaleza, es problema, que nos ponía á veces en estado penoso y al mismo tiempo dulce.

Observaciones de Historia Natural ajenas al asunto.

Quien tiene experiencia de lo que es poseer un pensamiento que se puede llamar rico, ya nacido en nosotros mismos ó comunicado, inculado de otros, sabrá la apasionada conmoción producida en nuestra mente; cómo nos hemos sentido elevados, al presentir en su totalidad, lo que en lo sucesivo va desarrollándose, más y más, en el camino que sigue el descubrimiento. Pensándolo, se me concederá que me sintiese poseído é impulsado, cual si una pasión me dominase, por este mi descubrimiento y, si no exclusivamente, tuviese ocupación en ello todo el resto de mi vida. Por muy al vivo que semejante inclinación me llegase, no había que pensar, á mi vuelta á Roma, en ningún estudio reglamentado. Poesía, Arte y antigüedades, cada una de estas cosas me solicitaba, hasta cierto punto, todo entero y en mi vida, no fácil para el trabajo, he pasado días de más cansancio y ocupaciones. A los hombres de la profesión les parecerá quizá demasiado simple que eunte cómo á diario en cada jardín, en paseo, en los vijecillos de recreo, me apoderaba de las plantas puestas á mi alcance. Particularmente al comenzar la madurez de la semilla, me era importante observar cómo en muchas se hacía visible. De ahí que mi atención se tornase al germen del *Cactus Opuntia*, informe durante su crecimiento, viendo con placer que se descubre en do-

tiernas hojitas con toda inocencia, dicotiledoneo; pero despues, en ulterior crecimiento, se desarrolla informe ya.

Ocurrióme también con semillas, encerradas en sus cálices, una cosa sorprendente. Trajera á casa muchos de *Acanthus mollis*, poniéndolos en cajones abiertos. Una noche oí un crugidito, é inmediatamente el ruido de pequeños cuerpos que diesen en el techo y las paredes. Al pronto no cai en lo que podria ser; luego encontré mis capsulitas abiertas y las semillas esparcidas en derredor. La sequedad del cuarto habia terminado, en pocos días, su madurez, hasta aquel punto de elasticidad.

Entre las muchas semillas así observadas, debo mencionar algunas, porque si recuerdo bien, crecian ya, más cortas ó más altas, en la antigua Roma. Los piñones nacen notablemente. Como encerrados dentro de un huevo, van subiendo; pero muy pronto arrojan su envoltura y muestran, en una cruz de verdes agujitas, su destino futuro.

No es menos notable que lo dicho de la multiplicación por la vía del germen, la obtenida mediante yemas de las plantas y, preciso es confesarlo, por el Consejero Reiffenstein, quien, en todos nuestros paseos, desgajaba indistintamente ramas de plantas asegurando, hasta la pedanteria, que metidas en tierra todas, debían prender de igual manera. A guisa de prueba decisiva, mostrónos esquejes iguales, vegetando á maravilla en su jardín. ¡Qué importante no llegaría á ser, en el curso del tiempo, para la Botánica, semejante ensayo de mul-

tiplicación general! ¡Cuánto desearía vivir para verlo!

La cosa que más llamó mi atención, fué un tronco de clavel alto con el crecimiento y elegancia de un arbusto. Sabida es la potencia de vida y de multiplicación de la planta. En sus ramas, los botones se empujan y los nudos se tocan. En el caso presente habia además la duración. Los botones, de impenetrable pequenez, alcanzaban el mayor desarrollo posible, de tal manera, que las flores perfectas llevaban en su seno otras cuatro flores perfectas.

No viendo medio de conservar aquella maravillosa forma, empecé el dibujarla minuciosamente y así conseguiría penetrar, más y más, en la idea fundamental de la metamorfosis; pero me importunaba la distracción que otras obligaciones causan, haciéndome tanto más penosa y molesta mi estancia en Roma, cuyo término preveía.

Después de haber permanecido largo tiempo en mi retiro, alejado de la alta sociedad y sus disipaciones, cometí una falta que despertó la atención de todo el barrio, no menos que la de aquellos curiosos que andan á caza de todos los acontecimientos nuevos y raros.

La cosa pasó así. Angelika no va nunca al teatro: el por qué no lo investigamos, mas nosotros, apasionadísimos aficionados, nunca acabábamos de celebrar la gracia y la agilidad de los cantantes y el efecto de la música de nuestro Cimarosa y deseábamos muchísimo

que participara de tales gozos. Sucedió que, poco á poco, nuestros jóvenes y en particular Bury, que está en las mejores relaciones con los cantantes, arreglaron la cosa de modo que éstos, en un momento de expansión, se ofreciesen, de buena voluntad, á hacer música y cantar un día en nuestro salón, delante de sus apasionados amigos y decididos partidarios. Semejante proyecto, propuesto, discutido y diferido muchas veces, llegó al fin á feliz realización, gracias al deseo de los jóvenes aficionados.

El maestro concertista Kranz, hábil violinista al servicio del duque Weimar, que obtuvo permiso para venir á Italia á perfeccionarse, decidió pronto la cosa con su llegada imprevista. Su talento pesó en la balanza de los aficionados á la música y nos vimos en disposición de poder convidar á una fiesta formal á madama Angelika, su marido, el Consejero Reiffenstein, el señor Jenkins, Volpato y á cuantos debíamos algunas atenciones.

Judíos y tapiceros habían adornado la sala; el café cereano se encargó de los refrescos y así se ejecutó el concierto, en la más hermosa noche de verano, mientras la gente, muy numerosa, se reunía debajo de las ventanas abiertas y aplaudía, á su debido tiempo, las piezas de canto, cual si estuviera en el teatro.

Fué lo más sorprendente que un gran coche, donde iba una orquesta de aficionados, callejeando en alegre ronda nocturna, paróse silenciosa debajo de nuestras ventanas y, después de aplaudir mucho á los ejecutan-

tes de arriba, una excelente voz de bajo, acompañada de todos los instrumentos, entonó una bonita aria de la ópera cuyos trozos sueltos estábamos oyendo. Devolvimos entusiasmados los aplausos, el pueblo se unió á los nuestros y todos aseguraban que, de las muchas fiestas nocturnas en que tomaran parte, ninguna había resultado tan completamente bien.

Desde entonces empezó á llamar la atención del Corso nuestra casa decorosa, en verdad, pero tranquila, frente del palacio Rondanini. Decíase que un rico Lord estableciérase allí sin duda; nadie sabía bajo qué personalidad descubrirlo ó descifrarlo. Ciertamente en fiesta semejante, si sólo se hubiera preparado por dinero y no por la complacencia de artistas con artistas, lo que aquí se hizo á moderado gasto, hubiera costado un dínaral. Volvimos á continuar nuestra vida tranquila anterior; pero ya no pudimos desprendernos de aquel prejuicio de riqueza y alto linaje.

La llegada del conde Friess, dió asimismo nueva animación á nuestra sociedad. Tenía consigo al abate Casti, que nos proporcionó grandísimo placer leyendo sus narraciones galantes, entonces inéditas. Su manera de expresarse, libre y animada, parecía traer á la vida real aquellas representaciones, rebosando ingenio. Sólo deploramos que á aquel aficionado á las Artes, tan rico y de tan buenas ideas, no le sirviesen siempre hombres más seguros. La compra de un camafeo sustituido, dió

mucho que hablar y que sentir; mientras tanto pudo el conde alegrarse con la de una hermosa estatua: un Páris, presentado bajo otro nombre, Mithras. El anté-tipo hállase ahora en el museo Pio-Clementino. Los dos encontráronse juntos en una mina de arena. No fueron solos los tratantes en objetos de Arte los que lo accecharon; tuvo muchas aventuras que consignar y como éi no sabía economizar, sobre todo en la estación del calor, no dejó de verse acometido de muchas suertes de males, que amargaron los últimos días de su estancia en Roma. A mí me fué aquello tanto más doloroso, cuanto debía mucho á su complacencia; como, por ejemplo, la favorable ocasión que encontré de visitar, en su compañía, la colección de piedras del príncipe de Piombino.

En casa del conde Friess se encontraban, á más de los tratantes en cosas de Arte, literatos de esos que van aquí de una parte á otra, en traje de abates. Era imposible conversación alguna agradable. Apenas comenzaba uno á hablar de la poesía nacional, tratando de instruirse acerca de cualquier punto, cuando se oía inmediatamente y sin más preámbulos, la pregunta de á cuál prefería uno, si Ariosto ó Tasso y á cuál de los dos creía más gran poeta. Si se contestaba que debían darse gracias á Dios y á la Naturaleza por haber concedido á una nación dos hombres tan superiores, cada uno de los cuales, según el tiempo y las circunstan-

cias, la situación y los sentimientos, nos habían proporcionado los momentos más dichosos, calmándonos y deleitándonos, estas palabras sensatas no valían para nadie. Entonces principiaban á levantar y ensalzar al que declaraban su favorito y á hundir, más y más, al otro. La primera vez traté de defender al abatido, haciendo valer sus méritos: no sirvió de nada; tomaban su partido y persistían en sus trece. Repetido en diversas ocasiones y siendo cosa demasiado seria para meterme á controvertir á la manera de los dialécticos, evité semejante género de conversación, sobre todo cuando he advertido que eran sólo frases que se decían y sostenían, sin tomar en las cosas verdadero interés.

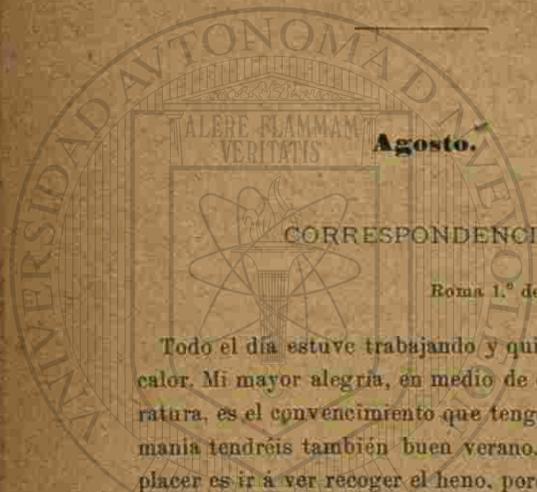
Mucho peor fué al tratarse del Dante. Un jóven de posición é ingenio y á quien de verdad interesaba aquel hombre extraordinario, no tomó á buena parte mi aprobación y voto, asegurando sin ambages, que todo extranjero debía renunciar á comprender genio tan singular, puesto que los mismos italianos no podían seguirlo siempre. Luego de algunas contestaciones sentíme picado y le dije que al fin me avenía á darle la razón, pues confesaba no haber podido nunca comprender cómo se ocupaban en tales poemas. El Infierno me parecía horrible, el Purgatorio ambiguo, y el Paraiso fastidioso; quedóse muy alegre, sacando de aquí buen argumento en apoyo de su tesis. Probaba mi aserto que no había podido comprender ni la pro-

fundidad ni la elevación del poema. Nos separamos como los mejores amigos; hasta prometió explicarme algunos pasajes difíciles, acerca de los cuales meditara mucho y cuyo sentido alcanzara al cabo.

Desgraciadamente, la conversación de los artistas y los aficionados no era más edificante: concluían, sin embargo, perdonando á los otros la falta que se les podía achacar. Unas veces daban la preferencia á Rafael, otras á Miguel Angel, de donde se sacaba, en consecuencia, que el hombre es un ser muy limitado y aunque su espíritu se abre á las cosas grandes, nunca alcanza su capacidad á reconocer y apreciar, de modo igual, las grandezas de especies diferentes.

Indemnizábanos Tischbein de la falta de su presencia é influencia, con sus cartas animadisimas. Además de muchos sucesos extraordinarios, contados con mucho ingenio y de sus opiniones geniales, nos enteraba del cuadro que estaba haciendo, enviándonos croquis y dibujos. En medias figuras veíase á Orestes al ser reconocido por Ifigenia, al pie del altar del sacrificio y las Furias, perseguidoras hasta entonces, retirándose. Ifigenia era la imagen, muy bien tomada, de Lady Hamilton, entonces en el apogeo de su belleza y de su fama. También una de las Furias se ennoblecía con su parecido, pues servía para todos los tipos: heroínas, musas, semidiosas. Un artista capaz de hacer tales

cosas, era muy bien acogido en la distinguida sociedad del caballero Hamilton.



CORRESPONDENCIA.

Roma 1.º de Agosto de 1787.

Todo el día estuve trabajando y quieto, á causa del calor. Mi mayor alegría, en medio de esta alta temperatura, es el convencimiento que tengo de que en Alemania tendréis también buen verano. Aquí, el mayor placer es ir á ver recoger el heno, porque en esta estación no llueve nunca y los trabajos de la Agricultura pueden hacerse cuando se quiere: ¡si tuviesen Agricultura!...

A la tarde fui á tomar un baño en el Tíber, en casetas bien instaladas y seguras; después á pasear por la *Trinitá de Monti*, á gozar de aire fresco á la luz de la luna. Los claros de luna son aquí como se imaginan ó se sueñan.

El cuarto acto de *Egmont* está concluido. En mi próxima carta espero anunciarte la terminación de toda la obra.

Sin fecha.

A mi vuelta de Suiza me ocuparé en el magnetismo. La cosa no es enteramente vana ni engañosa; sólo me son sospechosos los hombres que hasta ahora se han dedicado á ella: charlatanes, grandes señores y profetas; farolones que gustan de hacer mucho con poca cosa y quieren estar encima.

Tenemos en la Historia la famosa época de las brujas, que, para mí, fisiológicamente considerada, está muy lejos de explicarse. Esto despertó mi atención, haciéndome sospechar de todo lo maravilloso.

¿Cómo he sacado las brujas al hablar del magnetismo? Por una especie de asociación de ideas que viene de lejos y que en ésta hoja no puedo desarrollar.

Ayer, después de ponerse el sol,—antes no se puede salir de casa, por el calor—fui á la villa Borghese. ¡Cuánto te he deseado á mi lado! Vi cuatro magníficos cuadros, que me gustaria copiar si pudiera. Necesito, de manera indispensable, adelantar en el paisaje y en el dibujo, cueste lo que cueste. Precisamente en este paseo preparé la conclusión de *Egmont*. Cuando me ponga á ello, irá de prisa. ¡Adiós, y piensa en mí!

Roma 11 de Agosto.

Me quedo en Italia hasta la Pascua próxima. No puedo ahora marcharme de la escuela. Quedándome, iré tan lejos que podré dar gusto á mis amigos. Siem-

pre tendréis cartas mías. Mis escritos os llegarán poco á poco. Así, imaginaréis en mí un ausente vivo, ya que tantas veces os habéis quejado de un presente muerto. *Eqmont*, ya listo, saldrá á fin de mes. Luego esperaré ansioso vuestra sentencia. No se pasa día sin que haga progresos en el conocimiento ó en la práctica del Arte. Conforme una botella se llena pronto, cuando se la sumerge abierta debajo del agua, así puede llenarse uno en Roma, cuando es susceptible y está preparado. El elemento artístico nos envuelve por todas partes.

Desde aquí podría predecir el buen verano que gozais. Tenemos cielo siempre igual, enteramente puro y en el centro del día calor espantoso, que soporto bastante bien en mi fresco salón. Septiembre y Octubre los pasaré en el campo, pintando del natural. Tal vez volveré á Nápoles, á fin de aprovechar las lecciones de *Hackert*. En quince días que pasé en su compañía, en el campo, me hizo adelantar más que lo hubiera hecho yo solo en años. Nada te envío aún y reservo una docena de pequeños bocetos, para que recibas de una vez algo bueno.

Esta semana ha sido laboriosa y tranquila. Particularmente en perspectiva he aprendido mucho. *Verschaffeld*, hijo del director del Museo de Mainnheimer, ha profundizado el conocimiento y me comunica sus trabajos. También hice algunas tablitas: claros de luna sombreados á tinta china y otras varias ideas que casi son demasiado extravagantes para dar cuenta de ellas.

Escribí una larga carta á la Duquesa, aconsejándole que retarde su viaje á Italia todavía un año. Si sale en Octubre, precisamente llega á esta hermosa tierra cuando cambia el tiempo, lo cual es una broma. Si sigue mi consejo en esto y otras cosas y la suerte ayuda, le irá muy bien. Me alegro de todo corazón que haga este viaje.

Hay una Providencia para mí, lo mismo que para los demás y esperaremos tranquilos lo porvenir. Nadie puede reformarse, ni evitar su destino. En esta misma carta verás mis planes y espero que los aprobarás. No repito nada.

Os escribiré con frecuencia y, durante el invierno, siempre estará con vosotros mi alma. *Tasso* irá después del año nuevo. *Fausto*, volando con su capa por los aires, os anunciará como correo mi llegada. Entonces habré terminado debidamente una época capital de mi vida y podré principiar de nuevo á trabajar y coger de donde me sea necesario. Me siento animoso y soy casi otro hombre, distinto del año pasado.

Vivo en la riqueza y en la superabundancia de todo aquello que positivamente estimo y amo y sólo estos dos meses he aprovechado en regla mi tiempo. Ahora todo lo cerrado se abre y el Arte es para mí una segunda Naturaleza que, como *Minerva* de la cabeza de *Júpiter*, ha salido de la cabeza de los grandes hombres. Días enteros, años enteros, os divertiré, más tarde, hablando de tales cosas.

Deseo á todos buen mes de Septiembre. A fines de

Agosto, cuando todos celebramos nuestro cumpleaños, os recordaré de continuo. Cuando haya pasado el calor, me iré al campo á dibujar; mientras tanto, hago lo que puedo en el cuarto donde muchas veces tengo que holgar. Sobre todo en las noches, hay que precaverse de un enfriamiento.

Roma 18 de Agosto.

Esta semana he tenido que alojar, hasta cierto punto, en mi laboriosidad Septentrional. Los primeros días fué excesivo el calor y logré cuanto deseaba hacer. Ahora tenemos, desde háce dos días, la más hermosa tramontana, con cielo completamente despejado. Septiembre y Octubre van á ser un par de meses divinos.

Ayer, antes de salir el sol, me fui al *Acqua acetosa*; es realmente para volverse loco ver la claridad, la variedad, la vaporosa transparencia y el color divino del paisaje, sobre todo en los lejos.

Moritz estudia ahora antigüedades y, destinándolo á la juventud y á todos los que piensan, las humanizará limpiándolas del mocho de las librerías y del polvo de las escuelas. Tiene muy acertada y feliz manera de ver las cosas; espero que también se tomará el tiempo necesario para sentar la cabeza. Paseamos juntos las noches y me cuenta lo que medita, durante el día, acerca de lo que ha leído en los autores. Y así se llenan también

estos huecos que, á causa de mis otras ocupaciones, tenían que quedar, para cubrirlos más tarde y con trabajo. Mientras tanto observo edificios, calles, paisajes, monumentos y cuando vuelvo á casa, charlando y en broma, fijo en el papel la vista que más me ha impresionado. Adjunto te envío uno de estos apuntes de ayer. Es, poco más ó menos, la idea del Capitolio, cuando se sube á él por detrás.

El domingo estuve, con la buena Angelika, á ver los cuadros del príncipe Aldrobandini, particularmente uno excelente de Leonardo da Vinci. No es Angelika feliz como merecía serlo por su gran talento y sus rentas, que aumentan siempre. Está cansada de pintar para la venta y, sin embargo, su viejo esposo encuentra muy bonito eso de recibir tanto dinero por un trabajo á veces pequeño. Ella querría ahora poder pintar para su propia satisfacción, con más calma, más cuidado y más estudio. No tienen hijos y no pueden comerse sus rentas, que un trabajo moderado aumenta de día en día. Conmigo habla franca; díjele mi parecer y dile mi consejo y la animo cuando estoy á su lado. ¡Se habla de privaciones y de desgracias, cuando aquellos que tienen bastante no pueden emplear lo suyo ni gozarlo! Tiene talento increíble; para mujer, inmenso. Hay que ver y juzgar lo que hace, no lo que deja que desear. ¡Cuántos trabajos de artistas resistirían la crítica si me pusiese á contar lo que les falta!

Y así es, queridos; cada día conozco más á Roma, el Arte, los artistas y el modo de ser romano y aprecio á

fondo las relaciones; hácese me familiares la vida común y el andar de un lado á otro. La idea formada en una sola visita es falsa. También aquí querrian sacarme de mi retiro y vida ordenada y llevarme á las diversiones del mundo; me resisto cuanto puedo, prometo, aplazo, me aparto, vuelvo á prometer y juego al italiano con los Italianos. El cardenal Secretario de Estado Buoncompagni sitióme muy de cerca; pero me excusaré hasta mediados de Septiembre, que iré al campo. Temo á esos caballeros y á esas señoras, como á una mala enfermedad; sólo de verles ir en sus carruajes me pongo malo.

Roma 23 de Agosto de 1787.

Anteayer, cuando me dirigía al Vaticano, recibí vuestra querida carta, núm. 24 y leíla repetidas veces en el camino y en la Capilla Sixtina, siempre que descansaban mi atención y mi vista. No puedo expresaros cuánto os he deseado á mi lado, á fin de que formaseis idea de cuánto puede hacer y concluir un hombre único y completo. Sin ver la capilla Sixtina no puede formarse ninguna idea intuitiva del poder de un individuo. Oyense y léense muchas cosas de los grandes hombres, pero aquí la obra vive sobre nuestras cabezas y delante de los ojos. Mucho he conversado hoy con vosotros y quisiera que todo aquello se oyese claro y distinto en mi

carta. ¿Queréis saber noticias mías? ¡Cuánto podría decirlos! Porque, en realidad, he renacido, me he renovado y completado. Siento que la suma de mis fuerzas se agrupa y espero hacer todavía algo. Durante tanto tiempo, medité en serio acerca del paisaje y la Arquitectura, algo hice y ahora veo hasta dónde se puede ir y lo que se podría abarcar.

Al fin, el Alfa y el Omega de lo que he conocido, la figura humana, apoderóse de mí y yo de ella y digo: «Señor, no te dejo sin que me des tu bendición, aunque tenga que forcejear y quedarme lisiado.» El dibujo no sale y absolutamente decidí ponerme á modelar, pareciéndome que dará resultados. A lo menos, llegué á pensar una cosa que me facilita muchas. Sería demasiado largo detallarla y es mejor hacer que hablar. Baste decir lo siguiente: Mi porfiado estudio de la Naturaleza y el cuidado seguido en el de la Anatomía comparada, pónenme en estado de ver, en su conjunto, muchas cosas de la Naturaleza y del Arte antiguo, cuyo pormenor á duras penas alcanzan los artistas y aun conseguido, las poseen para sí y no pueden comunicarlas.

Todas mis artimañas fisiológicas que, en desprecio al profeta (1), dejara de lado, salen de nuevo á relucir y me va bien con ellas. He principiado una cabeza de Hércules; si sale aceptable iremos más lejos.

Hállome tan alejado del mundo y de todas las cosas

(1) Lavater.

mundanas, que me parece extraordinario leer un periódico. La forma de este mundo se desvanece; quisiera ocuparme sólo en las relaciones permanentes y así, conforme la doctrina de x x x, procurar desde ahora á mi espíritu la eternidad.

Ayer vi muchos dibujos en casa de Ch. von Wothley, que viajó por Grecia, Egipto, etc. Interesáronme en particular los dibujos del friso del Partenon de Atenas, de Fidias. No se puede imaginar nada más hermoso que estas pocas figuras. Todo lo demás es de poca monta; los paisajes no son felices; la Arquitectura es mejor.

¡Adios por hoy! Están haciendo mi busto, que me ha robado tres días de esta semana.

Roma 28 de Agosto de 1787.

Sucedieronme estos días muchas cosas buenas y hoy, para mi fiesta, me llega el librito de Herder, que eleva noblemente el pensamiento á Dios. ¡Hánme consolado y confortado leer ideas tan puras y hermosas en esta Babel, madre de tantas mentiras y errores y pensar que estamos en un tiempo en que puede uno arriesgarse á publicar tal suerte de pensamientos y opiniones! En mi soledad examinaré el libro y lo leeré á menudo y haré mis anotaciones, que pueden ser materia de pláticas futuras.

Me he extendido cada vez más en la meditación del Arte, y abarco, casi en su totalidad, el *pensum* que me absuelve; mas lo absuelto se queda sin hacer. Quizá para hacerlo mejor y más fácilmente se presentarán ocasiones, que el talento y la aptitud determinarán.

La Academia Francesa ha expuesto sus trabajos. Hay cosas interesantes.

Pindaró, que pide á los dioses fin dichoso, cae en los brazos de un jovencito á quien quiere mucho y muere. Es cuadro en que hay cosas de mucho mérito. Un arquitecto llevó á cabo una idea muy bonita. De una parte ha dibujado la Roma actual, tomada desde un punto en que se distinguen bien todas sus partes. Despues, en otra hoja, ha representado la Roma antigua, como si uno la viese desde el mismo punto. Se sabe el lugar donde estaban los monumentos antiguos y la forma de los más, de muchos quedan ruinas todavía. El artista suprimió lo nuevo y ha vuelto á representar lo antiguo, poco más ó menos conforme pudo haber estado en tiempo de Diocleciano, con tanto gusto como estudio y preciosamente iluminado.

Hago cuanto puedo. De estas ideas y talentos amon-tono lo que me es posible arrastrar y así me traigo lo más real.

¿Te he dicho que Trippel hace mi busto? El principe de Waldeck es quien se lo ha encargado. Está ya casi concluido y resulta bien en conjunto. Es trabajo de estilo muy firme. Terminado que sea el modelo, lo moldearán en yeso y luego en mármol, que Trippel desea

acabar del natural: cuanto en el mármol se puede hacer, no se consigne de ninguna otra materia.

Angelika pinta un cuadro de excelente efecto. La Madre de los Gracos, ante quien una amiga ostenta sus joyas, muestra sus dos hijos como las mejores suyas. Es composición natural y muy feliz.

¡Qué hermoso es sembrar para recoger! Aquí he ocultado á todo el mundo que hoy era día de mi cumpleaños y al despertarme pensaba: ¿No vendrá alguno de los míos para festejarme? Y mira, llegó vuestro paquete, causándome indecible alegría. Púseme al momento á leerlo; terminé ahora y al momento me pongo á escribir las más cordiales gracias.

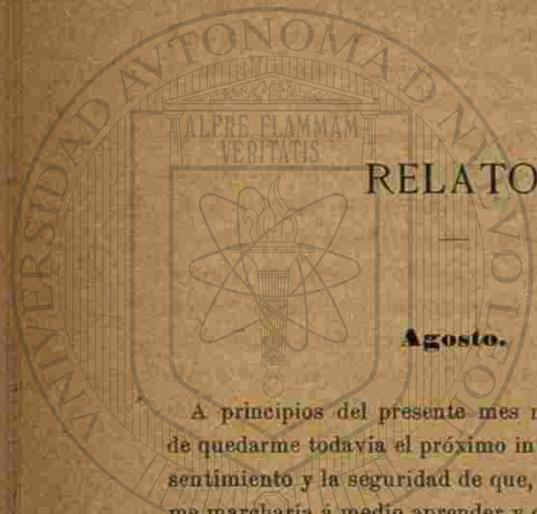
No quisiera sino estar á vuestro lado; hablaríamos tratando algunos puntos importantes. Pero bueno, ya llegaremos á eso y agradezco de corazón que se haya puesto un pilar, desde el cual podemos ahora contar nuestras millas. Camino á largos pasos por los campos de la Naturaleza y del Arte y de ellos iré á ti alegre.

Hoy, después de recibir tu carta, volví á reflexionar y tengo que persistir: mi estudio del Arte, mi condición de autor, todo, exige aún este tiempo. En el Arte debo hacer tanto, que nada de lo que al conocimiento visual se refiera quede letra muerta y tradición para mí y lo forzaré en medio año. Tampoco puede forzarse en ninguna parte más que en Roma. Mis cosillas,—pues se me ocurren muy en diminutivo,—tengo que terminarlas, al menos con gusto y en el concepto de colección.

Después, todo me llama á la patria y aunque debiera

llevar una vida privada y solitaria, tengo tanto que rebuscar y unir, que en diez años no veo punto de reposo.

En Historia Natural te llevo cosas que no esperas. Creo estar muy cerca del *cómo* de la organización. Tú examinarás gustoso tales manifestaciones,—no fulguraciones,—de nuestro Dios y me dirás quién, en los tiempos antiguos y modernos, ha encontrado esto, lo ha pensado y lo ha considerado, desde semejante punto de vista ó desviándose algo de él.



RELATO.

Agosto.

A principios del presente mes maduré el proyecto de quedarme todavía el próximo invierno en Roma. El sentimiento y la seguridad de que, en el estado actual, me marcharía a medio aprender y que en ninguna parte como aquí podría tener espacio y tranquilidad para terminar mis obras, al fin me decidieron y, después de participado a mis amigos, principió nuevo periodo. El calor grande que aumentaba y ponía término y medida a tanta actividad, hacia agradables y estimables aquellos sitios donde se podía pasar el tiempo con utilidad, tranquilidad y fresco. La Capilla Sixtina servía a maravilla. Precisamente en aquel tiempo los artistas rendían nuevo culto a Miguel Ángel. Al lado de todas sus otras cualidades, en la de colorista nadie se le ponía delante y era moda disputar sobre quién tuvo más ge-

nio, si él ó Rafael. La Transfiguración del último era, á veces, muy censurada y la disputa afectaba á sus mejores obras. Por donde llegó más tarde el favor á la escuela antigua, cuyas obras consideraba el simple observador productos de talentos medianos y limitados, sin admirarlas nunca.

Es tan difícil apreciar un gran talento, que dos acababan poniéndose pronto de acuerdo y facilitamos las controversias formando partidos. Así, el valor de los artistas y de los escritores oscilaba, dominando cada día uno á otro. Tales luchas no podían extraviarme; dejábalos habérselas entre sí y me ocupaba en la contemplación inmediata de lo valioso y estimable. Esta predilección hacia el Gran Florentino pronto se comunicó de los artistas á los aficionados. En aquel tiempo precisamente Bury y Lips copiaban á la acuarela, en la Capilla Sixtina, para el Conde Friess; el guarda, bien pagado, nos dejaba entrar por una puerta trasera, al lado del altar mayor y allí estábamos cuanto tiempo queríamos. No faltaban provisiones y recuerdo que una vez, fatigado del gran calor del día, eché mi siesta, después de comer, en la silla del Papa.

Las cabezas y figuras más bajas del cuadro del altar, que se podían alcanzar con la escala, calcáronse cuidadosamente, primero usando yeso blanco, sobre gasa negra, puesta en un bastidor y luego al lapiz rojo, en papel grueso.

La inclinación á los pintores antiguos, hizo más célebre á Leonardo da Vinci, cuyo valiosísimo cuadro,

Cristo entre los Fariseos, fui á ver, en compañía de Angelika, á la galería del príncipe Aldrobandini. Hiciérase costumbre venir la mañana de los domingos á mi casa con su marido y el Consejero Reiffenstein; ensiguenda, lo más despacio posible, por este calor de horno, íbamos á pasar algunas horas á cualquier Museo ó colección, para sentarnos, más tarde, á su muy bien puesta mesa.

Era sobremanera instructivo hablar, en presencia de aquellas importantes obras de Arte, con estas tres personas tan versadas, cada una á su manera, en la teoría, la práctica, la Estética y el tecnicismo.

La complacencia del caballero Worthley, procedente de Grecia, permitiéndonos ver los dibujos que trajera; entre ellos las copias de los trabajos de Fidias, en el frontón de la Acrópolis, me dejaron impresión decisiva é inextinguible, tanto más fuerte, cuanto que influido por las figuras potentes de Miguel Ángel, me dedicaba al estudio del cuerpo humano, más atento que antes.

Acontecimiento importante en aquella vida artística movida, fué la Exposición de la Academia francesa, al fin del mes. Los Horacios de David, dieron á los franceses la preeminencia. Esto fué causa de que Tischbein comenzase, de tamaño natural, su Hecor provocando á París, en presencia de Helena, Drouais, Gagnereaux, Desmarest Gauffier, Saint-Ours, aumentaron la gloria de los franceses y Bognet ganó un buen nombre, como paisajista, en el género de Poussin.

Mientras tanto Moritz trabajaba mucho en la Mitolo-

gía antigua. Viniera á Roma para procurarse, conforme se hacía antes, de la descripción de un viaje, medios de viajar; prestárale un librero ayuda y pronto aprendió que en Roma no se escribe impunemente con las impresiones cotidianas. Las pláticas de todos los días, la vista de tantas obras de Arte interesantes, hicieron brotar en su pensamiento la idea de escribir un libro acerca de la Mitología de los antiguos, en sentido puramente humano y publicarlo ilustrado con litografías. Púsose al trabajo asiduo y las conversaciones de nuestro círculo bastante influencia ejercieron sobre él.

En extremo agradables, instructivas y muy dentro de mis deseos é inmediatos fines, fueron las que sostuve con el escultor Trippel, en su estudio, mientras modelaba mi busto, que el conde Waldeck le encargara en mármol.

No podía haber caído mejor para instruirme acerca de la figura humana y de sus proporciones como cánón y carácter distintivo.

Era el momento aquel doblemente interesante, por el conocimiento que tuvo Trippel de una cabeza de Apolo, encontrada en la colección del palacio Giustiniani y que, hasta entonces, pasara desapercibida. Estimábala una de las más nobles obras del Arte y conservaba la esperanza de comprarla, cosa que no consiguió. Este trozo antiguo se hizo célebre desde aquella época y fué enviado, más tarde, á Neufchatel, á Mr. de Portalis.

Según el que en la mar se aventura queda á merced

de los vientos y el tiempo, que disponen á su antojo hacerlo correr de un lado á otro, así me sucedió. Verschaffeld abrió un curso de perspectiva, donde nos reuníamos de noche muchos, á fin de oír sus lecciones y ponerlas en práctica en seguida. Lo más ventajoso era que sólo aprendíamos lo necesario y no demasiado.

De buena gana me habrían arrancado de mi activa y contemplativa tranquilidad. El desgraciado concierto dió mucho que hablar en Roma, que á semejanza de pueblo pequeño, son comunes los dimes y diretes. En mí y en mis trabajos literarios pusieron su atención: leyerá la *Ifigenia* y alguna otra cosa, entre mis amigos y con esto prometíanse que lo volvería á hacer. El Cardenal Buoncompagni deseaba verme; yo sosteníame en mi bien conocido retiro y podía hacerlo, tanto mejor, cuanto el consejero Reiffenstein, aseguraba obstinadamente que no habiéndome hecho presentar por él, ningún otro podía hacerlo. Esto cuadraba muy bien á mi propósito y siempre utilizaba la consideración á su persona, para mantenerme en el apartamiento que desde luego eligiera.

Septiembre.

CORRESPONDENCIA.

Roma 1.º de Septiembre de 1787.

Hoy puedo decir que *Egmont* está terminado. Lo trabajé todo este tiempo, ya en unos sitios, ya en otros. Os lo envío por Zurich, pues deseo que Kayser componga la música de los entreactos y toda la que pueda necesitar; luego, me alegraré que sea de vuestro agrado.

Mis estudios artísticos adelantan mucho. Mi principio á todo afecta y todo me lo abre. Cuanto el artista investiga aisladamente y con trabajo, me está en su totalidad abierto y libre. Ahora veo lo que ignoro y el camino hállase franco para saberlo y comprenderlo todo.

Mucho bien ha hecho á Moritz el libro de Teología de Herder: dice que hará época en su vida; su ánimo, ya preparado, mediante mi trato, rindióse; se ha inflamado cual la madera bien seca.

Roma 3 de Septiembre.

Hoy hace un año que me alejé de Carlsbad. ¿Qué año y qué fecha para mí la de aquel día, cumpleaños del nacimiento del Duque y día de mi nacimiento á nueva

vida! De cómo he aprovechado este año, ni puedo en la actualidad darme cuenta á mí mismo, ni á los demás. Espero que llegará el tiempo, llegarán las hermosas horas en que haremos la suma juntos.

Ahora es cuando adelantan mis estudios; si me hubiese marchado antes, no habría visto á Roma. No es posible imaginarse cuanto hay que ver y aprender: fuera de aquí, ni idea de ello se tiene.

Vuelvo á ocuparme en las cosas de Egipto. He visto estos días, varias veces, el gran Obelisco roto, en un corral, entre escombros y barro. Era el Obelisco de Sesostris, erigido en Roma en honor de Augusto y servía de guomón en el gran reloj de sol trazado en el Campo de Marte. Este monumento, más antiguo y más admirable que otros, yace degradado, destruido en muchas partes, al parecer, por el fuego. Allí está, sin embargo y las partes no destrozadas se conservan como hechas de ayer, del más hermoso trabajo en su género. Están moldeando y vaciando en yeso, para mí, la esfinge, de la punta; otras caras de esfinges, hombres y pájaros, son cosas inapreciables, que debe uno tener particularmente, porque se dice que el Papa quiere levantar el Obelisco y entonces los geroglíficos quedarán fuera de alcance. Así pienso hacer con las mejores cosas etruscas. En el momento presente modelo tales obras en arcilla, á fin de poseer su completo conocimiento.

Roma 5 de Septiembre.

No quiero dejar de escribir un día, para mí de fiesta. Hoy es cuando puede decirse de positivo que *Egmont* se ha terminado. Se escribieron el título y los personajes y llenaron algunos huecos dejados adrede. Gozo anticipadamente pensando la hora en que lo recibiréis y leeréis. Acompañarán al manuscrito algunos dibujos.

Roma 6 de Septiembre.

Me había propuesto escribir largo y decir os toda suerte de cosas, en mi última carta; pero me interrumpieron y mañana voy á Frascati. La presente partirá el sábado y sólo os envío unas palabras de despedida. Probablemente tendréis también buen tiempo, semejante al que disfrutamos bajo el cielo más puro. Sigo teniendo pensamientos nuevos y rodeado de miles de objetos, despiertan en mí tan pronto una como otra idea. Siguiendo muchos caminos diferentes, se llega á un mismo punto: ahora veo claro y puedo decir la tendencia de mi inclinación y facultades; necesitase llegar á viejo para formarse ligera idea de su modo de ser. ¡No sólo los Suavos precisan llegar á los cuarenta años para tener juicio!

Supe que Herder no está bien y púsome en cuidado; espero tener pronto mejores noticias.

Me va bien de cuerpo y alma y casi puedo esperar curarme radicalmente. Todo se me hace fácil y algunas veces parece acariciarme un soplo de juventud. *Egmont* parte en compañía de mi carta; pero llegará más tarde, porque lo lleva el coche-correo. Tengo verdadera curiosidad é impaciencia de saber vuestra opinión.

Tal vez sería bueno comenzar pronto á imprimirlo. Me alegraría que tal pieza llegase, desde luego, á manos del público. Ved lo que se puede hacer; no retrasaré el resto del volumen.

El Dios hácese buena compañía. Veo á Moritz realmente edificado: sólo faltaba que acabase encadenando á semejante obra sus pensamientos, siempre desparrramados: será muy buena. Me animó á proseguir en las cosas de Historia Natural, donde, particularmente en Botánica, llegué á un *cyzai rzy* que me deja atónito. Hasta dónde se extiende, yo mismo no lo puedo comprender.

Mi principio acerca la manera de explicar las obras de Arte y entender, de una vez, lo que artistas y expertos, desde la restauración de las Artes, buscan y estudian, en fragmentos, á cada aplicación es más seguro. En realidad, es también otro huevo de Colón. Sin decir que poseo la clave capital, hablo á los artistas de manera adecuada á mis designios y veo hasta dónde llegaron, lo que poseen y donde tropiezan. Tengo la puerta abierta, estoy en el dintel y desgraciadamente, desde allí, sólo podré dar la vuelta al templo y separarme.

Cosa ciertísima es que los artistas de la antigüedad

tenían tan gran conocimiento de la Naturaleza é idea, tan segura como Homero, del modo de presentarse y de la manera de representarla. Desgraciadamente, el número de obras de Arte de primera clase es demasiado escaso; mas viéndolas, nada se puede desear, sino conocerlas bien y marcharse en paz. Hicieron los hombres tan altas obras de Arte, conformándolas á leyes verdaderas y naturales, á semejanza de las mejores de la Naturaleza. Todo lo arbitrario, imaginado, parece: ahí está la necesidad, ahí está Dios.

Dentro de pocos días veré los trabajos de un hábil arquitecto que estuvo en Palmira y dibujó, de su mano, los objetos, con gran entendimiento y gusto. Luego os daré noticia de tales cosas y espero interesar vuestra opinión acerca de tan importantes ruinas. Alegraos conmigo de mi dicha. Sí, bien puedo decirlo; nunca fui dichoso hasta este punto. Poder satisfacer, con la mayor tranquilidad y la mayor pureza, una pasión nativa y de un placer continuo osar prometerse utilidad permanente, no es poco. ¡Si pudiese siquiera repartir algo de lo que gozo y de lo que siento, queridos míos!

Espero que las nubes oscuras del horizonte político se disiparán. Nuestras guerras modernas hacen muchos infelices mientras duran y ningún dichoso cuando han pasado.

14 de Septiembre de 1787.

Queda sentado, amigos míos, que soy hombre que vive del trabajo. Todos estos días trabajé más de lo que he gozado, pero llega el fin de la semana y tendréis vuestra carta.

Es un dolor que el Aloe del Belvedere haya escogido el año de mi ausencia para florecer. Cuando estuve en Sicilia era demasiado temprano; aquí sólo florece uno este año, no grande, colocado en sitio tan alto, que no se puede llegar á él. En todo caso, es una planta de la India y aun aquí no se halla en terreno propio.

Las descripciones del inglés me hacen poquísima gracia; los eclesiásticos en Inglaterra tienen que ser muy circunspectos y toman la revancha con el resto del público.

El libre inglés tiene que mirarse mucho en los escritos relativos á las costumbres. Los hombres rabudos no me maravillan. Nótase en la descripción que hay algo muy natural: á diario estamos viendo cosas mucho más extraordinarias, que no apreciamos, porque no nos tocan tan de cerca.

Está bien que B., al igual de otros muchos que durante su vida no han tenido ningún temor de Dios, se vuelva á la vejez devoto, según se dice, con tal de que no pretenda edificarnos.

Estuve algunos días en Frascati en compañía del consejero Reiffenstein: Angelika fué el domingo á bus carnos; es un paraíso.

Erwin y Elmira está medio escrito de nuevo. Traté de darle mayor vida é interés, suprimiendo en absoluto el diálogo, excesivamente monótono. Es obra de estudiante, ó más bien un mamarracho. Claro está que los cantos bonitos, donde todo se apoya, quedan.

Sigo entregado á las Artes con verdadero frenesí.

Mi busto sale muy bien; á todo el mundo satisface. No hay duda que está hecho en estilo noble y bello y no tengo nada que oponer á que en el mundo quede la idea de que yo tenía tal apariencia. Ahora, por éste, se principiará el de mármol, terminándose asimismo del natural. Si no fuese tan pesado, enviaria en seguida un buque de transporte, pues al fin tendré que mandar algunos cajones.

¿No ha llegado todavía Kranz, á quien había entregado una caja para los niños?

Dan ahora una opereta graciosa en el teatro *In valle*, después de dos que tuvieron deplorable suerte. Los actores trabajan con gusto y el conjunto es bueno.

Llovió algunos días, el tiempo ha reirescado y los campos pónense verdes. Los periódicos os darían noticia, ó la darán, de la gran erupción del Etna.

También leí la vida de Trenck: es bastante interesante y da materia para reflexionar.

Mi próxima carta contará mi entrevista con un viajero notable que debo conocer mañana.

Podéis estar contentos de mi estancia aquí. Hállome familiarizado con Roma y casi no hay nada que no conozca á palmos. Los objetos fueron elevándome poco á poco hasta ellos. El goce y el conocimiento son cada vez mas puros y perfectos; la suerte seguirá ayudándome.

Adjunta es una hoja que he copiado y desco se comuniqué á nuestros amigos.

La vida en Roma hácese interesante, á causa de ser punto céntrico á donde convergen muchas cosas. Los dibujos de Cassas son hermosísimos. Mi pensamiento le ha robado muchos, que quisiera llevaros.

Continuo trabajando de firme. Intentando experimentar si mi principio es aplicable, acabo de dibujar una cabeza del yeso. Veo que lo es de modo completo y facilita extraordinariamente la factura. No querian creer que la hubiese hecho y sin embargo, todavía no es nada. En el resultado veo lo lejos que se puede llevar su aplicación.

El lunes volvemos á Frascati. Tendré cuidado de enviaros, dentro de ocho dias, otra carta. Después he de ir á Albano. Dibujaremos mucho del natural. Ya no quiero saber más, sino producir algo y hacer buen uso de mi sentido: desde la juventud padezco tal enfermedad y quiera Dios que algún dia me vea libre de ella.

Roma 22 de Septiembre.

Ayer sacaron en procesión La Sangre de San Francisco; mientras las Órdenes religiosas desfilaban, entretúyeme en observar caras y cabezas.

Adquiri una colección de doscientas piedras antiguas, grabadas, de las mejores. Es lo más hermoso que se conoce en su género y elegi algunas á causa de las bonitas ideas que representan. No se puede llevar de Roma cosa más preciosa, porque la impresión es de extraordinaria delicadeza y perfectísima. ¡Cuántas cosas llevaré al regresar con mi barca! Ante todo, el corazón alegre, capaz de gozar la dicha que me destinan el amor y la amistad. Lo que haré será no emprender nada fuera del círculo de mis aptitudes, porque me agoto trabajando sin fruto.

Me apresuro, queridos amigos, á enviaros otro pliego en este mismo correo. El dia de hoy fué muy notable para mí. ¡Cartas de muchos amigos, de la Duquesa madre, noticias de la fiesta de mi cumpleaños y, al último, mis obras!

Cáusanme singular emoción que los cuatro volúmenes delicados, resultado de la mitad de mi vida, vengán á buscarme en Roma. Bien puedo decir que no hay en ellos letra que no haya vivido, sentido, gozado, sufrido y pensado y así todas me hablan ahora más vivo. Mi cuidado será y así lo espero, que los cuatro siguientes

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UROW 1771A

"ALFONSO REYES"

1970 1625 MONTERREY, MEXICO

no se queden detrás. Mucho os agradezco lo que hicierais en beneficio de tales hojas y; á mi vez, desearia poderos complacer. Conservadme vuestra solicitud, tan verdadera, en los otros tomos.

Me bromeáis con lo de las provincias y declaro que la expresión es muy impropia. Así podéis ver cómo en Roma se acostumbra cualquiera á pensar. En realidad parece que me nacionalizo; pues se culpa á los romanos de no saber ni hablar más que de *grosse cosse*.

Sigo trabajando siempre; aténgome en el momento á la figura humana. ¡Oh! qué inmenso es el Arte y llegando al fin á poseerlo, ¡qué infinito se hace el mundo!

El martes 25 me voy á Frascati y allí me afanaré también trabajando. Ahora principia á ir la cosa; si siquiera fuese bien!

Observé que en la ciudad más grande, en el círculo más extenso, el más pobre, el más pequeño, tiene conciencia, de sí y en un lugar pequeño, el mejor, el más rico, no se siente; no puede respirar.

Frascati 25 de Septiembre.

Me encuentro felicísimo: todo el día, desde la mañana á la noche, se dibuja, se pinta, se encola, llevando de consuno, *ex professo*, el Arte y el oficio.

El Consejero Reiffenstein, mi huésped, acompáñame y estamos alegres y contentos. Por la noche, visitamos

las Villas, á la luz de la luna y aun en la obscuridad dibujamos lo más saliente. Tomé algunas vistas, que desearia un día pintar. Es de esperar que llegará asimismo el tiempo de lo acabado. Sólo que el remate, mirando lejos, está demasiado apartado y remoto.

Ayer fuimos á Albano en carruaje y volvimos: en el camino se tiraron tiros á muchos pájaros. Los hay tan abundantes que puede uno darse ese gusto. Ardo en deseos de verlo y conocerlo todo y siento que mi gusto se depura, á medida que mi alma abarca más ideas. ¡Si en vez de tan peregrinas razones pudiese siquiera enviarnos algo bueno! Un compatriota os llevará varias cosas.

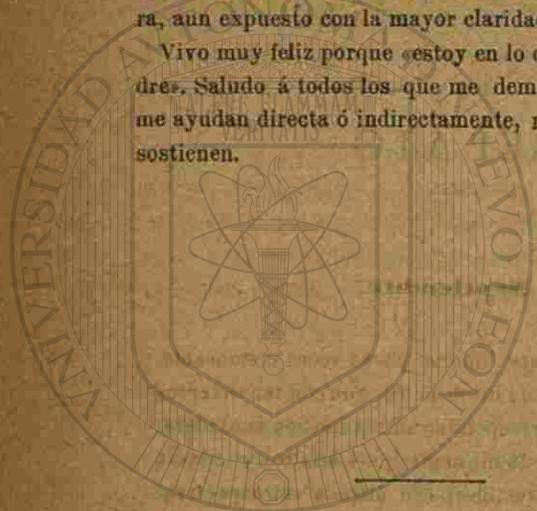
Probablemente tendré el gusto de ver á Kayser en Roma; así vendrá la música á cerrar el círculo, que las Artes giran á mi alrededor, cual si quisieran impedirme mirar á mis amigos. Y sin embargo, no me atrevo á tocar el capítulo de la soledad en que, á veces, me encuentro y de los deseos de vuestra compañía, que en ocasiones se apoderan de mí. En el fondo vivo en la embriaguez y no quiero ni puedo extender mis pensamientos.

Paso con Moritz muy buenas horas y empecé á explicarle mi sistema de las plantas y, en presencia suya, escribo, cada vez, hasta donde hemos llegado. Sólo así podía fijar algo de mi pensamiento en el papel.

Veo en el nuevo discípulo cuán comprensible se hace, aun lo más abstracto, presentado con buen método y hallando inteligencia bien preparada. Encuentra en ello

inmenso gusto y me sale al paso diciendo sus propias conclusiones. No obstante, en todo caso es difícil escribir, é imposible comprender, mediante la simple lectura, aun expuesto con la mayor claridad y precisión.

Vivo muy feliz porque estoy en lo que es de mi padre. Saludo á todos los que me demuestran interés, me ayudan directa ó indirectamente, me animan y me sostienen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y MUSEOS

RELATO.

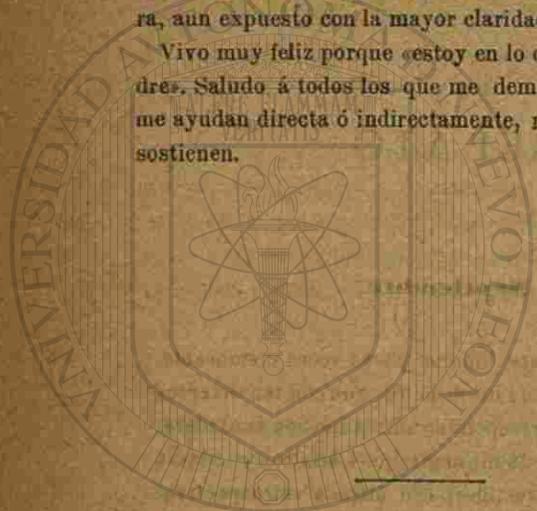
Septiembre.

El 3 de Septiembre fué dos y tres veces memorable. Era el cumpleaños de mi príncipe, que con tan diversos beneficios supo corresponder á mi adhesión verdadera. Era el aniversario de mi hegira de Carlsbad y todavía no me atrevo á investigar, con mirada retrospectiva, como ha obrado en mi vida tan llena de situaciones extrañas; lo que me trajo, lo que me prestó, porque no me dejó lugar á muchas reflexiones.

Roma tiene la gran ventaja de ser punto céntrico de toda actividad artística. Visítanla viajeros distinguidos, que deben mucho á su corta ó larga permanencia aquí. Luego se van lejos, trabajan, allegan y, cuando vuelven á su país enriquecidos, hacen sus cuentas de lo ganado en honra y provecho y consagran una ofrenda de agradecimiento á sus maestros presentes y ausentes.

inmenso gusto y me sale al paso diciendo sus propias conclusiones. No obstante, en todo caso es difícil escribir, é imposible comprender, mediante la simple lectura, aun expuesto con la mayor claridad y precisión.

Vivo muy feliz porque estoy en lo que es de mi padre. Saludo á todos los que me demuestran interés, me ayudan directa ó indirectamente, me animan y me sostienen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y ARCHIVOS

RELATO.

Septiembre.

El 3 de Septiembre fué dos y tres veces memorable. Era el cumpleaños de mi príncipe, que con tan diversos beneficios supo corresponder á mi adhesión verdadera. Era el aniversario de mi hegira de Carlsbad y todavía no me atrevo á investigar, con mirada retrospectiva, como ha obrado en mi vida tan llena de situaciones extrañas; lo que me trajo, lo que me prestó, porque no me dejó lugar á muchas reflexiones.

Roma tiene la gran ventaja de ser punto céntrico de toda actividad artística. Visítanla viajeros distinguidos, que deben mucho á su corta ó larga permanencia aquí. Luego se van lejos, trabajan, allegan y, cuando vuelven á su país enriquecidos, hacen sus cuentas de lo ganado en honra y provecho y consagran una ofrenda de agradecimiento á sus maestros presentes y ausentes.

Regresó, de su viaje á Oriente, un arquitecto francés llamado Cassas, el cual midió los monumentos más antiguos, en particular aquellos de que no se tiene noticia y los restableció gráficamente, dibujando, asimismo, el paisaje de los contornos. Parte de sus dibujos, de gran precisión y gusto, hechos á la pluma y pintados á la acuarela, representan:

1.º El Serrallo de Constantinopla del lado del mar, parte de la ciudad y la mezquita de Santa Sofía. En la encantadora Punta de Europa construyeron la morada del Gran Señor, tan rica cuanto imaginarse puede. Árboles altísimos, extendiéndose unos detrás de otros, formando espesos bosquecillos en su mayor parte y debajo, no grandes murallas ni palacios, sino casitas, enrejados, paseos, kioscos, tapices extendidos en el suelo y todo ello tan en pequeño, tan familiar y agradable, que encanta. Estando los dibujos iluminados, el efecto es precioso. Baña el pie de la costa así poblada, hermoso espacio de mar. Enfrente está Asia y se ve el Estrecho que va á los Dardanelos. El dibujo tiene siete pies de largo y de tres á cuatro de alto.

2.º Vista general de las ruinas de Palmira, en el mismo tamaño. Antes nos mostró un plano de la ciudad, conforme lo sacara de las ruinas. Una columnata, de una milla italiana de largo, iba desde la puerta al templo del Sol, no en línea recta, sino haciendo en el medio un codo suave. La columnata era de cuatro filas de columnas y las columnas de diez diámetros de alto. No se sabe si estaban cubiertas por arriba; él cree que

lo harían valiéndose de tapices. En el primer término del extenso dibujo se representa una parte de la columnata en pie. Una caravana, que precisamente la atravesaba, figura allí de una manera muy feliz.

En último término se extiende una gran llanura, donde se ven algunos genízaros á la carrera. El más singular fenómeno es una línea azulada, cual si fuera de mar, que termina el cuadro. Explicónos esto diciendo que en el desierto, como en el mar, el horizonte sensible es azul, de tal manera, que en la Naturaleza el ojo se engaña, según nos sucedió al principio con el cuadro, pues bien sabíamos que Palmira hállase muy lejos del mar.

3.º Sepulcros de Palmira.

4.º Restauración del templo del Sol de Baalbek y un paisaje de ruinas, conforme se ven allí.

5.º La gran mezquita de Jerusalén, construída sobre el suelo del templo de Salomón.

6.º Ruinas de un templo pequeño de Fenicia.

7.º País al pie del monte Líbano, gracioso como no es posible imaginarlo: un pinar, agua, praderas en declive, donde hay sepulcros. La montaña está en lontananza.

8.º Sepulturas turcas. Cada piedra sepulcral tiene el adorno de cabeza del muerto y, distinguiéndose los turcos por el adorno de cabeza, en seguida se conoce la dignidad del enterrado. Sobre las sepulturas de las vírgenes cultivan flores con el mayor cuidado.

9.º Pirámide de Egipto y la gran cabeza de Esfinge.

Cassas dice que la labraron en piedra caliza y, siendo algo grietosa y desigual, cubrieron el coloso de una capa de estuco, que pintaron, lo cual se advierte en la falla del tocado. Parte de la cara tiene diez pies de alto, y Casas pudo pasarse cómodamente en el labio inferior.

10.ª Una Pirámide restaurada, según ciertos documentos, planos y suposiciones. Tiene en los cuatro costados pórticos salientes y Obeliscos á los lados. De los pórticos parten calles, adornadas de esfinges, como sólo se ven en el Alto Egipto. Es la Arquitectura más enorme que he visto en mi vida y no creo que se pueda hacer mayor.

A la tarde, después de haber contemplado, con toda comodidad y espacio, tan hermosos dibujos, fuimos á los jardines del monte Palatino, establecidos para gusto y esparcimiento, en los espacios que dejan libres las ruinas del palacio de los Césares. Rodeando sitio franco, semejante á plazoleta, bajo magníficos árboles, pusieron fragmentos de capiteles adornados, columnas lisas y acanaladas, bajo-relieves rotos y cosas parecidas, de igual modo que acostumbran á poner sillas, mesas y bancos, formando ancho círculo, al aire libre, en lugares de gran concurrencia. Allí, á nuestro placer, disfrutamos de la tarde deliciosa y, cuando al ponerse el sol, la vista recién adiestrada, contemplamos la variedad del paisaje, hubimos de confesar que este cuadro podía verse, aun después de todos los que nos habían hoy mostrado y que, dibujado y pintado en el estilo de

Cassas, hubiera excitado admiración general. De tal modo, los trabajos del artista disponen poco á poco nuestra vista y nos preparan á recibir mejor las bellezas que la Naturaleza ofrece.

Motivo de chanza fué, al día siguiente, que precisamente lo que el artista nos hiciera ver grande é inmenso, nos llevase á sitio angosto é inmundo. Los magníficos monumentos egipcios nos recordaron el poderoso Obelisco levantado en el campo de Marte en tiempo de Augusto, destinado á marcar las horas de un cuadrante y ahora roto en pedazos, en sucio rincón, rodeado de una empalizada de tablas, esperando el hábil arquitecto que le mande levantarse de nuevo. (N. B. En la actualidad está erigido en el monte Clorio y sirve, como en otros tiempos, para marcar las horas de un cuadrante solar.)

Es del más puro granito egipcio y todo cubierto de figuras sencillas y elegantes, aunque en el estilo conocido. Al encontrarnos al lado de la punta, que en otro tiempo hendía los aires, advertimos admirados, en los chañancillos de los ángulos, esfinge sobre esfinge del más elegante trabajo, donde no alcanzaba antes la mirada de los hombres, sino los rayos del sol. Y es porque el Arte religioso no se preocupa, en sus efectos, de la mirada humana.

Tomamos nuestras disposiciones, á fin de sacar en yeso el relieve de aquellas figuras sagradas, poniendo así al alcance de la vista lo que un día se dirigió á la región de las nubes.

En el sitio repulsivo en que nos encontrábamos, al lado de la obra más venerable, no pudimos menos de considerar á Roma semejante á un *quodlibet*, único en su género; pues aun en tal sentido, tiene esta enorme localidad la mayor de las ventajas. La casualidad no ha creado en ella nada, no hizo sino destruir. Todo lo destruido es venerable. Lo informe de las ruinas demuestra regularidad antiquísima, reproducida en las nuevas grandiosas formas de iglesias y palacios.

Estas impresiones, que pronto estuvieron terminadas, nos trajeron á la memoria que en la gran colección de yesos, de Dehnisch, cuyos vaciados están de venta ya enteros, ya en partes, viéramos algo egipcio y como de una cosa sale otra, elegí lo principal de aquella colección y lo coloqué junto á lo ya poseído. Los vaciados son el mayor tesoro y el fundamento en que puede afirmarse el aficionado, limitado en sus medios para futuros, grandes y diversos provechos.

Llegaron los cuatro primeros volúmenes de mis obras, editados por Goschen y puse inmediatamente el ejemplar de lujo en manos de Angelika, que en ellos creyó encontrar nueva causa de celebrar su lengua nativa.

En cuanto á mi, no me atrevi á entregarme á las consideraciones que al pronto me ocurrían, al dirigir una mirada á mi actividad anterior.

No sabía todo lo lejos que me llevaría el camino emprendido, ni podía ver el alcance del éxito conseguido con aquellos primeros esfuerzos, ni la recompensa que

de la continuación de estas ansias y afanes en el trabajo se me siguiese.

No me quedaba espacio ni tiempo de mirar ni pensar en cosas pasadas. Las ideas que me son, por decirlo así, innatas, acerca de la formación y transformación de la Naturaleza orgánica, no me dejaban punto de reposo y mientras meditando, iban desenvolviéndose, unas de otras, las consecuencias, mi propia instrucción exigía todos los días y todas las horas, algunas comunicaciones verbales. Ensayé con Moritz y le expuse, según podía, las metamorfosis de las plantas y él, recipiente singular, siempre vacío y necesitado de henchirse, lanzándose sediento á los objetos que podía apropiarse, comprendió al fin y, de esta suerte, cobré ánimo, al menos para continuar exponiendo.

Llegó á nuestras manos un libro, no sé si á tiempo, pero que desde luego nos sirvió de incitante poderoso. Era la obra de Herder que, bajo título lacónico, «De Dios y de las cosas divinas», presenta, en forma familiar, los diferentes aspectos de tan elevadas cuestiones. Ellas me transportaron á aquellos tiempos en que mi excelente amigo y yo las hacíamos, á menudo, tema de nuestras conversaciones.

De manera muy notable contrastaron con las altas consideraciones religiosas y el respeto á que fuimos obligados en la fiesta particular de un santo.

El 21 de Septiembre conmemórase San Francisco y su Sangre es llevada por la ciudad en gran procesión de frailes y fieles. Atento observaba al paso los monjes, cu-

yo sencillo traje haciame reconcentrar la mirada en las cabezas. Ocurrióseme que, para formarnos idea del individuo masculino, hemos menester tener en cuenta el pelo y las barbas. Principié curioso y seguí sorprendido mi revista en el desfile, quedando encantado al observar cuánto se distinguía de la muchedumbre barbilampiña un rostro al que hacen marco barba y cabellos. Así pude comprender el atractivo que ejercen, sobre el espectador, estas cabezas pintadas en los cuadros.

El consejero Reiffenstein, que estudió á fondo su oficio de acompañar y divertir á los extranjeros, pudo enterarse muy bien, en el desempeño de sus funciones, del aburrimiento penoso que se apodera, á veces, de los que vienen á Roma, sólo ansiosos de ver y distraerse y no tienen medios de ocupar las horas del ocio, que necesariamente ha de haber en tierra extranjera. Este hombre, conocedor del corazón humano, sabía que ver siempre cansa y cuán necesario era entretener y tranquilizar á sus amigos en alguna ocupación personal. Dos cosas eligiera, en las cuales ocupaba su actividad; la pintura en cera y la fabricación de piedras artificiales. Aquel Arte que emplea como medio de unir los colores el jabón de cera, era novedad en el comercio y siendo de absoluta necesidad, en el mundo artístico, que los artistas tengan que hacer, de una manera ó de otra, novedades en presentar lo usual, siempre es motivo que excita la atención y estimula á buscar, en la nueva manera, lo que ya no gusta en la antigua.

La gran empresa de copiar, destinadas á la empera-

triz Catalina, las *Logias* de Rafael y hacer posible, en Petersburgo, la repetición de toda la Arquitectura y la plenitud de su decorado, no sólo vióse favorecida por el invento, sino que, sin él, tal vez no se hubiera podido realizar.

Preparaban, con trozos y tablones del más duro castaño, campos, paredes, pilastras, zócalos, capiteles, entablamentos; cubríanlos de lienzo, que recibía una mano de encaústico, quedando el fondo muy firme. Semejante labor, que ocupó muchos años, en especial á Unterberger, bajo la dirección de Reiffenstein, terminada muy á conciencia, ya la enviara á su destino cuando yo llegué y sólo pude ver los restos de aquella grande empresa.

Esta exportación llevó á su apogeo el encaustico. Extranjeros de alguna habilidad quisieron saberlo prácticamente; podían comprarse, á poco precio, adornos de colores ya preparados; cocían ellos mismos el jabón; en fin, tenían algo que hacer y menear, en vez de estar ociosos y aburridos. Artistas medianos encontraban también labor, en calidad de maestros y ayudantes. Y algunas veces he visto extranjeros llevarse á su patria, muy satisfechos, trabajos de este género, cual si ellos mismos los hubiesen ejecutado.

El otro trabajo de fabricar piedras artificiales era más propio de hombres. Una vieja cocina abovedada, en el barrio de Reiffenstein, servía á maravilla, ofreciendo más espacio que el necesario. Pulverizaban menudísima la masa refractaria infusible y la tamizaban.

Luego convertíala en pasta bien amasada, secábanla, y así recibía el sello ó troquel y, rodeada de un anillo de hierro, iba al fuego. Mas tarde le daban un baño de vidrio fundido y así salía a luz un trabajito artístico, que bien podía contentar á quien debíalo á sus propios dedos.

El consejero Reiffenstein me había metido en tales cosas y advirtió pronto que semejante género de ocupación seguida no me gustaba: mis propias inclinaciones llevábanme á copiar la Naturaleza y las obras de Arte, adiestrando así mano y vista. De consiguiente, pasados los grandes calores, me llevó á Frascati, en compañía de algunos artistas. Una casa particular, bien montada, nos alojaba y satisfacía las necesidades más urgentes: dibujábamos todo el día al aire libre y, á la noche, nos reuníamos al rededor de una gran mesa de arce. Jorge Schutz, de Francfort, hábil sin ser una eminencia, mejor que artista activo hombre agradable y de buena presencia, á lo cual debía que los romanos le llamasen también *il barone*, me acompañaba en mis expediciones, siendome útil de muchas maneras.

Considerando que en Roma los siglos acumularon obras arquitectónicas de primer orden, que las ideas artísticas de las inteligencias privilegiadas tomaron forma, ofreciéndose á las miradas sobre aquellas poderosas construcciones, todavía en pie, se comprenderá el deleite que sienten la vista y el alma viendo extenderse á cualquier luz, parecidas á música muda, esas mil líneas verticales y las variadisimas horizontales

interrumpidas y adornadas y de qué modo cuanto existe en nosotros pequeño, limitado, no sin dolor se siente sublevado y se expulsa. El efecto de la luna llena, en particular, es inconcebible, porque todos los detalles que divierten y hasta puede decirse que distraen ó disturbán, se borran y sólo las grandes masas de luz y sombra ofrecen á la mirada gigantescos, simétricos cuerpos, llenos de gracia y armonía. Acerca de ello no faltaban á la noche conversaciones instructivas y aun jocosas algunas veces.

No puede callarse que los artistas jóvenes hicieron cargo de aquellas particularidades del excelente Reiffenstein, que suelen llamarse *flacos* y, en voz baja, lo tomaban á chanza y burla. Una noche se trataba del Apolo del Belvedere, fuente inagotable de conversación artística y, diciendo que las orejas de aquella deliciosa cabeza no tenían, en cuanto á trabajo, nada de particular, vino naturalmente á parar el coloquio en la belleza de este órgano y en la dificultad de encontrarlas bonitas en la Naturaleza y copiarlas en sus proporciones artísticas. Siendo cosa conocida que Schutz tenía muy bonitas orejas, pedile que me hiciese el favor de sentarse al lado de la lámpara, á fin de dibujar bien aquella parte preeminente. — No hay qué decir que era la derecha. — Entonces, tomando la postura tiesa del modelo, fuése á sentar enfrente de Reiffenstein, sin osar ni poder apartar de él los ojos. Comenzó aquel de nuevo su repetida recomendada enseñanza, á saber: no se debía inmediatamente inclinarse á lo mejor, sino comenzar

por *Carracci* y eso en la galería Farnesio, después ir á Rafael y, en último término, al Apolo del Belvedere, dibujándolo tantas veces, que se pudiese hacer de memoria, porque más allá no se podía desear ni esperar nada.

El buen Schutz, tentado de la risa, á duras penas podía ocultarla y su tormento aumentaba cada vez más, porque yo trataba de mantenerlo en aquella tranquila postura. Así, el maestro, el bienhechor, puede esperar ingratitud burlesca, á causa de sus inícuas disposiciones individuales.

Excelente, aunque no inesperada vista, ofreciéronse desde las ventanas de la villa del príncipe Aldrobandini, que, hallándose á la sazón en el campo, nos invitó cordialmente haciéndonos los honores de su espléndida mesa, en compañía de sus comensales, eclesiásticos y seglares. Dicho se está que el palacio edificáronlo de manera que de una mirada se abarcan montes y llanos en toda su magnificencia. Mucho se habla de casas de campo, pero sería menester mirar estos contornos y convencerse que no hay casa que pueda estar más deliciosamente situada.

Véome obligado á indiciar una reflexión, cuya sería importancia me atrevo á recomendar. Da luz á lo que va dicho y á lo que seguirá y ocasión de probarse á muchos buenos ingenios que se forman á sí mismos.

Los espíritus progresivos no se contentan gozando;

anhelan saber. Esto les impulsa á la actividad personal y, cualquiera que sea el resultado, viene á conocerse al fin que no se puede juzgar bien, sino lo que se sabe hacer. No es fácil al hombre ver claro en ello y resultan ciertos esfuerzos falsos, tanto más angustiosos, cuanto más sana y recta es la intención. Ahora comienzan á nacer en mí dudas é incertidumbres, que en tan agradabilísimo medio me intranquilizaron, llegando á conocer que mi propio deseo y el objeto de mi estancia en Roma difícilmente se satisfarían.

Después de pasar algunos días muy plácidos, volvímos á Roma, donde una ópera nueva, muy graciosa, en una sala llena de luz y de concurrencia, debía recompensarnos de la pérdida libertad bajo el cielo. El banco de los artistas alemanes, uno de los más delanteros del Parterre, estaba, según costumbre, llenísimo y esta vez no escaseó ni los aplausos ni las llamadas á la escena, tanto para pagar el placer presente, como la deuda pasada. Y lo conseguimos, pues cada vez que comenzaba el retornello de un aria ó cualquier otra parte bonita, con nuestros *Zilli*—;Silencio!—primero suaves, después fuertes y luego imperiosos, hacíamos callar á todo el público que charlaba: con este motivo, los amigos del escenario nos probaban su cortesía, dirigiendo del lado nuestro las más interesantes exhibiciones.

Octubre.

CORRESPONDENCIA.

Frascati 2 de Octubre de 1787.

Si habéis de recibir, en tiempo oportuno, una carta pequeña, necesito prepararla muy anticipadamente. En verdad, tengo mucho y no tengo mucho que decir. El dibujo continúa siempre y, mientras tanto, silencioso, pienso en mis amigos. Estos días principio de nuevo á sentirme acometido del mal del país, quizá á causa de que me va bien y, sin embargo, me falta lo que más amo.

Hállome en admirable situación y haré todo lo posible en sentido de utilizar cada día y trabajar de igual modo todo el invierno.

No podéis imaginaros cuán útil, aunque doloroso, fuéme vivir este año en absoluto entre extranjeros, en particular porque Tischbein,—dicho sea entre nosotros,—no ha respondido como ya esperaba. Rs, sí, buen hombre, aunque no tan claro, natural y abierto como sus cartas. Su carácter sólo podría describirlo verbalmente, sin hacerle injusticia y ¿qué importan las descripciones? La vida de un hombre es su carácter. Ahora tengo la esperanza de poseer á Kayser. ¡Cuánto me alegraría! ¡Quiera Dios que no haya impedimento!

Mi principal negocio es llegar, en el dibujo, á cierto grado que me permita hacer algo con ligereza y no

desaprender ni permanecer estacionario, como desgraciadamente pasé el tiempo más hermoso de mi vida. Sin embargo, soy disculpable. Dibujar por dibujar, sería lo mismo que hablar por hablar. Si nada tenía que expresar; si nada me incitaba; si tenía que buscar con el mayor trabajo cosas que valieran la pena y aun buscándolas, apenas las encontraba, ¿á qué venía ponerse á copiar? Aquí se hace uno artista: todo insta, todo nos fuerza á producir algo. Con mi disposición y mi conocimiento del camino, estoy convencido que en algunos años iría muy lejos. ¿Deseáis, queridos, que os hable de mí? Ya veís como lo hago; cuando estemos reunidos habéis de oír muchas cosas. Tuve ocasión de reflexionar mucho sobre mí y sobre los demás, sobre el mundo y sobre la Historia y así, si no nuevo, tengo mucho bueno que decir, á mi manera. Después, todo quedará comprendido y encerrado en *Wilhelm Meister*.

Moritz es, hasta ahora, mi compañía más querida, aunque siempre he temido y aun temo que mi trato le haga, sí, más sabio, aunque no más recto, mejor ni más feliz. Tal recelo, siempre me contiene de franquearme á él.

En general, me va muy bien con esta vida de mucha gente. Observo el carácter y los procederes de las personas. Uno juega su juego propio; otro, no. Este, adelantará; aquél, difícilmente. Uno allega, otro derrocha. A éste todo le divierte, al otro nada. Quién tiene talento y no lo ejercita; quién, no lo tiene y es aplicado, etc. Veo todo esto y, en medio, me veo yo mismo.

Diviértete y no teniendo nada que ver ni por qué dar cuenta á esta gente, me pone de mal humor. Sólo después, amigos queridos, cuando obrando cada uno á su manera, quieren que todos seamos unos, que formemos un conjunto y lo pretendan de mí, entonces no queda más recurso sino marcharse, ó volverse loco.



Albano 5 de Octubre de 1787.

Voy á ver, si puedo enviar á Roma esta carta en el correo de la mañana, diciendo en ella la milésima parte de cuanto tengo que decir.

Ayer, en el momento de salir de Frascati, recibí á un tiempo mismo vuestras cartas, las *Hojas sueltas* (mejor diría *reunidas*), las *Ideas* y los cuatro volúmenes encuadernados en piel. Es un tesoro para todo mi tiempo de *Valleggiatura*.

Leí anoche *Persepolis*. Gustóme infinito y no puedo poner nada por encima, porque en esa manera y Arte nada le ha superado. Quiero ver conducir los libros á alguna biblioteca y de nuevo daros gracias. Proseguid, yo os lo pido; ó más bien, proseguid, porque debéis hacerlo. ¡Alumbrad con vuestras lúes!

Las *Ideas*, los *Poemas*, todavía no se han tocado; ahora pueden ir mis obras. Yo continuaré con fe. Los cuatro grabados de los últimos volúmenes se harán aquí.

Nuestra relación con los consabidos era un armisticio convenido entre ambas partes; bien lo he sabido: solamente se puede lo posible. El alejamiento será cada vez mayor y, al último, si la cosa va bien, se hará la separación sin ruido.

Uno es un loco, cuajado de pretensiones. «Mi madre tiene gansos» pónese á cantar, con más sencilla satisfacción que un «;Gloria á Dios en las alturas!» Es aquello de «Dejad á la paja y á la cebada; la paja y la cebada no se equivocan.» ;Permaneced fiel á estas gentes! La primera ingratitud es mejor que la última. El otro piensa que viene de tierra extranjera á los *suyos* y viene á hombres que *se buscan á si mismos*, sin quererlo reconocer. Encontrárase extraño y, tal vez, no sabrá por qué. Mucho me engañaría si la magnanimidad de Alcibiades no fuese un juego de cubiletes del profeta de Zurich, que tiene bastante habilidad para sustituir, con increíble ligereza, las bolas grandes por las chicas, mezclarlas y, según su espíritu teológico-poético, hacerlas que valgan ó que desaparezcan. Llévasele y guárdesele el diablo, que desde el principio fué amigo de la mentira, la demonología, los presentimientos, los transportes, etc.

Tengo que coger otro pliego y pedirós que lo lea mejor espíritu que los ojos, conforme yo lo escribo, más con el alma que con las manos.

Sigue, querido hermano, pensando, hablando, uniendo, poetizando, escribiendo, sin cuidarte de otra cosa. Debe uno escribir como debe vivir, á su gusto y des-

pues existir también para los seres que nos sean afines.

Platón no quería soportar en su escuela ninguna *arrogancia*; si yo estuviera en situación de hacer lo mismo, no sufriría á ninguno que no eligiera cualquier ramo de la Historia Natural para estudiarlo en serio. Hace poco tiempo encontré, en una detestable declamación en el género apostólico-capuchinesco del profeta de Zurich, las siguientes insensatas palabras: *Todo lo que tiene vida vive por algo que le es ajeno, ó una cosa que suena así, poco más ó menos.*

Sólo puede escribirlo un pagano converso y para su revisión no le sacude el genio tirándole del brazo. No alcanzaron ni la más sencilla de las verdades naturales y querían sentarse alrededor del trono, en las sillas que pertenecen á otros, ó no pertenecen á nadie. No hagáis caso de eso, como no lo hago yo, lo que en verdad me es fácil.

No puedo, en modo alguno, describir mi vida, que parece muy divertida. Ante todo me ocupo en dibujar paisajes, á lo cual convidan, de preferencia, cielo y tierra. Al mismo tiempo se me ocurrieron algunos idilios. ¡Que no pueda hacerlo todo!... Veo perfectamente que el hombre de nuestro oficio tiene que estar siempre rodeado de cosas nuevas; así se salva.

Adios y felicidades; y si tenéis alguna pena, pensad que estáis reunidos; pensad lo que sois unos hacia otros, mientras yo, desterrado voluntario, errante deliberadamente, imprudente de propósito, extranjero en todas partes y en todo connaturalizado, mejor que dirigirla,

dejo correr mi vida y, en último caso, no sé por donde saldré.

¡Adios! encomendadme á la Duquesa. En Frascati, con el Consejero Reiffenstein, hice todos los proyectos de su vida aquí. Si salen bien, es una obra maestra. Estamos en idea de entrar en negociaciones respecto de una *Villa* separada y que se puede alquilar, mientras que las otras, ó se hallan ocupadas, ó pertenecen á grandes familias, que sólo de favor las cederían, adquiriendo así obligaciones y compromisos. Escribiré en el momento que haya algo seguro que decir. También le tengo preparada en Roma una hermosa instalación con jardín, en sitio despejado. ¡Mi deseo es que en todas partes se encuentre en su casa; pues de otro modo no gozaría! El tiempo pasa, el dinero se gasta y se le busca como á un pájaro que se escapa de la mano. Si puedo arreglarle todo, de manera que su pie no tropiece en ninguna piedra, lo haré.

No puedo más, aunque todavía hay espacio. Adios y perdonad lo precipitado de estas líneas.

Castel-Gandolfo 8 de Octubre, ó más bien 12.

Ha pasado la semana sin poder ponerme á escribir y así, á toda prisa, envío este plieguecito á Roma, á fin de que todavía os llegue.

Se vive aquí cual en los balnearios, sólo que yo me

separo de la gente á las mañanas, para dibujar; después pertenece uno, el resto del día, á la sociedad, lo cual me viene á maravilla esta certa temporada; porque veo mucha gente, de una vez, sin gran pérdida de tiempo.

Angelika también está aquí y vive cerca. Hay algunas muchachas animadas y varias señoras. El Señor de Marón, cuñado de Mengs y su familia, parte aquí y parte en las cercanías; la sociedad es agradable y siempre tienen algo de qué reír. De noche se va al teatro, donde el principal personaje es Polichinela y se pasa luego un día á cuenta de los chistes de la noche anterior. *Tout comme chez nous*, solamente bajo cielo diáfano y espléndido. Hoy se ha levantado un viento que me tiene en casa. Si algo pudiese sacarme de mí mismo, lo hubieran hecho estos días, pero siempre vuelvo á entrar en mí y todas mis inclinaciones van al Arte. Cada día se me aparece luz nueva y creo que, á lo menos, aprenderé á ver.

Erwin y Elmira está, como quien dice, hecho: todo consiste en dos benditas mañanas de escritura; pensando lo tengo entero.

Háme incitado Herder á meterme en un cuestionario hipotético del viaje de Forster alrededor del mundo; no se donde voy á tomar tiempo y libros; veremos.

Ya tenéis días fríos y nublados; nosotros esperamos todavía pasear un mes entero. No puedo deciros cuánto me gustan las *Ideas* de Herder. No esperando ningún Mesías, son mi más querido Evangelio. Saludo á todos:

mi pensamiento está siempre con vosotros ¡queredme bien!

A Herder.

Castel-Gandolfo 12 de Octubre.

Sólo dos palabras y, ante todo, las más expresivas gracias por las *Ideas*. Llegáronme, á modo del más amable Evangelio y los estudios más interesantes de mi vida converjen á él, resultado feliz de largas penalidades. Tu libro renovó y excitó, de manera infinita, mi amor al bien. Sin embargo, sólo estoy en la mitad. Ruegote que me copies entero, tan pronto como te sea posible, el pasaje de Camper que citas en la página 159, para que yo vea qué reglas ha descubierto del ideal artístico de los Griegos. No recuerdo sino el curso de su demostración del perfil de los grabados. Escríbeme acerca de eso, ó más bien, hazme el extracto que creas útil, á fin de que yo sepa el *últimum* de tales especulaciones, pues soy siempre el recién nacido. ¿Trae algo claro sobre el particular la *Fisonomía* de Lavater? Obedeceré tu mandato respecto de Forster, aunque todavía no veo la posibilidad; pues no pudiendo hacer preguntas aisladas, tengo que establecer mis hipótesis, dependiendo completamente unas de otras. Sabes cuánto trabajo me cuesta escribir. Escríbeme nada más el último término

cuando este listo y su destino. Encuéntrome entre las cañas y no quiero, de cortador de flautas, convertirme en flautista. Si lo emprendo tengo que volver á dictar, porque, en realidad lo considero como una seña. Parece como si de todas partes tuviese que arreglar negocios domésticos y cerrar mis libros.

Seríame lo más difícil de todo, tener que sacarlo en absoluto de mi cabeza; no poseo una cuartilla de mis colectáneos, ni un dibujo; nada tengo conmigo y aquí se carece en absoluto de libros nuevos.

Aún me quedo quince días en Castello, haciendo vida de bañista. Invierto la mañana en el dibujo; después no hago sino ver gente; me gusta, porque es toda junta, pues uno á uno, sería gran *seccatura*. Angelika está aquí y me ayuda en todo.

El Papa debe tener noticias de la toma de Amsterdam por los prusianos. Las próximas gacetas nos lo dirán de seguro. ¡Sería la primera expedición que presentaría á nuestro siglo en toda su grandeza! ¡Yo lo denomino una *Sodezza*! ¡Sin un sablazo, con un par de bombas y sin que nadie acepte después la cosa! ¡Adios! Soy hijo de la paz y quiero estar en paz por y con todo el mundo; así lo he decidido conmigo mismo.

DIRECCION GENERAL DE ESTUDIOS

Roma 23 de Octubre.

En el último correo no habéis recibido carta mía: el movimiento de Castello se hizo, al fin, demasiado per-

judicial y, de otra parte, también quería dibujar. Es como en nuestro país estar en Baden y como yo habitaba una casa siempre llena de visitas, tenía que presentarme. Debido á tal motivo, he visto más italianos que antes en todo un año y esta enseñanza me contenta.

Interesóme una milanese los ocho días que estubo; se distinguía muy ventajosamente de las romanas á causa de su naturalidad, sentido común y buenas maneras. Angelika, al igual de siempre; inteligente, buena, agradable, servicial. Tiene uno que ser amigo suyo y puede aprender mucho de ella, sobre todo, á trabajar; es increíble cómo termina las cosas.

Estos últimos días enfrió el tiempo y me alegró mucho haber vuelto á Roma.

Anoche, al acostarme, sentí particular bienestar; parecíame reposar en fondo ancho, firme y seguro.

De buena gana hablaría á Herder acerca de su *Dios*. Es para mí punto capital advertir, que en tal librito, al igual de otros, se cree manjar lo que propiamente sólo es plato. El que no ponga algo dentro, lo encontrará vacío. Permitidme que siga alegorizando un poco y Her-

der explicará á maravilla mis alegorias. Mediante el auxilio de palancas y rodillos se puede transportar bastante carga. Queriendo mover los trozos del Obelisco, sería menester *vindas*, poleas, etc. Cuanto más grande el peso ó el objeto más delicado—y sirva de ejemplo un reloj—más complicado y artístico será el organismo y tendrá la mayor unidad interna. Así son todas las hipótesis, ó mejor, todos los principios. El que no tenga gran peso que mover, coja sólo la palanca y el rodillo y deje mi polea. ¿Para qué quiere el picapedrero un tornillo sin fin? Si *L. avater* emplea toda su fuerza en hacer de un cuento verdad; si *J. acobi* se agota en deificar la cavidad cerebral de un niño; si *C. laudius* quiere hacer de un correo de á pie un evangelista, es evidente que todos aquellos que de manera más profunda se acercaron á los procedimientos de la Naturaleza, los detestarian. ¿Impunemente diría uno: *Todo lo que vive, vive por algo que está fuera de si* y el otro desvergonzado embrollaría las ideas, mezclaría las palabras de saber y creer, de *tradición* y experiencia y el tercero se tomaría el trabajo de cargar un par de bancos, ya que no toda la fuerza de las sillas para colocarse alrededor del trono del Cordero, si no se hubieran guardado bien de pisar el suelo firme de la Naturaleza, donde cada uno es sólo lo que es y al cual todos tenemos igual derecho?

Tómese, al contrario, un libro parecido á la tercera parte de las *Ideas*; véase primero lo que es y dígase luego si el autor hubiera podido escribirlo sin tener idea de Dios. ¿Jamás! Pues cabalmente lo verdadero, gran-

de, interno que tiene, lo tiene en, de y por aquella noción de Dios y del mundo.

Si en algún sitio falta algo, la falta no está en la mercancía, sino en el comprador; no en la máquina, sino en aquellos que ignoran su manejo. He mirado siempre con risa silenciosa sus conversaciones metafísicas, porque soy artista y me tienen sin cuidado. Más podría importarme que el principio por el cual trabajo permanezca oculto. Dejo que los demás se sirvan de la palanca y hago uso del tornillo sin fin, hace mucho tiempo y, ahora, todavía con más gusto y comodidad.

Roma 27 de Octubre de 1787.

Estoy de nuevo en este círculo mágico y me encuentro, otra vez, encantado, contento, trabajando en silencio, olvidando cuanto hay fuera de mí y recibiendo de las imágenes de mis amigos, pacíficas y gratas visitas. Dedicué los primeros días á escribir cartas. He mirado un poco los dibujos traídos del campo. La semana próxima comenzaré nuevo trabajo. Son demasiado li-
sonjeras, para atreverme á decir las, las esperanzas que Angelika me ha dado, bajo ciertas condiciones, de mis dibujos de paisaje. Al menos continuaré para acercarme á donde nunca podré llegar.

Espero impaciente noticias de la llegada de *Egmont* y de la acogida que le habéis hecho. ¿He escrito ya que viene Kayser? Le aguardo dentro de algunos días y traerá nuestra partitura acabada. ¡Imaginate que fiesta será! En seguida se pondrá á trabajar en otra nueva ópera y *Claudina con Erwin*, en su presencia y con su aquiescencia, será reformada.

Concluí de leer las *Ideas* de Herder, me ha gustado el libro extraordinariamente. La conclusión es admirable, verdadera y consoladora y, como el libro mismo, sólo con el tiempo y tal vez entre nombres extranjeros hará bien á los hombres. Cuanto más gane esta obra, más felices serán los hombres dados á la meditación. También viviendo este año entre extranjeros, he observado y he encontrado que todos los hombres, realmente prudentes, más ó menos delicados ó groseros, están de acuerdo en que el momento es todo y que el privilegio de un hombre razonable consiste en saber conducirse de manera que su vida, en lo que de él dependa, contenga la mayor suma de momentos razonables y felices.

Tendría que escribir un libro si hubiese de decir cuanto aquél hizo me pensar. Vuelvo á leer pasajes como se me presentan, á fin de recrearme en cada página.

Encuentro hermosos, en particular, los antiguos tiempos griegos. Sin que lo diga puede pensarse que en los romanos echó de menos algo corpóreo, si así puedo expresarme: es natural. En la actualidad tengo en mi mente la masa de lo que era el Estado en sí y por sí. Es en mi sentir, al igual de la patria, una cosa exclusi-

va y sería preciso que apreciáseis, en proporción del inmenso mundo, el valor de una existencia sola y donde, en realidad, ya muchas cosas se han anonadado y convertido en humo.

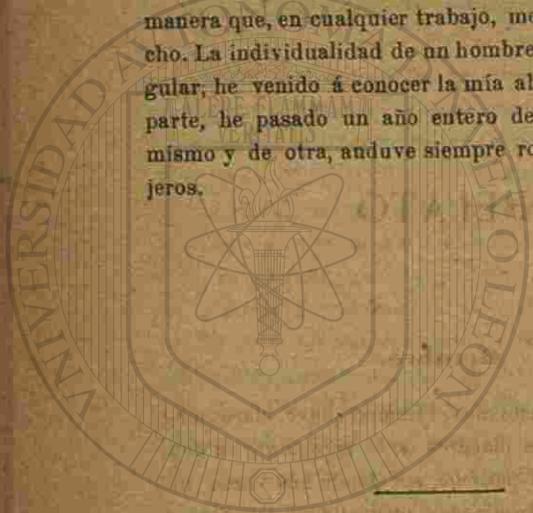
El Coliseo, verbigracia, es siempre imponente para mí, aún cuando pienso en qué tiempo fué construído y que el pueblo que llenó tan enorme Circo, ya no era el antiguo pueblo romano.

Ha llegado hasta nosotros un libro acerca de la Pintura y la Escultura en Roma. Es producto alemán y lo que es peor, de un caballero alemán. Parece ser joven de energía, mas lleno de pretensiones del trabajo que se ha tomado en dar vueltas, coleccionar noticias, oír, escuchar, leer. Supo y logró dar á la obra aparente unidad. Hay algo verdadero y bueno, al lado de cosas falsas y ridículas, repeticiones, pesadeces y desplantes. Quien lo vea á distancia, conocerá al punto que es la voluminosa obra, monstruoso medio entre recopilación y pensamientos propios.

La llegada de *Egmont* me alegra y tranquiliza y deseo una palabra sobre eso que debe estar en camino. El ejemplar en piel se lo he dado á Angelika. La ópera de Kayser la haremos más juiciosamente de lo que nos han aconsejado. Vuestro proyecto es muy bueno; cuando venga Kayser sabréis más de ello.

Todo el mundo se maravilla de cómo he pasado sin tributo; pero no saben tampoco cómo me las he compuesto. Nuestro mes de Octubre no ha sido de los mejores, aunque tuvimos algunos días divinos.

Comienza para mí época nueva. Viendo y aprendiendo tanto, mi alma ha ensanchado sus horizontes, de manera que, en cualquier trabajo, me encuentre estrecho. La individualidad de un hombre es cosa muy singular, he venido á conocer la mía ahora, pues de una parte, he pasado un año entero dependiendo de mí mismo y de otra, anduve siempre rodeado de extranjeros.

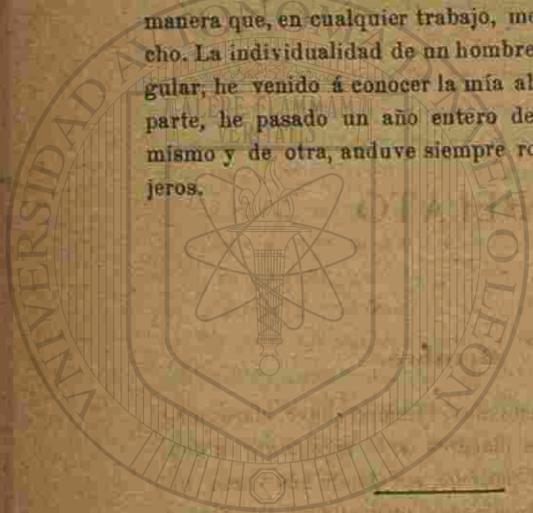


RELATO.

Octubre.

Al principio de este mes el tiempo suave, claro, magnífico; gozamos los placeres de la *villegiatura* en debida forma, en *Castel-Gandolfo*, por donde nos vimos implantados y empatronizados en medio de esta incomparable comarca. Mr. Jenkins, rico inglés, comerciante en obras de Arte, habitaba un edificio suntuoso, en otro tiempo morada del general de los jesuitas y allí no faltaban, para cierto número de amigos, ni buenos, cómodos cuartos, ni salas de reunión claras, ni galerías alegres de paseo. Puede formarse la mejor idea de semejante residencia de otoño, comparándola á una estación balnearia. Personas sin las menores relaciones hallanse momentáneamente, efecto de la casualidad, en íntimo contacto. El almuerzo y la comida, los paseos, las partidas de campo, las conversaciones serias y chis-

Comienza para mí época nueva. Viendo y aprendiendo tanto, mi alma ha ensanchado sus horizontes, de manera que, en cualquier trabajo, me encuentre estrecho. La individualidad de un hombre es cosa muy singular, he venido á conocer la mía ahora, pues de una parte, he pasado un año entero dependiendo de mí mismo y de otra, anduve siempre rodeado de extranjeros.



RELATO.

Octubre.

Al principio de este mes el tiempo suave, claro, magnífico; gozamos los placeres de la *villegiatura* en debida forma, en *Castel-Gandolfo*, por donde nos vimos implantados y empatronizados en medio de esta incomparable comarca. Mr. Jenkins, rico inglés, comerciante en obras de Arte, habitaba un edificio suntuoso, en otro tiempo morada del general de los jesuitas y allí no faltaban, para cierto número de amigos, ni buenos, cómodos cuartos, ni salas de reunión claras, ni galerías alegres de paseo. Puede formarse la mejor idea de semejante residencia de otoño, comparándola á una estación balnearia. Personas sin las menores relaciones hallanse momentáneamente, efecto de la casualidad, en íntimo contacto. El almuerzo y la comida, los paseos, las partidas de campo, las conversaciones serias y chis-

tosas, originan pronto confianza y familiaridad; pues sería maravilla que, no teniendo siquiera una enfermedad ni método curativo que seguir, lo cual distrae, siempre ociosos, no se produjesen y realizasen decididamente las afinidades electivas. El consejero Reiffenstein creyera conveniente y, con mucha razón, que saliesemos de casa á la mañana temprano, á fin de tener tiempo de dar nuestros paseos y hacer nuestras excursiones artísticas á las montañas; de otro modo, el torrente de la sociedad se echaría encima, forzándonos á tomar parte en las diversiones generales. Éramos los primeros en salir y no descuidábamos recorrer el país, conforme dirigia nuestro instruido guía, cosechando placeres y enseñanzas.

Al poco tiempo, vi llegar, con su madre, una linda romana, vecina, que, no lejos de nosotros vivía, en el Corso. Desde que pasaba por *Mylord*, ambas respondían más corteses á mis saludos; sin embargo, nunca les dirigiera la palabra, aun pasando muy cerca las noches, cuando se sentaban delante de su puerta á tomar el fresco; pues permanecía siempre fiel á mi voto de rehuir cuantas relaciones pudiesen apartarme del objeto propuesto. Esta vez, nos encontramos de repente como antiguos conocidos. Dió suficiente tela á la primera conversación el consabido concierto y en verdad, nada más agradable que una romana como ella, que se deja ir en conversación familiar expresando rápida, pero claramente, sus observaciones, basadas en la realidad pura y su simpatía, refiriéndose graciosa á sí misma, en

el sonoro lenguaje romano, tan noble, que da elevación á la clase media y presta cierta distinción á las cosas más naturales y comunes. Tales propiedades y particularidades éranme conocidas, pero nunca las percibiera en sucesión tan lisonjera. Al propio tiempo me presentaron una milanese, que habian traído consigo. Era hermana de un dependiente de Mr. Jenkins, que á causa de su probidad y disposición, parecía estar en gran favor con su principal. Aparentaban hallarse muy unidas las dos y ser muy amigas.

Estas dos bellas,—que tal nombre merecen en realidad,—ofrecían contraste no duro, pero muy marcado. La romana tenía el cabello negro; la milanese, castaño claro. Aquélla era morena, de ojos negros; ésta blanca, de cutis delicado y ojos casi azules. La romana era, hasta cierto punto, seria y reservada; la milanese franca, demostrando, mejor dicho, requiriendo simpatía. Sentárame, en una especie de juego de lotería, entre las dos señoritas, haciendo fondo con la romana. En el curso del juego ocurrió que quise también probar fortuna con la milanese, apostando ó de otra manera. En fin, resultó de su parte otra especie de compañía, sin hacerme cargo, en mi inocencia, que la repartición de intereses no gustaba, hasta que al fin, terminada la partida y encontrándome la madre algo desviado, dijo, muy fina, pero con verdadera dignidad de matrona al honorable extranjero, que puesto que desde el principio habia formado sociedad con su hija, no parecía bien adquirir compromisos del mismo género con otra

persona. En *villeggiatura* es costumbre que las personas que, hasta cierto grado, se unen, perseveren en sus relaciones, continuando el cambio de amabilidades, en buena correspondencia. Discúlpeme lo mejor que pude, alegando que un extranjero no se halla al tanto de estos deberes, tanto más, cuanto en nuestra tierra es cosa común y corriente obsequiar á todas las señoras de la sociedad y servir las, al mismo tiempo ó unas después de otras y que, en la presente ocasión, pareciera la cosa muy conveniente, por tratarse de dos amigas tan íntimamente unidas.

¡Ay! mientras pretendía disculparme, sentí, de la manera más extraordinaria, que mi inclinación volviérase á la milanesa, rápida cual relámpago y bastante profunda, según acontece al corazón ocioso, que en agradable y tranquila confianza nada teme ni desea y de repente se encuentra cercano del tesoro más apetecible. En semejantes momentos no se ve el peligro que bajo tan seductoras facciones nos amenaza.

A la mañana siguiente nos encontramos solos los tres y la balanza siguió inclinándose del lado de la milanesa. Tenía sobre su amiga la gran ventaja de ser más expresiva en su manera de hablar. Quejábase de que la hubiesen educado, no con descuido, sino con demasiada severidad. No nos enseñan á escribir—dijo—temiendo que empleemos la pluma en escribir cartas de amor. No nos enseñarían á leer si no necesitásemos servirnos de libros de rezo. Nadie piensa en enseñarnos idiomas extranjeros. Daria todo por saber inglés. Oigo muchas

veces, con sentimiento que se parece á la envidia, á Mr. Jenkins, mi hermano, madama Angelika, el señor Zucchi, el señor Volpato y Camucci, hablando en inglés y los periódicos de una vara de largo en la mesa, delante de mí, están llenos de noticias de todo el mundo, sin que pueda ver lo que traen.

—Y es tanto más de sentir,—repuse,—cuanto el inglés se aprende pronto. En muy poco tiempo llegaría usted á penetrarse de él y comprenderlo. Hagamos, desde luego, una prueba,—prosegui,—cogiendo una de las inmensas hojas inglesas, de las muchas que había en derredor. Pasé la vista encima y encontré un artículo referente á una señorita que se cayera al agua y fuera felizmente salvada y devuelta á su familia. Había en el caso circunstancias que lo complicaban, haciéndolo interesante. Quedaba en duda si la joven se había arrojado al agua buscando la muerte y cual de sus adoradores, el favorecido ó el desdenado, se expusiera por salvarla. Mostréle el párrafo, rogándola mirase atenta. Comencé traduciéndole todos los sustantivos, interrogándola, á fin de enterarme que los había comprendido bien. Pronto se enteró del sitio que ocupaban aquellas palabras principales, familiarizándose con su posición en el periodo. Pasé enseguida á las palabras destinadas á dar forma y movimiento á la frase, advirtiéndole y sirvió de entretenimiento, de qué suerte animaban todo, catequizándola, en fin, tanto tiempo, que al cabo, mediante impulso propio, leyó todo el pasaje cual si estuviese escrito en italiano, no sin que se emocionara

su encantadora persona. No he visto alegría intelectual tan sincera como la que expresó en su mirada, al darme gracias amabilísimas por la ojeada que le había hecho lanzar en aquel nuevo campo. Apenas podía contener su alegría viendo la posibilidad de llenar su más ardiente deseo, que por vía de prueba acababa de conseguir.

Aumentara la concurrencia entrando también Angelika. La gran mesa estaba puesta y me colocaron á su derecha. Mi discípula estaba del otro lado y no dudó un instante. dió vuelta y, mientras los demás hacían cumplidos para colocarse, sentóse á mi lado. Mi seria vecina pareció advertirlo algo extrañada y no se necesitaba la mirada de una mujer avisada para conocer que algo pasara y que un amigo, hasta ahora alejado de las mujeres, con sequedad rayana en descortesía, cogido de improviso, al fin veíase prisionero.

Yo, la verdad, en apariencia me sostenía bastante bien; más la emoción interior se manifestaba en cierta perplejidad al repartir mi conversación entre las dos vecinas, tratando de entretener á la amiga de más edad, delicada y á la sazón silenciosa y de calmar, con amigable, tranquila y casi evasiva simpatía, á la que parecía cada vez más complacida, entendiendo la lengua extranjera y hallándose en la situación parecida á la de los que, cegados de pronto al aparecer la luz deseada, no saben encontrarse entre los objetos que les rodean.

Esta situación sufrió pronto notable cambio. Buscando las jóvenes, al anoecer, di con las señoras mayores, en un pabellón que tenía vistas soberbias.

Miré en derredor; ante mis ojos pasaba otra cosa que el pintoresco paisaje. Extendiérase en el campo un tono que no podía atribuirse ni á la puesta del sol, ni á las brisas de la noche. El resplandor de las altas estrellas, las frías azuladas sombras de las hondonadas, parecían más hermosas que nunca lo estuvieran al óleo ni en acuarela; no me cansaba de mirar; sin embargo, sentí ganas de dejar el sitio, deseando rendir homenaje, en un círculo de amigos más íntimos, al último rayo del sol. Desgraciadamente no había podido rehusar la invitación que las mamás y vecinas me hicieran de sentarme á su lado y más, habiéndome hecho sitio en la ventana de las mejores vistas. Cuando puse atención en lo que hablaban, observé que se trataba de un equipo de boda, asunto á que volvían siempre y era inagotable. Pasaban revista á toda suerte de objetos necesarios; número y naturaleza de los diferentes regalos, principales presentes de la familia, mil suertes de ofrendas de amigos y amigas, parte de ellas secretas aún y tanta enumeración minuciosa, que se llevó buen tiempo, hube de sufrirla con paciencia, porque las señoras me habían comprometido á un paseo más tarde.

Al fin vino á recaer el coloquio en los méritos del novio: tratábanlo bastante favorablemente, aunque no querían ocultar sus defectos, en la firme esperanza que el entendimiento, la gracia, la amabilidad de su prometida, bastarían, una vez casados, á mejorarlos y corregirlos. Ya impaciente, cuando el sol se sumergía en el lejano mar, lanzando mirada inestimable á través

de las sombras y las fajas de luz, obscurecidas pero aún poderosas, pregunté, con la posible discreción, quién era la novia. Admiradas respondieron cómo ignoraba lo que era del dominio público; luego cayeron en que no era comensal, sino un extranjero. No es necesario expresar el horror que se apoderó de mí, al saber que era precisamente la discípula querida, ganada en tan corto tiempo. El sol se ocultó y pretextando cualquier cosa, me despedí de la sociedad que, sin saberlo, instruyérame de harto cruel manera.

Cosa conocida es y común que una inclinación, á la que de modo imperioso se cede durante cierto tiempo, al fin, despertando de un sueño, nos ponga en el estado más doloroso; quizá se encontrará el caso interesante, á causa de la rareza de un afecto vivo y mútuo, destruido en el momento de germinar y con él el presentimiento de toda la dicha que tal sentimiento en futuro, ilimitado desarrollo, se imagina. Volví tarde á casa y, á la mañana siguiente salí, temprano, llevando la cartera debajo del brazo y me fui muy lejos, disculpándome de no venir á comer.

Tenia edad y experiencia suficientes para sobreponerme enseguida, aunque contrariado. «Sería bastante singular—me decía—que un destino semejante al de Werther te esperase en Roma, echando á perder una posición tan importante y hasta ahora tan bien conservada».

Tornéme de nuevo con ardor á la Naturaleza campes- tre, que en el intermedio descuidara y traté de copiarla

todo lo fiel que fuese posible; mejor me salió aprender á verla. El poco tecnicismo que poseía apenas llegaba al contorno menos aparente, mas la plenitud corporea que aquel país presenta en rocas y árboles, subidas y bajadas, lagos quietos y arroyos bullidores, eran, á mi vista, mucho más sensibles que antes y no podía, enemistarme con el dolor que así aguzara los sentidos internos y externos.

Desde entonces decidí ser sobrio en palabras. Infinidad de visitas llenaban nuestra casa y las de la vecindad. Sin afectación podían evitarse y la cortesía sensible, á que nos disponen semejantes inclinaciones, es en la sociedad generalmente bien recibida. Mi conducta gustó y no tuve ningún desagrado, ninguna discusión á no ser con nuestro huésped, Mr. Jenkins. Había traído yo de un gran paseo á bosques y montañas apetitosas setas, que entregué al cocinero, el cual, muy contento del manjar raro y de gran aprecio en el país, aderezó-las de la manera más sabrosa y las mandó á la mesa. Gustaron á todos y, cuando en mi alabanza se descubrió que las había traído de un despoblado, nuestro inglés enojóse, aunque en silencio, de que un huésped extranjero mandase á la mesa redonda un manjar del que él amo nada sabía, ni lo encargara. No estaba bien sorprender á uno en su propia mesa, sirviendo alimentos de que no podía dar cuenta y razón. Todo me lo comunicó, en tono muy diplomático, el consejero Reiffenstein, después de comer; y yo, que sufría dolor muy distinto interior que el que pueden producir las setas, respondí

modestamente que suponía que el cocinero pondría la cosa en conocimiento del señor, asegurando que, si de nuevo se me viniesen á las manos, en mis paseos, comestibles semejantes, los pondría al punto entre las de nuestro digno huésped, á fin de obtener su examen y aprobación. En realidad el cocinero me asegurara, trayéndolo á la memoria del señor, que aquello era rareza nada frecuente, pero siempre muy bien aceptada en la estación.

La aventura culinaria dióme motivo de pensar en silencio que, stacado de un veneno especial, á causa de mis imprevisiones, corriera peligro de envenenar á toda la sociedad.

Érame fácil cosa persistir en mi propósito. Traté al punto de evitar las lecciones de inglés, alejándome á la mañana y no acercándome á mí, en secreto, amada discípula, sino delante de muchas personas.

Bien pronto en mi mente, siempre ocupada, rectificó se aquel sentimiento y á la verdad con mucho encanto. Considerándola prometida y futura esposa, realizóse á mis ojos, saliendo del trivial estado de muchacha y mostrándole igual inclinación, en orden más elevado y menos egoísta, no pareciendo mozalvete ligero, encontrábame con ella en un pie muy agradable. Mis servicios, si tal nombre puede darse á meras atenciones, ofrecíanse sin importunidad y de pasada, más bien con cierta suerte de temor. Ella, sabiendo ya que sus relaciones me eran bien conocidas, no podía menos de estar satisfecha de mi proceder. El resto de la gente, conver-

sando yo de igual manera, no se apercibió ó no vió mal en ello y así los días y las horas siguieron su curso pacífico.

Mucho habría que contar de otros variados pasatiempos; baste decir que, entre ellos, se contaba un teatro, donde Polichinela, tan aplaudido por nosotros en el Carnaval y el resto del tiempo ocupado en su oficio de zapatero, ahora se nos presentaba como un burguesillo; divertíannos grandemente lo absurdo de sus pantomimas y mimicas lacónicas, entreteniendo el ocio.

Las cartas de mi país dejábanme ver que mi viaje á Italia, tanto tiempo proyectado, siempre diferido y, al fin emprendido de repente, hacia nacer, en lo referente al retorno, algunas intranquilidades é impaciencias y hasta el deseo de seguirme, á fin de gozar la misma dicha de que mis cartas, animadas é instructivas, daban favorable idea. En el círculo, inteligente y amante de las Artes, de nuestra duquesa Amalia, era cosa corriente considerar Italia nueva Jerusalén de las personas verdaderamente cultas, conservando, en el corazón y en el espíritu, deseo de ir á ella cual sólo Mignon podría expresarlo. Al fin rompióse el dique y se hizo poco á poco claro, que de un lado la duquesa Amalia y las personas que la rodeaban, de otro Herder y el más joven de los Dalberg, hacían serios preparativos, intentando atravesar los Alpes. Mi consejo fué que dejasen pasar el invierno y llegasen á Roma en la estación media y luego fuesen disfrutando, poco á poco, todo lo

bueno de la antigua capital del mundo, de las cercanías, de la baja Italia, etc., etc.

Semejante consejo, prudente y leal, resultóme favorable. Hasta ahora, pasara días, de los más importantes de mi vida, enteramente aislado, entre gente extranjera y de nuevo volvía á regocijarme en el estado natural humano, principiando á descubrir, sólo al término de tanto tiempo, relaciones casuales, es verdad, pero naturales y, al cabo, un círculo estrecho de personas conocidas y afines, colocóme en admirable situación. Así, sucedió que la reciprocidad de sufrimientos y compensaciones, simpatía y alejamiento, produjeron un sentimiento medio de resignación que aniquilaba, en vista de la frecuente costumbre, el dolor y la alegría, el disgusto y el gusto. Nótase un término medio que resulta, en general, del carácter de los solitarios, de tal modo, que, merced á la aspiración, á la comodidad, el alma no se entrega libremente ni al dolor ni á la alegría.

Poseído de tales sentimientos y presentimientos, decidí no esperar en Italia la llegada de mis amigos. Mi manera de ver las cosas no podía ser la misma suya y, sabíalo muy bien, porque desde hacía un año trabajaba en desprenderme de las opiniones é ideas quiméricas del Norte, habiéndome acostumbrado á respirar y á ver con más libertad bajo la bóveda azul del cielo. Los viajeros venidos de Alemania en el intermedio, hicieronme muy enojosos. Buscaban lo que olvidar debían y no reconocían lo que durante mucho tiempo

habían deseado, cuando lo tenían delante de los ojos. Costábame bastante sostenerme, acudiendo á la meditación y la práctica, en el camino que decidiera seguir, creyéndolo el mejor.

Los extranjeros alemanes podía evitarlos; personas tan íntimas mías, tan respetables, tan queridas, me hubieran turbado y estorbado, á causa de sus propios errores, de su saber á medias y hasta por meterse en mi manera de pensar. El viajero del Norte cree que viene á Roma á encontrar un suplemento de su manera de ser y llenar lo que le falta; y sólo muy despacio y con grandes molestias conoce que ha cambiado el sentido y tiene que empezar desde antes.

Aun siendo clarísimas semejantes razones, manteníame prudente en la incertidumbre acerca del día y la hora, continuando en el aprovechamiento del tiempo: Meditaciones independientes, conversaciones instructivas, la observación del trabajo de los artistas, mis ensayos prácticos, sucedíanse sin cesar, ó más bien se engranaban alternativamente.

Sirvióme de mucho el interés de Enrique Meyer, de Zurich, cuya conversación, aunque no frecuente, fuéme favorable. Artista aplicado y severo consigo mismo, sabía emplear mejor su tiempo que el círculo de jóvenes que creían conciliar los progresos de la práctica y la teoría del Arte y su vida alegre y ligera.

Noviembre.

CORRESPONDENCIA.

Roma 3 de Noviembre de 1787.

Llegó Kayser y he pasado la semana sin escribir. Ante todo se apresuró á preparar su clavecín y, paso á paso, irá saliendo la ópera. Su presencia constituye época memorable y veo que no hay sino seguir tranquilos nuestro camino: los días traen lo mejor, lo mismo que lo más malo.

La acogida de mi *Egmont* háceme dichoso y espero que en la segunda lectura no perderá: sé lo que allí dentro he metido y eso no puede salir en una lectura sola. Lo que tú alabas lo he hecho de propósito; si dices que está hecho, conseguí mi objeto. Era tarea de increíbles dificultades, que no hubiera terminado sin libertad completa de vida y de espíritu. Considérese lo que es coger una obra escrita doce años antes y acabarla sin hacerla de nuevo. Las circunstancias particulares del tiempo hicieronme el trabajo más fácil y más difícil. Todavía hay dos piedras delante: *Fausto* y el *Tasso*. Puesto que los dioses compasivos parecen haberme señalado, en lo porvenir, el castigo de Sísifo, espero llevar también esos dos peñascos á lo alto del monte. Una vez allá arriba, comenzaré de nuevo y haré lo posible por merecer vuestra aprobación, ya que vuestro cariño me lo concedéis y conserváis, sin tener yo méritos.

No comprendo bien lo que dices de *Clarita* (1) y espero tu segunda carta. Veo que notas, al parecer, la falta de una *nuance* entre la doncella y la diosa. Como hago sus relaciones con *Egmont* tan exclusivas; como su amor la transporta más por la idea de la perfección de su amado, más por el indecible placer de que este hombre le pertenezca, que por nada sensual; como hago de ella una heroína; como, en el íntimo sentimiento de la eternidad del amor, acompaña á su amado y aparécesele, al fin, radiante y gloriosa, en un sueño, no sé dónde había de colocar la *nuance* intermedia, aunque confieso que, á causa de las necesidades de la escena, los matices enumerados están tal vez demasiado acusados y sueltos, ó quizá ánenlos muy ligeras indicaciones; acaso ayude una segunda lectura y tu segunda carta me dirá algo más determinado.

Angelika dibujó una portada para *Egmont* y Lips la ha grabado: esto al menos, no habrá sido dibujado ni grabado en Alemania.

Desgraciadamente tengo que dejar de lado por completo las Artes plásticas si mis obras dramáticas han de terminarse, lo cual exige recogimiento y manipulación tranquila, si ha de ser algo. *Claudina* está ahora en obra; será hecha de nuevo y el antiguo jergón de mi existencia sacudido.

(1) Personaje de *Egmont*.

Roma 10 de Noviembre de 1787.

Kayser está aquí y con él el complemento de la música; mi vida triplicóse. Es excelente hombre, bueno, muy conforme á nosotros, que hacemos la vida natural cuanto es posible en el mundo. Tischbein vuelve de Nápoles y ambos tenemos que cambiar de hospedaje y de todo, pero siendo de buen arreglo, en ocho días estará ya listo. Pedí á la Duquesa madre me permita gastar despacio la suma de doscientos *zequines* en diversos pequeños objetos de Arte destinados á ella. Apoya el proyecto conforme lo encuentres en mis cartas. No necesito el dinero, ni ahora enseguida, ni todo de una vez. Es punto de importancia, cuya extensión comprenderás sin grandes explicaciones y aun conocerías mejor la necesidad y utilidad de mi consejo y ofrecimiento, si supieras cómo pasan aquí las cosas y lo que veo delante. En tales pequeñeces le preparo mucho gusto y cuando encuentre los objetos que, poco á poco, le hago preparar, calmaré el deseo de adquirir que se apodera de cuantos llegan, sean quien quiera y qué, el acallarlos, costaríale dolorosa resignación ó mucho dinero y perjuicio el satisfacerlos. Sobre esto, podrian escribirse varios pliegos.

Mucho me satisfacen las aprobaciones que *Egmont* recibe. Ninguna obra he acabado más libre de espíritu ni con más conciencia que ésta. Sin embargo, es difícil,

estando la cosa hecha de otra manera, satisfacer al lector, siempre deseoso de algo igual á lo de antes.

Roma 24 de Noviembre.

Pregúntasme en tu última carta, acerca del color del paisaje romano. Puedo decirte que, en los días claros, particularmente de otoño, es de tantos colores, que en las copias debe aparecer abigarrado. Dentro de algún tiempo espero enviarte varios dibujos hechos por un alemán, que está ahora en Nápoles. Las acuarelas no alcanzan, ni con mucho, el brillo de la Naturaleza y, sin embargo, os parecerán imposibles. Lo más bonito es que los colores vivos, á pequeña distancia, los suaviza el tono del aire y que la oposición de los tonos fríos y de los tonos calientes, —según los llaman, —queda así visible. Las sombras claras, azuladas, destácanse deliciosas de todos los matices de luz, verdes, amarillos, encarnados, obscuros y se confunden, á lo lejos, con los azulados vapores. Hay tal brillo y, al mismo tiempo, tal armonía y degradación, que en el Norte no se puede tener idea. Allí todo está, ó duro ó nebuloso, abigarrado ó de un tono solo. Al menos recuerdo, muy raras veces, haber visto efectos aislados que me diesen gusto anticipado de lo que ahora, á diario y á todas horas, tengo delante. Tal vez, ejercitada mi vista, encontraré en el Norte más bellezas. Después de todo, bien puedo

decir que veo y reconozco el camino recto de las Artes plásticas y, á causa de ello, puedo presumir claramente su extensión y su lontananza. Soy demasiado viejo para no hacer ya sino chapucerías. Veo lo que otros hacen; hallo muchos en el buen camino, mas ninguno anda á grandes pasos. Sucede lo mismo que con la facilidad y la sabiduría; sólo los arquetipos flotan en la altura y venerándolos tocamos la orla de sus vestiduras.

La llegada de Kayser y nuestros arreglos caseros obligáronme, hasta cierto punto, á suspender mis trabajos; ahora van bien de nuevo y la ópera próxima á terminarse. Es un hombre muy bueno, inteligente, ordenado, reposado, tan firme y seguro en su Arte como se puede estar; hombre, cuyo trato es saludable. Al lado de esto, tiene tanta bondad de corazón, tanta rectitud en su vida y un compañerismo que dan flexibilidad á su carácter, naturalmente fuerte y gracia á su trato.

RELATO.

Noviembre.

Mientras en silencio pensaba irme desprendiendo, quedéme de nuevo atado, á causa de la llegada de un amigo antiguo y excelente, Cristobal Kayser, de Francfort. Dotado por la Naturaleza de particular talento musical, emprendiera, tiempo ha, el trabajo de poner en música *Broma, Astucia y Venganza* (1) y principiaba el de adaptar á *Egmont* música apropiada. Anunciárale de Roma que la obra había salido, quedando en mi poder una copia. En vez de entablar correspondencia seguida acerca del particular, encontramos más conveniente que él se viniese sobre la marcha y, habiendo atravesado, con el correo, en un vuelo la Italia, muy pronto se encontró entre nosotros, siendo recibido afectuosamente en el círculo artístico que tenía su cuartel general en el Corso, frente del palacio Rondanini.

(1) Pieza de Goethe.

decir que veo y reconozco el camino recto de las Artes plásticas y, á causa de ello, puedo presumir claramente su extensión y su lontananza. Soy demasiado viejo para no hacer ya sino chapucerías. Veo lo que otros hacen; hallo muchos en el buen camino, mas ninguno anda á grandes pasos. Sucede lo mismo que con la facilidad y la sabiduría; sólo los arquetipos flotan en la altura y venerándolos tocamos la orla de sus vestiduras.

La llegada de Kayser y nuestros arreglos caseros obligáronme, hasta cierto punto, á suspender mis trabajos; ahora van bien de nuevo y la ópera próxima á terminarse. Es un hombre muy bueno, inteligente, ordenado, reposado, tan firme y seguro en su Arte como se puede estar; hombre, cuyo trato es saludable. Al lado de esto, tiene tanta bondad de corazón, tanta rectitud en su vida y un compañerismo que dan flexibilidad á su carácter, naturalmente fuerte y gracia á su trato.

RELATO.

Noviembre.

Mientras en silencio pensaba irme desprendiendo, quedéme de nuevo atado, á causa de la llegada de un amigo antiguo y excelente, Cristobal Kayser, de Francfort. Dotado por la Naturaleza de particular talento musical, emprendiera, tiempo ha, el trabajo de poner en música *Broma, Astucia y Venganza* (1) y principiaba el de adaptar á *Egmont* música apropiada. Anunciárale de Roma que la obra había salido, quedando en mi poder una copia. En vez de entablar correspondencia seguida acerca del particular, encontramos más conveniente que él se viniese sobre la marcha y, habiendo atravesado, con el correo, en un vuelo la Italia, muy pronto se encontró entre nosotros, siendo recibido afectuosamente en el círculo artístico que tenía su cuartel general en el Corso, frente del palacio Rondanini.

(1) Pieza de Goethe.

Muy pronto, en lugar del recogimiento y concentración necesarios, ocurrieron distracciones y diseminaciones nuevas.

En primer lugar, se pasaron muchos días sin poder encontrar un clavecín, probarlo, afinarlo y darlo arreglado, según el capricho y voluntad del artista, que siempre tenía algo que decir y desear. Pero de semejantes retrasos y trabajo recompensónos pronto, la ejecución agilísima del artista, perfectamente á la altura de su época, que tocaba, con la mayor facilidad, la música más difícil de entonces. Y para que el aficionado á la Historia de la Música sepa de qué se trata, he de advertir que, en aquel tiempo, creíase á Schubart incomparable y que la piedra de toque de un hábil tocador de clavecín, era la ejecución de variaciones, donde un simple tema, modulado de la manera más artística, volvía á presentarse, al fin, en su forma natural, dando respiro al oyente.

Consigno traía la sinfonía de *Egmout* y esto me animó á continuar mis esfuerzos hacia el lado del drama lírico, impulsándome á hacerlo, mas que nunca en aquel momento, la afición y la necesidad.

Erwin y *Emira* y también *Claudina de Villa Bella*, debían ser enviadas á Alemania, pero de tal manera pusieronme en guardia contra mí mismo en la preparación de *Egmout*, que no quise ser responsable de enviarlas en su forma primitiva. Precisamente tenía yo cariño á la parte lírica; me recordaba muchas horas, insensatas tal vez, mas felices y dolores y cuidados á que la

juventud en su viveza, mal aconsejada, se expone. El diálogo en prosa recordábame, en cambio, mucho aquellas operetas francesas á las cuales debemos, si, un recuerdo agradable, que trajeron á nuestros teatros los alegres trozos cantantes, pero que ya no me satisfacía porque, conaturalizado italiano, quisiera ver el canto melódico anudado al menos por el recitado y la declamación. En tal sentido se prepararon ambas óperas; sus partituras tienen, de cuando en cuando, algo alegre, y á su tiempo, el torrente dramático las domina.

Generalmente se critican mucho los textos italianos y en particular esas frases que se repiten uno á otro, sin pensar que, en realidad, son ligeros recursos que no exigen del compositor ni del cantante sino aquello que ambos le quieren dar. Sin insistir mucho, recuerdo el texto del *Matrimonio Secreto*; no se le conoce autor y sea quien fuere, era uno de los más hábiles maestros en el oficio. Mi propósito fué obrar en aquel sentido y, con igual libertad, alcanzar el indicado fin. No sé hasta qué punto me habré acercado á él.

Desgraciadamente desde hacía mucho tiempo hallábase metido con el amigo Kayser en una empresa, que á cada punto parecía hacerse más ardua y menos factible.

Representémosnos aquellos muy inocentes tiempos de la ópera alemana, donde un simple *intermezzo*, al igual de la *Serva Padrona* de Pergolese, encontraba aprobación y daba entradas. Entonces sólo salían un bufo alemán, llamado *Berger* y su linda bien formada esposa,

los cuales, en los pueblos y los lugares de Alemania, es caso el vestuario y menguada la música, daban representaciones muy animadas, terminadas siempre con el engaño y vergüenza de un viejo fatuo enamorado.

Pensara unirle una tercera voz media, haciendo años antes el juguete cantante *Broma, astucia y venganza*, que envié á Kayser á Zurich: y, hombre serio y concienzudo, cogió la obra íntegra, á fin de tratarla al pormenor. De mi parte salírame ya de la natural medida de un *intermezzo* y el asunto, pequenísimo, habíase dividido en tantas piezas, que aun con música muy sobria y de pasada, tres personas no daban concluída la representación. Kayser hiciera las arias del corte antiguo y en ciertos pasajes, puede decirse, de manera muy feliz y no sin gracia el conjunto.

¿Cómo y dónde se había de poner en escena? Adolecía, por desgracia, además de medianos principios, de flaca disposición. No se elevaba más allá del tereteo y al fin, de buena gana se habrían vivificado las ramas de triaca del doctor para tener un coro. Todo el trabajo invertido para estrecharnos y simplificarlos, perdióse al aparecer Mozart. *El Rapto del Serrallo* todo lo echó á tierra y nunca volvió á tratarse de llevar al teatro aquella pieza, que tan cuidadosamente habíamos preparado.

La presencia de nuestro Kayser elevó y extendió la afición á la música, hasta entonces sólo circunscrita

á las representaciones teatrales. Cuidaba de estar al tanto de las funciones de iglesia y diónos ocasión de oír la música solemne ejecutada en tales fiestas. Encontrámosla ya muy mundana y la orquesta completa, aunque dominando el canto. Recuerdo haber oído la primera vez, en una fiesta de Santa Cecilia, un aria de *bravura* coreada. Hizome extraordinario efecto, conforme lo hacen en el público las arias del género en las óperas.

Al lado de esto, Kayser tenía otro mérito y era que, ocupándose mucho en música antigua, investigaba en serio acerca de la Historia del Arte, consultando las bibliotecas, donde su verdadera aplicación, en particular en la Minerva, habíale ganado buen acogimiento y atenciones. De su trabajo de bibliófilo resultó interesarnos en los grabados viejos del siglo XVI. Por ejemplo: el *Speculum romana magnificentie*, las *Arquitecturas* de Lomazzo, las *Admiranda Rome* y otras obras parecidas. Tales colecciones de libros y grabados, á las cuales también nosotros hacíamos visitas devotas, tienen, sobre todo, gran valor cuando están bien impresas. Hacen revivir aquellos tiempos en que la antigüedad era mirada con respeto y temor y sus restos, estampados en buenos caracteres. Así, acercábase uno á los Colosos, según se encontraban en su antiguo sitio del jardín de Colonna; el *Septizone*, medio arruinado, de Severo, daba todavía idea de aquel edificio desaparecido; la iglesia de San Pedro, sin fachada y el centro sin cúpula, el antiguo Vaticano, en cuyo patio podían

darse torneos, todo transportaba á los tiempos remotos, dejando ver, además, los cambios que trajeron los dos siglos siguientes, y hasta qué punto, á pesar de importantes obstáculos, restablecieron las cosas destruidas y repararon las descuidadas.

Enrique Meyer, de Zurich, á quien tuve frecuentes ocasiones de mencionar, á pesar de su vida retirada y su aplicación grande, no dejaba pasar momento de ver, observar y aprender algo interesante, sin aprovecharlo. Buscábasele y se le deseaba, porque en sociedad se mostraba tan modesto como instruido. Seguía tranquilo el camino que abrieran Winkelmann y Mengs y, sabiendo representar admirablemente, á la manera de Seidelmann, los bustos antiguos, á la *septa*, nadie tenía mejor ocasión de aprender á juzgar y á conocer las delicadas gradaciones del Arte antiguo y moderno.

Por deseo de todos los extranjeros, artistas y profanos, dispusimos visitar, á la luz de los hachones, los Museos del Vaticano y del Capitolio. Meyer nos acompañó y encuentro, entre mis papeles, una de sus notas que da valor permanente, por sus efectos provechosos sobre la inteligencia y el conocimiento, á este paseo, rico de emociones, á través de los más soberbios restos del Arte, que sin ello, cual sueño encantador que flota en el alma, se desvaneciera poco á poco.

La costumbre de visitar, á la luz de las antorchas, los grandes Museos de Roma, por ejemplo, el Museo

Pío Clementino, en el Vaticano, parece haber sido bastante nueva en el año 80 del pasado siglo; cuándo ha principiado, lo ignoro.

Ventajas de la luz de los hachones: cada obra de Arte se ve aislada y la atención del observador se fija en ella sola; luego, el poderoso efecto de la luz, hace resaltar más claras todas las *nuance* delicadas del trabajo; los reflejos que estorban (mayormente en las estatuas pulimentadas) cesan; determinanse mejor las sombras y resaltan las partes de luz. Sin disputa, la principal ventaja es que las obras mal colocadas obtienen así justicia; por ejemplo, el Laoconte, en su hornacina, como estaba, sólo á la luz de antorchas podía verse bien, porque no le daba luz inmediata y si sólo un reflejo del redondel en una arcada que rodea un patio del Belvedere. Lo mismo sucedía al Apolo y al llamado Antinous (Mercurio). Aún más necesaria era la luz de los hachones para ver el Nilo y el Meleagro y apreciar su mérito. A ninguna estatua antigua le era tan favorable aquella suerte de luz como á la llamada *Phocion*, porque sólo de este modo y no con la desfavorable que en su colocación tiene, se puede descubrir la delicadeza del cuerpo á través de las ligeras vestiduras. También está hermosa la excelente caída de un Baco sentado y la parte superior de una estatua de Baco, de bella cabeza y la media figura de un Tritón; sobre todo la maravilla del Arte, el nunca bastante celebrado Torso.

Los monumentos del Museo Capitolino, son, en general, poco menos importantes que los del Museo Pío

Clementino y hay algunos que lo son más y es conveniente enterarse del mérito de ellos, á fin de verlos luego á la luz de las hachas. El llamado *Pyrrhus*, de excelente trabajo, sobre la escalera, no recibe luz del día. En la galería, delante de las columnas, hay una hermosa media figura que creían una *Venus* vestida, que recibe por tres lados escasa luz. La más hermosa estatua del género, en Roma, *Venus* desnuda, tampoco tiene luz que la favorezca, porque está en una habitación de esquina y la bella *Juno* vestida, arrimada á la pared, entre dos ventanas, donde recibe meramente una faja de luz de costado. La famosa cabeza de *Ariadna*, en la sala de Miscelánea, fuera de la luz de las antorchas, tampoco puede verse en toda su hermosura. Y así, muchas obras de este Museo están mal colocadas y para verlas perfectamente y apreciar su mérito, hácese necesaria la luz de las antorchas.

La moda también á veces degenera en abuso; es preciso emplearla con inteligencia y cuando es de utilidad. Para ver obras destinadas á estar secuestradas, la luz es necesaria, porque se distinguen mejor las partes altas, las profundas y las transiciones. Ganan principalmente las obras de los mejores tiempos del Arte cuando, el que lleva el hacha y el que mira, saben lo que se hacen; entonces harán sobresalir la masa y los más finos y delicados detalles del trabajo. Al contrario, las obras de Arte del viejo estilo, tienen poco que ganar cuando no se ven en plena luz; pues no sabiendo nada los artistas de entonces de luz ni de

sombras, cómo habían de contar con una cosa y otra en sus obras? Lo mismo suceden á las trabajadas posteriormente, cuando los artistas comenzaron á ser más negligentes; el gusto estaba ya tan caído, que no se cuidaban en las obras plásticas, ni de luces ni de sombras; la ciencia de las proporciones estaba olvidada. ¿Para qué sirve, en esta suerte de trabajos, la luz de las antorchas?

En ocasión tan solemne es justo mencionar á M. Hirt, útil á nuestro círculo en más de una manera. Nacido en Furstenberg el año 1759, sintióse, después de haber leído los antiguos, con impulso irresistible de ir á Roma. Llegara algunos años antes que yo, dedicándose en serio al estudio de las obras antiguas y modernas de Arquitectura y Escultura; haciéndose el guía de los extranjeros, deseosos de instruirse. Mostróme igual complacencia y afectuoso desinterés.

Su estudio principal era la Arquitectura, sin dejar de interesarse en las localidades clásicas y cosas notables. Sus miras teóricas en Arte, daban muchos motivos de discusión en esta Roma, tan vivamente entregada á las disputas de partidos. De la diversidad de teorías resultan, allí en especial, donde siempre y en todas partes se habla de Arte, mil discusiones que aviva y favorece la proximidad de objetos tan admirables. La máxima de nuestro Hirt reposaba en derivar las Arquitecturas griega y romana, de la más antigua y necesaria

construcción de madera y en ello fundaba la alabanza y censura de las nuevas obras, sirviéndose de adecuados ejemplos y de la Historia. Otros sostenían, al contrario, que en la Arquitectura, como en cada cosa, se inventaban ficciones gustosas, de las cuales nunca el arquitecto debía prescindir, una vez que, en la diversidad de casos que podían presentarsele, tenía que ayudarse, unas veces de esta manera y otras de otra, siéndole necesario apartarse de reglas estrechas.

En el concepto de la belleza también discrepaba á menudo de los demás artistas, porque ponían su fundamento en lo característico, lo cual estaban los otros tan lejos de conceder, cuanto convencidos de que, en realidad, el fondo de cada obra de Arte es el carácter, pero la interpretación del sentido de la belleza confíase al gusto, que ha de representar cada carácter en su conformidad y en su gracia.

Consistiendo el Arte en la acción y no en la palabra, á pesar de lo que siempre se ha de hablar más que hacer, se comprenderá pronto que estas conversaciones eran interminables, según continuaron siéndolo hasta el presente.

Si las diferentes opiniones de los artistas eran motivo de muchas suertes de desagradados y aun alejamiento de unos y otros, ocurría también raras veces que provocaban escenas graciosas; vaya un ejemplo:

Varios artistas pasaron la tarde en el Vaticano y ha-

ciéndose noche y no queriendo al regreso seguir el camino que atraviesa la ciudad, salieron por la puerta de la columnata siguiendo las viñas hasta el Tiber. En el camino comenzaron á disputar, llegaron á la orilla del río disputando y siguieron acalorada disputa durante la travesía. Al desembarcar en la Ripatta hubieran debido separarse y la abundancia de argumentos que ambas partes tenían que presentar, quedaba anonadada en su nacimiento. Convinieron permanecer reunidos, pasar de nuevo el río y volverlo á pasar, dando curso á su dialéctica en la barca oscilante.

No les bastó este movimiento una vez, estaban inspirados y pidieron al barquero más de una repetición. Hízolo de buena voluntad, porque cada pasada le valía un bajocco por persona, ganancia considerable, que no esperaba ya tan tarde. Así satisfizo callado su deseo y preguntándole su niño, extrañado, qué es lo que querían aquellos, contestó muy sosegadamente:

—No lo sé; pero están locos.

Por este tiempo recibí de mi casa, en un paquete, la carta siguiente:

«Monsieur, je ne suis pas étonné que vous ayez de mauvais lecteurs; tant de gens aiment mieux parler que sentir; mais il faut les plaindre et se féliciter de ne pas leur ressembler. Oui, Monsieur, je vous dois la meilleure action de ma vie, par conséquent, la racine de plusieurs autres, et pour moi, votre livre est bon.

Si j'avais le bonheur d'habiter le même pays que vous, j'irais vous embrasser et vous dire mon secret; mais malheureusement j'en habite un, où personne ne croirait au motif qui vient de me déterminer à cette démarche. Soyez satisfait, Monsieur, d'avoir pu, à 300 lieux de votre demeure, ramener le cœur d'un jeune homme à l'honnêteté et à la vertu; toute une famille va être tranquille, et mon cœur jouit d'une bonne action. Si j'avais des talents, des lumières ou un rang qui me fit influer sur le sort des hommes, je vous dirais mon nom, me je ne suis rien et je sais ce que je ne voudrais être. Je souhaite, Monsieur, que vous soyez jeune, que vous ayez le goût d'écrire, que vous soyez l'époux d'une Charlotte qui n'avait point vu de Werther, et vous serez le plus heureux des hommes, car je crois que vous aimez la vertu.

Diciembre.

CORRESPONDENCIA.

Roma 1.º de Diciembre de 1787.

Asegúrate en verdad que estoy, del punto principal, más que seguro y aunque el conocimiento puede extenderse hasta lo infinito, tengo, de lo finito-infinito, idea segura y hasta clara é inmediata.

Tengo todavía delante los objetos más maravillosos y

contengo mis facultades para que sólo mis fuerzas de acción, en cierto modo, adelanten. Existen cosas soberbias y tan comprensibles como la palma de la mano, cuando uno las ha cogido.

Roma 7 de Diciembre.

Pasé la semana dibujando; la poesía no quiso ir adelante. Tiene uno que ver y buscar la utilidad de todas las épocas. La academia de nuestra casa prospera y nos fatigamos despertando al viejo Angantyr. La perspectiva ocupa las noches y al lado de ello trato siempre de aprender á dibujar, mejor y más seguro, alguna parte del cuerpo humano. Sólo que todo lo fundamental es demasiado difícil y exige, en su práctica, gran aplicación.

Angelika siempre buena y amable. De todas maneras me hace su deudor. Los domingos los pasamos juntos y durante la semana la veo una noche. Trabaja tanto y tan bien, que no se puede tener idea de cómo esto es posible y, sin embargo, cree siempre que no hace nada.

Roma 8 de Diciembre.

¡Cuánto me alegro, amada mía, que te haya gustado; no puedes imaginártelo! ¡Cuánto me regocija producir

un tono de acuerdo con tu diapason! Igual deseo formo respecto de *Egmont*, de quien me hablas tan poco y, que te haga sufrir algo, como gozar. ¡Oh! bien sabemos que tan gran asunto difícilmente podríamos disponerlo en toda su pureza. Sin embargo, en el fondo nadie tiene idea tan justa de la dificultad del Arte, como el artista. En el Arte hay mucho más *positivo*, es decir, *aprendible* y transmisible, de lo que se cree comúnmente y las mañas mecánicas de producir los mayores efectos intelectuales,—siempre con ingenio, se entiende,—son muchas. Sabiendo tales sutilezas artísticas, mucho es un juego, que luego parece maravilla y en ninguna parte, creo, se puede aprender mejor, por lo alto y por lo bajo, que en Roma.

Roma 15 de Diciembre.

Te escribo tarde y sólo deseando decirte algo. Pasé muy á gusto la semana. La anterior, ni un trabajo ni otro quería ir adelante y, estando muy bueno el tiempo el lunes y mi conocimiento del cielo haciéndome esperar que continuaría, empecé la caminata á pie con Kayser y mi segundo Fritz y desde el martes hasta hoy hemos recorrido los lugares que ya conocía y otros que no visitara todavía.

El martes á la noche llegamos á Frascati. El miércoles visitamos las más bonitas villas y en particular

el precioso *Antino* del monte Dragone. El jueves, desde Frascati fuimos á Monte-Cavo, sobre Rocca di Papa, de donde necesitas tener dibujos, porque las descripciones y las palabras no son nada. El viernes, Kayser se separó de nosotros, porque no estaba completamente bien y fué, con Federico Segundo, á Aricia, Genzano, al lago de Nemi, para volver á Albano. Hoy estuvimos en Castel-Gandolfo, en Marino y luego regresamos á Roma. Favoreciémos el tiempo de modo increíble; tuvimos acaso los días más hermosos de todo el año. Además de los árboles, siempre verdes, algunos robles tienen aún hojas y lo mismo los castaños jóvenes, pero amarillos. Hay en el paisaje tonos hermosísimos y qué formas tan admirables en las sombras de la noche! Lo he pasado muy bien y quiero de lejos participártelo: estuve muy contento y muy bueno.

Roma 21 de Diciembre.

Dibujando y estudiando las Artes, favorezco las disposiciones poéticas en vez de perjudicarlas. Con la diferencia de que se debe escribir poco, dibujar mucho. Lo que deseo es poder comunicarte mi idea acerca del Arte plástico. Aunque todavía muy subordinada, satisface, porque es verdadera y de ilimitado alcance. El entendimiento y la lógica de los grandes maestros es in-

creíble. Si cuando llegué á Italia era semejante á un recién nacido, hoy me encuentro recién educado.

Lo que hasta ahora mandé son ensayos ligerísimos. Thurneisen te llevará un rollo: lo mejor son obras ajenas, que han de agradarte mucho.

Roma 25 de Diciembre.

Esta vez Cristo nació entre truenos y relámpagos: precisamente á media noche hubo borrasca.

Ya no me ciega el brillo de las grandes obras artísticas. Voy á la contemplación y al conocimiento verdadero y distinto. No puedo decir cuánto debo á un silencioso, solitario y aplicado suizo, que se llama Meyer. Es el primero que abrió mis ojos á los detalles y á las propiedades de las formas, consideradas aisladas; iniciación en el propio *hacer*. Se contenta con poco y es modesto. Goza en las obras de Arte, en realidad más que los grandes que las poseen y no las entienden; más que otros artistas, á quienes angustia la codicia de imitar lo inimitable. Es de claridad divina su inteligencia y de angelical bondad su corazón. Nunca me habla sin que me dé ganas de escribir todo lo que dice. Son sus palabras precisas, rectas, describiendo la sola línea verdadera. Su enseñanza, dame lo que nadie podría darme y su alejamiento será siempre irreparable. Cerca de él, en cierto período de tiempo, espero llegar á tal grado

en el dibujo, que apenas me atrevo á figurármelo. Cuando en Alemania aprendí, tomé, pensé, es, á su dirección, como la corteza del árbol al hueso del fruto. No tengo palabras para expresar la beatitud silenciosa y atenta con que comienzo á mirar las obras de Arte; mi inteligencia se ha ensanchado lo suficiente para entenderlas y cada vez se forma más, á fin de poder apreciarlas debidamente.

Otra vez hay aquí extranjeros y acompañándolos visito, algunas veces, una galería.

Me hacen el efecto de las abejas en mi cuarto, que chocan en las ventanas, tomando los cristales por el aire libre y luego rebotan y se pegan á las paredes.

No desearía á mi mayor enemigo verse relegado al silencio en un rincón y volver á pasar por entendimiento *enfermo y limitado*; me sentaría peor que nunca.

Así, pues, querido, piensa, obra, haz en mi obsequio lo que sea mejor y sostén mi vida; de otra manera, perezco, sin ser á nadie útil. Sí, he de decirlo: estuve este año, moralmente, muy mimado. Durante cierto tiempo mantúveme separado de todo el mundo. Ahora, volvió á formarse en torno mío un pequeño círculo de personas buenas, que todas están en el *buen camino* y la prueba de que piensan y obran en el buen camino, es que quieren estar conmigo y tienen gusto al hallarse en mi presencia. Soy implacable, intolerante hacia cuantos pierden su tiempo ó se extravían y, sin embargo, quieren ser considerados mensajeros y viajeros. Mis burlas y mofa los persiguen hasta que cambian de vida

ó se van de mi lado. Aquí no se trata sino de los buenos y rectos. A los medianos, á los de malas ideas, se les pone en la puerta de la calle sin ceremonias. Dos hombres me deben ya su cambio de sentimientos y de vida; tal vez tres y me lo agradecerán siempre. En tal punto de la actividad de mi vida, es donde siento lo sano de mi naturaleza y su extensión; mis pies no se enferman á no ser en zapatos estrechos, y no veo nada cuando hay una pared delante.

RELATO.

Diciembre.

Al entrar el mes de Diciembre, siendo el tiempo sereno y bastante igual, ocurriósenos una idea que debia procurar días muy agradables á una sociedad buena y alegre. La cosa era la siguiente: figurémonos que acabamos de llegar á Roma y cual extranjeros, que traen su tiempo contado, nos urge enterarnos, á prisa, de lo más notable. Comencemos en tal sentido una revista, á fin de que lo ya conocido vuelva á impresionarnos de nuevo. La ejecución del proyecto comenzó al punto, y siguiendo asidua, terminó bastante bien. Desgraciadamente, de lo mucho bueno que con tal motivo se observó y pensó, queda muy poco: las cartas, noticias, dibujos y proyectos de aquella época, faltan casi todas. De algo, sin embargo, se dará aquí breve noticia.

Debajo de Roma, no lejos del Tíber, hay una iglesia de regulares dimensiones, llamada de las tres fuentes.

ó se van de mi lado. Aquí no se trata sino de los buenos y rectos. A los medianos, á los de malas ideas, se les pone en la puerta de la calle sin ceremonias. Dos hombres me deben ya su cambio de sentimientos y de vida; tal vez tres y me lo agradecerán siempre. En tal punto de la actividad de mi vida, es donde siento lo sano de mi naturaleza y su extensión; mis pies no se enferman á no ser en zapatos estrechos, y no veo nada cuando hay una pared delante.

RELATO.

Diciembre.

Al entrar el mes de Diciembre, siendo el tiempo sereno y bastante igual, ocurriósenos una idea que debía procurar días muy agradables á una sociedad buena y alegre. La cosa era la siguiente: figurémonos que acabamos de llegar á Roma y cual extranjeros, que traen su tiempo contado, nos urge enterarnos, á prisa, de lo más notable. Comencemos en tal sentido una revista, á fin de que lo ya conocido vuelva á impresionarnos de nuevo. La ejecución del proyecto comenzó al punto, y siguiendo asidua, terminó bastante bien. Desgraciadamente, de lo mucho bueno que con tal motivo se observó y pensó, queda muy poco: las cartas, noticias, dibujos y proyectos de aquella época, faltan casi todas. De algo, sin embargo, se dará aquí breve noticia.

Debajo de Roma, no lejos del Tíber, hay una iglesia de regulares dimensiones, llamada de las tres fuentes.

llas. Éstas, según cuentan, cuando San Pablo fué decapitado, brotaron de su sangre y corren todavía. La iglesia está de suyo en lugar bajo y los caños que echan el agua, dentro, aumentan la humedad. Poco adornada y casi en abandono, no hacen más que tenerla limpia, aunque limosa y cuidarla para las pocas veces que celebran culto divino. Su gran adorno son Cristo y los Apóstoles, pintados de tamaño natural en los pilares de la nave, conforme á dibujos de Rafael. Genio tan extraordinario pintara aquellos santos hombres cuando era necesario, agrupados y vestidos en conformidad unos con otros; aquí, donde se presentan aislados, dibujó cada cual á su manera, no según se encontraban en la comitiva del Señor, sino cuando, entregado cada uno á sí mismo, después de la Ascensión, tenía que pasar la vida trabajando y sufriendo en relación á su carácter.

A fin de instruirnos acerca del mérito de tales pinturas á distancia, nos quedan copias de los dibujos originales de la mano fiel de Marco Antonio, que prestan frecuente ocasión de refrescar la memoria y escribir nuestras observaciones.

De la pequeña y modesta iglesia al monumento considerable dedicado al gran Apóstol, no hay mucha distancia. Quiero decir la llamada Iglesia de San Pablo, fuera de murallas, construída, con Arte y grandeza, de magníficos restos antiguos. Entrar en ella causa impresión sublime. Filas de columnas poderosas soportan altas, pintadas paredes, que cierra el maderamen

entrelazado de la cubierta y, á la verdad, ofrecen á la vista desacostumbrada el aspecto de una granja, aunque el conjunto debería hacer increíble efecto los días de fiesta, si toda la armadura la colgaban de tapices. Consérvanse aquí á maravilla, en los capiteles, restos magníficos de una Arquitectura colosal y muy adornada, tomados y salvados de las ruinas del palacio de Caracalla, allí cercano y hoy casi desaparecido.

Después el Circo, aunque en gran parte derribado, que todavía lleva el nombre del emperador, da idea de aquellos espacios inmensos. Si el dibujante se coloca en la puerta izquierda, por donde salían los combatientes, tendrá á su derecha, en la altura, sobre los destruídos asientos de los espectadores, el sepulcro de Cecilia Metella y las construcciones nuevas que lo rodean, desde cuyo punto la línea de los antiguos asientos se extiende al infinito, dejando ver, á lo lejos, *villas* y casas de campo importantes. Si volvemos nuestra mirada á los objetos cercanos, tenemos las ruinas de la Spina, que todavía se pueden seguir y aquellos que son dados á las fantasías arquitectónicas, pueden, en cierto modo, representarse la pompa de aquellos días antiguos. Un artista experto y de ingenio, si quisiera emprenderlo, podría dar la imagen agradable de un objeto en ruinas, como éste en que nos ocupamos, que en realidad debía tener doble largo que alto.

Esta vez saludaron los ojos, desde fuera, la Pirámide de Cestius y las ruinas de los baños de Caracalla ó de Antonino, de los cuales Piranesi nos fingió tan ricos

efectos: apenas satisfacen, vistos en la realidad, la vista acostumbrada á lo pintoresco. Y en esta ocasión se debe recordar á Hermann de Swanevelt, el cual, queriendo reanimar estas cosas pasadas, las transformaba su buril delicado, que expresaba el más puro sentimiento de la Naturaleza y del Arte, haciéndolas portadoras de la vida presente, con infinita gracia.

En la plaza de San Pedro in Montorio saludamos el *Aequa Paola*, que se precipita en cinco torrentes, á través de las puertas de un arco de triunfo, en un pilón proporcionado, llenándolo hasta el borde. Viene el río por un acueducto que restauró Pablo V. Sale detrás del lago Bracciano y recorre un trayecto de veinticinco millas, haciendo extrañas curvas que exigen las alternadas colinas y satisface las necesidades de diferentes molinos y fábricas, derramándose, al mismo tiempo, en el *Trastevere*.

Los amantes de la Arquitectura celebraron el pensamiento feliz de haber procurado á las aguas entrada pública y triunfal. Las columnas y los arcos, los entablamentos y los áticos, recuerdan aquellas puertas suntuosas, por donde los vencedores de la guerra acostumbraban á entrar, en otro tiempo. Aquí entra, con igual fuerza y poder, el más pacífico de los bienhechores, que por el trabajo de su larga carrera recibe, desde luego, agradecimiento y admiración. Las inscripciones dicen también que la solicitud y los beneficios de un Papa de la casa Borghese, hacen aquí, á su vez, como una entrada solemne, continua y eterna.

Un viajero recién llegado del Norte, encontraba que hubieran hecho mejor en amontonar rocas abruptas para abrir á este río más natural salida. Respondiéronle que no era agua natural, sino artificial y que adornando su entrada los recursos del Arte, encontráronse muy en lo justo. Acerca del punto estuvieron tan poco de acuerdo como acerca del magnífico cuadro de la *Transfiguración*, que tuvimos ocasión de ver en el claustro próximo. No escasearon palabras; los más callados llegaron á incomodarse, viendo que se echaba mano de nuevo á la antigua crítica de la doble acción. Así pasa en el mundo, donde una moneda sin valor tiene cierto curso, al lado de otra legítima, sobre todo tratándose de salir pronto del paso é igualar ciertas diferencias, empleando pocas reflexiones y lentitudes. No obstante, siempre causa extrañeza que haya quien se atreva á poner en tela de juicio la gran unidad de concepción semejante.

En ausencia del Señor, unos padres desconsolados, presentan á sus discípulos un joven endemoniado. Tal vez hicieran ya tentativas, á fin de arrojar el espíritu maligno. Hasta abrieron un libro queriendo buscar en el inútilmente alguna forma contra el maleficio. En tal momento aparece el único fuerte y aparece glorificado, reconocido por su gran predecesor. Señalan al momento aquella alta visión, como la única fuente de salud. ¿Y cómo se va á separar lo que está arriba y lo que está abajo? Ambas son una cosa sola. Abajo, el padecimiento, la necesidad; arriba, la eficacia, el socorro,

dependiendo una cosa de otra y obrando una sobre otra. Para expresar de otro modo el sentido. ¿Puede hacerse de manera distinta, una relación de lo ideal con lo real?

Afirmábanse en su conocimiento, esta vez con nuevo ahínco, los partidarios de la identidad. Rafael—decían—señalóse en la rectitud del pensamiento y en ello precisamente es en lo que se conoce el hombre dotado por Dios. Y siendo así, ¿había de pensar y obrar con doblez en la flor de su vida? No; al igual de la Naturaleza, que es menos comprensible en lo más profundo, tiene siempre razón.

El proyecto formado de una visita rápida á Roma entera no pudo realizarse en la completa independencia que fuera de desear. Unas veces faltaban algunos, alegando causas imprevistas, otras veces había quien se unía á nosotros aprovechando la ocasión de ver cosas notables. Mantendré, no obstante, lo hecho, sabiendo aceptar los intrusos ó rechazarlos, tomar la delantera ó quedarme atrás. Dicho se está que hubimes de oír las opiniones más extraordinarias. Existe cierta manera de formar juicios empíricos, que corre hace largo tiempo, en particular mediante la propaganda de los viajeros ingleses y franceses.

Expresa uno su juicio según la impresión del momento, sin pensar que cada artista hállese influido de muchas maneras. Por su propio talento, por sus prede-

cesores y maestros, por el lugar y el tiempo, por los protectores y los que hacen encargos. Nada de esto, que en realidad debería tenerse en cuenta, lo es y de ahí resulta una mezcla horrible de alabanza y censura, de afirmaciones y negaciones, merced á las cuales el valor propio del objeto en cuestión sube.

Nuestro buen Volkmann, de otra parte tan atento y guía bastante útil, parece haberse atenido, en absoluto, á aquellos fallos extranjeros y es causa de que aparezcan tan extraordinarias sus apreciaciones. Por ejemplo: ¿puede nadie expresarse más desdichadamente que él en la iglesia de *Santa Maria della Pace*?

Sobre la primera capilla pintó Rafael algunas Sibilas, que se han deteriorado mucho. El dibujo es correcto, la composición floja, lo que debe atribuirse á la poca comodidad del sitio. La capilla votiva, pintada según un dibujo de Miguel Angel, hállese adornada de arabescos, muy apreciados, aunque no bastante sencillos. Bajo la cúpula se ven tres cuadros: El primero representa la Visitación, de Carlos Maratti; es irio, aunque bien dispuesto. El otro, el Nacimiento de María, del caballero *Vanni*, en la manera de *Pedro de Cortona*. Y el tercero, la Muerte de María, de María Morandi. La disposición adviértese algo embrollada y cae en toseco. En la bóveda de encima del coro, pintó Albani, con pobre colorido, la Asunción de María. Las pinturas de los pilares, debajo de la Cúpula, del mismo Albani, son mejores. El proyecto del patio del monasterio que pertenece á esta iglesia, es de Bramante.

Tan débiles é insuficientes principios perturban completamente al observador que escoge guía en semejante libro. Además, algunas cosas son en absoluto falsas y sirva de ejemplo cuanto dice de las Sibilas. A Rafael no le molestaba nunca el espacio que le ofrecía la Arquitectura. La grandeza y elegancia de su genio habiéndole dado excepcionales condiciones, adecuadas al adorno y el mayor gusto al llenar cada hueco, según lo dejó probado, de manera prodigiosa, en el palacio de la Farnesina. Los mismos cuadros de la Misa de Volsena, la Liberación de San Pedro y el Parnaso, no habrían sido pensados con tan imaginable ingenio, si no fuera la asombrosa restricción en que estaba el hombre. Igual sucede á las Sibilas. La simetría secreta, de donde procede la composición entera, es por todo extremo genial; pues sucede en el Arte como en los organismos de la Naturaleza: la perfección de las manifestaciones externas de la vida, informa claramente de la capacidad interna.

Sea de ello lo que quiera; para aceptar las obras de Arte, se puede dejar en absoluto de lado el modo y la manera. Yo, en el paseo, adquirí la idea, la intuición, el sentimiento de lo que, en el más alto sentido, podría nombrarse la presencia del suelo clásico. Llamo así al convencimiento producido en el espíritu, mediante los sentidos, de que lo grande estaba aquí, continúa estando y estará. Que las cosas más grandes y magnífi-

cas deben perecer, está en la naturaleza del tiempo y de los elementos físicos y morales, que actúan sin obstáculo. En la revista general, no podríamos pasar tristes delante de los monumentos destruidos; mejor tenemos motivo de regocijarnos de que se conservase tanto y tanto se reconstruyese, más colosal y magnífico que nunca.

La iglesia de San Pedro está ciertamente pensada en grande y mucho más grandiosa, más atrevida que uno de los antiguos templos y no sólo tenemos delante de los ojos lo que dos mil años debieron destruir, sino, al mismo tiempo, lo que una cultura más perfeccionada ha podido producir de nuevo.

La misma fluctuación del gusto en las Artes, los esfuerzos puestos en alcanzar lo grande sencillo, la vuelta á las pequeñeces complicadas, todo anunciaba vida y movimiento. La Historia del Arte y de la Humanidad se ofrecía en la forma *synchronística*.

No debemos abatirnos si conocemos que la grandeza es pasajera. Más bien, cuando encontramos que lo pasado fué grande, debemos animarnos para hacer también algo considerable que legar á nuestros sucesores, que aunque convertida en ruinas excite noble actividad, ley á la cual nuestros predecesores jamás faltaron.

La contemplación elevada é instructiva, no diré que fuese turbada é interrumpida, pero sí mezclada á un sentimiento doloroso, que me acompañaba á todas par-

tes. Supe que el prometido de aquella encantadora milanese retirara su palabra, no sé á pretexto de qué, quedando libre de su compromiso. Si de una parte me alegraba de no haberme abandonado á mis inclinaciones y apartado pronto de la amable niña (después de informes detallados supe que entre los pretextos alegados no se mencionaba nuestra *villegiatura*) entristeciame, sin embargo, ver triste y desfigurada la deliciosa imagen, que hasta ahora me habia acompañado alegre y risueña; pues supe, al mismo tiempo, que del susto y de la desesperación que el acontecimiento le causaran, la querida niña cayera enferma presa de violenta fiebre, que puso en peligro su vida. Y mientras, á diario, enviaba á preguntar y aun dos veces los primeros días, tenia el martirio de que su imaginación se atormentase figurándose lo imposible; aquellas facciones abiertas, rientes, formadas para la luz del día; la expresión ingenua, dulcemente expansiva, obscurecida por las lágrimas, desfigurada por la enfermedad y tan lozana juventud, prematuramente mustia y lánguida, á causa de los sufrimientos del alma y del cuerpo.

En semejantes disposiciones de ánimo, no podía desear nada mejor que la distracción poderosa, que me presentaba una serie de objetos de los más admirables, de ellos, unos, presentes, ocupaban mis ojos, otros la imaginación, gracias á su imperecedera dignidad. Y nada más natural que contemplarlos con íntima tristeza.

Si los monumentos antiguos convirtiéranse, al cabo

de tantos siglos, en informes masas caídas, viendo muchos edificios magníficos, más modernos, en pie todavía, deplorábase, de igual manera, la caída de tantas familias, en tiempos posteriores. Aun las mismas que se mantenían llenas de vida, parecían atacadas en secreto de un gusano roedor. ¿Cómo lo terrestre, sin fuerza propiamente física, con los solos apoyos religiosos y morales, se sostendría en nuestros días? Conforme la mente serena consigue reanimar hasta las ruinas, cual vegetación lozana é inmortal los muros derribados y los diseminados bloques, así el pensamiento triste, despoja el ser viviente de sus más bellas gulas y querría representárnoslo desnudo esqueleto.

No quise decidirme á emprender una excursión de montañas, que pensáramos hacer en alegre compañía antes del invierno, hasta que estuve cierto de la mejoría y después de tomar medidas seguras para recibir las noticias de su curación, en aquellos sitios donde la habia conocido, tan alegre como digna de ser amada, en los hermosos días de otoño.

Ya las primeras cartas que recibí de Weimar, acerca de *Egmont*, contenían algunas reflexiones críticas. Renovóse así mi antigua observación: que el aficionado, no poeta, complacido en su comodidad burguesa, encuentra generalmente una piedra en qué tropezar, allí donde el poeta trató de resolver, de paliar ó de ocultar un problema. Para satisfacer á un lector indolente, todo

debe seguir su curso natural. También lo extraordinario puede ser natural, si bien no se lo parece al que se obstina en sus opiniones particulares. Llegárame una de estas cartas: la cogí y la llevé a la villa Borghese. Allí hubo de leer que ciertas escenas creíanse demasiado largas. Reflexioné, y no hubiera hallado manera de acortarlas, teniendo ideas tan importantes que desarrollar. Lo que pareció más censurable á mis amigas fué el lacónico legado, en que Egmont recomienda su Clarita á Fernando.

Un extracto de la respuesta que di entonces, hará conocer, mejor que nada, mis sentimientos y situación.

¡Cuánto desearía llenar vuestros deseos y poder modificar algo en el legado de *Egmont*. Fuíme corriendo, con vuestra carta, una hermosa mañana á la villa Borghese; pensé dos horas en el desarrollo de la obra, en los caracteres y las situaciones, sin encontrar nada que abreviar. ¡De qué buena gana os escribiría todas mis reflexiones; mi *pro* y *contra*! Llenarian un libro y serian una disertación sobre la economía de la pieza. El domingo fui á ver á Angelika y le presenté el asunto. Ha estudiado la obra y posee una copia. ¡Lástima que no pudieses estar presente, para oír la delicadeza femenina con que explicaba todo! Y esta es su conclusión. Lo que queriais que el héroe dijese de palabra, contiénesse *implícitamente* en la aparición. Angelika dice: Como la aparición explica sólo lo que pasa en el alma del héroe dormido, ninguna palabra podría expresar con más fuerza cuánto estima y ama á la joven, mejor

que este sueño, que no eleva á la amable criatura hasta él, sino más alta: Angelika encuentra bien que este hombre, que durante toda su existencia soñó despierto, que estimaba la vida y el amor, ó mejor, que sólo los estimaba á causa del goce, concluya igualmente por velar soñando y nos diga, en silencio, cuán profunda vive la amada en su corazón y qué lugar tan principal y alto en él ocupa. Todavía añadió más reflexiones. Que en la escena con Fernando, no podía tratarse de Clara más que de una manera subordinada, para no aminorar el interés de la despedida del joven amigo, que en aquel instante no se hallaba en estado de oír ni entender nada.

MORITZ, ETIMOLOGISTA.

Hace mucho tiempo que un sabio dijo esta palabra verdadera: «El hombre cuyas fuerzas no se inclinan á lo necesario y útil, ocúpase, de buen grado, en lo innecesario y nocivo». ¡Quizá alguno será juzgado así dentro de poco!

Nuestro compañero Moritz, ahora en el más alto círculo del Arte y de la buena gente, continuaba el hilo de sus meditaciones acerca de las interioridades del hombre, sus disposiciones y desarrollo y á consecuen-

cia de esto, ocupábase también, de manera preferente, en el lenguaje universal.

En aquel tiempo gozaba favor el escrito premiado de Herder, *Sobre el origen del lenguaje* y conforme á lo que entonces se pensaba, dominaba la idea que, el género humano no procedía de una pareja sola, que desde el alto Oriente se hubiese extendido en toda la tierra, sino que, en cierto tiempo, notablemente fecundo, del globo terráqueo, después que la Naturaleza trató de producir en gradaciones los animales más diversos, en muchos puntos favorables salió el hombre, más ó menos perfecto. Relacionada de modo íntimo á sus órganos y á las facultades de su inteligencia, la palabra le es innata. No necesita ni dirección sobrenatural ni tradicional. Y en tal sentido hay un lenguaje general y para manifestarlo cada uno busca su origen autónomo. El parentesco de todas las lenguas reside en la conformidad de las ideas, de donde se origina el poder creador del género humano y su organismo. De aquí, que unas veces mediante el impulso interno y otras obedeciendo á causas externas, se haya empleado, bien ó mal, el número muy limitado de vocales y consonantes, en la expresión de ideas y sentimientos. Natural y necesariamente, los diferentes autónomos (?), unas veces se unieron y otras se separaron, enriqueciendo ó empobreciendo, en lo sucesivo, ésta ó aquella lengua. Lo referente á las palabras primitivas, sirve en las derivadas, que expresan y disponen relaciones y representación de ideas. Todo será bueno, mas es tan impenetrable,

que con certeza no servirá de base á nada preciso.

Acerca del particular, encuentro, entre mis papeles, lo que sigue:

Veo gustoso que el mal humor y la duda saquen á Moritz de su pereza incubadora y le inclinen á una suerte de actividad á su manera; pues así, es agradableísimo; su manía de descubrimientos tiene entonces en qué fundarse y, sus sueños, objeto y sentido. En la actualidad le ocupa una idea, en la cual también yo entro y que nos entretiene mucho. Es difícil comunicarla, porque parece extravagante; no obstante, quiero intentarlo.

Moritz inventó un alfabeto de razón y de sentimiento, mediante el cual prueba que las letras no son arbitrarias, sino fundadas en la naturaleza humana y pertenecientes á ciertas regiones internas del sentido. Valiéndose de este alfabeto, júzganse los idiomas y entonces se encuentra que todos los pueblos trataron de expresarse según el sentido interno; pero todos, por el acaso y la arbitrariedad, se han desviado del camino derecho. Atendiendo á esto, buscamos en las lenguas las palabras que más felizmente concuerdan. A veces es en una; á veces en otra. En ocasiones variamos las palabras hasta que suenan bien; las hacemos nuevas, etc. Y si queremos jugar en debida forma, hacemos nombres para hombres y averiguamos si le conviene á éste ó aquél el suyo, etc., etc.

El juego etimológico ocupó á muchos y á nosotros, en este modo alegre, también nos dió mucho que hacer.

En el momento de reunirnos nos poníamos á esto, cual si fuese el juego de ajedrez y buscábamos á cientos las combinaciones, de manera que cualquiera, oyéndonos casualmente, nos creería locos y á causa de ello, no queria que lo supiesen sino los amigos íntimos. En fin, es el juego más ingenioso del mundo y ejercita el sentido del lenguaje de manera increíble.

Enero.

CORRESPONDENCIA.

Roma 5 de Enero de 1788.

Perdonadme si hoy escribo poco: comenzó el año en el trabajo y la seriedad y apenas tengo tiempo de mirar alrededor.

Después de un interregno de varias semanas, en las cuales he vivido en una especie de pasividad, vuelvo á tener, me atrevo á decirlo, las más hermosas revelaciones. Es permitido, á la mirada mía, introducirse en la esencia de las cosas y en sus relaciones, abriéndome un abismo de riquezas. Tales efectos se producen en mi alma, porque aprendo siempre y aprendo de los otros. Cuando uno se instruye á sí mismo, la fuerza que labra y la que confecciona es una y los adelantos tienen que ser más lentos y más pequeños.

He me dado entero al estudio del cuerpo humano; al lado suyo, los demás desaparecen. Sucedióme igual toda mi vida y me sucede ahora una cosa singular. No hay que hablar de ello: lo que puedo hacer todavía, el tiempo lo dirá.

Las óperas no me entretienen: sólo las verdades internas y eternas pueden satisfacerme.

Se cuenta para Pascuas con un acontecimiento importante: lo siento; lo que será no lo sé.

Roma 10 de Enero de 1788.

Acompaña á esta carta *Erwin y Elmira*. Ojalá te guste la pieccecita. Una opereta, si es buena, no puede nunca gustar leída. Tiene que venir la música á expresar toda la idea del poeta. *Claudina* irá en seguida. Las dos piezas tienen más trabajo del que parece, porque al fin, estudié con Kayser, conforme es debido, la forma de la ópera.

Continuo sin descansar el dibujo del cuerpo humano y de noche tengo la lección de perspectiva. Me preparo á desprenderme; á fin de tomarlo con resignación, si los inmortales lo han decidido así para Pascuas. ¡Suceda como mejor sea!

Mi interés hacia la figura humana supera á lo demás; bien me lo figuraba y sentía á causa de ello apartábame siempre, como se vuela uno de la deslumbradora luz

del Sol. Cuanto acerca del particular estudié fuera de Roma, es inútil. Sin un hilo, que sólo aquí se aprende á hilar, no se puede salir del laberinto. Desgraciadamente, mi hilo no es bastante largo. En tanto, me servirá en las primeras vueltas.

Si el término de mis obras ha de lograrse bajo constelaciones siempre de igual modo favorables, necesito, en el curso de este año, enamorarme de una Princesa á fin de escribir el *Tasso* y darne al diablo para escribir el *Fausto*, aunque tengo tan poca gana de una cosa como de otra. Hasta ahora pasó lo siguiente: Queriendo hacerme mi *Egmont* interesante, el *Kayser* romano, se ha metido en pendencias con los brabantinos, y para dar á mi ópera cierto grado de perfección, el *Kayser* de Zurich vino á Roma. Esto es vivir al igual de un noble romano, según dice Herder y encuentro muy gracioso ser la causa final de acciones y acontecimientos de que no soy objeto. Esto se puede llamar suerte; así esperaré en calma la Princesa y el diablo.

De Roma sale otra vez una muestrcita del Arte y modo alemán, *Erwin y Elmira*. Terminada antes que *Claudina*, no quisiera que se imprimiese primero.

Pronto verás que todo se supedita á las necesidades del teatro lírico, que sólo aquí tuve lugar de estudiar. Que todos los personajes trabajan con cierta sucesión y medida; que cada cantante tiene puntos de descanso.

Hay mil cosas que observar, á las cuales el italiano

sacrifica el sentido del poema. Quisiera que me saliese bien haber satisfecho todas aquellas necesidades músico-teatrales en una obra, no en absoluto desprovista de sentido. Tuve asimismo en cuenta, que ambas operetas se pudiesen leer, sin que su vecino *Egmont* se avergonzase de ellas. Un libreto de ópera italiana, no lo lee nadie sino la noche de su representación y ponerlo en un volumen, acompañando á una tragedia, se vería en esta tierra cosa tan imposible, como poder cantar en alemán.

Respecto de *Erwin y Elmira*, tengo que advertir, particularmente en el acto segundo, que encontrarás muy repetidas las sílabas traqueales; no es casual, no se hace por costumbre, sino tomado de ejemplos italianos. Tal medida de sílabas, es muy feliz y muy superior para la música y los compositores pueden de tal manera variarlas en muchos compases y movimientos, que el oyente no las conoce, porque los italianos se atienen en general, á las sílabas medidas, llanas y rítmicas.

El joven Camper es una cabeza fogosa, que sabe mucho, comprende fácilmente y pasa por cima de las cosas.

La cuarta parte de las *Ideas* me hace feliz. La tercera, es nuestro libro sagrado que tenemos guardado. Sólo ahora consiguió Moritz leerlo, de lo cual se alaba felizmente al presente. Vive de la educación del género humano. Ha sentido muy bien el libro y el final lo puso fuera de sí.

¡Si pudiera, sólo una vez, alcanzar verte en el Capitolio, para todas estas cosas buenas! Es uno de mis deseos más vehementes.

Mis ideas titánicas, eran sólo fantasmas que presagiaban época más seria. Hállome bien metido en el estudio de la figura humana, que es el *non plus ultra* de todo el saber y el trabajo del hombre. Mi estudio preparatorio de la Naturaleza entera, sobre todo de la Osteología, me ayuda á dar grandes pasos. Ahora veo, ahora gozo lo más sublime que nos ha quedado de la antigüedad: las estatuas. Si; reconozco que puede uno estudiar toda su vida y al fin podría exclamar: ¡Sólo ahora veo; sólo ahora gozo! Estoy juntando cuanto puedo para cerrar, sobre la Pascua, una cierta época á que ya mi vista alcanza ahora y no dejar á Roma con decidido disgusto. Espero continuar en Alemania, cómodamente y profundizar, bastante despacio, algunos estudios.

Aquí nos arrastra la corriente, desde el momento en que entramos en la barca.

RELATO.

Enero.

Cupido engañador, maligno mozo,
 Por horas me pediste te acogiese.
 ¿Cuántos días posaste y cuántas noches?
 ¡Y al fin te hiciste dueño de mi casa!
 Hasme arrojado de mi holgado lecho,
 Paso en tierra la noche sollozando:
 Mi hogar atizas, quémame y consumes.
 ¡Triste de mí! ¡La provisión de invierno!
 Mis muebles, malicioso, trastrocaste,
 Los busco como ciego y extraviado.
 Por tu zambra no oír, pienso que el alma,
 ¡Partió, dejando la cabaña sola!

Si no se quiere tomar, al pie de la letra, esta pequeña canción, ni figurarse aquel demonio que generalmente se llama amor, sino una tropa de espíritus activos, que llaman, solicitan, llevan y traen el corazón del hombre y lo turban por móviles separados, no dejará de inspirar interés, de manera simbólica, el estado en que me en-

¡Si pudiera, sólo una vez, alcanzar verte en el Capitolio, para todas estas cosas buenas! Es uno de mis deseos más vehementes.

Mis ideas titánicas, eran sólo fantasmas que presagiaban época más seria. Hállome bien metido en el estudio de la figura humana, que es el *non plus ultra* de todo el saber y el trabajo del hombre. Mi estudio preparatorio de la Naturaleza entera, sobre todo de la Osteología, me ayuda á dar grandes pasos. Ahora veo, ahora gozo lo más sublime que nos ha quedado de la antigüedad: las estatuas. Sí; reconozco que puede uno estudiar toda su vida y al fin podría exclamar: ¡Sólo ahora veo; sólo ahora gozo! Estoy juntando cuanto puedo para cerrar, sobre la Pascua, una cierta época á que ya mi vista alcanza ahora y no dejar á Roma con decidido disgusto. Espero continuar en Alemania, cómodamente y profundizar, bastante despacio, algunos estudios.

Aquí nos arrastra la corriente, desde el momento en que entramos en la barca.

RELATO.

Enero.

Cupido engañador, maligno mozo,
Por horas me pediste te acogiese.
¿Cuántos días posaste y cuántas noches?
¡Y al fin te hiciste dueño de mi casa!

Hasme arrojado de mi holgado lecho,
Paso en tierra la noche sollozando:
Mi hogar atizas, quémame y consumes.
¡Triste de mí! ¡La provisión de invierno!

Mis muebles, malicioso, trastrocaste,
Los busco como ciego y extraviado.
Por tu zambra no oír, pienso que el alma,
¡Partió, dejando la cabaña sola!

Si no se quiere tomar, al pie de la letra, esta pequeña canción, ni figurarse aquel demonio que generalmente se llama amor, sino una tropa de espíritus activos, que llaman, solicitan, llevan y traen el corazón del hombre y lo turban por móviles separados, no dejará de inspirar interés, de manera simbólica, el estado en que me en-

contraba y que los extractos de mis cartas y las narraciones anteriores, dan á conocer claramente. Se me concederá que debí hacer grandes esfuerzos para mantenerme contra tantos ataques, para no cansarme de mi actividad y no hacerme perezoso en recoger.

Recepción de la Academia de los Arcades.

Ya desde fines del año anterior veíame sitiado por una proposición, que también consideraba resultado de aquel desdichado concierto, por el cual, de manera bien ligera, nos habíamos despojado de nuestro incógnito. Tal vez habría otros motivos para que, de muchas partes, tratasen de decidirme á que consintiese en mi admisión como pastor de la Arcadia. Opúseme durante mucho tiempo; al fin tuve que ceder complaciendo á mis amigos, que parecían dar á la cosa particular importancia.

Sábese, en general, lo que es la Academia de los Arcades; pero no será desagradable oír algo más acerca del particular.

Durante el curso del siglo XVII, la poesía italiana había decaído por muchos estilos; pues hacia el fin de este período le reprochaban, los hombres instruídos y de valer, que había prescindido en absoluto del fondo, á lo cual se llamaba entonces—belleza interna.—También censurábanle, en absoluto, lo referente á la forma—be-

lleza externa.—Usando expresiones bárbaras, versos de insoportable dureza, figuras y tropos defectuosos, sobre todo, hipérbolos metonimias y metáforas sin término ni medida, habían sacrificado completamente lo agradable y dulce, que es lo que más gusta y más vale en la forma de una obra.

Aquellos escritores, convencidos de error, insultaron, no obstante, como de costumbre, lo verdadero y bueno, pretendiendo que sus abusos quedasen inviolables en lo porvenir, cosa que no pudieron tolerar los hombres instruídos y sabios; en el año de 1690, uniéronse cierto número de personas enérgicas y prudentes, poniéndose de acuerdo, á fin de entrar en otro camino.

Queriendo que sus asambleas no llamasen la atención, ni dieran pretexto á reacciones, se reunieron al aire libre en los jardines, bastante numerosos en el recinto de Roma. Ganaron al acercarse más á la Naturaleza y respirar, en el puro ambiente, el espíritu primitivo de la poesía. Allí, en lugares amenos, se tendían sobre el césped, sentábanse sobre restos arquitectónicos ó bloques de piedra, sin que á los Cardenales que entre ellos se encontraban, se les hiciese más distinción que un blando cojín. Hablaban de sus convicciones, de sus máximas y proyectos, tratando de hacer revivir, mediante lecturas poéticas, el espíritu de la antigüedad y el de la noble escuela toscana. «He aquí nuestra Arcadia!» exclamó en su entusiasmo alguno una vez. De ahí vino el nombre de la Sociedad y el carácter idílico de sus estatutos. No quisieron ponerla

bajo la dirección de ningún Grande influyente; no quisieron Jefe ni Presidente. Un Custodio debía cerrar y abrir los dominios de la Arcadia y, en caso necesario, lo asistiría un Consejo, elegido entre los más antiguos.

Es justo mencionar aquí el nombre de Crescimbeni que puede considerarse como uno de los fundadores, y que desempeñó el oficio de primer Custodio durante muchos años, muy lealmente, velando siempre para que se depurase y mejorase el gusto, y sabiendo rechazar, cada vez más lejos, la barbarie.

Sus diálogos sobre la *Poesía volgare*, que no debe entenderse poesía popular, sino poesía que conviene á un pueblo, cuando la cultivan talentos verdaderos decididos y no la desfiguran caprichos y singularidades de cabezas mal organizadas; sus diálogos, donde expone la mejor doctrina, son evidente fruto de las conversaciones de la Arcadia, y muy importantes, comparados á nuestros modernos esfuerzos estéticos. En este sentido, merecen asimismo toda nuestra atención las poesías que publicó de la Arcadia. Nos permitiremos sólo las siguientes reflexiones. Estos estimables pastores, estableciéndose al aire libre, sobre la verde hierba, pensaron acercarse más á la Naturaleza, cosa que suele abrir al amor y á las pasiones el corazón del hombre. Ahora bien; la sociedad se componía de señores sacerdotes y otras personas respetables, que no podían entregarse al amor de aquellos triunviros romanos y que lo prohibieron de expreso. Siendo el amor indispensable al poeta, no les quedó otro recurso que tornarse

á aquellos deseos espirituales y hasta cierto punto platónicos, y entrarse por las alegorías; con lo cual sus versos tuvieron un carácter digno y particular, y además los pusieron en las huellas de sus ilustres predecesores Dante y Petrarca.

Cuando llegué á Roma, aquella Sociedad contaba precisamente cien años de vida, y aunque cambiando muchas veces de residencia y de sentimientos, conservaba su forma exterior con decoro, si no con gran apariencia, y no dejaban permanecer en Roma extranjero de alguna significación, sin instarle á que se hiciese recibir, y había tanto más motivo, cuanto no bastaban sus módicos recursos á sostener el guarda de las poéticas tierras.

La ecremonia pasó de la manera siguiente: En las antesalas de un edificio decoroso presentáronme á un eclesiástico, persona de importancia, y diéronmelo á conocer como fiador y padrino. Entramos en una gran sala, ya bastante animada, y nos colocamos en la primera fila de sillas, enfrente de una tribuna levantada en el medio. La entrada de la concurrencia aumentaba, y en el sitio vacío, á mi derecha, vino á sentarse un anciano de muy buena figura, que en su traje y en el respeto que le demostraban, creílo Cardenal. El Custodio, desde la tribuna, pronunció un discurso de introducción y llamó á diferentes personas que leyeron trabajos en prosa y verso. Después de transcurrido en ello bastante tiempo, el Custodio pronunció un discurso que omito, porque decía lo mismo que el diploma que

Febrero.

CORRESPONDENCIA.

Roma 2 de Febrero de 1788.

¡Qué á gusto estaré el martes á la noche, cuando los locos se queden tranquilos! Es horrible pesadez ver á los demás hacer desatinos, no estando contagiado.

Proseguí mis estudios todo lo posible. *Claudina* adelanta también, y si todos los genios no me rehusan su ayuda, de hoy en ocho días enviaré el tercer acto á Herder y habré salido del tomo quinto. Ahora surge una necesidad, en la cual nadie puede aconsejarme ni prestarme ayuda. *Tasso* tiene que volverse á hacer de nuevo: lo hecho no me sirve. Ni lo puedo terminar según está, ni rechazarlo todo. ¡Trabajos que Dios da á los hombres!

El tomo sexto contendrá probablemente *Tasso*, *Lila*, *Jery* y *Bactely*, todo refundido, de manera que no los conocerá nadie. Al mismo tiempo volví á mirar mis pequeños poemas, pensando en el tomo octavo, que aparecerá tal vez antes del séptimo. ¡Qué cosa tan extraña es hacer así el *Summa Summarum* de nuestra vida! ¡Qué pocas huellas quedan de una existencia!

Aquí me agobian las traducciones de Werther, mostrándome las y preguntándome cuál será la mejor y si todo aquello es verdad; es una plaga que me perseguiría hasta la India.

Roma 9 de Febrero.

Adjunto va el tercer acto de *Claudina*; deseo que te proporcione, al menos, la mitad del gusto que á mi me ha dado terminarlo. Conocedor de las necesidades del teatro lírico, traté de facilitar, haciendo sacrificios, el trabajo del compositor y del actor. La materia que se ha de recamar necesita tener los hilos largos, y en una ópera cómica hay que tejer en absoluto, como Marli. Sin embargo, ésta, al igual de *Erwin*, la he cuidado un poco para la lectura. En fin, hice lo que pude.

Me estoy muy callado y tranquilo, dispuesto, conforme dije, á obedecer á la primera llamada. Soy demasiado viejo para las Artes plásticas; si he metido también más ó menos mi cucharada, fué una sola vez. Mi sed se ha apagado. Estoy en el verdadero camino del estudio y la observación; pacífico y sobrio es mi goce; dadle vuestras bendiciones. Ahora, nada me interesa sino terminar mis tres últimos tomos. Luego le tocará á *Wilhelm*, etc.

Roma 9 de Febrero de 1788.

Los locos hicieron lunes y martes lo que se llama un ruido en regla, sobre todo el martes á la noche, que llegó al colmo el furor de los *moccoli*. El miércoles se dieron gracias á Dios y á la Iglesia por la cuaresma. No

asisti á ningún festin (así llaman á las *redoutes*). Estoy todo lo ocupado que mi cabeza resiste. Acabado el quinto volumen, ocúpome en algunos estudios artísticos y enseguida iré al sexto. Leí estos días el libro de Leonardo da Vinci *Sobre la Pintura* y ahora comprendo por qué nunca pude entender palabra de él.

¡Oh qué felices encuentro á los espectadores! ¡Se creen tan entendidos y están satisfechos de sí mismos! Igual sucede á los aficionados, á los conocedores. No puedes figurarte gente más sin aprensión, mientras que el verdadero artista siempre se encuentra desalentado. El otro día, oyendo formular juicios á un hombre que no trabaja, sentí tal repugnancia que no puedo expresarla. Un discurso así, me pone malo como el humo del tabaco.

Angelika dióse el gusto de comprar dos cuadros, uno del Ticiano y el otro de París Bordone, ambos de mucho precio. Muy rica, no gasta su rentas y las aumenta cada año su trabajo; hace muy bien en procurarse esas satisfacciones, que estimulan su fervor de artista. Desde el momento que tuvo los cuadros en su casa, principió á pintar de manera nueva, ensayando el modo de apropiarse algunas cualidades de aquellos maestros. Es incansable, no sólo en trabajar, sino en estudiar. Causa placer ver en su compañía cosas de Arte.

Kaysler lleva también su obra como verdadero artista. Su música de *Egmont* adelanta mucho. Aún no lo he oído todo y paréceme cada cosa muy adecuada al pensamiento final.

También puso música á *Cupido engañador*, *malig-no mazo*, etc. Te lo envío á fin de que, recordándome, lo cantéis á menudo; es mi canción favorita.

Tengo la cabeza desordeada de tanto escribir, hacer y pensar. No me hago más sabio; exijo demasiado de mí mismo y me impongo demasiada carga.

Roma 16 de Febrero.

Hace algún tiempo trájome el correo de Prusia una carta de nuestro Duque: la más amigable, grata, buena y amable del mundo. Pudiendo escribir con libertad, me exponía toda la situación política, la suya y otra porción de cosas más. Respecto de mí se ha expresado de la manera más afectuosa.

Roma 23 de Febrero.

Esta semana ocurrió un acontecimiento que ha entristecido á toda la colonia artística. Un francés llamado Dronet, joven de veinticinco años, hijo único de una madre muy cariñosa, rico, guapo, bien educado, que entre todos los discípulos era el que daba mejores esperanzas, ha muerto de viruelas. Es un duelo general. He visto en su estudio desierto, de tamaño natural, la

figura de un Phidoceto que calma el dolor de su herida haciéndose aire con el ala de un ave de presa que acaba de matar. Es cuadro muy bien pensado y bien ejecutado, pero no está concluido.

Me aplico y estoy satisfecho y espero lo porvenir. Veo claro todos los días que he nacido para la poesía y que en los diez años, á lo sumo, que me quedan de poder trabajar, debería ejercitar esta especialidad y haría aún algo bueno, puesto que muchas veces, sin gran estudio, el fuego de la juventud me ha servido. De mi larga estancia en Roma saqué la ventaja de renunciar al ejercicio de las Artes plásticas.

Angelika hizome el cumplido de decirme que conoce pocas personas en Roma que vean mejor en las Artes que yo. Sé muy bien dónde no veo y qué es lo que no veo, y que hago siempre progresos y lo que habría que hacer para ver cada vez más lejos. En fin, conseguí ya mi objeto en una cosa que apasionado deseaba, y era no palpar como ciego.

Te enviaré en la primera carta unos versos, — *Amor, pintor de paisaje*, — y les deseo buena suerte. Traté de poner en cierto orden mis pequeños poemas. Parece cosa singular. Los dedicados á Hans Sachs y á la muerte de Miedings, cierran el tomo octavo y mis obras por ahora. Si me llevan á descansar junto á la Pirámide (1), estos dos poemas podrán servirme de oración fúnebre.

(1) La Pirámide de Cestius, donde estaba el cementerio protestante.

Mañana temprano tenemos capilla Papal y principia la audición de la famosa música antigua, que luego, en la Semana Santa, se eleva al mayor grado de interés. Iré la mañana de todos los domingos, animado á conocer ese estilo. Kayser, que lo estudia en serio, me explicará su sentido. En cada correo esperamos un ejemplar de la música del Jueves Santo, que Kayser dejó en Zurich. Primeramente lo tocará en el clavecín y luego lo oiremos en la capilla.



RELATO.

Febrero.

Cuando se nace artista, la contemplación estética se satisface en muchos objetos, y á tal fin me sirvieron el terbellino de las locuras y absurdos del Carnaval. Era la segunda vez que lo hacía y hube de reconocer bien pronto que esta fiesta popular, al igual de muchos otros acontecimientos periódicos, tiene su curso determinado.

Acepté reconciliado el tumulto, mirándolo como cualquier otro fenómeno natural y acontecimiento nacional de importancia. En tal sentido me interesó; observé atento el curso de las locuras, que tomaba ciertas formas convencionales. Entonces anoté todos los sucesos particulares y me serví, más tarde, del trabajo preparatorio para redactar la Memoria que pondré luego. Al mismo tiempo pedí á nuestro vecino Jorge Schatz dibujarse y metiese en color ligeramente las máscaras

sueeltas, lo cual hizo con su acostumbrada complacencia. Más tarde estos dibujos fueron grabados *in quarto* por Jorge Melchor Krauss, de Francfort, director del Instituto libre de dibujo de Weimar, é iluminados según los originales, para la primera edición, que apareció en casa de Unger, y va siendo rara. Deseando conseguir el objeto propuesto, fué preciso meterse más entre las máscaras de lo que hubiera hecho, á no tenerlo, y en verdad, á pesar de la vista pintoresca, causaba aquello á menudo impresiones repulsivas y desagradables. Habituaado el espíritu á los objetos nobles que lo ocupan todo el año en Roma, parecía sentir constantemente que no se encontraba en su sitio.

Aparejado á mis sentimientos íntimos estaba lo más deleitoso. En la plaza de Venecia, donde muchos carruajes, antes de ponerse en la fila, acostumbran á pararse, observándose al pasar, vi el coche de Madama Angelika y me acerqué á la portezuela, á fin de saludarla. Apenas asomaba la cabeza saludándome afectuosamente, cuando se echó atrás para dejarme ver á la milanesa, ya en sana salud, sentada á su lado. No la encontré cambiada, pues ¿cómo no había de restablecerse pronto tan sana juventud? Hasta sus ojos parecieron mirarme más vivos y brillantes, con una alegría que penetró en lo más interno de mi alma. Quedámonos sin hablar buen rato, y al cabo Madama Angelika tomó la palabra, é inclinándose á mí, dijo: Tengo que

hacer de intérprete, viendo que mi joven amiga no es capaz de decir lo que desea hace tanto tiempo y se ha propuesto y me repetió muchas veces, y es lo muy agradecida que está al interés que usted se ha tomado en su enfermedad y en su suerte. Lo primero que la ha consolado al volver á la vida y ayudádole á recobrar-se, fué la simpatía de sus amigos, y en particular la de usted. Saliendo de la soledad más profunda se encuentra en el más hermoso círculo de amistad.

— Todo eso es verdad, dijo la joven alargándome su mano, que pude estrechar entre las mías, mas no llevar á mis labios.

Alejeme en secreto satisfecho y metíme en la barahunda de los locos, sintiendo la más tierna gratitud hacia Angelika, que se había interesado por la buena joven, consolándola después de su desgracia y, lo que es raro en Roma, recibiendo en su noble círculo aquella señorita, desconocida hasta entonces. Ello me conmovía más, lisonjeándome de haber tenido no poca parte, en razón del interés que me inspiraba la buena niña.

El Senador romano Príncipe de Rezzonico ya á su vuelta de Alemania viniera á visitarme. Hiciérase amigo íntimo de Herr von Diébe y su señora, y con tal motivo trájome recuerdos y saludos de aquellos respetables protectores y amigos. Según costumbre, rehuí más estrechas relaciones; al fin, sin que fuera posible apar-

tarme, encontréme en aquel círculo. Los mencionados amigos von Diébe vinieron á pagar la visita á aquel que entre los afortunados del mundo se contaba, y no pude dejar de aceptar muchos convites de varias suertes, tanto más, cuanto la señora, muy celebrada por su manera de tocar el clave, consintiera hacerse oír en un concierto dado en la morada que el Senador tenía en el Capitolio, y nuestro huésped Kayser, cuya habilidad era notoria, recibió una invitación lisonjera para tomar parte en aquella fiesta.

La incomparable vista que se goza á la puesta del sol, desde las ventanas de las habitaciones del Senador, del Coliseo y cuanto en él se apoya de los otros lados, ofrecía á nuestras miradas de artista el espectáculo más soberbio, al cual, sin embargo, no nos atrevíamos á entregarnos, no queriendo faltar al respeto y cortesía debidos á la sociedad. La Señora Diébe tocó un concierto dando á conocer grandes facultades, y luego ofrecieron el sitio á nuestro amigo, que lo sostuvo muy dignamente, á juzgar por las alabanzas que recogió. Luego tocó el turno á una señora que ejecutó un aria muy bonita, y cuando volvió á corresponderle á Kayser, tocó un tema gracioso, haciendo sobre él variaciones hasta lo infinito.

Todo estuviera muy bien, según el Senador me dijo, entre mil cosas amables en conversacion particular, pero, sin poderlo ocultar, aseguróme, empleando aquel suave modo veneciano medio pesaroso, que no gustaba del género de variaciones, mientras los adagios expre-

sivos de su dama, cada vez que los oía le encantaban.

No sostendré ahora que semejantes tonos sentimentales, de ordinario empleados en los adagios y largos, me fuesen siempre desagradables; sin embargo, me gustaba más, en la música, lo que anima, pues nuestros propios sentimientos, nuestras reflexiones sobre las pérdidas y las decepciones que sufrimos, con harta frecuencia nos abaten y amenazan vencernos.

A nuestro Senador no podía tomarle á mal, antes le tomaba á bien, que aquellos sonidos le halagasen el oído, porque le confirmaban en la grata realidad de alojarse en la más suntuosa de las mansiones, á la más querida y más respetada de las amigas.

A los oyentes alemanes causónos placer inestimable, al mismo tiempo que oíamos á una excelente y respetada dama, antigua amiga nuestra, sacando del clave delicadísimos sonidos, contemplar desde la ventana un paisaje, único en el mundo, á la hora de ponerse el sol y con ligero movimiento de cabeza abarcar el gran cuadro que se extendía, á la izquierda, desde el Arco de Septimio Severo, todo lo largo del Campo Vaccino hasta el templo de Minerva y el templo de la Paz, para dejar ver, detrás, el Coliseo, después del cual, inclinándose la mirada á la derecha, recorriendo el Arco de Tito, se perdía y se detenía en el laberinto de las ruinas del Palatino y sus espacios despoblados, adornados de jardines cultivados y vegetación silvestre.

Recomendamos una vista del Nordeste de Roma el año 1824, dibujada y grabada por Fries y Thurmer, to-

madade la torre del Capitolio. Es algunos pisos más alta, y según las últimas excavaciones, á la luz de la tarde y en sombras, conforme la vimos en otro tiempo. Puede concebirse el encanto que tendría con los colores del fuego y los objetos en las sombras azuladas). Tuvimos á dicha ver después, en aquellas horas, el cuadro tal vez mejor que ha pintado Mengs, y es el retrato de Clemente XIII Rezzorico, á quien nuestro anfitrión, como *Nepote*, debía su puesto de Senador. Para concluir sobre el mérito de esta obra citaremos un pasaje del diario de nuestro amigo.

«Entre los cuadros pintados por Mengs, donde con más vigor se conserva su Arte, es en el retrato del Papa Rezzorico. El artista imitó en él á los venecianos, en el colorido y en la factura, con los mejores resultados. El tono del colorido es verdadero y caliente y la expresión del rostro, animada é inteligente. La cortina de tela de oro, sobre la que se destaca hermosa la cabeza y el resto de la figura, pasa en la pintura por una pieza artística arriesgada, pero resulta excelente, porque de ella recibe el cuadro aspecto armónico y rico, muy agradable á la vista.»

El Carnaval en Roma.

Al emprender describir el Carnaval en Roma, tememos que se nos haga una objeción, y es, que semejante

fiesta no puede, en realidad, ser descrita. Tan grande masa de objetos sensibles debe verse mover directamente y que cada uno la contemple y la comprenda á su manera.

Y esta objeción tomará más fuerza si confesamos que el Carnaval en Roma, para el espectador extranjero que lo ve la primera vez y no quiere ni puede más que *verlo*, ni da impresiones completas, ni alegría ni recrea la vista, ni da esparcimiento al ánimo.

La calle, larga y estrecha, donde innumerable gente circula, no se puede ver de una mirada en toda su extensión; apenas se distingue, en el sitio donde el alboroto reina, algo que pueda abarcar la vista. El movimiento es uniforme; el ruido, atronador; el final del día, desagradable. Las dificultades desaparecerán pronto si nos explicamos mejor, y la cuestión está en que la descripción nos justifica.

El Carnaval de Roma no es una fiesta dada al pueblo, sino que el pueblo se da á sí mismo.

El Estado hace pocos preparativos y pocos gastos; el círculo de la alegría se mueve de suyo y la mano débil de la policía lo dirige.

Aquí no hay función como las muchas con que las iglesias de Roma deslumbran á los espectadores: no hay fuegos de artificio, que desde el castillo de Sant Angelo ofrecen espectáculo sorprendente y único; no hay iluminación de la iglesia y cúpula de San Pedro, que tantos forasteros de todas partes atrae y satisface; no hay ninguna procesión brillante, que al acercarse

haga al pueblo rezar y admirarse: aquí no hay más que una señal dada para que cada uno pueda ser todo lo loco que quiera y que, aparte de puñaladas y palos, casi todo le sea permitido.

Un momento parecen suprimidas las distinciones de altos y bajos: todos se acercan; cada cual toma ligero lo que encuentra, y la mutua libertad é independencia mántiense en equilibrio gracias al buen humor universal.

En estos días se regocija el romano de que el nacimiento de Cristo haya podido retrasar la fiesta de las Saturnales y sus privilegios; mas no abolirla.

Nos esforzamos en representar á la imaginación de nuestros lectores la alegría y bullicio de estos días. Nos lisonjeamos también de servir á aquellas personas que por sí mismas vieron una vez el Carnaval de Roma y pueden sentir placer ante el vivo recuerdo de aquellos tiempos, y no menos á quienes proyectan todavía el viaje, á los cuales estas pocas páginas pueden procurar la vista general y el goce de una alegría que pasa ruidosa y en tumulto.

El Corso.

El Carnaval de Roma se concentra en el Corso, calle que limita y determina las diversiones públicas de estos días. En cualquier otro lugar, la fiesta sería cosa distinta, y ante todo tenemos que describir el Corso.

Al igual de muchas otras largas calles de ciudades italianas, toma el nombre de las carreras de caballos

con que en Roma se termina cada día del Carnaval y, en otros sitios, otras solemnidades, como la fiesta del patrón ó la inauguración de una iglesia. La calle se extiende en línea recta, desde la plaza del Popolo hasta el palacio veneciano: tiene cerca de tres mil quinientos pies de largo, y a un lado y otro altos edificios, magníficos la mayor parte. Su anchura no es proporcionada á su longitud ni al alto de las casas. Á los dos lados, toman las aceras, para los peatones, de seis á ocho pies. El centro sólo queda destinado á los carruajes, en la mayor parte de los sitios, de doce á catorce pasos, y desde luego se ve que en tal espacio, á lo más tres carruajes pueden moverse de frente.

El Obelisco de la plaza del Popolo es en Carnaval el límite inferior de la calle y el palacio de Venecia el superior.

Paseo de coches en el Corso.

Los domingos y días de fiesta, el Corso de Roma vese siempre animado. Los nobles y los ricos pasean una hora ú hora y media antes de la noche, en sus trenes, formando numerosa fila. Los carruajes bajan del palacio de Venecia, manteniéndose á la izquierda; si el tiempo está bueno pasean por delante del Obelisco, salen por la puerta y recorren la vía Flaminia, muchas veces hasta Ponte Molle.

Los que vuelven más tarde ó más temprano toman el lado derecho y así van las dos filas de carruajes en el mejor orden, una al lado de otra.

Los embajadores tienen el derecho de ir y venir entre las dos filas. El pretendiente que vivía en Roma bajo el nombre de Duque de Albania, había obtenido el mismo privilegio.

En cuanto tocan á Oraciones, se interrumpe el orden; cada uno se dirige á donde quiere y busca el camino más corto, á menudo molestando á otros muchos carruajes, que tienen que detenerse en el estrecho espacio.

Este paseo de la tarde, brillante en todas las grandes ciudades de Italia y que todas las pequeñas imitan, aunque sólo cuenten algunos coches, atrae mucha gente de á pie al Corso: todos vienen á ver ó ser vistos.

Según advertiremos, el Carnaval no es más que la continuación, ó más bien, el punto culminante de aquella diversión habitual de los domingos y días de fiesta; no es nada nuevo, ni extraño, ni único; al contrario, se une muy naturalmente á la vida de Roma.

Clima.—Trajes eclesiásticos.

Parecenos muy poco extraño ver una porción de máscaras en la calle, porque estamos acostumbrados, durante todo el año, á contemplar, bajo el puro cielo, muchas escenas de la vida.

En cada fiesta, los tapices colgados, las flores esparcidas, las extendidas telas, convierten las calles en grandes salas y galerías.

No hay muerto que lleven á la fosa sin el acompañamiento de alguna cofradía disfrazada. Los muchos há-

bitos de frailes acostumbran la vista á las figuras raras y extrañas. Todo el año parece Carnaval, y los abates, con sus trajes negros, entre las otras máscaras eclesiásticas, parecen representar los nobles *tabarri*.

Principio.

Desde el año nuevo están abiertos los teatros y el Carnaval comienza. Vese en los palcos alguna bella que enseña al público, con gran contentamiento, sus charrreteras; aumenta el número de coches en el Corso. Sin embargo, la atención general espera los ocho días últimos.

Preparativos para los últimos días.

Muchos y diversos preparativos anuncian al público la proximidad de estas horas paradisiacas.

El Corso, una de las pocas calles que en Roma se conservan limpias todo el año, bárrenla y limpianla aún con más cuidado. Ocúpanse en levantar, en los sitios que se ha hundido, el pavimento, compuesto de bonitos pequeños cubos de basalto cortados iguales, colocándolos de nuevo á nivel. Aparte de esto, se ven igualmente precursores vivos. Cada día de Carnaval, se termina, conforme ya hemos dicho, en una carrera de caballos. Los caballos que cuidan destinados al objeto, son pequeños en su mayor parte, y á causa de su origen extranjero, llaman á los mejores *barberi*.

Cubren al caballo con un caparazón de lienzo blanco, que se le ciñe á la cabeza, al cuello y al cuerpo y está

adornado en las costuras con cintas de colores. Llévanlo delante del Obelisco, al punto de partida futuro; tienenlo un rato parado, la cabeza dirigida al Corso, y luego lo conducen despacito, y en el palacio de Venecia le dan un pienso, á fin de que sienta interés en hacer luego la carrera más de prisa.

Repetido el ejercicio muchas veces con la mayor parte de los caballos, que suelen ser quince ó veinte, y cada uno, en tales paseos, va siempre acompañado de una porción de muchachos que chillan alegremente, tiénese ya un gusto anticipado del mayor ruido y zambra que seguirá pronto.

En otro tiempo, las casas grandes de Roma álimentaban estos caballos en sus caballerizas. Teníase á honra que uno de ellos ganase el premio. Hacíanse apuestas y un banquete celebraba la victoria. En los últimos tiempos esta afición ha decaído mucho, y el deseo de ver sus caballos premiados bajó á la clase media y aun á la inferior.

De aquellos proviene, acaso, la costumbre de pasear los premios por toda Roma, durante estos días. Hácelo una tropa de ginètes acompañados de trompetas; entran en los patios de las casas grandes, y después de una tocata, reciben su propina.

El premio consiste en una tela de oro ó plata de unas dos varas y media de largo, por una escasa de ancho, que colocan flotante, á modo de bandera, en una pèrtiga pintada de colores y que en su parte inferior tiene la imagen de algunos caballos corriendo.

Este premio se llama el palio, y tantos días como dura el Carnaval, pasean muchos de los tales, cuasi-estandartes, por las calles de Roma.

Mientras tanto empieza el Corso á cambiar de aspecto. El Obelisco es el término de la calle. Delante de él colocan un tablado de muchos órdenes de asientos y gradas, que da frente al Corso. Delante del tablado erigen las barreras, entre las cuales traerán luego los caballos que han de correr. A ambos lados levantan fuertes tablados, que se unen á las primeras casas del Corso, y así queda la calle aumentada dentro de la plaza. A los dos lados de las barreras hay pequeñas tribunas cubiertas, para las personas que han de dar la señal de partida á los caballos.

Todo lo largo del Corso se ven igualmente tablados delante de muchas casas; la plaza de San Carlos y la de la Columna de Antonino, sepáranlas barreras y todo muy deslindado, para que la fiesta entera se encierre en la estrecha y larga calle del Corso.

En fin, en el medio de ella esparcen *Puzzolane*, á fin de que los caballos no resbalen.

Señal de libertad completa en Carnaval.

Así se alimenta y ocupa la impaciencia hasta que una campana del Capitolio, muy poco después del medio día, da señal que permite á cada uno ser loco á la faz del cielo:

En tal momento el grave romano, que se guarda

cuidadoso el año entero de dar un mal paso, deja de lado su seriedad y escrúpulos.

Los obreros, que hasta el último momento se ocupan en el pavimento, largan sus herramientas y ponen fin al trabajo, jugando.

Poco á poco, cuelgan tapices de todas las ventanas y balcones; en las aceras, á los dos lados de la calle, se colocan sillas. Los habitantes de menor categoría y los niños están en la calle, que ha cesado ya de ser calle; más bien es un gran salón de fiestas, enorme galería decorada.

Conforme todas las ventanas están colgadas de tapices, cubren los tablados alfombras usadas; las muchas sillas aumentan cada vez la idea de un salón, y el cielo, favorable, pocas veces hace recordar que falta el techo. Así hácese la calle más habitable. Al salir de casa no se figura uno que está en la calle entre extraños, sino en una sala entre gente conocida.

Guardia.

Mientras el Corso se anima cada vez más y entre las muchas personas que pasean en su acostumbrado traje se muestra aquí y allí algún polichinela, los militares reúnen delante de la Porta del Popolo, y guiados por el general á caballo, en buen orden, con equipos nuevos y música á la cabeza, suben Corso arriba, ocupan todas las entradas, establecen dos cuerpos de guardia en los puntos principales, y se encargan de mantener el orden durante toda la fiesta.

Los que alquilan sillas y tablados gritan ahora afanosos: *!Luoghi! !Luoghi! !Padroni luoghi!*

Máscaras.

Principian las máscaras á aumentar: jóvenes vestidos con los trajes de fiesta de las mujeres de la clase inferior, el seno descubierto y mucha desenvoltura, muéstranse primero. A los hombres que encuentran acarician; con las mujeres están familiarmente, en pie de igualdad, y se permiten todo lo que el capricho, el ingenio ó la grosería les inspira.

Recuerdo, entre otros, un muchacho que hacía maravillosamente el papel de mujer apasionada y pendeñera, que de ningún modo se apaciguaba; iba por todo el Corso arrimándose á cada uno y buscando camorra, mientras su acompañante parecía tomarse el mayor trabajo del mundo para tranquilizarla.

Veis aquí un polichinela corriendo y haciendo chocarrerías, con un cuerno atado con cordones de colores á un costado. Gracias á un pequeño movimiento, mientras habla á las mujeres, tiene el atrevimiento de imitar, en la Santa Roma, la figura del viejo dios pagano de los jardines, y su travesura provoca más alegría que enfado. Veis aquí otro de sus iguales, que más modesto y satisfecho, lleva consigo á su mitad.

Como las mujeres tienen tanto gusto en presentarse vestidas de hombres, como los hombres vestidos de mujeres, hay muchas que no dejan de ponerse el traje favorito de polichinela, y preciso es confesar que, en

esta figura equívoca, hay algunas que consiguen estar encantadoras.

El paso apresurado y declamando cual ante el tribunal, precipítase un abogado entre la muchedumbre; grita á las ventanas; agarra á los transeúntes con máscara ó sin ella; amenaza á cada uno con un pleito; á éste hace larga enumeración de crímenes risibles que ha debido cometer, al otro especifica claras sus deudas. Reprende á las mujeres por sus sigisbeos y á las jóvenes por sus novíos. Alega un libro que lleva consigo, presenta documentos, y todo en voz penetrante y lengua expedita. Trata de avergonzar á cada cual y ponerlo en confusión. Cuando uno piensa que ha cesado, es cuando principia; cuando piensa que se va, vuelve. Dirigese derecho á uno y no le habla y coge á otro que pasó ya; si encuentra un colega, entonces la locura llega á su más alto grado.

No mucho tiempo pueden estas máscaras atraer la atención del público: las impresiones más insensatas desaparecen pronto, á causa de la multitud y diversidad.

Los *Quacqueri* no hacen tanto ruido como los abogados y no llaman menos la atención. Este disfraz parece haberse generalizado tanto, gracias á la facilidad de encontrar, en las prenderías, piezas de ropa á la antigua moda francesa.

Lo que se pide, en especial, en tales disfraces, son trajes á la antigua francesa, bien conservados y de telas ricas. Raras veces se les ve sin vestidos de terciopelo

ó seda; llevan chupas de brocado ó bordadas. El Quacqueri debe ser gordo; su careta moquetada, de ojos pequeños, la peluca de extravagantes coletillas, el sombrero pequeño y generalmente ribeteado.

Se ve que la figura acérrese mucho al *Bufo caricato* de la Ópera cómica, y al igual de aquel, la mayor parte de las veces representa un tonto enamorado y engañado; los *Quacqueri* figuran asimismo petimetres absurdos. Saltan ligerísimos sobre la punta de los piés; en lugar de lentes, llevan grandes anillos negros, sin cristales, con los que miran á los carruajes y á las ventanas. Hacen generalmente una reverencia muy tiesa y profunda y dan á conocer su alegría, en particular, al encontrarse unos á otros, dando muchos saltos con los dos piés juntos y un grito penetrante é inarticulado, que tiene mucha analogía con las consonantes *br...*

Este grito es muchas veces una señal que repiten los más próximos, de manera que en poco tiempo resuena en todo el Corso.

Al mismo tiempo, muchachos traviosos soplan en grandes conchas retorcidas y destrozán los oídos sus inaguantables sonidos.

Se comprende que á causa de la estrechez del sitio y el parecido de tantos disfraces—pues bien recorren el Corso en todos sentidos algunos cientos de Polichinelas y un ciento de Quacqueros—muy pocos puedan tener idea de hacerse notables y llamar la atención, y aun éstos deben presentarse muy pronto en el Corso. Lo que todos desean más, es divertirse, dar expansión á

su locura y gozar, lo mejor posible, la libertad de tales días.

Las muchachas en particular, y las mujeres, tratan de divertirse y saben hacerlo á su manera. Cada cual procura salir de casa, y de cualquier modo que sea, disfrazarse; habiendo pocas en situación de gastar mucho dinero, emplean el ingenio de mil suertes en disfrazarse, más bien que adornarse.

Los trajes de mendigos de ambos sexos son muy fáciles de tener. Se necesita, en primer lugar, buena cabellera; luego una careta enteramente blanca, un puchero de barro colgado de una cinta de color, un palo y el sombrero en la mano. Van pidiendo por las ventanas fingiendo ademanes muy humildes, y en lugar de limosna reciben caramelos, nueces y cualquier cosa del género. Otras lo hacen todavía con mayor comodidad; se envuelven en una capa de pieles ó en una bata graciosa, sólo con careta puesta. Van la mayor parte de las veces sin hombres, y de arma ofensiva y defensiva llevan una escobilla hecha de la flor de un mimbre, y usándola, separan unas veces á los importunos, y otras, maliciosas, la pasan por la cara de los conocidos ó desconocidos que encuentran sin careta.

Quando un hombre, al que desean marear, cae entre cuatro ó cinco de estas muchachas, no sabe cómo librarse; la muchedumbre le impide escaparse, y donde quiera que se vuelva, siente la escobilla debajo de la nariz. Tomar en serio la broma ó cualquiera otra, sería peligroso, que las máscaras son in-

violables y la guardia tiene orden de protegerlas.

Los trajes usuales de todas las condiciones sirven también de disfraces. Los palafreneros, provistos de sus grandes bruzas, cepillan la espalda de quien se les antoja. Los *vetturinos* ofrecen sus servicios con su acostumbrada importunidad. Son más graciosos los disfraces de aldeanas, mujeres de Frascati, pescadores, barqueros napolitanos, esbirros y griegos. Algunos imitan trajes de teatro; otros se contentan con envolverse en una alfombra ó en una sábana, que se atan encima de la cabeza.

La figura blanca acostumbra á ponerse delante de nosotros y dar un salto, imaginándose así hacer de fantasma. Algunos se distinguen por combinaciones singulares, y el tabarro considérase el más noble disfraz, porque no se distingue en nada.

Las máscaras ingeniosas ó satíricas son muy raras, porque ya llevan un objeto y quieren llamar la atención. Sin embargo, vi un Polichinela cornudo. Los cuernos eran movibles y podía retirarlos y sacarlos como un caracol. Cuando se ponía debajo de la ventana de unos recién casados, dejaba sólo ver la puntita de un cuerno, y para otra pareja sacaba los dos cuan largos eran, haciendo sonar con viveza los cascabeles que llevaban en la punta. Un momento atraía la atención del público y provocaba, á veces, grandes carcajadas.

Un mago mézclase entre la gente, enseña al pueblo un libro lleno de números, y así le recuerda su pasión á la lotería.

Uno se mezcla entre la gente; tiene dos caras y no se sabe cuál es la de delante y cuál la de atrás, si va ó si viene.

Los extranjeros estos días tienen que resignarse á sufrir burlas. Los largos ropajes de los hombres del Norte, los grandes botones, los extravagantes sombreros redondos, chocan á los romanos, y así el extranjero es para ellos una máscara. Los pintores extranjeros, sobre todo los que estudian paisaje y edificios, se sientan en todas partes en público, en Roma, y así representan entre el bullicio del Carnaval; muy ocupados, con grandes carteras, largos *surtous* y colosales portaplúmicos.

Los mozos de tahona alemanes se ven borrachos muchas veces, y se los representa dando traspiés y con una botella en la mano y sus trajes habituales, ó un poco adornados.

No hemos conservado recuerdo más que de una máscara picante. Debían levantar un Obelisco delante de la iglesia *Trinita di Monte*. El público no estaba muy contento, ya porque la plaza es pequeña ó ya porque para elevar el pequeño Obelisco á cierta altura, era preciso un pedestal muy alto. Esto dió á uno ocasión de ponerse por gorro un gran pedestal, sobre el que sujetaba un Obelisco muy pequenito. En el pedestal había grandes letras, cuyo sentido tal vez sólo muy pocos adivinaban.

Coches.

Mientras las máscaras aumentan, los coches van llegando poco á poco al Corso, en el mismo orden que hemos descrito cuando se trató del paseo de los domingos y días de fiesta, con la diferencia que, bajando del palacio de Venecia por el lado derecho, al llegar al sitio donde termina el Corso, dan vuelta y suben por el izquierdo.

Hemos indicado ya que deducidas las aceras, la calle, en su mayor parte, no tiene más que tres carruajes de ancho.

Las aceras vense ocupadas de tablados y sillas y muchos espectadores tomaron asiento ya. Tocando á las sillas y tablados, baja una fila de coches y otra sube del otro lado. Los peatones están encerrados en un espacio, todo lo más de ocho pies, entre las dos filas. Cada uno se abre paso, según puede, para ir y venir, y en todos los balcones y ventanas se amontona la gente para ver la apiñada multitud.

El primer día sólo se observan los trenes de costumbre; todo el mundo reserva para los siguientes lo que ha de lucir de más elegante y magnífico. Hacia el fin del Carnaval se ven muchos carruajes abiertos, algunos de seis asientos; dos señoras van en los más altos, una enfrente de otra, de manera que puede verse toda la figura; cuatro señores ocupan los restantes de las esquinas. El cochero y los lacayos visten de máscara; los caballos, adornados con gasas y flores.

Muchas veces, acostado entre los pies del cochero, va un hermoso perro de lanas, blanco, adornado de cintas rosa. Los arneses, provistos de cascabeles, suenan, llamando un momento la atención del público.

Fácil es comprender que sólo las mujeres hermosas se atreven á presentarse de tal modo, elevadas, á vista de todo el mundo y que sólo las más hermosas van sin careta. Así, cuando se acerca el coche, que generalmente es muy despacio, todas las miradas dirigense á ella y tiene el placer de oír en muchas partes: *O quanto è bella!*

En otro tiempo, los carruajes de lujo eran más frecuentes y más ricos y también más interesantes: representaban asuntos mitológicos y alegóricos. Al presente, sea por lo que quiera, los nobles, perdidos en el conjunto, quieren más bien gozar del gusto que en esta fiesta encuentran, que distinguirse de los demás.

Cuanto más avanza el Carnaval, más alegre aspecto tienen los trenes. Aun las personas serias, que van sin careta en sus carruajes, permiten á sus cocheros y lacayos que se distraen. El cochero elige, casi siempre, el traje de mujer y los últimos días parece que sólo mujeres guían los coches. Generalmente visten con decencia y hasta con gracia; en cambio, un criado feo, anchote, vestido á la última moda, el pelo muy rizado, altas plumas, va de caricatura; y así como las bellas oyen sus alabanzas, él tiene que sufrir que vengan á decirle en sus narices: *O fratello mio, que brutta puttana sei!*

A veces, el cochero hace el favor á algunas de sus amigas, si las encuentra en las apreturas, de dejarlas subir al pescante; éstas, por lo regular, vestidas de hombre, se sientan á su lado y con frecuencia sacuden sus piernecitas de Polichinela y sus pies pequeños, provistos de tacones altos, sobre las cabezas de los transeuntes. Los lacayos hacen lo mismo; admiten a sus amigos y amigas en la trasera del coche; no falta sino que se pongan en la imperial, como en las mensajerías inglesas.

Los señores parecen ver gustosos su coche tan repleto. En estos días todo se permite y todo está bien.

Apreturas.

Dirijamos una mirada á la calle larga y estrecha: en todas las ventanas y balcones, de donde cuelgan abigarrados y largos tapices, espectadores apiñados dirigen sus miradas á los tablados llenísimos y á la fila larga de sillas á ambos lados de la vía. En el centro, dos hileras de coches se mueven lentos y el sitio en que, á lo más podría caber otro, está colmado de gente que no se puede decir va y viene, sino que se empuja en todos sentidos. Como los coches, siempre que la cosa es posible, guardan entre sí una distancia para no echarse á cada parada unos encima de otros, muchos del centro, ansiosos de respirar, salen de los achuchones y se arriesgan á meterse entre las ruedas de un coche y la lanza de los caballos de otro y cuanto más grande es el peligro y la dificultad, más parecen aumentarse la audacia y el capricho de los que á él se exponen.

La mayoría de los peatones, que se mueven entre las dos filas de carruajes, á fin de preservar sus vestidos y sus miembros, evitan cuidadosos las ruedas y los ejes y dejan en general entre los coches y ellos más sitio del necesario. El que no puede soportar ir lentamente empujado por la masa y tiene valor de escurrirse entre las ruedas y los peatones, entre el peligro y los que lo temen, puede, en poco tiempo, andar mucho camino hasta que un nuevo obstáculo le detiene.

Ya nuestro relato parece salirse de los límites de lo creíble y apenas nos atreveríamos á proseguir, si las muchas personas que asistieron al Carnaval de Roma no pudieran testificar que nos mantenemos en la verdad y si no fuera una fiesta que se repite todos los años y que muchos, en lo sucesivo, podrán tal vez observar con mi libro en la mano.

¿Y qué dirán nuestros lectores si les declaramos que lo relatado hasta ahora no es, por decirlo así, sino el primer grado de la apretura, del ruido, del tumulto y de la licencia?

Paso del Gobernador y del Senador.

Mientras los carruajes adelantan suavemente y se detienen cuando es preciso, á los peatones se les atormenta de muchas maneras.

En primer lugar, la guardia del Papa atraviesa la multitud, arriba y abajo, manteniendo el orden de la circulación de los coches y evitando los caballos de estos, se encuentra con la cabeza de uno de silla

en las espaldas; á tal incomodidad, sigue otra mayor.

El Gobernador, en un gran coche de gala y su séquito de muchos coches, pasa por el medio, entre las dos filas de los otros carruajes. La guardia del Papa y los lacayos que van delante, avisan y hacen sitio y esto ocupa un momento todo el ancho, antes escaso para los de á pie. Oprímense cuanto pueden entre los otros coches ó se apartan del modo que les cuadra. Y según al paso de un buque el agua se separa sólo un instante y vuélvese á igualar detrás del timón, así la masa de las máscaras y de los otros peatones, se extiende inmediatamente detrás de la comitiva. No pasa mucho tiempo sin que nuevo movimiento turbe la gente. El Senador se adelanta en idéntica forma y aparato. Su gran coche de gala y los carruajes de su séquito parecen nadar sobre las cabezas de la muchedumbre prensada; y si todos, nacionales y extranjeros, están prendados y en cantandos de la amabilidad del actual Senador, el Príncipe Rezzonico, es tal vez éste el único caso en que, multitud de personas, se sienten felices viéndolo alejarse.

Estas dos comitivas de los jefes de la magistratura y policía romanas, sólo atraviesan el Corso el primer día, para abrir solemnemente el Carnaval; mas el Duque de Albania lo cruzaba á diario, con gran molestia del público, y en el tiempo de la mascarada general recordaba á la antigua Señora de Reyes, la farsa carnavalesca de sus reales pretensiones.

Los embajadores, que tienen igual derecho, úsanlo moderados y de manera humana.

El mundo elegante en el palacio Ruspoli.

No es esto sólo lo que interrumpe é impide la circulación. En el palacio Ruspoli y sus cercanías, donde la calle no es más ancha, han levantado más las aceras de los dos lados. Allí se coloca el mundo elegante y todas las sillas se toman y se comprometen enseguida; y rodeadas de sus amigos y disfrazadas con trajes lindísimos, las mujeres más bonitas de la clase media se muestran á las miradas codiciosas de los que pasan. Todo el que llega se detiene á contemplar reunión tan agradable. Todos tienen curiosidad por reconocer, entre las muchas caras de hombres que parecen allí sentados, las femeninas, y tal vez por descubrir en un oficial guapito, el objeto de sus deseos. Este era el primer punto de parada, pues los coches se detenían cuanto podían, que es preferible, de hacer una parada, que sea en esta tan agradable sociedad.

Confetti.

Si nuestras descripciones, hasta ahora, sólo dieron idea de una situación estrecha y casi angustiada, las impresiones serán más singulares cuando hayamos contado que una suerte de guerrilla, en broma las más de las veces, pero alguna bastante seria, conmueve esta masa de gente alegre y comprimida.

Probablemente, una hermosa tuvo un día la ocurrencia de echar confites á su novio al pasar, para hacerse conocer entre la gente y las máscaras; nada más natu-

ral al que ha sido alcanzado, que volver la cabeza y ver á su maliciosa amiga; hizose costumbre y muchas veces se ve, después de uno de estos ataques, dos caras que se sonríen. Es la gente demasiado económica para gastar tantas golosinas, ó su abuso ha hecho necesarias provisiones más abundantes y menos caras.

Ahora, la industria particular hace, valiéndose de un embudo, una especie de pastillas de yeso del aspecto de grajeas y las llevan á vender, en grandes costas, en medio de la gente.

Nadie está al abrigo de un ataque y todos se previenen á la defensa y por casualidad ó por malicia se producen, en unos lados ó en otros, un duelo, una escaramuza ó una batalla. Peatones, cocheros, los espectadores de las ventanas, de los tablados ó de las sillas, atacanse y se defienden á más y mejor.

Las señoras llevan cestillas doradas y plateadas llenas de semejantes municiones, y los caballeros deben defender valientes á sus damas. Los que van en carruaje esperan el ataque, bajos los cristales; se juega con los amigos y de los desconocidos se defienden obstinados. En ninguna parte es el combate tan serio y general como en las cercanías del palacio Ruspoli. Todas las máscaras que allí se colocaron van provistas de cestillas, saquitos y pañuelos atados por las puntas. Atacan con más frecuencia que son atacados. Ningún coche pasa impunemente, sin recibir, á lo menos, el ataque de algunas máscaras; ningún peatón parado delante está seguro, sobre todo, viendo el traje

negro de algún abate; de todas partes le echan encima cuanto tienen á mano, y como el yeso y la greda, donde dan, pintan, se ve alguno de los tales todo punteado de blanco y gris. La contienda se hace á menudo seria y general, y vense, no sin sorpresa, los celos y la enemistad personal, despacharse á su gusto.

Un enmascarado se acerca sin ser visto y arroja un puñado de *confetti* á una de las primeras bellezas, tan directamente y con tanta violencia, que resuena su carreta y su hermoso cuello se lastima. Los acompañantes de ambos lados se enfurecen, arrojando sobre el agresor las provisiones de sus cestillas y saquetes. Aquél, demasiado bien disfrazado y pertrechado, no siente sus repetidos asaltos. Cuanto más garantido se encuentra, más fuerte continúa el ataque. Los defensores cubren á la señora con sus tabarros, y como el agresor en lo recio del ataque lastima á los vecinos y, sobre todo, ofienden su violencia y grosería, los que se encuentran alrededor toman parte en la pelea, no economizan las bolitas de yeso y tienen, las más de las veces, destinadas á tales casos, municiones de reserva más gordas, muy parecidas á nuestras almendras, y así, el agresor está tan agredido y tan vivamente asaltado de todas partes, que al fin no le queda otro remedio sino la retirada, sobre todo si ha concluido sus municiones.

De ordinario, el que se mete en tal aventura tiene á su lado otro que le secunda, pasándole los proyectiles mientras los vendedores de confites de yeso, durante la

pelea, están muy ocupados con sus cestas, pesando á toda prisa las libras que cada uno desea.

Hemos visto de cerca uno de tan singulares combates, donde á falta ya de materias arrojadizas, los combatientes se tiraban las cestillas doradas á la cabeza, sin escuchar las advertencias de los guardias, que también recibían buena parte de golpes.

Ciertamente muchas de semejantes peleas terminarian á cuchilladas, si las cuerdas colgantes en las esquinas de las calles no recordasen á cada cual, en medio de las diversiones, que es muy peligroso, en tales momentos, servirse de armas dañinas.

Los combates son innumerables y la mayor parte de ellos más alegres que peligrosos.

Por ejemplo: un carruaje abierto, lleno de Polichinelas, llega á Ruspoli. Propónese tirotear, de pasada, á todos los espectadores, unos después de otros. Quiere la desgracia que las aperturas sean demasiado fuertes y se queda clavado en el medio. Como si se hubiesen dado señal, todos á la una y de todos lados tirotean al coche. Los Polichinelas gastan sus municiones y se quedan buen rato expuestos á los fuegos cruzados, de manera que, al remate, cubierto el coche como de nieve y granizo, acompañado de insultos y risas generales, se aleja lento.

Diálogo en el extremo superior del Corso.

Mientras los juegos vivos y violentos ocupan en el centro del Corso á una gran parte del mundo elegante,

otra parte del público, en el extremo superior, encuentra nueva suerte de diversión.

No lejos de la Academia Francesa presentase, en traje á la española, con sombrero de plumas, espada y grandes guantes, el llamado *Capitano*, del teatro italiano. Salé de improviso de entre las máscaras, colocadas en una gradería y comienza, en tono enfático, á narrar sus grandes hechos de tierra y mar. No pasa mucho sin que un Polichinela se levante á oponérsele: muéstrale dudas y hácele objeciones, y aparentando concederle todo, pone en ridículo, de la manera más risible, valiéndose de juegos de palabras y de chistes oportunos, al héroe fanfarrón.

Aquí también se detienen los traseuntes, escuchando el animado diálogo.

El rey de los Polichinelas.

Nueva procesión aumenta el embarazo. Una docena de Polichinelas se reúnen y eligen un rey, lo coronan, le ponen en la mano un cetro, lo acompañan con música y lo llevan, Corso arriba, en un carrito adornado, entre grandes aclamaciones. Al avanzar la mascarada, la aumentan todos los Polichinelas que encuentra al paso y que se le unen, haciendo sitio con sus gritos y el movimiento de sus sombreros. Entonces es cuando se conoce cómo cada cual trata de variar este disfraz general. Uno lleva una peluca, otro una cofia de mujer sobre su cara negra. El tercero, en lugar de gorro, se ha puesto una jaula en la cabeza, en la que saltan de pa-

lito en palito dos pájaros, uno vestido de abate y otro de mujer.

Calles laterales.

Las horribles apreturas que hemos tratado de representar todo lo posible á nuestros lectores, fuerzan, naturalmente, una porción de máscaras á pasar á las calles vecinas: las parejas de amantes van más tranquilas y más confiadas, y los alegres camaradas hallan en ellas sitio donde representar toda suerte de espectáculos.

Un grupo de hombres del pueblo, en traje de fiesta, ropilla corta y debajo chalecos guarnecidos de oro, los cabellos recogidos en largas redes, pendientes de la coronilla, van en compañía de muchachos vestidos de mujeres, paseándose de arriba abajo. Una de las mujeres parece estar en cinta, ya muy adelantada. Caminan pacíficamente y de repente se enfadan los hombres; sobreviene viva disputa; las mujeres toman parte; la pendencia se hace más agria; al último, sacan los contendientes grandes cuchillos de cartón plateado, y se echan uno á otro. Las mujeres los separan á gritos horribles; llevan el uno á un lado y el otro á otro: los circunstantes se interesan como si fuera en serio, tratando de dulcificar ambas partes.

A todo esto, la mujer en cinta se siente mala; traen una silla y las otras mujeres se ponen á su lado. Hace aspavientos y se lamenta, y de repente, con gran regocijo de los asistentes, da á luz cualquier monstruosi-

dad. La pieza ha terminado y la compañía se va á otro sitio á representar aquella misma, ú otra.

El romano, que siempre tiene presente historias de asesinatos, juega de buena gana con ellas en toda ocasión. Hasta los niños tienen un juego que llaman la *iglesia*, y representa un asesino refugiado en la escalera de una iglesia: los otros hacen de esbirros y tratan de prenderlo, usando todos los medios posibles, aunque sin atreverse á pisar el lugar de asilo.

Tan alegres farsas pasan en las calles laterales, en particular en la *Strada Babuina* y en la Plaza de España.

Los *Quaccheri* andan también en grupos y se entregan con más libertad á sus galanterías. Hacen una maniobra que provoca la risa de todo el mundo. Vienen doce en línea, á pasitos apresurados, sobre la punta de los piés; presentan un frente muy recto. De repente, cuando llegan á cierto sitio, forman por la derecha ó por la izquierda una columna y marchan con sus pasitos uno detrás de otro. De pronto, dando media vuelta á la derecha, se reforma el frente y se entran en una calle: luego, cuando menos se piensa, vuelven á la izquierda; la columna, como ensartándose en un asador, se mete dentro de una casa y los locos desaparecen.

Noche.

La noche se acerca y el barullo en el Corso es cada vez mayor. El movimiento de los coches se ha interrumpido tiempo ha; pues sucede que dos horas antes de anochecer ningún carruaje puede moverse del sitio.

lito en palito dos pájaros, uno vestido de abate y otro de mujer.

Calles laterales.

Las horribles apreturas que hemos tratado de representar todo lo posible á nuestros lectores, fuerzan, naturalmente, una porción de máscaras á pasar á las calles vecinas: las parejas de amantes van más tranquilas y más confiadas, y los alegres camaradas hallan en ellas sitio donde representar toda suerte de espectáculos.

Un grupo de hombres del pueblo, en traje de fiesta, ropilla corta y debajo chalecos guarnecidos de oro, los cabellos recogidos en largas redes, pendientes de la coronilla, van en compañía de muchachos vestidos de mujeres, paseándose de arriba abajo. Una de las mujeres parece estar en cinta, ya muy adelantada. Caminan pacíficamente y de repente se enfadan los hombres; sobreviene viva disputa; las mujeres toman parte; la pendencia se hace más agria; al último, sacan los contendientes grandes cuchillos de cartón plateado, y se echan uno á otro. Las mujeres los separan á gritos horribles; llevan el uno á un lado y el otro á otro: los circustantes se interesan como si fuera en serio, tratando de dulcificar ambas partes.

A todo esto, la mujer en cinta se siente mala; traen una silla y las otras mujeres se ponen á su lado. Hace aspavientos y se lamenta, y de repente, con gran regocijo de los asistentes, da á luz cualquier monstruosi-

dad. La pieza ha terminado y la compañía se va á otro sitio á representar aquella misma, ú otra.

El romano, que siempre tiene presente historias de asesinatos, juega de buena gana con ellas en toda ocasión. Hasta los niños tienen un juego que llaman la *iglesia*, y representa un asesino refugiado en la escalera de una iglesia: los otros hacen de esbirros y tratan de prenderlo, usando todos los medios posibles, aunque sin atreverse á pisar el lugar de asilo.

Tan alegres farsas pasan en las calles laterales, en particular en la *Strada Babuina* y en la Plaza de España.

Los *Quaccheri* andan también en grupos y se entregan con más libertad á sus galanterías. Hacen una maniobra que provoca la risa de todo el mundo. Vienen doce en línea, á pasitos apresurados, sobre la punta de los piés; presentan un frente muy recto. De repente, cuando llegan á cierto sitio, forman por la derecha ó por la izquierda una columna y marchan con sus pasitos uno detrás de otro. De pronto, dando media vuelta á la derecha, se reforma el frente y se entran en una calle: luego, cuando menos se piensa, vuelven á la izquierda; la columna, como ensartándose en un asador, se mete dentro de una casa y los locos desaparecen.

Noche.

La noche se acerca y el barullo en el Corso es cada vez mayor. El movimiento de los coches se ha interrumpido tiempo ha; pues sucede que dos horas antes de anochecer ningún carruaje puede moverse del sitio.

La guardia del Papa y los guardas de á pié ocupan-
se, en cuanto la cosa es posible, en separar del centro
todos los carruajes y hacerlos entrar en línea recta y
esto, entre la muchedumbre, ocasiona desórdenes y mo-
lestias. Reculan y se empujan y el que reula obliga
á los que están detrás á hacer lo mismo, hasta que
uno no puede más y sale con sus caballos de la fila.
Entonces viénensele encima las injurias y las amena-
zas de los guardias á pié y á caballo. Es inútil que el
desdichado cochero alegue la manifiesta imposibilidad;
las injurias y las amenazas llueven sobre él cerca y, ó
tiene que volver á entrar en fila, ó si hay una calle es-
trecha, marcharse, sin que sea la culpa suya.

Generalmente estas calles laterales están también
llenas de coches detenidos, que llegaron tarde y no
pudieron entrar en fila, por estar ya detenida la circu-
lación de los carruajes.

Preparativos para las carreras.

Acérase el momento de las carreras de caballos y
todos aquellos miles de espectadores espéranlo au-
siosos.

Los que alquilan sillas, los empresarios de tablados,
redoblan sus voces de oferta: *!Luoghi! !Luoghi! !Acanti!*
!Luoghi nobili! !Luoghi padroni! El negocio está en que
ningún lugar quede vacío en los últimos momentos,
aunque se dé á menos precio.

Y gracias que aún hay algún sitio que otro: pues el
general baja á caballo con una parte de la guardia por

el centro del Corso, entre las dos filas de coches y echa
á los peatones del único sitio que les quedaba. Cada
cual busca una silla, un sitio en las graderías ó enci-
ma de un coche; entre los carruajes ó en una ventana
conocida, de las que están en tal momento cuajadas de
espectadores.

Mientras tanto, la plaza del Obelisco quedó limpia de
gente y ofrece quizá uno de los espectáculos más her-
mosos que pueden verse en nuestros días. Las tres fa-
chadas de graderías, cubiertas de tapices, que antes
hemos descrito, cierran la plaza. Muchos miles de ca-
bezas, mirando unas por encima de otras, ofrecen el
aspecto de un antiguo Anfiteatro ó Circo. Sobre la gra-
da central se levanta, en toda su altura, el Obelisco;
pues el tablado sólo cubre el pedestal y conócese lo
alto que es, al servir de medida de comparación á
una masa de gente tan considerable. El espacio vacío
reposa la vista y se observan, con vivo interés, las ba-
rreras vacías y la cuerda tendida delante.

El general baja el Corso y esta es la señal de que está
evacuado, y detrás de él, la guardia no permite que
nadie salga de la línea de los coches; después toma
asiento en uno de los palcos.

Partida.

Según el orden que fija la suerte, vienen los caballos
traídos por palafreneros muy bien vestidos, á la barre-
ra, detrás de la cuerda; no traen freno ni caparazón. Su-
jétanles cordones en algunas partes del cuerpo, bolas

con puntas, y cubren con cuero, hasta el momento oportuno, las partes que aquellas bolas han de espolpear, y también les pegan grandes hojas de talco. La mayor parte de ellos están ya impacientes y feroces cuando los traen á la barrera y los palafreneros necesitan toda su fuerza y maña para contenerlos.

El ansia de comenzar la carrera hácelos indomables. La vista de tanta gente los asusta. Golpean la barrera ó chocan con la cuerda y estos movimientos y desórdenes aumentan por momentos el interés del público.

Los palafreneros están sobre aviso y atentísimos, porque en el instante de la partida, la habilidad de soltarlos puede, tanto como otras circunstancias, decidir las ventajas de un caballo sobre otro.

Al fin, cae la cuerda y se sueltan los caballos.

Mientras están en el espacio libre, todavía tratan, saltando, de adelantarse unos á otros; mas una vez llegados al callejon, entre las dos filas de coches, toda la competencia es, las más de las veces, inútil.

Generalmente llevan la delantera dos, que corren con todas sus fuerzas; el piso echa chispas, á pesar de la *puzzolana* esparcida. Vuelan las crines, el talco sueña y apenas se distinguen, cuando ya pasaron. Los otros, que van detrás, se apresuran, se tropiezan y se astorban. A veces viene á toda carrera un rezagado: los pedazos de talco, roto, revolotean por la pista. Pronto han desaparecido los caballos á todas las miradas; el pueblo se acerca y llena de nuevo la carrera.

En el palacio de Venecia esperan otros palafreneros

la llegada de los caballos y saben, empleando muy buen arte, cogelos y sujetarlos en un sitio cerrado. El premio es adjudicado al vencedor.

Así, una impresión violenta, repentina, instantánea, que miles de hombres aguardan largo tiempo, termina las fiestas. Muy pocos podrán darse cuenta de por qué esperaban ese momento y gozaban en él.

Mediante nuestra descripción, vése fácilmente que este juego puede resultar peligroso para los animales y los hombres. Vamos á citar algunos casos. En el angosto espacio, entre los coches, puede una rueda traserá sobresalir un poco, y debido á tal casualidad, detrás de este coche hay un poco más de anchura. Un caballo, empujado hacia un lado, trata de aprovecharse de aquel ensanche, salta y va á chocar en la rueda saliente.

Hemos presenciado el caso. De resultas de uno de tales choques cayó un caballo, tres de los que seguían cayeron encima y los últimos saltaron felizmente y continuaron su carrera.

A menudo queda uno muerto en el sitio y muchas veces, en estas circunstancias, los espectadores se han jugado la vida. También pueden suceder desgracias si los caballos se vuelven.

Se ha visto algunas veces que hombres malvados ó envidiosos, sacudieron la capa en los ojos de un caballo que llevaba gran delantera, obligándole á volverse ó correr de un lado y otro. Todavía es peor cuando no consiguen prenderlos, á la llegada á la plaza de Vene-

era. En ese caso dan la vuelta, sin que nadie los pueda detener, y como la carrera se ha llenado de gente, causan muchas desgracias, que no se saben, ó que se olvidan.

Orden de cesar.

Generalmente, los caballos corren al anochecer. Llegados al palacio de Venecia, descargan un cañoncito: repítase esta señal en medio del Corso y la última vez cerca del Obelisco.

En el momento, los guardas dejan su puesto; cesa el orden, tanto tiempo mantenido, en las filas de coches, y de seguro es el instante, aun para el espectador tranquilo en su ventana, de angustia y desagrado, y merece que se hagan algunas observaciones.

Vimos ya que al punto de entrar la noche, que tantas cosas determina en Italia, interrumpe el acostumbrado paseo de coches los domingos y días de fiesta. Allí no hay guardias ni guardas. Es costumbre antigua y convencional pasear de aquel modo ordenado, arriba y abajo; pero en el momento que suena el *Ave Maria*, nadie quiere perder el derecho de volverse por donde y como bien le parece. Siendo el paseo de Carnaval en la misma calle y en la misma disposición, aunque la mucha gente y otras circunstancias lo hacen muy diferente, todos sostienen el mismo derecho de romper filas al comenzar la noche.

Considerando el gentío inmenso del Corso y viendo de nuevo lleno el espacio que sólo un punto estuvo

vacio, parecemos que sería de razón y de equidad disponer que cada carruaje siguiese su orden en la fila, saliendo por la calle lateral que le tuviese más cuenta, para volverse á su casa.

No es así, sino que inmediatamente después de la señal, algunos carruajes se van al medio, detienen y perturban á las gentes de á pie y si se da el caso, en aquella angostura, de que uno vaya hacia arriba y otro hacia abajo, ninguno de los dos puede moverse del sitio, estorbando la salida de los que, cuerdos, se quedaron en la fila.

Si un caballo que vuelve de la carrera tropieza en semejante nudo, aumentase en todas partes peligro, sufrimiento y enfado.

La noche.

Y, sin embargo, todo aquel enredijo llega á desenvolverse, un poco tarde, es verdad; pero en general, de manera feliz: es de noche y al que más y al que menos, le viene muy bien descansar un rato.

Teatro.

Todos los antifaces desaparecen por el momento y gran parte del público corre al teatro. Sólo en los palcos se ve algún dominó y señoras disfrazadas, aunque sin careta; todo el patio está en traje burgués. El teatro *Aliberti* y el *Argentina* dan ópera seria y baile, mezclados; *Valle* y *Capranica*, comedias y tragedias, y de *intermezzo* ópera cómica; *Pace* los imita, aunque imper-

fectamente, y de ahí abajo hay, hasta *Pohichinela* y *Saltimbanqui* inclusive, muchos espectáculos de orden más bajo.

El gran teatro de *Tordenone*, que se quemó y luego de reedificado volvió á hundirse, ya no divierte al pueblo con sus piezas de gran espectáculo y sus otras exhibiciones.

La pasión de los romanos al teatro es grande y, en otro tiempo, era más viva en época de Carnaval, porque sólo entonces podían satisfacerla. Ahora, á lo menos, un teatro está abierto en verano y otoño y el público puede cumplirse el gusto, hasta cierto punto, la mayor parte del año.

Nos llevaría muy lejos de nuestro objeto entrar ahora en detallada descripción de los teatros y de las particularidades que los de Roma pueden ofrecer.

Nuestros lectores recordarán que se ha tratado de ello en otra parte.

Festive.

Poco tenemos también que decir de los llamados *Festive*; son esos grandes bailes de máscaras que se dan alguna vez en el teatro *Aliberti*, espléndidamente iluminado.

El dominó se considera, en semejantes fiestas, el disfraz más conveniente á caballeros y señoras, y todo el salón vese lleno de figuras negras; escasas máscaras características, vestidas de colores, se ven mezcladas á ellos.

Así es mayor la curiosidad al presentarse algunas figuras nobles que eligen, aunque no es muy frecuente, sus disfraces, en las distintas épocas artísticas ó imitan magistralmente las diferentes estatuas que hay en Roma; divinidades egipcias, sacerdotisas, Bacos ó Ariadnas, la Musa de la Tragedia, de la Historia, una ciudad, vestales, un cónsul, más ó menos bien reproducidos, según el traje.

Baile.

En general los bailes de estas fiestas se ejecutan en largas filas, á la manera inglesa, con la diferencia que, en sus *tours*, poco frecuentes, expresan de ordinario algo característico y pantomímico: dos amantes que se incomodan y se reconcilian, se separan y se encuentran. Los romanos están acostumbrados á muy marcada gesticulación en el baile pantomímico. Nadie baila con la soltura del que ha aprendido según las reglas del Arte. El *minuet*, particularmente, se considera obra maestra, y sólo muy pocas parejas lo bailan. Al rededor de ellas hacen los demás círculo, las admiran y al final son muy aplaudidas.

La mañana.

Mientras que el mundo galante se divierte así hasta la mañana, al romper el día ya comienzan á trabajar en el Corso, para limpiarlo y ponerlo en orden. Lo que más cuidan es de esparcir la *puzzolana* en el medio, con pulcritud é igualdad. Poco después, los palafreneros traen delante del Obelisco aquel caballo que peor se portó el

día anterior. Montan en él á un muchacho, y otro jinete lo va sacudiendo delante de sí con un látigo, de suerte que el animal emplea todas sus fuerzas en salir del camino lo más pronto posible.

A las dos de la tarde, poco más ó menos, después que la campana dió la señal, comienza cada día el círculo de las fiestas ya descritas. Las gentes llegan, la guardia sube, cuélganse de tapices ventanas, balcones y tablados, aumentan las máscaras, que se entregan á sus locuras, los coches suben y bajan y la calle está más ó menos colmada, según la influencia más ó menos favorable del tiempo y otras circunstancias. Hacia el fin del Carnaval, aumentan, como es natural, los espectadores, las máscaras, los coches, los trajes y el ruido, pero nada llega á las apreturas y á las extravagancias del último día y de la última noche.

Último día.

Dos horas antes de terminarse el día, suelen los coches estar ya quietos; ninguno puede moverse en las calles laterales. Las gradas, las sillas, ocupadas desde más temprano, aunque se pagan más los sitios, todos tratan de colocarse lo antes posible y se espera, con más ansia que nunca, la salida de los caballos. Al fin, pasa el momento ruidoso, danse las señales de haber terminado la fiesta y ni coches, ni máscaras, ni espectadores se mueven de sus sitios.

Todo permanece tranquilo y silencioso, mientras se extienden suavemente las sombras de la noche.

Moccoli.

Apenas la obscuridad invadió las calles estrechas y profundas, cuando en una parte y otra se ven, en las ventanas y en los tablados, moverse luces, y en poco tiempo la circulación del fuego se extiende de tal modo, que toda la calle está iluminada con candelillas de cera.

Adornan los balcones faroles de papel transparente; cada uno tiene su antorcha fuera de la ventana; las graderías vense todas iluminadas y es la cosa más bonita de ver el interior de los coches, porque el techo hállase provisto de pequeños candelabros de cristal, que alumbran la reunión, mientras en otros, las señoras, con cirios pintados de colores en las manos, parecen invitar á la contemplación de su belleza.

Los lacayos fijan, al rededor de la cubierta de los carruajes, velas de cera. Los abiertos, ostentan farolillos de colores. Entre las gentes de á pié se ven muchos llevando pirámides de luces en la cabeza; otros ataron su luz en un haz de cañas y alcanzan á los segundos y terceros pisos.

Es obligación el llevar cada persona una candela encendida en la mano, y la imprecación favorita del romano: *¡Sia ammazzato!* se oye repetida en todas partes. *¡Sia ammazzato chi non porta moccoli!* (Muera el que no lleve candela) se gritan unos á otros, mientras tratan de apagarse mutuamente la luz. El encender y apagar y el grito incesante *¡Sia ammazzato!*, esparcen vida, movimiento y mutuo interés entre la inmensa

muchedumbre. Sin distinguir entre personas conocidas y desconocidas, trata cada cual de soplar la luz que tiene más cerca ó de encender la suya, y al mismo tiempo apagar la otra; y cuanto más fuerte se vocifera en todas partes ¡*Sia ammazzato!*, más pierde la palabra su terrible sentido y más se olvida uno que está en Roma, donde tal imprecación puede realizarse por cualquier bagatela.

El significado de esta palabra llega poco á poco á perderse por completo. Y así como en otras lenguas usan maldiciones y palabras indecentes, queriendo expresar admiración y alegría, así se emplea esta noche ¡*Sia ammazzato!* en son de grito de júbilo, estribillo de todas las bromas, burlas y cumplimientos.

Óyese con burla ¡*Sia ammazzato il Signore Abbate che fa Fanore!*

Ó al pasar un amigo apostrofa á otro: ¡*Sia ammazzato il Signore Filippo!* O como lisonja sobreentendida y cumplimiento: ¡*Sia ammazzata la bella Principessa!* ¡*Sia ammazzata la Signora Angelika, la prima pittrice del Secolo!*

Dicen estas frases rápidas, violentas, en tono sostenido, apoyando sobre la penúltima ó antepenúltima sílaba y con los gritos continúa al mismo tiempo el soplar y el encender de las luces. Al encontrarse á alguien en una casa, en la escalera, en una habitación donde hay reunidas algunas personas, de ventana á ventana, en todas partes trátase de poder más que otro, apagándole su luz.

Todas las condiciones y edades están en guerra; súbense á los estribos de los coches; no hay candelabro seguro y apenas lo están los faroles. El chico apaga la luz de su padre y no cesa de gritar: ¡*Sia ammazzato il signore padre!* En vano le reprende el viejo la falta de respeto; el muchacho sostiene la libertad de esta noche y continúa echando muertes al padre á más y mejor. Si á los dos extremos del Corso el barullo se disipa pronto, es para amontonarse, excesivo, en el medio. Allí la confusión es tal, que supera toda idea; ni el recuerdo más poderoso puede volver á representársela.

Nadie consigue ya moverse del sitio en que se encuentra sentado ó de pié. El calor de tanta gente y de tantas luces; el humo de tantas velas incesantemente apagadas; los gritos de tantos hombres que rugen con más fuerza porque no pueden mover sus miembros, concluyen dando vértigo á los más fuertes. Parece imposible que no ocurran muchas desgracias, que los caballos de los coches no se espanten, que no queden aplastadas ó lastimadas muchas personas.

Y, sin embargo, como al fin cada uno, más ó menos, desea verse libre y ya se mete en la primer callejuela que puede, ya busca un poco de aire en sitio algo más libre, la masa se va fundiendo de las extremidades al centro y la fiesta de la libertad general, esta saturnal moderna, termina en medio del aturdimiento común.

Aprésúrase el pueblo á regalar en bien servida mesa hasta la media noche, con las viandas que pronto van á ser prohibidas; el mundo elegante se va á los

teatros para despedirse de las representaciones, que han abreviado mucho y la media noche, que se acerca, pone fin también á estas diversiones.

Miércoles de ceniza.

Una fiesta extravagante pasó como un sueño, como un cuento, quedando de ella en el alma de los que la presenciaron, menos tal vez que en la de nuestros lectores, ante cuya imaginación hemos puesto el cuadro de su conjunto.

Si en el curso de estas locuras, el tosco Polichinela nos recuerda, de manera inconveniente, los placeres del amor al cual debemos nuestra existencia; si una bribona en la plaza pública descubre los secretos de la maternidad; si tantos cirios, en la noche encendidos, nos traen á la memoria la solemnidad última, en medio de la insensatez, esta fiesta llama la atención sobre las más importantes escenas de nuestra vida.

Todavía nos recuerda más la calle larga, estrecha y llena de gente, el camino de la vida, donde cada espectador y cada actor, con su cara descubierta ó con careta, desde el balcón ó desde el tablado, sólo ve delante de sí y á su lado espacio pequenísimo: en coche ó á pié, no adelanta más, paso á paso; más lo empujan que va; más lo detienen que voluntariamente se para; esfuerzase en llegar á un puesto mejor y más alegre y allí también se encuentra estrecho y concluye por ser desalojado.

Si nos fuese permitido seguir hablando más serio de

lo que parece consentirlo el asunto, observaríamos que los placeres vivos y mayores se nos aparecen y emocionan sólo un instante, como los caballos que pasan volando delante de nosotros, sin dejar apenas huella en el alma; que únicamente en la embriaguez y la locura podemos gozar la libertad y la igualdad, y que el mayor de los placeres sólo nos atrae cuando está cerca del peligro y su proximidad nos ha hecho sentir cierta voluptuosa agonía.

Sin pensarlo, hemos terminado también nuestro Carnaval en una reflexión de miércoles de ceniza, con la cual no tememos entristecer á ninguno de nuestros lectores, más bien deseamos, puesto que la vida en suma, como el Carnaval romano, ni se puede abarcar de una mirada ni gozar de ella y hasta se halla llena de peligros, que esta indolente sociedad de máscaras nos recuerde que debe darse importancia á todo goce momentáneo, que á menudo nos parece baladí.

Marzo.

CORRESPONDENCIA.

El domingo fuimos á la Capilla Sixtina, donde el Papa asistía á la misa acompañado de los Cardenales. No vistiendo de rojo, sino de violeta, á causa de la Cuaresma, era espectáculo nuevo. Algunos días antes viera

teatros para despedirse de las representaciones, que han abreviado mucho y la media noche, que se acerca, pone fin también á estas diversiones.

Miércoles de ceniza.

Una fiesta extravagante pasó como un sueño, como un cuento, quedando de ella en el alma de los que la presenciaron, menos tal vez que en la de nuestros lectores, ante cuya imaginación hemos puesto el cuadro de su conjunto.

Si en el curso de estas locuras, el tosco Polichinela nos recuerda, de manera inconveniente, los placeres del amor al cual debemos nuestra existencia; si una bribona en la plaza pública descubre los secretos de la maternidad; si tantos cirios, en la noche encendidos, nos traen á la memoria la solemnidad última, en medio de la insensatez, esta fiesta llama la atención sobre las más importantes escenas de nuestra vida.

Todavía nos recuerda más la calle larga, estrecha y llena de gente, el camino de la vida, donde cada espectador y cada actor, con su cara descubierta ó con careta, desde el balcón ó desde el tablado, sólo ve delante de sí y á su lado espacio pequenísimo: en coche ó á pié, no adelanta más, paso á paso; más lo empujan que va; más lo detienen que voluntariamente se para; esfuerzase en llegar á un puesto mejor y más alegre y allí también se encuentra estrecho y concluye por ser desalojado.

Si nos fuese permitido seguir hablando más serio de

lo que parece consentirlo el asunto, observaríamos que los placeres vivos y mayores se nos aparecen y emocionan sólo un instante, como los caballos que pasan volando delante de nosotros, sin dejar apenas huella en el alma; que únicamente en la embriaguez y la locura podemos gozar la libertad y la igualdad, y que el mayor de los placeres sólo nos atrae cuando está cerca del peligro y su proximidad nos ha hecho sentir cierta voluptuosa agonía.

Sin pensarlo, hemos terminado también nuestro Carnaval en una reflexión de miércoles de ceniza, con la cual no tememos entristecer á ninguno de nuestros lectores, más bien deseamos, puesto que la vida en suma, como el Carnaval romano, ni se puede abarcar de una mirada ni gozar de ella y hasta se halla llena de peligros, que esta indolente sociedad de máscaras nos recuerde que debe darse importancia á todo goce momentáneo, que á menudo nos parece baladí.

Marzo.

CORRESPONDENCIA.

El domingo fuimos á la Capilla Sixtina, donde el Papa asistía á la misa acompañado de los Cardenales. No vistiendo de rojo, sino de violeta, á causa de la Cuaresma, era espectáculo nuevo. Algunos días antes viera

los cuadros de Alberto Durero y me gustó contemplar aquello vivo. El conjunto era grandioso y, sin embargo, sencillo, y no me admiro de que los extranjeros que vienen en Semana Santa, donde todo se reúne, se queden como fuera de sí. La Capilla la conozco muy bien: el verano pasado comí en ella al medio día y dormí una siesta en el sillón del Papa, y me sé los cuadros casi de memoria.

Y sin embargo, viendo en conjunto todo lo que constituye la función, es cosa distinta y se encuentra uno desorientado.

Cantaban un motete antiguo del español Morales y nos dió sabor anticipado de lo que va á seguir. Kayser opina también que sólo aquí se puede y debe oírse semejante música. En primer lugar, porque ningún cantante es capaz de ejecutar, sin órgano é instrumentos, un canto igual, y en segundo, porque únicamente está en relación y conformidad al inventario de la Capilla del Papa, con el conjunto de Miguel Angel, el Juicio Final, los Profetas y La Historia Bíblica. Kayser dará más tarde razón de todo. Es gran admirador de la música antigua y estudia afanoso cuanto á ella se refiere.

Guardamos en nuestra casa una notable colección de salmos. Tienen versos italianos y púsolos en música á principios de este siglo, un noble veneciano, llamado Benedetto Marcello. Hizo motivo de muchos la entonación de los judíos españoles y alemanes, y el origen de otros está tomado de melodías griegas, hechos con

mucho Arte, entendimiento y propiedad. Los hay á solo, á dúo y para coros, de originalidad increíble, aunque es preciso acostumbrarse á ellos. Kayser los aprecia mucho y ha de copiar algunos. Tal vez podrá algún día procurarme toda la obra, que se publicó en Venecia en 1734 y contiene los cincuenta primeros salmos.

Tuve valor de pensar, á la vez, los tres últimos tomos de mis obras, y ahora sé claramente lo que quiero hacer. ¡Concédame el cielo suerte y comodidad para ejecutarlo!

Rica fué la semana y se me representa en la memoria como un mes. En primer lugar, tracé el plan de *Fausto* y espero que tal operación me saldrá feliz. Naturalmente, es cosa muy distinta acabar la pieza ahora ó haberla acabado hace quince años; pienso que no debe perder, sobre todo porque creo haber encontrado el hilo. También en lo que al tono general concierne, estoy contento; ya escribí una escena nueva y si alumase el papel, pareceme que nadie la distinguiría de las antiguas. La prolongada tranquilidad y el alejamiento me han traído al nivel de mi propia existencia, de tal modo, que es notable cómo me parezco á mí mismo y qué poco ha sufrido mi interior con los años y los acontecimientos. El viejo manuscrito, cuando lo tengo delante, me hace pensar muchas veces. Es el primero; en las escenas principales, escrito sin borrador, púsolo tan amarillo el tiempo, tan dislocado—los cuadernos no estuvieron nunca cosidos,—tan blando y

roto en los cantos, que parece positivamente fragmento de viejo códice; de manera que, según en aquella época me sumergía, con el sentimiento y el presentimiento, en un mundo anterior, ahora me sumerjo en un mundo que ya he vivido.

También está ordenado el plan del *Tasso* y escritas en limpio la mayor parte de las poesías diversas del último tomo. *La Estatua de Pígalion* tengo que escribir la de nuevo y añadirle su *Apoteosis*. Ahora es cuando hice el estudio de estas ideas de juventud y vivo todos los detalles. También de ello recibo contento y tengo las mejores esperanzas respecto de los tres últimos tomos: ya los estoy viendo en su conjunto y sólo deseo tener tranquilidad de espíritu y tiempo de hacer, paso á paso, lo pensado.

En la disposición de los diversos pequeños poemas, me han servido de modelo tus *Hojas sueltas* y espero haber encontrado buen medio de unión en cosas tan inconexas y manera de hacer, hasta cierto punto gustosos, asuntos tan demasiado individuales y del momento.

Después de tales consideraciones, llegó á casa la nueva edición de las obras de Mengs, libro que me es ahora por todo extremo interesante, porque poseo el conocimiento intuitivo, previo, necesario, para comprender bien sólo una parte de la obra. En todos sentidos es libro excelente; no se lee una página sin utilidad marcada. Sus *Fragmentos acerca de la belleza*, que á muchos parecen tan oscuros, me han procurado luz muy feliz. Después hice mil suertes de combinaciones y especu-

laciones acerca de los colores, cosa que me interesa mucho, porque es la parte que he tratado menos. Veo que con alguna práctica y mucha reflexión, podré también procurarme este goce bellissimo de la superficie de la tierra.

Estuve una mañana en la galería Borghese, que no había visto en todo un año, y encontré, siéndome de gran contentamiento, que la veía con ojos mucho más inteligentes. Posee el Príncipe tesoros inestimables.

Roma 8 de Marzo.

Buena fué la semana pasada, rica y tranquila. El domingo no fuimos á la Capilla del Papa; en cambio ví, en compañía de Angelika, un cuadro muy hermoso, atribuido al Correggio.

Visité la colección de la Academia San Lucas, donde está el cráneo de Rafael. Esta reliquia no me parece dudosa: admirable estructura ó sea, en la cual pudo pasearse cómodamente un alma! El Duque desea un vaciado y quizá podré procurárselo. El retrato de Rafael, que se ve en la misma Sala, es digno del hombre.

También volví á ver el Capitolio y algunas otras cosas que me faltaban, entre ellas la casa de Cavaceppi, que iba quedando. Entre muchas preciosidades, nos gustaron en especial dos vaciados de las cabezas de las

estátuas colosales de Monte-Cavallo. En casa de Cava-
ceppi pueden verse de cerca, en todo su tamaño y be-
lleza. La mejor ha perdido desgraciadamente, á causa
de la intemperie y los años, casi el grueso de una paja
de la superficie pulimentada del rostro, y de cerca pa-
rece picada de viruelas.

Hoy eran las exequias del Cardenal Visconti en la
iglesia de San Carlo. Debiendo cantar la misa de fune-
ral, fuimos con el fin de preparar nuestros oídos para
mañana. Cantaron un *Requiem* á dos sopranos, la cosa
más singular que puede oírse. Es de advertir que no
había órgano ni orquesta alguna.

Anoche conocí bien, en el coro de San Pedro, qué
deplorable instrumento es el órgano; acompañaba el
canto de vísperas y no se une nada á la voz humana;
¡es tan violento! En cambio, ¡qué delicia en la Capilla
Sixtina el canto á voces solas!

El tiempo está cubierto y suave desde hace algunos
días. El almendro perdió casi toda la flor y ahora se
cubre de verde; sólo en las puntas de las ramas se ven
algunas flores. Siguele en la florescencia el albérbigo,
que con su color hermoso, adorna los jardines. El *Vi-
burnum Tinus*, florece en todas las ruinas; en todos los
setos crece el yezgo y otras plantas que no conozco.
Los muros y los tejados se ponen verdes; sobre algunos
vense flores. En el nuevo gabinete, donde me he veni-
do porque esperamos á Tischbein de Nápoles, tengo
muy variada vista sobre muchos jardines y sobre las
galerías de detrás de muchas casas; es precioso.

Comencé á modelar un poco. En lo tocante á la inte-
ligencia de la cosa, voy muy seguro y muy bien; en la
práctica, estoy algo confuso; me sucede como á todos
mis hermanos.

Roma 15 de Marzo de 1788.

La semana que viene no se puede pensar ni hacer
nada: hay que dejarse ir con la corriente de las fiestas.
Después de Pascuas veré aún algo que queda por ver,
devanaré mi hilo, arreglaré mis cuentas, haré mi equi-
paje y me marcharé acompañado de Kayser. Si todo
sale conforme deseo y proyecto, á últimos de Abril
estaré en Florencia. Entre tanto, tendréis noticias
mías.

Es singular que, obedeciendo á causas ajenas, haya
tenido que tomar diversas medidas, las cuales, procu-
rándome nuevas relaciones, hicieron mi estancia en
Roma más bella, provechosa y feliz. Bien puedo decir
que estas últimas ocho semanas gocé las mayores sa-
tisfacciones de mi vida y que tengo, al menos, un pun-
to extremo, según el cual podré graduar, en lo porve-
nir, el termómetro de mi existencia.

A pesar del mal tiempo, esta semana se ha pasado
muy bien. El domingo oímos, en la Capilla Sixtina, un
motete de Palestrina. El martes quiso la suerte que

cantasen, en un salón, diversas partes de la música de Semana Santa, en honor de una dama extranjera. Así la oímos con mucha comodidad y como en el clave la cantamos á menudo, pudimos hacernos idea anticipada de ella. Es obra de increíble grandeza y sencillez, cuya reproducción, renovada siempre, en ninguna parte como en este lugar y circunstancias podía mantenerse. Observada más de cerca, sin duda habría que dejar de lado diversas tradiciones vulgares, que hacen esta obra extraña y rara. A pesar de todo, siempre es cosa extraordinaria é idea nueva. Kayser podrá dar cuenta de ello algún día. Va á tener el privilegio de asistir á un ensayo en la Capilla, lo cual no suele conseguir nadie.

Más tarde he modelado un pie, después del previo estudio de los huesos y músculos y mi maestro lo celebró. Que hubiera trabajado así todo el cuerpo y sería mucho más hábil, se entiende, en Roma, con todos los medios que aquí hay para ayudar y los consejos de los inteligentes. Tengo un pie de esqueleto, buena pieza de anatomía, vaciada del natural y media docena de los más hermosos pies antiguos, y algunos malos. Los primeros, á fin de imitarlos y estos, para huir de ellos. Y, además, la Naturaleza me aconseja. En todas las Villas que entro, hallo ocasión de ver esta parte del cuerpo humano y los cuadros me muestran lo que pensaron é hicieron los pintores. Tres ó cuatro artistas vienen diariamente á mi cuarto y me aprovecho de sus consejos y advertencias. Los de Enrique Meyer y su ayuda,

es lo que más me vale. Si con este viento y estos elementos no se mueve un buque de su sitio, no debe tener velas, ó el piloto es un insensato. Después de las nociones generales de Arte adquiridas, érame muy necesario dedicarme, atento y asiduo, al estudio de sus pormenores. Es agradable adelantar, aunque sea en un camino infinito.

Sigo viendo en todas partes lo que hasta ahora descuidara. Ayer estuve por primera vez en la villa de Rafael, donde, al lado de su querida, prefería los goces de la vida al Arte y á la gloria. Es monumento sagrado. El príncipe Doria lo adquirió y parece quererlo tratar según se merece. Rafael retrató á su amada veintiocho veces en las paredes, en toda suerte de vestidos y trajes; hállase parecido á ella hasta en las mujeres de sus cuadros históricos. La situación de la casa es muy hermosa. Pero esta es cosa mejor para hablar que para escribir de ella. Hay que fijarse en todos los detalles.

De allí fuíme á la Villa Albany y sólo pasó revista general: el día estaba magnífico; esta noche ha llovido; ahora vuelve á brillar el sol y desde mi ventana parece el paraíso. Los almendros están completamente verdes; comienza á caer la flor de los albaricoques y los limoneros abren las suyas en la cima del monte.

Mi marcha entristece muchísimo á tres personas: nunca volverán á encontrar lo que en mí tuvieron: las dejo con dolor. Sólo en Roma me encontré á

mi mismo y de acuerdo conmigo mismo, feliz y pródigo; y así me conocieron y poseyeron, en distintos grados.

Roma 22 de Marzo.

Hoy no voy á San Pedro y he de escribir un pliego-cito. Ya pasó la Semana Santa, sus maravillas y sus fatigas; mañana recibiremos otra bendición y luego el espíritu se entregará á vida distinta.

Gracias al favor y al trabajo de mis buenos amigos, todo lo he visto y oído: el lavatorio en particular y la comida de los peregrinos, no se alcanzan sino á costa de grandes apreturas y estrujones.

La música de la capilla es de una belleza que no se puede pensar. Particularmente el *Miserere* de Allegri y los llamados *Improperios*, que son los reproches hechos por el Dios crucificado á su pueblo, se cantan el Viernes Santo á la mañana. El momento en que el Papa, desprovisto de toda su pompa, baja del trono y va á adorar la Cruz, quedando todos los demás, cada uno en su sitio, silenciosos, y el coro empieza: *Populus meus, qui fecit tibi*, es una de las ceremonias más hermosas de estas funciones notables. Todo es mejor dicho de palabra y todo lo de música transportable lo lleva Kayser.

Gocé, á mi placer, de todas las funciones en cuanto la cosa era posible y en lo demás hice mis reflexiones

particulares. Lo que se dice *efecto*, nada me lo hizo; nada me impuso, pero todo lo he admirado; pues hay que concederles que las tradiciones cristianas las ponen en obra á la perfección. En los oficios del Papa, sobre todo en la Capilla Sixtina, cuanto de ordinario es desagradable en el culto católico, hácese con gusto admirable y perfecta dignidad. Mas eso sólo acontece en el lugar en que, desde hace muchos siglos, todas las Artes están al servicio de la religión.

Los detalles no es posible ahora contarlos. Si durante este tiempo no hubiera tenido que estar sin hacer nada y si no hubiera creído que iba á estar más tiempo, podría partir la semana que viene. Pero redunda en favor mío. Toda esta época volví á estudiar mucho, y aquella en que cifraba mis esperanzas cumpliése y se ha cerrado. Siempre causa impresión singular detenerse de repente en un camino por donde se iba á grandes pasos; sin embargo, hay que conformarse y no hacer muchas ceremonias. En las grandes separaciones existe un germen de locura; hay que guardarse de incubarla y de cuidarla deliberadamente.

Recibí hermosos dibujos de Nápoles; envíamelos Kniep, el pintor que me acompañó á Sicilia: son hermosos y gratos frutos de nuestro viaje y para vosotros los más agradables, pues lo que nos dan más cierto es lo que nos presentan á la vista. Algunos, en cuanto al tono del color, salieron admirables y apenas podréis creer que aquel mundo sea tan hermoso.

Todo lo que puedo decir es que fui en Roma cada

vez más feliz; que cada día aumenta mi dicha y si puede parecer triste que tenga que marcharme cuando era más digno de quedarme, no deja de ser gran consuelo haberme podido quedar hasta alcanzar el punto en que estoy.

Acaba de resucitar Cristo, con un ruido espantoso. En el castillo tiran cañonazos; todas las campanas tocan y en todas las esquinas y rincones suenan petardos y regueros de pólvora.

RELATO.

Recordaremos que Felipe Neri se imponía á menudo la obligación de visitar las siete iglesias principales de Roma, dando así prueba manifiesta de su ferviente devoción. Ahora advertimos que la visita á las dichas iglesias se exige á todo peregrino venido al Jubileo y á causa de las distancias á que se encuentran unas de otras y á tener que visitarse todas en un día, bien puede considerarse segundo viaje.

Las siete iglesias, son: *San Pedro, Santa Maria Maggiore; San Lorenzo*, fuera de puertas; *San Sebastián; San Juan de Letrán; Santa Croce in Jerusalem; San Pablo*, fuera de puertas.

El paseo también lo dan muchos habitantes devotos de Roma en Semana Santa, particularmente el Viernes Santo. Y añadiendo al provecho espiritual que las al-

vez más feliz; que cada día aumenta mi dicha y si puede parecer triste que tenga que marcharme cuando era más digno de quedarme, no deja de ser gran consuelo haberme podido quedar hasta alcanzar el punto en que estoy.

Acaba de resucitar Cristo, con un ruido espantoso. En el castillo tiran cañonazos; todas las campanas tocan y en todas las esquinas y rincones suenan petardos y regueros de pólvora.

RELATO.

Recordaremos que Felipe Neri se imponía á menudo la obligación de visitar las siete iglesias principales de Roma, dando así prueba manifiesta de su ferviente devoción. Ahora advertimos que la visita á las dichas iglesias se exige á todo peregrino venido al Jubileo y á causa de las distancias á que se encuentran unas de otras y á tener que visitarse todas en un día, bien puede considerarse segundo viaje.

Las siete iglesias, son: *San Pedro, Santa Maria Maggiore; San Lorenzo*, fuera de puertas; *San Sebastián; San Juan de Letrán; Santa Croce in Jerusalem; San Pablo*, fuera de puertas.

El paseo también lo dan muchos habitantes devotos de Roma en Semana Santa, particularmente el Viernes Santo. Y añadiendo al provecho espiritual que las al-

mas sacan de las indulgencias anexas, el placer material, el proposito y el término van ganando mucho.

La cosa es esta. Todo aquél que después de hecha su peregrinación, vuelve á entrar por la Puerta de San Pedro con suficientes testigos, recibe allí mismo un billete, en el cual se le invita á tomar parte en una fiesta popular que se celebrará en la *Villa Mattei*, un día dado. Los invitados reciben colación de pan, vino, algún queso ó huevos. Acomódanse á voluntad en los jardines y especialmente en el pequeño Anfiteatro que hay en él. Enfrente, en el casino de la Villa, está la sociedad más entonada; cardenales, prelados, príncipes y señores gozando del golpe de vista y tomando su parte en la distribución fundada por la familia Mattei.

Vimos venir una procesión de muchachos, entre diez y doce años, no vestidos de eclesiásticos, sino como aprendices en día de fiesta, todos del mismo color y corte; podrian ser cuarenta. Cantaban y rezaban sus letanías devotamente, con andar pausado y honesto.

Un hombre de edad, teniendo el aspecto modesto de un obrero, iba á su lado y parecía ordenarlos y dirigirlos. Sorprendía ver la fila de muchachos bien vestidos, terminando en una docena de niños haraposos y descalzos, que parecían mendigos y seguían la misma marcha y disciplina. Informándonos de qué era, nos dijeron: que aquel hombre, zapatero de oficio y sin hijos,

habíase sentido inclinado primero á recoger un chico pobre, mantenerlo, vestirlo y enseñarle el oficio, ayudado de personas caritativas. Su ejemplo había conseguido mover á otros maestros á que acogiesen igualmente niños, que, más tarde, tomaba también bajo su protección. Obrando así, había logrado reunir una pequeña partida ocupada los domingos y días de fiesta en cosas piadosas, á fin de preservarla de los peligros de la ociosidad y hasta exigiendo que un día hiciesen la visita de las siete iglesias principales tan desviadas. Aquel piadoso Instituto fué creciendo; seguía sus peregrinaciones lo mismo que antes, y como su notoria utilidad hacía que hubiese más peticiones para entrar en ella que plazas podían darse, queriendo excitar la caridad general, ideó un medio y era, llevar con su procesión de muchachos, algunos harapientos y siempre conseguía limosna para vestir uno ú otro.

Mientras nos contaban estas cosas, uno de los chicos mayores, que iban vestidos, nos presentó una bandeja, pidiéndonos, con muy bien razonadas palabras, una limosna para los niños desnudos y descalzos.

Y recibió buena ofrenda; no sólo de nosotros los extranjeros, conmovidos, sino también de los romanos y romanas, económicos de suyo, que avaloraron su módico donativo con muchas palabras de bendición en favor de obra tan útil.

Dicen que este piadoso padre de la niñez quiere siempre que tomen parte sus pupilos en los petitorios, después de haberse edificado con estas peregrinacio-

nes, y nunca dejaba de alcanzar su objeto, haciendo buena recolecta.

De la belleza plástica.

por Carlos Felipe Moritz, Brunswick, 1788.

Bajo este título publicóse un folleto de cuatro pliegos, cuyo manuscrito enviara Moritz á Alemania, con objeto de apaciguar un tanto á su editor, que había hecho adelantos sobre un viaje descriptivo por Italia. Realmente, no era tan fácil de escribir como el de *Aventuras de un viajero á pie en Inglaterra*.

No puedo dejar de mencionar dicho folleto, porque fué resultado de nuestras conversaciones, que Moritz utilizaba, dándoles forma á su manera. De todas suertes, puede tener su interés histórico, en cuanto permite ver qué género de pensamientos nacían en nosotros en aquel tiempo, pensamientos que, más tarde, se desarrollaron, se probaron, dirigieron y extendieron felizmente, conforme á las ideas del siglo.

Algunas páginas del centro de la exposición, tienen cabida aquí; tal vez darán ocasión á que el todo se reimprima.

«El horizonte del poder de acción genial que crea, debe ser tan extenso, como el de la Naturaleza misma. Es decir, tan fino ha de ser el tejido de su organismo, y tantos puntos de contacto debe ofrecer con la có-

rriente de la Naturaleza, que debe presentar, en pequeño, las mismas relaciones de los grandes fines externos de aquélla.

Si una organización de estos tejidos finos, en la obscuridad del presentimiento, concibe un todo que luego no resulta conforme ni al ojo, ni al oído, ni á la imaginación, ni al pensamiento, prodúcese una inquietud, una desproporción entre las fuerzas compensadoras, que no cesa hasta que vuelven al equilibrio.

A un alma cuya mera fuerza activa concibe en la obscuridad del presentimiento el noble conjunto de la Naturaleza, no le satisface lo aislado en conexión con ella, ya le dé su conocimiento la fuerza pensadora, ya se lo represente con más viveza la imaginación, ó con toda claridad se lo reproduzcan los órganos de los sentidos.

Aquellas relaciones del gran todo, presentidas en la obscuridad mediante la fuerza activa, tienen necesariamente que evidenciarse, ya sea haciéndose visibles, oíbles ó solamente comprensibles á la imaginación, y para que tal suceda, la fuerza activa, en cuyo seno dormitan, tiene que sacarlas de sí misma y darles forma, reuniendo en un foco todas aquellas relaciones del gran todo, al extremo de cuyos rayos está la belleza suprema. De aquel foco, midiendo á ojo la distancia, debe tomar y redondear una imagen delicada y fiel de la belleza suprema, que comprenda, en pequeño, con verdad y exactitud, las perfectas relaciones del gran todo de la Naturaleza.

Pero como esta impresión de la suprema belleza tiene de necesidad que fijarse en algo, el poder creador, según las disposiciones de su individualidad, elige algún asunto visible, oíble ó comprensible á la imaginación, para transportar sobre él, en reducida escala, el reflejo de la belleza suprema. Y como este objeto, si fuera en realidad lo que representa, no podría subsistir en conexión con la Naturaleza, que fuera de sí no soporta nada arbitrario, venimos á parar á lo de antes: que el ser interno no puede transmutarse y exteriorizarse, sino mediante el Arte que le da forma, según un todo que tiene delante y cuando puede reflejar en su completo circuito las relaciones del gran todo de la Naturaleza.

No cayendo bajo el dominio de la potencia pensadora aquellas grandes relaciones, en cuyo completo circuito reside la belleza misma, la noción viva de la belleza plástica sólo puede admitirse, en el sentimiento del poder activo que la produce, en el primer momento de su nacimiento, cuando la obra, pasando por todos los grados de su formación, acabada ya, se presenta de repente al alma en las obscuridades del presentimiento, y en este primer instante de su generación, ya tiene existencia. De aquí proviene aquella irritación indecible que hostiga el genio á crear incesantemente.

Nuestras reflexiones acerca de la belleza plástica, unidas al puro goce de las obras de Arte mismas, producen algo en nosotros que, acercándonos á la noción viva, aumenta nuestro goce artístico. Con todo eso,

como nuestra propia fuerza, en sí misma, no puede alcanzarnos aquel supremo goce de la belleza, queda éste exclusivamente al genio creador que la realiza, y así, la belleza alcanza su más alto fin, en el hecho de exteriorizarse, en el hecho de ser. Nuestro goce á *posteriori* de ella, es sólo consecuencia de su existencia, y el genio creador, al penetrar en el plan de la Naturaleza, hácelo en primer lugar por amor de sí mismo y luego por amor nuestro; pues, ajenos á él, hay seres que no crean ni forman, pero que son capaces de abarcar con su imaginación lo ya formado y producido. La naturaleza de lo bello consiste en que su esencia está en su principio, en su energía misma y fuera de los límites de la potencia pensadora. Precisamente por eso; porque la potencia pensadora no puede preguntar á la belleza porque es bella, es bella. La potencia pensadora carece por completo de un punto de comparación, en cuya virtud es dable juzgar y considerar lo que es bello. ¿Qué otro punto de comparación puede haber para la excelsa belleza que la suma de todas las relaciones armónicas del gran todo de la Naturaleza, que ninguna potencia de pensamiento puede abarcar? Todo lo bello aislado, diseminado en la Naturaleza, es sólo bello en cuanto manifiesta más ó menos esta suma de relaciones de aquel gran todo.

Ni nunca podrá servir de punto de comparación para la belleza en las Artes plásticas ningún modelo formado por el genio; porque la suprema belleza aislada, no es bastante hermosa para la egregia imitación de las

grandes y majestuosas relaciones de la Naturaleza, que abrazan el Universo entero. La belleza no puede referirse á nada; tiene que ser creada ó sentida.

Como á causa de la carencia absoluta de punto de comparación la belleza no pertenece á la facultad de pensar, no pudiéndola producir nosotros mismos, tendríamos que renunciar por completo á su goce, sin acercarnos más que á la belleza atenuada, si en nosotros no pudiese ocupar el puesto de la fuerza creadora, aquello que, sin serlo, se le parece más, y es lo que suele llamarse gusto ó sentimiento de lo bello, lo cual, si permanece en sus límites naturales, puede suplir, mediante la imperturbable y tranquila contemplación, el placer sublime de la producción de la belleza.

Es decir, si el tejido del organismo no es bastante fino para ofrecer á la corriente de la Naturaleza tantos puntos de contacto como son necesarios para reflejar en pequeño, íntegramente, todas sus grandes relaciones y nos falta un punto para cerrar el círculo completo, es que, en vez de facultad de crear, tenemos solamente facultad de sentir lo bello. Cada prueba que hagamos á fin de representarlo fuera de nosotros, nos sale frustrada y tanto más nos descontenta de nosotros mismos, cuanto más cerca de los límites de la facultad de crear nos llevan nuestras facultades de sentir lo bello.

Precisamente porque la esencia de lo bello, por su acabamiento, radica en sí misma, le perjudica el último punto que falta, tanto como mil, porque se desajustan todos los demás. Y una vez este punto de terminación

perdido, la obra de Arte no recompensa el trabajo de comenzarla, ni el tiempo de darle cima; cae entre lo malo y lo inútil y su existencia se aniquila en el olvido. Lo mismo le perjudica á la facultad de crear, implantada en lo más fino del organismo, para su integridad, aquel último punto deficiente, tanto como mil. El alto valor que, como facultad de sentimiento, pueda tener, es insignificante comparado á la facultad de crear. En el punto en que la facultad de sentir traspasa sus límites, naturalmente tiene que hundirse y anularse.

Cuanto más acabada es la facultad de sentir, respecto de cierto linaje de belleza, más en peligro está de engañarse, de tomarse á sí misma por facultad creadora, turbando la paz consigo, mediante pruebas desgraciadas.

Ve, por ejemplo, al lado del goce producido por una obra de Arte cualquiera, en la realización de aquella obra, la fuerza plástica que la creó y presiente, obscuramente, el grado elevadísimo del placer correspondiente al sentimiento de la fuerza, que fué bastante poderosa para sacar de sí misma y producirla, esta belleza.

A fin de procurarse este elevadísimo grado de placer, que es imposible tener con una obra ya creada, esfuerza inútilmente el sentimiento, conmovido, en sacar de sí mismo algo semejante á aquello; detesta su propia obra, la desecha y al propio tiempo, desaparece el goce de todo lo bello que fuera de sí existe y que, por lo mismo que existe sin su participación, no le satisface.

Su único deseo, su única aspiración, es participar de aquel elevado goce que presiente y en la conciencia de su propia fuerza creadora, mirarse en una bella obra que le deba la existencia.

Mas tal deseo no se le otorgará nunca, porque es interesado y la belleza, sólo al artista que por sí misma la ama, se entrega y de propia voluntad, dócil, se deja formar por él.

Cuando al impulso creador se mezcla la representación del goce de lo bello que se concede á la obra terminada y cuando esta representación es el primero y más fuerte móvil de nuestra energía, el impulso creador no es ciertamente puro. El foco ó punto culminante de la belleza queda por cima de la obra; los rayos se separan y ésta no puede por sí misma redondearse. Encontrarse tan cerca del supremo goce de la belleza creada por uno mismo y tener que renunciar á él, parece rudo combate; pero se facilitará en extremo si, para más honra de aquel impulso creador que un día nos lisonjamos de poseer, destruimos todo el rastro de interés que en él pudiéramos hallar, tratando de excluir, en cuanto sea posible, del sentimiento de nuestra energía, la representación del goce de la belleza que crear pretendíamos, aun dado caso que existiese y esto de modo que, aunque sólo con nuestro último aliento debiera acabarse, luchemos por acabarlo.

Si después la belleza que presentimos conserva, meramente en sí misma y en su producción, bastante estímulo para mover nuestra energía, podemos seguir

confiadamente el impulso creador, porque es legítimo y puro. Pero si, con el pensamiento del goce y del afecto, se pierde también el estímulo, no es menester más combate; restablécese en nosotros la paz y la facultad de sentir, de nuevo en el dominio de sus atribuciones, ábrese, en recompensa de su modesta retirada, al purísimo goce de la belleza, con que la Naturaleza la dotó.

Realmente, el punto en que las facultades de sentir y de crear se separan, es tan difícil de ver y tan fácil de traspasar, que no es maravilla si salen en las obras de Arte, por el erróneo impulso, mil copias falsas, para una legítima, de la suprema belleza.

La fuerza creadora legítima, en el primer momento del nacimiento de su obra, lleva en sí misma, como segura recompensa, su supremo goce y en esto se distingue del falso impulso que en el propio momento recibe el choque por sí mismo, y no por el presentimiento de la belleza de la obra; y como en este momento de pasión, la facultad de pensar no puede juzgar acertadamente, es casi imposible, sin cierto número de ensayos desgraciados, salir del propio engaño. Y aun los ensayos desgraciados no prueban siempre que falta la facultad creadora, porque ésta, siendo legítima, toma á menudo dirección falsa, dejándose ir su imaginación, que le pone delante de los ojos lo que corresponde á los oídos.

Precisamente porque la naturaleza de la facultad creadora no siempre llega a madurez y desenvolvimiento perfectos, ó porque toma falso camino, en el

cual no puede nunca desarrollarse, lo bello de verdad es tan raro.

En la facultad de sentir quedan siempre los huecos que sólo el resultado de la fuerza creadora puede llenar. La fuerza creadora y la capacidad de sentir están en la relación del hombre y la mujer; pues la fuerza creadora, en el primer instante de la formación de su obra, en el momento del goce supremo, es, al mismo tiempo, susceptible de sentir y engendra, como la Naturaleza, la reproducción de su ser.

La facultad de sentir y la fuerza creadora se fundan en el fino tejido del organismo, en tanto que en todos sus puntos de contacto son copia completa, ó casi completa, de las relaciones del gran todo de la Naturaleza.

La facultad de sentir y la facultad de crear abrazan más que la facultad de pensar; y la facultad de acción en que ambas se fundan, comprende todo lo que el pensamiento entraña; porque es la que hila siempre la causa primera, que lleva en sí, de cuantas nociones podemos tener.

Llámase á la fuerza activa fuerza creadora, en cuanto produce de sí misma todo aquello que no cae bajo el dominio de la facultad de pensar y fuerza sensible, en cuanto comprende todo aquello que está fuera de los dominios de la facultad de pensar, sometido á la no producción.

La fuerza creadora nada puede sin el sentimiento, y la fuerza activa, la simple fuerza activa, al contrario,

tiene poder sin el sentimiento ni la fuerza creadora y por eso admitimos que es la fundamental.

Son tantos los puntos de contacto de nuestro organismo con las relaciones del gran todo que nos rodea, que, sin serlo, lo sentimos obscuramente en nosotros mismos. Estas relaciones del gran todo, que están hiladas con nuestro íntimo ser, tiran y se dilatan hacia todos lados. El organismo desea seguirlos por todas partes hasta lo infinito. Querría, no solamente mirarse en el todo que lo circuye, sino, en su ambición, ser el circuito mismo.

De ahí viene que todo organismo toma su naturaleza del que está por debajo de él y en su esencia la transforma. Las plantas, á la materia inorgánica, por la vida y el crecimiento. Los animales, á las plantas, por la vida, el crecimiento y el goce. El hombre, no solamente transforma á los animales y las plantas, por la vida, el crecimiento y el goce, sino que coge todo lo que está supeditado á su organización, por medio de la entre todos mejor brañida superficie de su ser, dentro del circuito de su existencia y lo devuelve fuera, hermo-seado, después de haberle dado, en su organismo, forma y terminación.

Y cuando no, ha menester atraer por la destrucción cuanto le rodea, apropiárselo al radio de su existencia real y, porque su sed de una existencia, realmente más dilatada, no puede apagarse con la pura é inocente contemplación.

Abril.

CORRESPONDENCIA.

Roma 10 de Abril.

Mi cuerpo está en Roma, pero no mi alma. Desde que tomé la determinación de irme, ya no me interesa nada y, de seguir mi gusto, me hubiera marchado hace ya quince días. Realmente estoy por Kayser y por Bury. El primero tiene que terminar algunos estudios que sólo pueden hacerse en Roma y todavía reúne obras musicales; el otro quiere acabar el boceto de un cuadro que está haciendo de mi composición y necesita mis consejos. De todas maneras, he fijado mi marcha el 21 ó 22 de Abril.

Roma 11 de Abril.

Los días pasan y ya no puedo hacer nada. Apenas puedo ver algo. Mi digno Meyer continúa ayudándome y gozo la última vez de su conversación instructiva. Si no tuviera á Kayser conmigo, hubiera llevado á Meyer. Si lo hubiéramos tenido siquiera un año antes, habríamos ido bastante lejos; á lo menos me ayudaría á salir de todos mis escrúpulos en el dibujo de figura.

Esta mañana estuve, acompañado de mi buen Meyer,

en la Academia Francesa, donde reunieron las reproducciones de las mejores estatuas de la antigüedad. ¿Cómo podría expresar lo que, al despedirme, senti? En semejante compañía se hace uno más de lo que es: siente que lo más digno de ocupar al hombre sería la figura humana, manifestada aquí en toda su diversidad y nobleza. ¿Y quién no siente su insuficiencia ante tal espectáculo? Aun estando preparado, se anonada uno. Y eso que, en algún modo, tratara de darme cuenta exacta de las proporciones la Anatomía y la regularidad de los movimientos: pero aquí tuve enseguida la idea que la forma, en definitiva, lo comprende todo; la conveniencia de los miembros, las relaciones, el carácter y la belleza.

Roma 14 de Abril de 1788.

La confusión no puede ser más grande. Mientras yo seguía sin cesar modelando el pie, vine á pensar que debía ponerme inmediatamente al Tasso, hacia el cual se dirigían mis pensamientos. ¡Bienvenido compañero para el próximo viaje! Entre tanto, hay que hacer el equipaje y sólo en estos momentos ve uno todo lo reunido y lo que arrastra consigo.



RELATO.

Abril.

Mi correspondencia de las últimas semanas no contiene nada de particular; mi situación era demasiado complicada, entre el Arte y la amistad, entre la posesión y el deseo, entre los hábitos del presente y un porvenir al cual de nuevo tenía que habituarme. En tales circunstancias, poco podían decir mis cartas. La alegría de volver a ver á mis fieles antiguos amigos, expresábase moderada y el dolor de la separación, en cambio, apenas se disimulaba. Me limitaré, pues, á recoger ahora lo que me conservaron papeles y documentos de aquella época y lo que mis recuerdos me proporcionan.

Tischbein se iba quedando en Nápoles, aunque anunciara muchas veces su regreso en la primavera. La vida en su compañía era agradable; más á la larga hacía se difícil, á causa de cierto defecto suyo y no era otro sino

dejar sin acabar cuanto se proponía hacer y resultaba que, sin mala voluntad de parte suya, traía á los demás perjuicios y desagrado. Así me sucedió. A fin de que todos estuviésemos bien instalados, quise mudarme antes de su vuelta y como el piso de arriba, en nuestra misma casa, estaba desocupado, lo alquilé é hicimos el cambio, á fin de que á su vuelta encontrase todo el bajo preparado.

Las habitaciones de arriba eran iguales á las de abajo; las de atrás tenían la ventaja de una hermosísima vista sobre el jardín de la casa y los de las casas vecinas que, siendo la nuestra de esquina, se extendían á todos lados.

Veíanse los diversos jardines separados con regularidad por muros, plantados y tenidos de modo variadísimo. Para glorificar este verde y florido paraíso, la noble Arquitectura mostrábase doquiera. Invernaderos, balcones, terrazas; hasta sobre las casitas más altas de detrás, un templete abierto, y entre las construcciones todo género de árboles y plantas del país.

En el jardín de nuestra casa, un anciano eclesiástico cuidaba cierto número de limoneros, de regular tamaño, en jarrones muy elegantes, de tierra cocida. En el verano, teníalos al aire libre; pero en el invierno los preservaba de la intemperie en el invernáculo. Cuando la fruta estaba en perfecto estado de madurez, cogíanla cuidadosos, envolvían cada limón en su papel y así los enviaban fuera. Estos limones son muy apreciados en el comercio, merced á sus cualidades especiales. Una

orangerie semejante, es considerada, en las familias bur-guesas, pequeño capital del que todos los años sacan cierto interés.

Estas mismas ventanas, desde las cuales, cuando el cielo estaba claro, se gozaba tan deliciosa vista, daban excelente luz para ver obras pictóricas. Kniep acababa de enviarme, según nuestro convenio, diversas acuare-las, hechas conforme á las vistas que con tanta diligen-cia tomó en nuestro viaje á Sicilia, que hacían las de-licias y eran admiración de todos nuestros amigos, á causa de la luz en que estaban colocadas. La luz y el aire tal vez nadie ha llegado á hacerlos sentir como él, que por inclinación se dedicó completamente á este gé-nero. En realidad encantaba ver tales cosas, pues creíase volver á sentir y á ver la humedad del mar, la sombra azulada de las rocas, los tonos amarillo rojizo de las montañas y las lontananzas perdiéndose en el más es-pléndido y brillante cielo. No sólo tales hojas producían tan favorable efecto; todo cuadro, puesto en el mismo sitio y en el mismo caballete, hacía más efecto y sor-prendía. Recuerdo que algunas veces, entrando en el cuarto, un cuadro de estos causóme impresión arrobadora.

El secreto de la luz, favorable ó desfavorable, directa ó indirecta, no estaba entonces descubierto; sentíase perfectamente, se admiraba y se consideraba cosa in-explicable y casual.

La nueva vivienda permitiéndonos colocar, ordenadas á gusto y en buena luz, cierto número de reproduccio-nes en yeso, rennidas poco á poco, y sólo entonces go-zamos dignamente su posesión. Cuando uno se encuen-tra, cual sucede á la continua en Roma, en presencia de obras plásticas de la antigüedad, siéntese, como en presencia de la Naturaleza, ante lo insondable y lo in-finito. La impresión de lo bello, de lo sublime, por muy benéfica que sea, nos inquieta: deseamos expresar nuestra admiración y nuestro sentimiento en palabras, mas necesitaríamos, primero, conocer, profundizar y comprender.

Al comienzo no hacemos sino separar, distinguir, or-denar y aun esto, si no lo encontramos imposible, pa-récenos en extremo difícil y al fin volvemos al placer de admirar contemplando.

En general, esto es el efecto decisivo de todas las obras de Arte, que nos transportan á la época y á la si-tuación del hombre que las produjo. Rodeados de esta-tuas antiguas, nos sentimos de manera natural en una vida animada; se aprende á conocer la diversidad de la figura humana y en absoluto vuélvese á los tiem-pos del hombre en sus condiciones más puras, lo cual hace al propio espectador viva y puramente humano. Los mismos ropajes relacionados á la Naturaleza, que contribuyen hasta cierto punto á realzar la figura, en sentido general, hacen bien. Aunque en Roma se puede gozar á diario tal vecindad, llégase al mismo tiempo á ser codicioso, deseando rodearse de semejan-

tes imágenes, y es fácil conseguirlo valiéndose de facsimiles y reproducciones: á la mañana, al abrir los ojos, ya se siente uno emocionado ante lo más excelente; á cuanto pensamos y sentimos acompañan estas imágenes y es imposible volver á caer en la barbarie.

El primer lugar en nuestra casa ocupábalo Juno Ludovisi, más estimada y honrada á causa de que muy raras veces y sólo casualmente, podía verse el original y debía considerarse dicha tenerla siempre delante, porque ningún contemporáneo se atrevería á afirmar que, á primera vista, comprendiera todo su mérito. Á su lado estaban otras estatuas de Juno, más pequeñas, á fin de comparar luego los bustos de Júpiter, Medusa Rondanini, obra maravillosa, expresando el término medio entre la vida y la muerte, entre el dolor y la voluptuosidad, excitante, inexplicable, que nos ejercita más que ningún problema.

Citaré todavía un Hércules Anax, tan fuerte y grande, como inteligente y dulce; un Mercurio delicioso: los dos originales están al presente en Inglaterra.

Bajo relieves, reproducciones de obras hermosísimas en tierra cocida, las tomadas de la punta del gran obelisco y muchos fragmentos, entre ellos algunos de mármol; todo muy bien dispuesto.

Hablo de semejantes tesoros, que sólo pocas semanas estuvieron colocados en la nueva casa, como quien piensa en hacer testamento y mira los bienes que posee, con firmeza, pero con emoción. La dificultad, el trabajo, el mucho costo y cierta torpeza en este género

de cosas, hicieron que no me decidiese, desde luego, á enviar á Alemania lo más preciado. Juno Ludovisi fué destinado á la noble Angelika; otras cosas de menor importancia, á los artistas que veía á menudo; muchas pertenecían á Tischbein, otras permanecieron en el mismo sitio, utilizadas á su manera por Bury, que se quedó con el alquiler de mi casa.

Mientras escribo, mis pensamientos me transportan á los primeros tiempos de mi juventud y evocan las causas que en un principio me familiarizaron con los objetos, despertaron mi interés y el entusiasmo ilimitado de la inexperiencia con el vehemente deseo, del que fué consecuencia mi viaje á Italia.

En mi primera juventud nada pude ver de Arte plástico en mi ciudad natal; en Leipzig, primeramente, el Fauno que toca los timbales, bailando á la vez, causóme profunda impresión, hasta el punto que aun ahora puedo recordar todos los detalles de la estatua y los objetos que la rodeaban. Después de largo período, encontréme cual si hubiera caído en el mar, repentinamente, en el Museo de Mannheim, que recibe hermosa luz zenital.

Más tarde fueron á Francfort hombres que hacían figuritas de yeso; pasaron los Alpes llevando sus originales, hacían los vaciados y vendían los ejemplares á moderado precio. Así pude tener una cabeza de Laoconte, bastante buena, una cabecita de la hija de Niobe, que más tarde se reconoció ser una Safo y algunas otras cosas. Estas nobles figuras eran para mi

una suerte de contraveneno secreto, cuando lo fejo, lo falso y lo amanerado, amenazaba contagiarme. En realidad, siempre sentía interno dolor y desazón que me impulsaba á lo desconocido; deseos adormecidos algunas veces, mas siempre renacientes. Por eso fué grande mi dolor cuando, al salir de Roma, habe de desprenderme de aquello, poseido al fin, después de haberlo deseado y esperado tanto.

En medio de todo, no había dejado de ocuparme en las leyes de la Botánica, que descubriera en Sicilia, según acontece cuando la inclinación verdadera nos fuerza á un objeto, para el cual, tenemos aptitudes. Visitaba el Jardín Botánico, que, si se quiere, ordenado á la antigua, ofrecía poco atractivo; pero que sobre mí, que encontraba allí mucho nuevo é inesperado, ejercía favorable influencia. Tuve ocasión de reunir muchas plantas raras y continuar, acerca de ellas, mis observaciones, cuidando; al mismo tiempo, aquellas que obtuviera de semilla. Estas últimas, al marcharme, quisieron repartírselas muchos de mis amigos. Planté, en el jardín de la casa de Angelika, el renuevo de pino, ya bastante crecido, miniatura de un árbol futuro, donde, con los años, llegó á ser muy alto; viajeros amables habláronme más tarde de él con mucha satisfacción, dándome asimismo noticias de aquel lugar de tantos recuerdos. Desgraciadamente, el que poseyó la casa, después de la muerte de aquella inapreciable amiga,

encontró mal y fuera de su lugar ver pinos crecidos en sus arriates de flores. Los viajeros que llegaron después, encontraron vacío el sitio y extinguida, allí al menos, la huella de una amable existencia.

Quedaban algunas palmeras de huesos que yo plantara. Siendo mi principal objeto observar, de tiempo en tiempo, su notable desarrollo, sacrificando muchos ejemplares, los plantados á última hora se los di á un amigo romano, que los puso en su jardín de la calle Sixtina, donde viven todavía y llegaron á la altura de un hombre, según tuvo la bondad de asegurarme un augusto viajero. ¡Ojalá no se hagan molestos al propietario y puedan seguir creciendo y prosperando en recuerdo mío!

En la nota de las cosas que debíamos ver en Roma antes de nuestra partida, encontrábanse dos muy diferentes; la Cloaca Máxima y las Catacumbas de San Sebastian. La primera superó á la idea colosal con que nos prepara Pironesi; la visita á las Catacumbas no salió bien. A los primeros pasos que di en aquellos lóbregos y húmedos lugares, sentí tal malestar, que habe de salir al momento al aire libre y esperar, en un sitio poco conocido y excéntrico de la ciudad, la vuelta de mis compañeros, que, más resucitos, vieron á su placer cuanto encierran aquellos lugares.

En la gran obra: *Roma Sotterranea, di Antonio Bosio, romano*, aprendí, mucho tiempo después, cuanto hubie-

ra visto, ó no hubiera visto allí dentro y creime suficientemente recompensado.

Otra excursión hicimos, más útil, á la Academia San Luca, deseando manifestar nuestro respeto al cráneo de Rafael, que conservan allí como santa reliquia, después de haberlo sacado de la tumba de este hombre extraordinario, con motivo de una construcción.

¡Cosa en verdad admirable de ver, una corteza recogida, redonda, tan hermosa como se puede imaginar, sin rastro de aquellas elevaciones, protuberancias y jibas que en la doctrina de Gall tienen tan variadas significaciones! No podía desprender mis ojos de él y al marcharme, indiqué lo importante que sería á los aficionados al Arte y á la Ciencia de la Naturaleza, poseer un vaciado de este cráneo, si fuese posible. Mi influente amigo, el consejero Reiffenstein, dióme esperanzas y las cumplió, enviándome después á Alemania un vaciado en yeso, cuya contemplación, todavía hoy, inspírame á menudo muy variadas reflexiones.

Un delicioso cuadro de Rafael representa la Madre de Dios que se aparece á San Lucas, á fin de que la retrate en toda su gracia y majestad. El mismo Rafael, jovencito, está á alguna distancia observando el trabajo del Evangelista. No es posible expresar de manera más deliciosa una vocación decidida, por la cual se siente uno arrastrado. Poseía el cuadro Pedro de Cortona, que lo legó á la Academia. Está estropeado y restaurado en muchos sitios, más siempre es de mucho valor.

En estos días probóme nueva tentación amenazando impedir mi viaje y sujetarme de nuevo en Roma. Llegó de Nápoles el Sr. Antonio Rega, artista y tratante en objetos de Arte y en confianza dijo al amigo Meyer, que había venido en un barco, anclado en *Isla Grande*, á cuyo barco le invitaba á ir, porque tenía allí una importante estatua antigua, aquella Bailarina ó Musa que estaba desde tiempo inmemorial en una hornacina del patio del palacio *Caraffa Colobrano*, en Nápoles, siempre considerada obra de mérito. Deseaba venderla en secreto y quería saber si Meyer ó alguno de sus amigos íntimos tendría gusto en comprarla. Ofrecía esta noble obra de Arte en el módico precio de trescientos zechines; más altas serían sus pretensiones, si no hubiera que proceder con prudencia, á causa del vendedor y los compradores.

Diéronme en seguida cuenta de la cosa y los tres nos encaminamos al puerto, bastante alejado de nuestra casa. Rega levantó una tabla de la caja que estaba sobre el puente y vimos una deliciosa cabecita que nunca había estado desprendida del tronco, mirándonos por debajo de sus rizos sueltitos; poco á poco descubrióse la figura graciosamente animada, vestida con decencia y muy poco estropeada; una de sus manos la conservaba perfecta.

Al momento recordamos muy bien haberla visto en su anterior puesto, sin sospechar que la llegaríamos á ver tan de cerca; esto pensábamos, y ¿cómo no lo habíamos de pensar? De seguro, decíamos, si cualquiera durante todo un año y gastando mucho dinero, hubiese

eche excavaciones y al final tropezara semejante tesoro, diérase por muy satisfecho. No nos podíamos separar de allí, pues una antigüedad tan pura, tan bien conservada y fácil de restaurar, podría muy bien no volvérsenos á presentar nunca. Despedímonos, sin embargo, en el propósito y la promesa de dar pronto respuesta definitiva.

En verdad, empeñamos un combate; atendido más de un concepto, parecíanos derroche comprarla y decidimos proponer el caso á la buena Angelika, como persona pudiente, para adquirirla y muy á propósito, á causa de sus relaciones, para lo concerniente á la restauración y más cosas que ocurrir pudiesen. Meyer se encargó de proponérselo, conforme hiciera antes al tratarse del cuadro de Daniel de Volterra, y esperábamos buen resultado. Aquella mujer circunspecta y más aun, su económico marido, rehusaron el negocio diciendo que, en la pintura, con efecto, emplearan sumas considerables, pero que no se decidían, en modo alguno, á meterse con la estatuaria.

Después de la respuesta negativa, tornamos á las consideraciones. ¡Los favores de la fortuna son harto caprichosos! Meyer volvió á mirar la estatua y ratificóse en su convencimiento de que la obra era, según todos los indicios, griega y muy anterior á Augusto; quizá de la época de Herón II.

Tenia crédito suficiente para procurarme tan importante obra de Arte y hasta Rega parecía consentir en el pago á plazos y llegó el momento de creernos dueños

de la estatua, viéndola colocada á buena luz en nuestro salón.

Al igual de aquel al que invaden muchos pensamientos entre una pasión amorosa de inclinación y un casamiento decididamente tratado, así estaba yo y no quise cargar con esta coyunda sin el consejo y aprobación de nuestros nobles parientes en el Arte, el señor Zuechi y su inteligente esposa; pues, en el idílico sentido pigmaliónico, era un desposorio y no podía negar que el deseo de la posesión de aquel ser echara en mí hondas raíces. En prueba de lo que me halagaba, baste decir que miraba el acontecimiento como obra de los espíritus que querían sujetarme en Roma y que, diligentísimos, echaban á tierra todas las razones que me obligaban á partir.

Felizmente estábamos ya en la edad en que la razón presta al entendimiento ayuda en casos parecidos y hube de prescindir de mis inclinaciones artísticas, de mis deseos de posesión, con lo demás que había de dialéctico y supersticioso, ante las buenas intenciones que tuvo la bondad de emplear en mi favor, con sensatez y complacencia, nuestra noble amiga Angelika. Sus reflexiones hicieronme comprender las muchas dificultades y peligros del asunto. Las personas tranquilas, dedicadas al estudio del Arte y de las antigüedades, cuando se meten de repente en el comercio de objetos artísticos, despiertan los celos de los ocupados de ordinario en tales negocios. Las dificultades de la restauración eran muchas y faltaba saber hasta qué punto

nos servirían bien. Aunque todo saliese feliz hasta el momento de la partida, podían presentarse obstáculos para dar el permiso de exportación de semejante obra de Arte; y después, la travesía, el desembarque, el transporte y la llegada, podían ofrecer muchas peripecias. A tales consideraciones sobrevino la salida del comerciante, que restableció el equilibrio, viniendo á comprender que empresa semejante era de todas suertes digna de ser muy pensada.

Las reflexiones fueron dulcificando y debilitando, poco á poco, mi codicia y deseo, mas no se extinguió del todo, principalmente porque llegó á adquirir alto honor; en la actualidad está en un gabinetito reservado del Museo Pio Clementino, cuyo suelo es un hermosísimo mosaico de caretas y guirnaldas de hojas. Las otras estatuas de aquel gabinete son, en el fondo, Venus sentada; en su zócalo está esculpido el nombre de Bupalos; un hermosísimo Ganimedes, de tamaño pequeño; la bella estatua de un jovencito que no sé con qué derecho lleva el nombre de Adonis; un Fauno en *trasso antico* y Diocéobolus yacente.

Visconti describió, á su manera, la estatua en el tercer tomo dedicado á este Museo y dió su dibujo en la lámina 30; todo amigo de las Artes comprenderá nuestro sentimiento de no haberla podido conseguir para Alemania y de no verla figurar en alguno de los Museos de nuestra patria.

Parecerá natural que en mis visitas de despedida no olvidase á la graciosa milanesa. Todo aquel tiempo

supiera de ella cosas que me satisfacían mucho; su amistad con Angelika era cada vez mas íntima; sabía estar muy bien en la alta sociedad que por Angelika la había recibido. Suponia asimismo, y lo deseaba, que un joven de buena posición, muy amigo de Zacchi, no era insensible á sus gracias, ni estaba muy lejos de dar un paso formal.

La encontré vestida de mañana, con pulcritud igual que la primera vez que la viera en Castel Gandolfo; recibíome con franqueza y gracia, expresándome de nuevo, en frases elegantes y naturales, su agradecimiento á mi interés. — No olvidaré nunca, — dijo, — que cuando me reponía de mi trastorno, entre los nombres queridos y honorables de las personas que preguntaban por mí, oí el de V.; varias veces inquirí si era verdad. Durante muchas semanas continuó V. preguntando, hasta que al fin mi hermano fué á ver á V. y darle gracias en nombre de los dos. No sé si lo habrá hecho conforme se lo encargué; de muy buena gana hubiera ido con él, si no fuera cosa mal vista.

Preguntóme qué camino iba á tomar, y al exponerle mi plan de viaje, exclamó:

— Es V. afortunado, por ser bastante rico para no negarse ese gusto; nosotros tenemos que quedarnos en el sitio donde Dios y los Santos nos pasieron. Hace mucho tiempo que desde mi ventana veo barcos entrar y salir, cargar y descargar; es muy entretenido y muchas veces me pregunto de dónde vienen y á dónde van.

Las ventanas daban precisamente sobre las escaleras

de la Ripetta; el movimiento era en aquel momento muy vivo.

Hablóme de su hermano con ternura; alegrábase de poderle gobernar su casa en orden, porque así, á pesar de su módico sueldo, podría colocar algunas economías en un comercio ventajoso; en fin, me habló de su posición con absoluta confianza. Yo estaba muy contento de su locacidad, porque realmente hacia bastante extraña figura: sin ser dueño de evitarlo, representábase la imaginación todos los momentos de nuestras delicadas relaciones, desde el principio hasta el último. Entonces entró el hermano y la despedida terminó en amigable comedida prosa.

Cuando salí encontré mi coche sin cochero; un muchacho corrió á buscarlo. Habíase puesto ella á la ventana del entresuelo que habitaban, en una casa de hermosa apariencia; no era muy alta; parecía que con las manos nos podíamos alcanzar.

—Ya ve V., no quieren separarnos—dije; parece que saben mi disgusto al separarme de V.

Lo que ella me respondió, lo que yo repuse, todo el curso de la deliciosa conversación que, libre de trabas, declaró los sentimientos íntimos de dos enamorados que medio se entendían, no quiero profanarlo repitiéndolo; fué la confesión final extraordinaria, casual, lacónica, arrancada por la necesidad íntima del afecto mutuo más inocente y más tierno; por lo mismo, jamás ha salido de mi pensamiento ni de mi corazón.

De manera muy particular y solemne debía prepararse mi salida de Roma. Tres noches antes brilló la luna llena en el diáfano cielo y el encanto que sobre la gran ciudad extendía, tantas veces por mi sentido, fué entonces de manera mucho más penetrante. Las grandes masas iluminadas como por la luz del día atenuada y sus contrastes de sombras profundas, alumbradas á veces por reflejos que hacían presentir detalles, parecían transportarnos á otro mundo más sencillo y más grande.

Después de pasar los días en distracciones, muchas veces penosas, daba un paseo acompañado de unos cuantos amigos y algunas veces enteramente solo. Siguiendo, la última vez sin duda, la larga calle del Corso, subí al Capitolio, que se alzaba en el desierto cual un palacio de hadas. La estatua de Marco Aurelio trájome á la memoria la del comendador de Don Juan, dando á entender al viajero que estaba haciendo algo desusado, á pesar de lo cual bajé las escaleras de detrás. Siniestro y arrojando sombras siniestras, se me apareció el Arco de Triunfo de Séptimo Severo. Los objetos, tan conocidos de la Via Sacra, parecían extraños y fantásticos. Al acercarme á los sublimes restos del Coliseo y mirar el interior á través de la cerrada verja, no debó ocultar que me acometió un estremeamiento y apresuré mi retirada.

Todas las masas producen siempre particular impresión; son á la vez sublimes y tangibles y en estos paseos hacia la incalculable *summa summarum*, de toda mi permanencia en Roma.

Al marcharme sentí un género especial de dolor. Al dejar, sin esperanza de volver, esta capital del mundo, de la que fui algún tiempo ciudadano, se siente algo que no se puede traducir en palabras. Nadie puede comprenderlo más que el que lo siente; no cesaba de repetirme, en aquel momento, la elegía que compuso Ovidio, cuando el recuerdo de un destino análogo le persiguió hasta la extremidad de la tierra habitada; aquellos disticos rodaban en medio de todas mis impresiones.

Quando la imagen de la triste noche,
Mi última en Roma, donde abandonaba
Tantos seres queridos, mi alma hiere,
¡Aun ahora de mis ojos corre el llanto!

.....
Ya no se oían voces ni lamentos;
Sus corceles la luna alta guiaba;
Mis ojos iban de ella al Capitolio,
Vecino inútil, de mis Dioses Lares!

No pude repetir mucho tiempo aquella expresión extraña á mis sentimientos, sin aplicarla en particular á mi personalidad, á mi situación. Aquellos dolores estaban identificados á los míos y durante mi viaje, la actividad interior me ocupó muchos días y muchas noches. Sin embargo, guardéme de escribir una sola línea de miedo que este vaho de dolor íntimo no desapareciese; no quería ver nada, á fin de no distraerme del dulce tormento. Pronto hube de reconocer que soberbio parece el mundo cuando lo contemplamos con los sentidos emocionados. Esforcéme en llegar á más libre acti-

vidad poética; la idea del Tasso vino á unirse á mis impresiones y preparé, con particular gusto, aquellos pasajes que más análogos eran á mis disposiciones actuales. Pasé en Florencia la mayor parte del tiempo en los jardines de recreo y de lujo. Allí escribí las escenas que me representan, todavía hoy, aquellos tiempos y aquellos sentimientos. A tales disposiciones debe atribuirse la abundancia con que he tratado la mayor parte de la obra, que hace casi imposible su representación en el teatro. Así como los lugares á Ovidio, el destino me acercaba al Tasso. El doloroso sentimiento de un alma apasionada, irresistiblemente atraída á irrevocable destierro, se ve en toda la obra. Estas disposiciones no me abandonaron en todo el viaje, á pesar de las distracciones y, cosa singular, como si un circuito armónico quisiera favorecerme siempre, después de mi vuelta, terminé la obra viviendo accidentalmente en el Belvedere (1), donde flotaban á mi alrededor tantos recuerdos de momentos felices.

(1) En el parque de Weimar.



ITALIA.

FRAGMENTOS DE UN DIARIO DE VIAJE.

CANTOS POPULARES.

Venecia.

Conocido es que en Venecia los gondoleros saben de memoria grandes pasajes del Tasso y del Ariosto y los cantan con su melodía propia. Esta habilidad, sin embargo, parece ser más rara de día en día; á lo menos, costóme trabajo encontrar dos hombres que me recitasen así un pasaje del Tasso.

Se necesitan dos personas, que cantan las estrofas alternando. Conocemos aproximadamente la melodía, gracias á Rousseau, entre cuyas canciones está grabada; verdadero movimiento melódico, no lo tiene, y es suerte de término medio entre el *Canto fermo* y el *Canto figurato*. Acérese al primero, por el recitado declamatorio y al segundo, por los pasos de agilidad con que se sostiene y adorna cada sílaba.

Una noche de luna llena subí á una góndola; uno de los hombres se fué hacia delante, otro hacia atrás y bogamos en dirección á San Giorgio. Comenzó uno el canto, y al terminar la estrofa, principió el otro, y así siguieron alternando. En su conjunto parecía que eran siempre las mismas notas, pero, según el sentido de la estrofa, daban más valor á unas notas ó á otras, y también cambiaban la dicción de toda la estrofa, si el asunto de la poesía cambiaba.

En general era su pronunciación áspera y chillona. A la manera de toda la gente sin educación, parecían fundar el mérito de su canto en la fuerza, y por la fuerza de sus pulmones vencerse el uno al otro, y en vez de gozar en esta escena, encontréme en situación bien molesta, dentro del camarote de mi góndola.

Mi acompañante, á quien hubé de confesarlo y que deseaba á toda costa sostener el crédito de sus conciudadanos, me aseguró que este canto, oído de lejos, era muy agradable; saltamos en tierra; uno de los cantores quedó en la góndola, otro se alejó algunos cientos de pasos. Pusiéronse de nuevo á cantar alternando; yo me paseaba entre los dos, alejándome siempre del que principiaba; muchas veces me paraba y oía á uno y otro. De este modo, la escena estaba en carácter. Los sonidos fuertemente declamados, casi gritados, berían desde lejos el oído, despertando la atención. Los pasajes que seguían inmediatamente y que por su naturaleza deben ser cantados con voz suave, parecían resonancias lastimeras de un grito de sentimiento ó de dolor. El otro,

que escuchaba atento, tomaba el canto en el sitio en que el primero lo dejaba y le respondía, suave ó fuerte, según la estrofa lo pedía. Los canales silenciosos, los edificios altos, el brillo de la luna, lo profundo de las sombras, lo fantástico de las pocas gondolas negras que se movían, aumentaba la propiedad de la escena, y era fácil, con todas aquellas circunstancias, comprender el carácter de este canto maravilloso. Es cosa muy natural que un barquero solitario y desocupado que se encuentra sujeto en su embalseción, en estos tranquilos canales, esperando á sus amos ó parroquianos, se ponga á modular, apropiando á sus modulaciones versos que sabe de memoria. Algunas veces esfuerza su voz cuanto es posible y se propaga sobre el silencioso espejo; todo está, en derredor, tranquilo; hállase en medio de una ciudad populosa, como en la soledad: allí no hay el rodar de carruajes, ni ruido de peatones: silenciosa gondola pasa á su lado y apenas siente el chapoteo de sus ruedas.

Allí, á lo lejos, óyelo otro, quizá un desconocido. Poesía y melodía unen á dos extraños. Hácese eco del primero y se esfuerza para ser oído, como él oyó. Llámase convención el cambiar los versos: el canto puede durar noches enteras: se entretienen sin cansarse, y mientras los dos cantores se ocupan entre sí, el oyente que boga entre ellos, se interesa en el canto.

Oído muy de lejos, tiene indecible atractivo, pues sólo en el sentimiento del alejado llena su destino. Saena á queja sin tristeza y apenas se pueden contener las lá-

grimas. Mi acompañante, que no era hombre de organización delicada, dijo espontáneamente: *E singolare come quel canto intenerisce, è molto più, quando lo cantano meglio.*

Contáronme que las mujeres del *Lido*—lengua de tierra que separa el mar Adriático de las lagunas,—en particular las de los lugares más externos, Malamocco y Palestrina, también cantan el *Tasso* y con la misma melodía.

Tienen la costumbre, cuando sus maridos están pescando mar afuera, de sentarse en la orilla, á la caída de la tarde y entonar este canto, sosteniéndolo fuertemente, hasta oír en lontananza el eco de los suyos.

Todavía es entonces más hermoso y propio. Vox de un ser solitario que á gran distancia llega á otro ser igualmente dispuesto, que la oye y contesta: expresión de un deseo vehemente que á cada momento ve más cerca la dicha de su realización.

Roma.

RITORNELLO.

Valiéndose de canto parecido, que nada tiene de grato ni atractivo, acostumbra el pueblo bajo en Roma á divertirse, lastimando todo oído distinto del suyo.

Es también especie de *canto fermo*, recitado ó declamación, como se quiera. Ningún movimiento melódico

se marca; los intervalos de los tonos, según nuestra manera de anotar la música, no pueden expresarse y estos intervalos raros, ejecutados con la mayor fuerza de voz, es su distintivo propio. Y hay tan completa conformidad en el tono y manera de los que cantan, ó mejor de los que gritan, que en todas las calles de Roma creése oír los mismos furiosos. En general, no se siente hasta el anochecer ó de noche; en cuanto se ven libres y sueltos, dan estos gritos. Un muchacho que en la tarde de un día caluroso abre la ventana; un carretero que con su carro ha cruzado las puertas; un trabajador que sale de una casa, pegan inmediatamente los indomables gritos. Llaman á esta suerte de canto *Ritornelli* y ponen, á la no melodía, todas las palabras que se les antojan, porque puede acompañar fácilmente toda suerte de frases y períodos, ya sean métricos ó prosáicos. Raras veces son las palabras inteligibles y sólo recuerdo haber entendido algunas á uno de estos cantores. Parecióme tosca la canción y no desprovista de fuertes invectivas, sin gracia, contra las vecinas.

Entremeses.

En el año de 1786 se oía en todas partes el *Malborough*, que, medio en italiano, medio en francés, cantábase doquiera, poco más ó menos, con su melodía conocida. A principios de 1787 lo desbancó un entremés, que en poco tiempo se generalizó tanto, que lo cantaban lo mismo los niños chicos que las personas grandes. Fué compuesto de diversas maneras y cantado en

conciertos á muchas voces. La cosa era una declaración de amor á una hermosa y cada verso contenía alabanzas y promesas, realizadas siempre por el estribillo.

Non dico es la locución popular con la cual se pone al momento en duda lo que uno mismo ó los demás han dicho de exagerado. Hé aquí el primer verso.

Ogni uomo, ogni donzella

Mi dolee mirami!

Mi dice che sei bella.

E penso anch'io così:

Non dico: bella, bella

Ma — lì la ba te lì.

El último *Ma*, porque empiezan las sílabas del estribillo, que no tienen significación, da toda su fuerza á la expresión irónica. La melodía, que con más frecuencia se oye, es cantable y agradable, aunque no expresiva.

Romance.

Oyense en Roma muy pocas historias de aparecidos, y la causa probable reside en que ningún católico cristiano, bautizado y que recibe los Sacramentos, se condena. Solamente, á fin de que la purificación y la penitencia sean completas, tiene que estar algún tiempo en las llamas del Purgatorio. Todos los corazones se proponen, devotamente, el alivio y descanso de las benditas ánimas. Muchas veces aparecesele á un creyente, angustiado por el sueño ó la fiebre, toda la cárcel del

purgatorio y luego sigue la aparición alegre de la Madre de Dios, según puede verse en muchos cuadros votivos; los fantasmas, propiamente dichos, brujas y diablos, parecen ser más propios de los países del Norte.

Así admiróme más un romance cantado, durante algunas semanas, por un niño ciego napolitano que vagaba en las calles de Roma, y cuyo asunto y factura era todo lo más del Norte posible.

La escena es á la noche, junto á la horca. Una bruja vela el cadáver de un ajusticiado, probablemente un criminal, á quien darian tormento; un atrevido se acerca deslizándose, intentando robar algunos miembros del cuerpo; no supone que la bruja esté cerca; se arma de valor y la evoca con un saludo mágico. Ella le responde y su diálogo, con la misma fórmula siempre repetida, constituye la composición. Sigue el primer verso. La melodía y los otros ranglones para cambiar las estrofas, van también á continuación.

—Gurugium a te! gurugium!

—Che ne vuoi della vecchia tu?

—Io voglio questi piedi.

—E che diavol' ne vuoi far tu?

—Per far piedi ai candelieri.

—Cadavere! malattia!

—Aggi pazienza vecchia mia.

2 Io voglio queste gambe
Per far piedi alle banche.

3 Io voglio le ginocchia,
Per far rotole alla canoechia.

4 Io voglio questo petto
Per far tafole per il letto.

5 Io voglio questa pancia
Un tamburro per il Re di Francia.

6 Io voglio questa schiena
Una sedia per la Regina.

Damos, para mayor claridad, la traducción aproximada.

Gurugiu! debe ser á modo de saludo mágico amistoso.

LADRON. — ¡Gurugiu á tí! ¡Gurugiu!

BRUJA. — ¿Qué quieres de la vieja, tú?

LADRON. — Quiero que los pies me dieres.

BRUJA. — ¿Para qué diablos los quieres?

LADRON. — Para pies de candeleros.

BRUJA. — ¡Mala peste te reviente!

LADRON. — Mi vieja, sea paciente.

El resto de los versos se diferencia del primero sólo en la tercera y quinta sílaba, pidiendo él siempre otro miembro y diciendo el uso á que lo destina.

No recuerdo haber visto en ninguna colección de canciones italianas cosa parecida. Es general la aversión á asuntos de esta naturaleza.

Canto sagrado en diálogo.

Más bonito, agradable y conforme al espíritu de la nación y los fundamentos de la fe católica, es la conversación de Cristo con la Samaritana en un canto dramático. Tiene intrínsecamente la forma de un *inter-*

mezzo à dos voces y cantarlo en la calle dos pobres gentes, con una melodía fácil.

El hombre y la mujer se sientan algo separados, y ejecutan su diálogo alternativamente. Reciben al final mezquina limosna y venden à los espectadores la canción impresa.

Damos aquí la canción original, porque traducida perdería toda la gracia y para los lectores que no conozcan la lengua italiana mezclamos con el diálogo breve comentario.

La escena es una fuente próxima à la ciudad de Samaria.

PRIMERA PARTE.

Jesús llega y explica el estado en que se halla y el lugar donde se encuentra.

Sono giunto stanco e lasso
Dal mio lungo camminar.
Ecco il pozzo, e questo è il sasso
Per potermi riposar.

Dice sus proyectos.

Qui mi fermo, quivi aspetto
Una Donna ha de venir.
O bel fonte, o fonte eletto
Alma infida a convertir!
Pecorella già smarrita
Dall' ovile cercando va,
Ma ben presto convertita
Al pastor ritornera.

Vese llegar la mujer à lo lejos.

Ecco appunto la meschina
Che sen vien sola da se.
Vieni, vieni, o poverina
Vien, t' aspetto, vien da me.

Samaritana. Quédase parada à cierta distancia, mirando alrededor de la fuente: le desagrada encontrar allí gente.

Questo appunto ci mancava;
Chi è colui che siede là?
Io di già me l' aspettava
Di trovar qualcuno qua.

Le disgusta particularmente que sea un judío.

È un Giudeo, se ben ravisso,
Lo conosco in fin di qui;
Alle chiome, al mento, al viso
Egli è desso, egli è, sì, sì.

Recuerda el odio de los dos pueblos.

Questa gente non è amica
Della patria mia, lo so;
Vi è una ruggine alta è antica,
Che levare non si può.

Por fin toma su partido; va à lo que tiene que hacer y se propone ser desdenosa si él no es amigable.

Baderò, alli fatti miei,
Io al pozzo voglio andar.
Se dirà Donna, chi sei?
Gli diro, son chi mi par.

Jesús la sorprende con un saludo amable y piadoso.

Buona Donna il ciel vi guardi!

Samaritana, calmada y maravillada, le contesta con afabilidad.

O, buon Uomo, a voi ancor!

Jesus acercase habiéndola.

Siete giunta troppo tardi

Samaritana viene más adentro.

Non potevo piú a buon or.

Jesus le pide de beber.

O figlioula, che gran sete!

Un po' d'acqua in carità!

Deh, ristoro a me porgete.

Un po' d'acqua per pietá!

Toma comó broma el que un judío le pida de beber.

Voi a me Samaritana

Domandate voi da ber?

A un Giudeo è cosa stranna

Chi l'avesse da veder.

Queste due nazion fra loro

Non si possou compatir;

Se vedesse un di coloro

Cosa ayrebbe mai a dir.

Jesus cambia la broma en admiracion.

Se sapeste, se sapeste

Chi a voi chiede da ber,

Certo à lui rihiedereste

Acqua viva per aver.

Samaritana piensa que se burla de ella.

Voi burlate, e dov'è il secchio

Dove l'acqua, o buon Signor?

Di Giacobbe il nostro vecchio

Siete foi forse maggior?

Che sia pur benedetto!

Questo pozzo a noi lasciò

A suoi figli: il suo diletto

Gregge in questo abbeverò.

Jesus signe su parábola y promete que su agua apaga para siempre la sed.

O figlioula, chi l'acqua mia,

Acqua viva beberà

Già sia pur chiunque sia

Mai in eterno sete avrà.

Samaritana lo encuentra cómodo y pide de aquella agua.

O Signor, non si potrebbe

Di quest'acqua un po' gustar?

La fatica leverebbe

Di venirla qui cavar.

Jesus la prueba.

A chiamar vostro Marito

Gite, l'acqua vi darò:

Nè temete sia partito

Perchè vi aspeterò.

Samaritana niega tener marido.

Io Marito! Guardi il cielo,

Sono libera di me.

Jesus confunde su disimulo.

Che direte s'io vi svelo

Che n'avete piú di tre?

Cinque già ne avete avuti

Se vostr'è quel ch'avete or.

Samaritana se espanta.

O che santo! (sparto) il ciel m' ajuti!

Confiesa.

Dite vero, o mio Signor!

Y afirma que debe ser un gran profeta, para estar tan bien en
territo de su comercio amoroso.

Certo che siete Profeta

Ben sapete indovinar.

Quiero marcharse.

Io per dirla cheta, cheta,
Me ne voglio un poco andar.

Jesús la detiene y habla de la venida del Mesias.

No, no, no, non gite via,
Che è venuto il tempo già
D' adorare il Gran Messia
In spirito e verità.

Samaritana se explica sobre esto con naturalidad.

Che il Messia abbia venire
Io non nego, o questo no;
Ma se poi avesse à dire
Se è venuto, non lo so.

Jesús declara que es el Mesias.

O figliuola, egli è venuto
Il Messia, credete à me,
Se puoi essere creduto,
Chi vi parla Egli è.

Samaritana créelo inmediatamente, lo adora y ofrécese para el
apostolado.

Io vi credo o buon Signore,
E vi adoro, or voglio gir

In Samaria, un tal stupore
Voglio à tutti riferir.

Jesús la envia.

Gite pur! Sia vostra gloria
Se vi crede la città
Per sì nobile vittoria
Tutto il ciel trionferà.

Samaritana atrobada por la clemencia divina.

O divina sì grand' opra,
Convertir sì infido cor.

Jesús testimonia el poder y el amor de Dios.

Il poter tutto si adopra
Del gran Dio tutto l' amor.

SEGUNDA PARTE.

Samaritana, habiéndose marchado convencida, vuelve conver-
tida por completo.

Ecco qui quella meschina
Che ritorna onde parti;
O amabile divina
Maestà, eccomi qui!

L' alma mia in questo pozzo
La vostra acqua si gustò:
Che ogni fonte dopo sozzò
Quel pantan gli resebrò.

Mille grazie, o gran' Iddio,
A voi rendo, e sommo onor,
Che mutò questo cor mio
Dal profano al santo amor!

Jesùs la recibe por hija y él se declara Dios.

O mia figlia! Tale adesso
Più che mai vi vo' chiamar,
La mia grazia quanto spesso
Si bell' opra ella sa far
Sono Dio! di già 'l sapete
E mio braccio tutto può
Io per voi, se fede avrete,
Quanto più per voi farò.

Samaritana repite su confesión de fe.

Siete Dio omnipotente,
E vedute l' ho pur or:
Di Samaria la gran gente
Convertita è a voi, Signor.

Jesùs sabia ya que estaba de toda eternidad destinada para el apostólado.

Ab eterno già sapea
E però vi mandai là:
Fin d' allora vi scegliea
A bandir la verità.

Samaritana quélase confusa.

O Signor, io mi arrossisco
Di vedermi in tanto onor,
Più ci penso, e men capisco
Come à me tanto favor.

Jesùs declarale su divino método de alcanzar cosas grandes por medios pequeños.

Questo è già costume mio
Qual io sono a dimostrar,
Per oprar cosa da Dio
Mezzi deboli adottar.

Saca ejemplos de la historia.

D' Oloferne il disumano,
Dite su, chi trionfò?
Donna fral di propria mano
Nel suo letto lo svenò.
Il gigante fier Golia
Come mai, come morì?
D' un sasseto della via,
Chè scagliato lo colpì.

Tambien creó el mundo de la nada.

Tutto il mondo già creato
Opra fu della mia man,
Ed il tutto fu carato
Dal suo niente in tutto van.

Su divino propósito es la glorificación de su nombre.

Perche vo' la gloria mia,
Come è debito per me.

Y el provecho está destinado à los creyentes.

L' útil poi voglio che sia
Sol di quel che opra con fe.

Samaritana contentase con el Evangelio.

Che più potrete darmi?
Mi scoprite il gran Vangel,
E di quel volete farmi,
Una Apostola fedel.

Su corazón se abrasa en amor y ternura y se entrega a El por completo.

Quanto mai vi devo, quanto,
Cortesissimo Gesù.
A voi m' offero e dono intanto,
Nè sarò d' altri mai più.

Jesús acepta su corazón.

Vi gradisco, si vi accetto,
Si già accetto il vostro amor,
E gradito, e sol diletto
Esser vo' dal vostro cor.

La Samaritana lo toma por esposo.

Si; sarete sposo mio.

Jesús la toma por esposa.

Sposa voi sarete a me.

Samaritana.

Io in voi.

Jesús.

Ed in voi io.

Los dos.

Serharemo eterna fé.

Así termina el drama, con formal y eterno y desposorio.

Descúbrese fácilmente, en el canto, la teoría histórica de la conversión y de la misión. Contiene el orden de la Gracia y el progreso del amor mundano al divino. Todo católico cristiano puede oírlo, cantarlo, entretenerse y edificarse. Cada doncella, por su medio, puede pensar en el prometido terrestre y cada monja en su celeste esposo y la bella pecadora tranquilizarse en la esperanza de un apostolado futuro. Y en esto ha de observarse que la Iglesia romana es la que mejor con-

siguió popularizar la religión, acomodándola al sentimiento y no á la inteligencia de las muchedumbres.

La Tarantella.

El baile llamado la *Tarantella* es general en Nápoles, entre las muchachas de la clase media y baja. Se necesitan á lo menos tres. Una toca el *tamburino* y agita, de tiempo en tiempo, sus cascabeles; las otras dos, con castañetas en las manos, ejecutan los pasos del baile; propiamente, como sucede en todos los bailes ordinarios, no tiene figuras particulares elegantes. Las muchachas entran al compás y se están un rato en el mismo sitio, una enfrente de otra, zapateando; luego se vuelven, mudan de sitio y siguen así. Pronto cambia una de las bailarinas sus castañetas por el *tamburino* y se está de pie mientras la otra baila y así alternando, pueden divertirse horas enteras, sin cuidarse para nada de los mirones. El baile sólo es diversión de muchachas; ningún mozo toca el *tamburino*. Sólo el sexo femenino parece pasar las horas más agradables de su juventud saltando á este compás y aún se ha observado que tal baile, á causa de sus movimientos, es saludable á aquel sexo, en las enfermedades del ánimo y cura, sin duda por la transpiración que produce, la picadura de la araña. De otra parte, es evidente que el baile, sin una causa que lo justifique, degenera por sí mismo en enfermedad.

Sobre los dos casos hizo observaciones muy bellas y atinadas el señor de Riedesel en sus viajes.

Voy a añadir una advertencia. El baile llamado *Tarantella*, no procede del nombre de aquel insecto; pero llamase *Tarantola* una araña que se encuentra en especial en el Tarentino y la *Tarantella*, es un baile que particularmente se baila en aquella comarca. Tienen, pues, nombre parecido, debido á la comunidad de patria, sin tener comunidad entre sí. De igual modo son muy apreciadas las ostras de Tarento y otros productos de aquella hermosa tierra.

Hago aquí esta advertencia, porque á menudo el falso parentesco de nombres, sostiene la falsa relación de la ideas, y es un deber rectificar cuanto sea posible todos los errores y mal entendidos; trabajar contra todo lo prodigioso, para que lo notable ocupe su lugar.

Medida italiana del tiempo.

Una de las cosas consideradas desde un punto de vista más falso por los extranjeros, es la manera que tienen los italianos de contar las horas. Turba á cuantos llegan y como la generalidad de los extranjeros, en todas partes, quieren seguir su manera de ser y permanecer encarrilados en su sistema, es natural que les incomode el ver trastornadas de repente todas sus acciones, á causa de una medida importante. Los soberanos alemanes que tienen Estados en Italia, ya introdujeron en ellos nuestra manera habitual de contar las horas. Este horario, llamado francés, hace mucho tiempo que, para consuelo de los extranjeros, se ve en la *Trinita de Monti* y pronto señalará, dentro y fuera de

San Pedro, á los viajeros, sus horas acostumbradas. Nuestra manera de contar hácese, pues, poco á poco, más común, aunque el pueblo difícilmente entra en eso y de cierto perdería una costumbre local muy característica, una idea tradicional muy apropiada.

¡Con cuánta frecuencia oímos á los viajeros celebrar la tierra afortunada, el clima hermoso, el cielo puro y claro de Italia! Y en su mayor parte, todo es verdad y no exageración. Y su consecuencia para la vida, es la siguiente: todo el que puede y cuanto tiempo puede, está al aire libre y hasta en sus ocupaciones quiere gozar del aire. ¡Cuántos artesanos trabajan delante de las puertas de sus casas en la calle! ¡Cuántos tenduchos se abren á la calle! ¡Cuántos y de cuántas suertes dan á los mercados, á las plazuelas y á los patios! Claro está que en tal género de vida, el momento en que el Sol se pone y entra la noche, ha de ser, en general, más decisivo que en nuestro país, donde muchas veces en todo el día no hay claridad. El día tiene realmente fin; todos los negocios de cierto género deben terminarse y este momento todo el año marca lo mismo, á un pueblo muy impresionable por temperamento. Se dice—es noche—y no, son las veinticuatro; del mismo modo que dicen los franceses—es medio día (*midi*) y no las doce. Tocan las campanas, cada uno reza su corta oración y el criado entra en la habitación con la lámpara encendida diciendo *felicissima notte*.

Desde aquel instante, siempre próximo á la puesta del sol, hasta la puesta del sol siguiente, el tiempo se

reparte en veinticuatro horas. Y como cada uno, por larga costumbre, sabe cuándo amanecera y á qué hora cae el medio día y la media noche, hacen al momento toda especie de cuentas, en lo cual los italianos parecen encontrar gusto y una suerte de diversión. Naturalmente, es cómodo contar así las horas, porque todas las acciones se refieren al día ó á la noche y se hace sensible á una gran masa de gentes el reparto del tiempo.

En todas las estaciones del año, los obradores, estudios, despachos y Bancos están abiertos hasta la noche y cada uno sigue su negocio hasta aquel momento. El desocupado puede pasear hasta ponerse el sol. Después tiene ciertos círculos y en ellos cuanto es necesario para pasar el rato, en compañía de sus amigos. De una y media á dos de la noche, todos se van al teatro y así parece que se vive siempre en la misma época del año, porque todo va en el mismo orden y guarda la misma relación, lo que se hace de día y lo que se hace de noche, sin cuidarse si sería tarde ó temprano en nuestro modo de contar.

La gran afluencia de carruajes y gente de á pie, que en todas las grandes ciudades de Italia, en particular los domingos y días de fiesta, se ve al anochecer en la calle principal y en la plaza: el Corso romano y la enorme masa de gente alborotada del Carnaval, conforme tal sistema de contar el tiempo, se deja guiar como por un hilo. Es más: el lujo, tan inclinado á hacer del día noche y de la noche día, mediante la separación, contiénesse hasta cierto punto.

Concedo que los italianos podrían seguir viviendo á su manera y contando las horas á la nuestra; siempre, el momento que bajo su afortunado ciclo separa el día de la noche, será el más importante del día. Siempre será sagrado, porque la iglesia, á la oración, les recordaría aquel antiguo punto del tiempo. Tuve lugar de observar, lo mismo en Florencia que en Milán, muchas personas que arreglan sus relojes y su vida doméstica por la cuenta antigua, aunque los relojes públicos están arreglados á la nuestra. Según lo dicho, á lo cual aún podía añadir mucho, se conocerá claramente que este modo de arreglar el tiempo, odioso al astrónomo, para quien es el punto más importante el medio día, ó incómodo al extranjero del Norte, es muy apropiado á un pueblo que, bajo cielo afortunado y viviendo, conforme á la Naturaleza, quiere fijar el momento más importante de su tiempo, del modo más fácil.

**Papeles de mujer desempeñados por hombres,
en el teatro de Roma.**

No hay lugar alguno donde el tiempo pasado hable al observador, de manera tan inmediata y con tanto linaje de voces, como en Roma. Entre muchas costumbres, sostiénese casualmente una, que en otras partes ha ido, poco á poco, perdiéndose completamente.

Los antiguos, al menos en los mejores tiempos del Arte y de las costumbres, no permitían que las mujeres saliesen al teatro. Sus piezas arreglábanse de manera que, ó eran excluidas, ó representaban papeles fe-

meninos actores adiestrados en especial para ello. Todavía la moderna Roma y el resto de los Estados de la Iglesia siguen la tradición, excepto Bolonia, que, entre otras franquicias, goza la de admirar las mujeres en el teatro.

Dijose tanto en oprobio de aquella costumbre romana, que bien se puede permitir manifestar algo en loor suyo, al menos que no parezca paradójico llamar acerca de ella la atención, como sobre un resto antiguo.

No se trata sólo de la ópera, porque las hermosas y lissonjeras voces de los contraltos, á quienes además parece sentar mejor el traje de mujer que el de hombre, se concilian muy bien á todo aquello que podria creerse inconveniente en la figura disfrazada. Háblase del drama y de la comedia, tratando de deslindar hasta qué punto sean susceptibles de proporcionar agrado.

Supongo lo que en todo espectáculo teatral hay que suponer; que la obra es apropiada á los caracteres y aptitudes de los actores. Alianza sin la cual no se sostiene ningún teatro, ni apenas el actor más grande y de más variadas facultades.

Los romanos modernos se inclinan con particulares aficiones á cambiar, en las mascaradas, los trajes de hombres por trajes de mujer.

Durante el Carnaval, muchos jóvenes de la clase baja, vestidos de mujeres y muy ataviados y, al parecer, muy complacidos, se pasean en todas partes. Cocheros y lacayos van de mujeres, con mucha decencia y, siendo jóvenes de buena figura, vestidos con gracia y ele-

gancia. En cambio hay señoritas de la clase mediá que se visten de Polichinelas y las distinguidas de oficiales, muy bien y muy bonitamente. Cada uno parece querer alegrarse prolongando las locuras de la juventud, valiéndose de aquellas bromas que á todos regocijaron un día en la niñez. Es muy sorprendente cómo los dos sexos se complacen en estas transformaciones aparentes; tratando de usurpar, en lo posible, el privilegio de Tiresias.

De la misma manera, los jóvenes encargados de papeles de mujer tienen particular pasión por mostrarse perfectos en su Arte. Observan sutilmente las maneras, los movimientos, el porte de las señoras; tratan de imitarlas y de dar á su voz, ya que no puedan cambiar el tono bajo, flexibilidad y dulzura: en fin, procuran en cuanto es posible, desapropiarse su sexo. Son tan ansiosos de modas nuevas, cual las mujeres mismas; una modista de fama los viste y la primera actriz de un teatro es, la mayor parte de las veces, bastante feliz para conseguir su objeto.

Respecto de los segundos papeles, casi de continuo no valen; fuerza es decir que Colombina nunca puede ocultar por completo su azulada barba. Esto sucede de ordinario á los papeles secundarios en la mayoría de los teatros y en las capitales de otros reinos; donde se pone mucho más cuidado en el espectáculo, son frecuentes las quejas amargas sobre la impropiedad de actores de tercera y cuarta clase, que estropean en absoluto la ilusión.

Visité la Comedia de Roma, no sin prejuicios y, sin pensarlo, reconciliéme pronto con ella; sentí gusto no conocido y advertí que así sucedía á muchos. Reflexioné acerca de la causa y creí encontrarla. En una representación que no es la imitación, sino su idea, el pensamiento permanece siempre vivo en el Arte y en la obra dramática bien puesta, sólo una especie de ilusiones perceptivas se producen.

Los alemanes recordamos haber visto representar á un joven muy aventajado, papeles antiguos, en que la ilusión era completa y también el doble placer que aquel joven nos procuró. Y nace este doble atractivo de que aquellas personas no son señoritas, mas las representan. El joven estudió las propiedades del sexo femenino en su esencia y en su manera; las conoce y las realiza como artista; no trabaja él mismo, sino una tercera naturaleza, propiamente extraña. La conocemos mejor porque otro la observó y estudió y no se nos representa la cosa, sino el resultado.

Residiendo aquí la principal diferencia de las Artes y de la simple imitación, es natural que en tales representaciones se sienta gusto particular y que se pasen por alto muchas impropiedades en el curso de ella: se entiende, conforme va indicado más arriba, que la obra ha de ser adecuada á semejante género de representación.

Así, el público, no pudo negar su general aplauso á la *locandiera* de Goldioni. El joven que hacía de patrona de huéspedes, expresaba los diferentes matices del

papel, todo lo bien posible: la frialdad tranquila de una muchacha ocupada en sus negocios, atenta, afable y servicial, pero que no quiere amar sin ser amada, ni mucho menos rendirse á la pasión de sus huéspedes distinguidos. Las secretas, delicadas coqueterías con que, á pesar de eso, sabe sujetarlos á todos. El orgullo ofendido al encontrar uno que le muestra dureza y desvío; los muchos géneros de adulaciones con que pretende que éste también caiga en el anzuelo y, al último, el triunfo de haberlo vencido.

Estoy convencido, y lo he visto, que una actriz hábil é inteligente, puede conseguir en aquel papel muchos aplausos; pero las últimas escenas pierden cuando las representa una mujer. La expresión de aquella frialdad insuperable, de aquel dulce sentimiento de la venganza, de la maliciosa arrogancia, nos elevaran á la verdad inmediata y cuando, al final, da su mano al mozo de la posada, en el deseo de tener un marido sirviente, aquel final insulso no nos gusta. Al contrario, en el teatro romano, no era precisamente el frío desamor, ni la femenil arrogancia; la representación la recordaba sólo y uno se consolaba de que, al menos aquella vez, no era verdad. Aplaudíase al joven, regocijado el ánimo, celebrando que conociese tan bien los procederes peligrosos del sexo amado y que la imitación feliz, por todo lo que habíamos sufrido análogo, nos vengase de las bellas. Vuelvo á repetir, que en aquello gustaba, no la cosa misma, sino su imitación; ni nos divertía la Naturaleza, sino el Arte; ni el contemplar la individuali-

dad, sino un resultado suyo. A esto se unió que la figura del actor era muy alocuada á una mujer de la clase media.

De tal modo nos reservaba todavía Roma, entre sus muchos restos, una antigua, aunque imperfecta institución y por mas que no guste á todos de igual suerte el hombre pensador tendrá ocasión de representarse, hasta cierto punto, aquellos tiempos y de inclinarse á creer el testimonio de aquellos escritores antiguos, que en muchos pasajes nos aseguran que los actores del sexo masculino, conseguían á menudo, vestidos de mujeres, encantar á una nación de gusto delicado.

Cuadros antiguos.

Restauraciones nuevas vistas en Venecia, 1790.

Los monumentos más antiguos del Arte nuevo, son aquí, en Venecia, los mosaicos y las pinturas griegas; de los mosaicos más viejos, nada vi aún todavía que me llamase particularmente la atención.

Los cuadros viejos griegos están diseminados en diferentes iglesias; los mejores se encuentran en la iglesia Griega. En su tiempo deben haber sido pintados con colores al agua y más tarde dados de aceite ó barniz encima. Obsérvase siempre en ellos una noción del Arte y la heredada factura se formó en sus ideales; de donde los tomaron, tal vez se hallará algún día.

La cara de la Madre de Dios, vista de cerca, se parece á la familia imperial. Un cuadro antiguo del Emperador Constantino y su madre, dióme este pensamiento; llamaba la atención lo grande de los ojos y lo delgado de la nariz; de ahí, la nariz afilada y puntiaguda y la boca pequeña y fina también.

La idea principal de la pintura griega, descansa en la veneración del cuadro, en la santidad de la tabla. Cuidadosamente está escrito, debajo de cada figura, lo que representa: hasta la Madre de Dios y el Niño Jesús, que no se pueden desconocer, tienen siempre el consabido rótulo.

Encuéntanse medias figuras de tamaño natural ó por ahí; figuras enteras, siempre de tamaño menor que el natural y, entre las figuras, minuciosidades históricas, en calidad de accesorios.

Me parece que los griegos, aún más que los católicos, adoran al cuadro como cuadro.

Hay un gran hueco que llenar, pues desde aquí á Donato Veneciano, dan gran salto; sin embargo, hasta

Bellin, todos los artistas sostuvieron la idea de la santidad de la tabla.

Al comienzo de los grandes retablos pintados, formábanlos de muchos cuadros sagrados, unos al lado de otros, cada uno en su marco dorado; así van juntos tantas veces al nombre del pintor, el del dorador y el tallista.

Más tarde, queriendo llenar los cuadros, se valieron de un artificio artístico muy sencillo. Ponían las figuras sagradas sobre escalones y en éstos, niños músicos en figura de ángeles. La parte alta la adornaban con asuntos arquitectónicos.

Aquella idea se conservó cuanto tiempo fué posible, porque se convirtió en religión.

Entre los muchos cuadros de Joan Bellin y sus sucesores, no hay ninguno histórico; y aun las tradicionales se representaban á la manera antigua; en todos los casos hay un santo que predica y muchos creyentes que oyen.

Los más antiguos cuadros históricos se componían de figuritas muy pequeñas. Por ejemplo: el Sarcófago donde, en la iglesia de San Roque, guardan los huesos del santo, pintalo así el *Vivarinus*. La enorme extensión que, desde entonces acá, adquirió el Arte, ha tomado sus principios en aquellas imágenes pequeñas, como lo atestiguan los comienzos de Tintoretto en la escuela de Schneider. Ticiano mismo, sólo muy lentamente, pudo sacudir aquella costumbre religiosa.

Se sabe que el donante de la gran tabla del Altar en el Fraris, se puso muy enojado, viendo en ella figuras tan grandes.

El hermoso cuadro del Altar de la familia Pesaro, representa, como siempre, Santos y devotos en oración.

En general, el Ticiano ha permanecido muy cerca de la antigua manera, tratándola sólo con más calor y Arte.

Ahora se pregunta: ¿cuándo empezó la costumbre de hacerse pintar en el cuadro los que lo dedicaban y pagaban?

Tal vez quisieron los hombres fundar en esto el recuerdo de su existencia; puede haber sido incentivo de las iglesias y de los artistas, conferir de tal suerte á los hombres una especie de santidad. También puede tomarse por una firma gráfica. En la esquinita de una gran imagen de Maria, de media talla, está arrodillado, como humilde enano, el donante. Poco á poco tomaron confianza, haciendo de figuras principales; al último, aparecieron gremios enteros, á guisa de acompañamiento histórico.

Después ofrecieron las ricas Universidades sus extensas paredes; las iglesias todas las superficies y los cuadros, hasta entonces limitados sobre los altares, extendieronse por todos los espacios arquitectónicos vacíos.

Ticiano aún pintó un cuadro de Taumaturgo, Tintoretto difícilmente, aunque pintores menores alcanzaron aquella dicha.

Mucho tiempo hacia que la Cena del Señor edificaba los refectorios. Pablo Veronese tuvo la feliz idea de presentar en aquellas anchas paredes profusión de piadosos convidados.

Mientras tanto el Arte creció y las pretensiones también y vióse lo insuficiente de los asuntos religiosos. Hácese sensible, de la manera más triste, en los cuadros de los grandes maestros. Lo que en realidad se ejecuta y repite, no es para visto; los artistas sólo se han ocupado en accesorios y esto atrae la vista.

Entonces empezaron los verdugos á desempeñar el papel principal. Algo hicieron en el desnudo y lo muscular, pero sus designios causan siempre horror y si los espectadores, excitados por el jugueteo, no hiciesen hasta cierto punto contrapeso, tendría uno que apartarse mal edificado por el Arte y la religión.

Es digno de notarse la manera como Tintoretto y Pablo Veronese llaman en su auxilio á las bellas mironas, á fin de hacer de algún modo gustosos los horribles asuntos en que se ocupan. En la prisión obscura, donde un ángel se le apareció de noche á San Roque, hay un par de figuras femeninas, deliciosas.

¿Se deben poner mujeres de mal vivir encerradas con Santos en una cárcel? En todo caso, estas figuras, conforme se puede ver todavía en el cuadro, á maravilla conservado, probablemente de colorido más cuidado, son el objeto preferente de nuestra atención.

Tintoretto y Pablo Veronese algunas veces, en los cuadros de altar, vuelven á acercarse á la manera antigua y pintan muchos Santos juntos en un cuadro, acaso los de los nombres del donante; siempre con el mayor sentido artístico.

Los cuadros más viejos pintados al agua, se conservan en parte mejor, porque no se eanegrecen al igual de los pintados al óleo y aun parecen tolerar bastante bien la humedad, no siendo demasiado ruin.

Sobre la manipulación de los colores, un pintor instruido en la técnica, podría hacer consideraciones muy instructivas.

Los primeros cuadros al óleo se conservaron igualmente muy bien, aunque no sean tan claros como los pintados al temple. Atribuyen esto á que los pintores antiguos eran muy escrupulosos en la elección y preparación de las pinturas; que primero los frotaban en agua clara, luego los limpiaban y de un cuerpo sacaban muchas tintas: que de la misma manera procedían á purificar el aceite y no escaseaban trabajo ni aplicación. Después se observó que daban á sus tablas cuidadosamente una imprimación gredosa semejante á la del temple, la cual chupaba, por debajo de la pintura, el ex-

ceso de aceite, saliendo los colores más claros á la superficie.

Este cuidado se fué aminorando poco á poco y al fin perdióse cuando emprendieron grandes cuadros. Hubiéronse de servir del lienzo, dándole una mano floja de greda y á veces de cola.

Pablo Veronese y Ticiano trabajaban las más de las veces con *svelatura*; la primera mano de sus colores era clara y se iba cubriendo de otras tintas transparentes más oscuras y á ello débese que el tiempo mejor aclara que oscurece sus cuadros, aunque los de Ticiano han sufrido por el mucho aceite empleado en los retoques.

La causa á que atribuyen haberse oscurecido tanto la mayor parte de los cuadros de Tintoretto, es que pintaba sin imprimación, ó sobre fondo rojo, generalmente á la *prima* y sin *svelatura*. Porque de esa manera procedía con más vigor y el color espeso debía dar, desde luego, el tono justo de la superficie; no quedaban, como en los de Pablo Veronese, tintas más claras en el fondo y cuando el aceite, usado en abundancia, variaba el color, de repente se oscurecían masas enteras.

En grado sumo perjudicó que prevaleciese el fondo rojo sobre la capa clara, hasta el punto que muchas veces sólo permanecen visibles los más fuertes y vigorosos toques de luz.

También puede consistir mucho en la materia del color y en el aceite.

Lo pronto que pintaba Tintoretto se puede observar en la multitud y gran tamaño de sus cuadros y el desparpajo usado en sus obras se conoce en el siguiente ejemplo: En los grandes cuadros ejecutados en los sitios que habían de ocupar, dejaba la cabeza, que pintaba sólo en su casa, la recortaba y luego la pegaba en el cuadro, según pudo verse en las reparaciones y restauraciones. Semejante cosa parece haber sucedido, en particular, á los retratos, que en su casa podía pintarlos cómodamente del natural.

Algo parecido descubriose en un cuadro de Pablo Veronese. Había tres retratos de nobles; al restaurarlo se encontraron las caras pintadas muy á la ligera y debajo otras tres hermosas cabezas, por donde se vió que el pintor, primero había representado tres santos, y después la superioridad de personas ricas é influyentes sería motivo de inmortalizar sus retratos en aquella obra pública.

Muchos cuadros perdiéronse por untar de aceite el dorso, creyendo, erradamente, dar así á los colores nuevo jugo. Al volver el cuadro á la pared ó á un techo, el aceite penetra y el cuadro se echa á perder por más de una manera.

En la restauración y reparo de los muchos cuadros que de variadísimas maneras se estropearon en Venecia, es de suponer que, si bien con habilidad y disposiciones diversas, se emplearian muchos pintores. La República, que sólo en el Palacio Ducal conserva en cuadros un gran tesoro, en parte muy deteriorados á causa del tiempo, estableció una suerte de Academia destinada á las restauraciones. Varios artistas, que tienen un director, se reúnen en el Monasterio de San Giovanni é Paolo y se les destina un gran salón y espaciosas habitaciones adyacentes, donde traen los cuadros maltratados, á fin de volverlos á su estado primitivo.

Es útil Instituto, donde se reúnen las experiencias que cada uno adquirió en el Arte y se conservan en común.

El modo y la manera de restablecer cada cuadro, en particular, son muy distintos, según los distintos maestros y el estado del cuadro mismo. Los miembros de tal Academia llegaron á conocer, á fuerza de muchos años de experiencia, del modo más claro, las variadas maneras de los maestros en dar la imprimación,

la primera capa de color, la *svelatura* y el acabado. Primero investigan el estado de cada obra, la juzgan y después deciden lo que se puede hacer con ella.

Fue casualidad conocerlos; visitando, en aquella iglesia el precioso cuadro del Ticiano, El Asesinato de San Pedro Mártir y permaneciendo atentísimo en aquella maravilla, preguntóme un fraile si tendría gusto en ver á los Señores que estaban arriba y explicóme sus ocupaciones. Recibíeronme amigablemente y conociendo el particular interés que ponía en su trabajo, expresado con naturalidad alemana, tomaronme cariño; bien puedo decirlo, porque volví á menudo, parándome siempre en el camino á fin de rendir homenaje al único Ticiano.

Si yo hubiese escrito siempre á mis amigos lo que veía y aprendía, nos vendría muy bien; ahora sólo voy á traer á la memoria un procedimiento muy especial, observado en un caso particular.

Ticiano y sus sucesores pintaban, de vez en cuando, en un damasco estampado, de lino y sin blanquear, según salía del telar, sin fondo de color. Así ganaban, el conjunto cierto cambiante, propio del damasco y los detalles indescriptible vida, que á los ojos del observador, los colores nunca son los mismos si no se mezclan en cierto movimiento de claro obscuro y se pierde toda apariencia de tela. Recuerdo todavía perfectamente un Cristo del Ticiano en cuyos pies, mirados muy de cer-

ca y á pesar del color de carne, se conocía bastante un cuadrado compacto del damasco; retirándose, parecía que la epidermis viva reflejabase en los ojos con toda suerte de incisiones móviles.

Si en cualquiera de tales pinturas la humedad llega á hacer un agujero, hacen una estampilla de metal por el modelo del fondo. Cubren de yeso un lienzo fino e imprimen allí el modelo. Un jironcito igual colócase luego en la tela nueva, sobre la que se pone pintura en el sitio del agujero, se pinta encima y ya teniendo debajo otro fondo, adquiere conformidad con el todo.

Encontré aquellos hombres ocupados en una inmensa tela de Pablo Veronese, que tenía más de veinte agujeros; vi ya dispuestos todos los remienditos estampados y todos juntos atravesados por hilos extendidos, cual tela de araña, en el nuevo lienzo, igualmente extendido.

Luego tuvieron que cuidar de la apropiación de los lugares en que los pedacitos debían pegarse, á fin de que, colgado el gran paño, cada uno ocupase su sitio. Es adecuado al local de un monasterio, á una especie de estado monástico, á existencias aseguradas y á la longanimidad aristocrática emprender y dar cima á cosas semejantes. Después de todo, se comprende que, sólo merced á tales restauraciones, sostenía la obra su apariencia y lo conseguían hasta el punto que, en un gran salón, las roturas veíanlas sólo los inteligentes, pero no el público.



ÍNDICE.

	Páginas.
Sicilia.—(Continuación)	1
De mis recuerdos	39
Nápoles	70
Felipe Neri, el santo humorista	108
Segunda vez en Roma	128
De Tischbein á Goethe	136
Los tapices del Papa	144
Julio.—Correspondencia	149
Relato	163
Observaciones de Historia Natural	166
Agosto.—Correspondencia	171
Relato	186
Septiembre.—Correspondencia	191
Relato	203
Octubre.—Correspondencia	216
Relato	231
Noviembre.—Correspondencia	244
Relato	258
Diciembre.—Correspondencia	260
Relato	267
Moritz, etimologista	279
Enero.—Correspondencia	282
Relato	287
Recepción de la Academia de los Arcades	288

	<u>Páginas.</u>
C. U. C.	292
Febrero.—Correspondencia.....	294
Relato.....	300
El Carnaval en Roma.....	305
Marzo.—Correspondencia.....	345
Relato.....	357
De la belleza plástica.....	360
Abril.—Correspondencia.....	370
Relato.....	372
Cantos populares.....	390
La tarantela.....	407
Medida italiana del tiempo.....	408
Papeles de mujer desempeñados por hombres en el teatro de Roma.....	411
Cuadros antiguos.....	416

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NAVARRA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NAVARRA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA